

TENIDOS POR DIGNOS



**¡Testimonios Compartidos desde el Cielo
de Victorias en las Persecuciones!**

TENIDOS POR DIGNOS

¡Testimonios Compartidos desde el
Cielo de Victorias en las Persecuciones!

Editado por laclaveenaudio.com - Julio 2019

Indice

01. La vida y persecuciones de John Wycliffe	5
02. Mike y su padre indio	7
03. Protección y salvación en un campo de batalla de Vietnam ..	11
04. La historia de Joham de Silva y Nkuma	18
05. Testimonio de Sir Matthew	35
06. Los puritanos José y Adelaida	37
07. ¡Rayos al rescate!	39
08. ¡Otra visión y susurros del Tiempo del Fin!	40
09. ¡Sally y Sammy escapan de una institución!	46
10. El jefe de policía se cura milagrosamente	54
11. Un alma se salva en medio de la persecución	57
12. ¡Fue al mismo tiempo!	64
13. Cerca del corazón de Dios	67
14. ¡La nave de las llaves causa disturbios!	75
15. El relato de protección de Maia	77
16. Yasumi, la lavandera japonesa	81
17. ¡El profeta Jeremías!	82
18. ¡Daniel en el foso de los leones!	87
19. Raymond, el evangelista viajero	94
20. El anillo de Josef	97
21. Relato de un misionero vikingo	101
22. Sergei, un oficial soviético convertido	103
23. Marcello Di Pietroni de Lavina	110
24. ¡Un relato desde el cepo!	113
25. El ministerio con los niños de los barrios pobres	118
26. Lydia, una aristócrata romana cristiana	127
27. Un extraño caso de confusión de identidad	131
28. Salvación de un guardia romano	135
29. Mi vida en la URSS	140
30. ¡Encuentro de Juan y Judit con un coche bomba!	161
31. Resucitados en el Tiempo del Fin	164
32. Viajes en el Tiempo del Fin	165
33. Liberación de las persecuciones de María	168
34. Sandra en la Francia del Tiempo del Fin	169
35. La fuga	174
36. Noé	180
37. ¡Camión de basura proporciona un escape poco probable..	188
38. Protección y liberación de los bolcheviques	190

39. No Era Yo	195
40. Como engañador, pero veraz	198
41. Liberación inexplicable	204
42. Mujer bonita 2: Enemigo del Gobierno	206
43. Marcos y Nina y su encuentro cercano con la muerte	215
44. Nunca me atraparon	219
45. Arsenal del Tiempo del Fin	222
46. Con el Evangelio para los indígenas norteamericanos	226
47. Una señal bíblica	230
48. Anécdota del Tiempo del Fin	233
49. Anécdota de Armina	235
50. Se salvó por el don de la elocuencia	238
51. La Luz del Mundo	239

01. Vida y Persecuciones de John Wycliffe

Me llamo John Wycliffe y viví en Inglaterra en el siglo XIV. Fui ordenado sacerdote católico, y erudito de la Universidad de Oxford. Por la influencia que tuvieron mis profesores en mí, empecé a ver que la Iglesia Católica ordenaba que se adorara a nuestro Señor de una forma equivocada y que había errores en la jerarquía de la iglesia. Efectivamente, se trataba de una jerarquía, era un montón de asalariados que se aprovechaban de las ovejas y las tiranizaban. Poco a poco, hice conocer mis ideas. Enseguida encontré personas que las recibieron de buen grado, algunas por motivos egoístas, pero muchas por alivio de encontrar que el Dios que a sí mismo se llamaba Amor, era justamente eso, y no era el monstruo al que se parecía Su así llamada iglesia. No quiero decir con esto que no hubiera muchos creyentes sinceros en la iglesia, pero eran de los que no abrían la boca ni defendían los principios, sino que escogían seguir la corriente y no alterar el estado de cosas.

Pero yo tenía que alterar el estado de cosas, y justamente por eso, muchos me quisieron. Muchas veces me amenazaron con la excomunión, lo cual en esa época significaba que nadie podría relacionarse conmigo, no podrían dejar que les comprara comida, o que me alojara con ellos. Pero esas amenazas no me preocupaban y terminaron en nada. A los enemigos de Cristo les gusta tratar de amedrentarnos con un montón de engaños y bravatas, pero no es más que eso, un montón de aspaviento.

Fui citado para comparecer ante obispos en varias ocasiones. La primera vez, mi amigo y patrocinador, John, el segundo hijo del rey, entró acompañándome a un lado, y el mariscal de Inglaterra, otro amigo, entró conmigo del otro lado. ¡El obispo de Londres se puso furioso al ver el apoyo que tenía! El obispo y el Duque John pasaron gritándose todo el rato y para cuando terminaron, todo el asunto había terminado en fracaso, por lo que volví a mi casa riéndome y alabando a Dios.

Otra vez, el mismo obispo, quien para ese entonces era el Arzobispo de Canterbury, me citó nuevamente para que diera explicaciones y afrontara los cargos. Esa vez, la reina madre escribió a todos los obispos diciéndoles que tuvieran cuidado de no hacerme daño, pues de lo contrario arriesgarían su propio pellejo. Eso bastó para impedir que todos esos cobardes votaran para hacerme daño. Una vez más,

volví a casa riendo y alabando a Dios.

Después, perdí el apoyo de algunos de mis amigos de la realeza, pero ese revés en realidad me liberó de muchos de mis deberes y me permitió ponerme a trabajar en lo que realmente había querido hacer durante años, que era traducir la Biblia al inglés para que la gente pudiera escuchar las Buenas Nuevas en su propio idioma. Digo escuchar, pues la mayoría no sabía leer, pero al menos podía entender si se le decía. Antes, todo lo que tenía la gente a la mano era en latín, y la gente común no lo entendía en absoluto. Así pues, lo que pareció una decepción y el final de una carrera resultó ser el llamado de Dios para que realizara no solo una labor sino que también dejara un legado más perdurable.

Envié a mucha gente para que predicara las Buenas Nuevas en el idioma de la gente. Los llamaban *Los predicadores pobres*, pues no tenían otra posesión que la Palabra. Muchos fueron iluminados y llegaron a entender quién era Jesús y cuál era su mensaje para ellos. Entonces, el Papa, a quien me gusta comparar con un Anticristo, me ordenó que fuera a Roma. Quería lidiar conmigo él mismo y, probablemente, me habría hecho quemar en la hoguera antes de que pusiera el pie en esa ciudad. Eso sí que era un tribunal corrupto y arbitrario. De todas formas, para ese entonces, yo ya había envejecido y me encontraba enfermo. Le escribí para darle las gracias y le dije que no podía aceptar su gentil invitación. ¡Ja! Poco después, morí en mi lecho.

Muchos me habrían matado si hubiera tenido oportunidad. Anduve buena parte de mi vida con la corona del mártir a unos pocos centímetros de la cabeza, pero nunca se posó encima. Tenía enemigos, pero también tenía muchos amigos que me defendieron cuando más los necesité.

Ah, y ocurrió una de las cosas más ridículas que pueda haber. Después de 40 años de mi muerte, el Papa ordenó que desenterraran mi cuerpo, que quemaran mis huesos y que las cenizas fueran echadas en un río. ¡Algo de lo más absurdo! Pero toda esa ceniza que se fue con el río fue simbólica de las cosas que yo inicié y que no se podían parar. Como semillas, las palabras fueron a todas partes y, hoy por hoy, hay muchas personas en el Cielo gracias a ellas. Toda la persecución o amenaza de ella lo único que lograron fue que se difundieran las Buenas Nuevas. Las amenazas y las invectivas no fueron más que pura palabrería y actuaron para difundir las semillas a todos los rincones del mundo. Y en cuanto a cómo me afectaron, sólo

servieron para añadir estrellas a mi corona. Y eso es lo que hará por ustedes también. No teman a la persecución. Monten la ola y dejen que acumule para ustedes recompensas en el Cielo mientras se predica en todo el mundo su testimonio y la Palabra de Dios. Espero con ilusión verlos a todos aquí arriba algún día. Hasta que llegue ese momento, ¡continúen la buena obra! *(Fin del mensaje.)*

02. Mike y Su Padre Indio

(Mike:) Éramos misioneros en una época en que los misioneros no eran populares entre los indios de Noroeste del Pacífico. La obra entre los indios no había marchado muy bien, y los conversos eran muy pocos. La tragedia con la familia Whitman en la zona de Walla Walla hizo que muchos misioneros y colonos se dieran por vencidos y se mantuvieran muy reservados y apegados a la comunicad blanca. Mis padres se sintieron muy tristes por lo que veían que sucedía a su alrededor, y deseaban cambiar las cosas. En medio de todo eso, sucedió la historia que les quiero contar.

Mi papá era agricultor y era un buen metodista, iba a la iglesia y, junto con su esposa y sus hijos, que (entonces) eran tres, había decidido partir hacia el oeste y comenzar una nueva vida para su familia. Nos encontrábamos entre las familias que los misioneros Whitman habían llevado consigo a la zona de Walla Walla cuando volvieron a esa misión.

Apenas tenía tres años cuando se produjo el brote de sarampión. Aunque la mayoría de los niños indios de la zona murieron de sarampión, yo sobreviví, como la mayoría de los hijos de los demás colonos. Lógicamente, entre los indios surgió una gran desconfianza hacia los colonos blancos con motivo de la muerte de sus hijos.

Como seguramente ya saben, al final, la misión de los Whitman fue destruida, y hasta ellos mismos murieron*. En esa época había mucha conmoción, ya que había guerras entre los colonos blancos y los indios, por lo cual mi familia se mudó a Idaho para refugiarse.

*(*Nota: Los Whitman fueron misioneros protestantes que tuvieron un papel importante en cuanto a atraer a colonos hacia la zona Noroeste del Pacífico. Después del brote de sarampión en que murieron muchos niños indios americanos, él y su esposa y 12 compañeros fueron*

asesinados por indios Cayuse hostiles.)

Años más tarde, cuando tenía cerca de once años, y las cosas se habían calmado entre las comunidades, mi padre y mi madre todavía pensaban que debíamos a los indios un ejemplo del verdadero cristianismo, de perdón y amor.

Recuerdo que vi a mi madre llorando mientras ella y mi padre se inclinaban para orar, pidiendo al Señor que los ayudara a ganar a los indios con Su amor y que protegiera a sus hijos. Sabían que entre los indios que habían perdido a sus hijos existía un profundo resentimiento contra los hijos de los colonos. Era un resentimiento estimulado por la envidia de ver que habíamos sobrevivido cuando sus hijos habían muerto.

Mi papá se hizo amigo de un indio en el pueblo; el indio había ido allí para hacer sus negocios. Mi papá aprendió un poco del idioma de su nuevo amigo y los dos se hicieron amigos, cada uno estimulado por la curiosidad que les despertaba el estilo de vida del otro.

Una noche, nuestro nuevo amigo indio nos invitó a su aldea. Había conseguido permiso de los ancianos de su aldea y presenciaríamos una de sus ceremonias religiosas.

Durante la ceremonia ocurrió el caso de protección milagrosa de Jesús que les quiero relatar. Mi padre y mi madre estaban sentados allí con mis tres hermanitos. Mi madre estaba ocupada cuidando a los pequeños, mientras mi padre prestaba mucha atención a la ceremonia religiosa, pues trataba de mostrar mucho respeto por el estilo de vida de ellos.

Yo me encontraba sentado a un lado y un poco detrás de mi madre, de forma que ella no me podía ver. Por eso, ella no se dio cuenta cuando un guerrero indio de edad mediana se acercó por detrás, me tapó la boca con la mano y me sacó del sitio en que todos estaban sentados.

Algunos indios del grupo vieron lo que había ocurrido. Pero no iban a detenerlo, pues sabían el gran dolor y resentimiento que albergaba aquel guerrero. Me encontraba solo.

Cuando terminó la ceremonia religiosa, mi padre me estuvo buscando, pero no me encontró por ninguna parte. Pasaron tres días hasta que mi padre y mi madre me volvieron a ver. Y pasé tres días escondido entre los jóvenes y los niños de esa tribu.

Me pintaron el rostro con agua sucia para oscurecerme la piel y me vistieron como uno de ellos para que los hombres blancos que me buscaban no me pudieran distinguir. Como era una tribu diferente de

la tribu a la que pertenecía originalmente mi captor, había niños y jóvenes, incluyendo varones de mi edad y con ellos me pusieron.

Durante esos días, fui vigilado por esos niños curiosos; me hicieron ayudarles con sus tareas y otros deberes. Por la noche, me iba a dormir con el que ahora era mi nuevo *padre*.

Me odiaba por el dolor y el rencor que guardaba en su interior por haber perdido a sus hijos y a su esposa, pero también quería que yo reemplazara su pérdida. Por ello, aunque era brusco, y hasta cruel a veces al punto de patearme, durante esos días también se preocupó de que no me faltara nada en cuanto a comida, ropa y donde dormir. No me encontraba desamparado.

Al principio, debo admitir que el terror de la situación en que me hallaba me hizo endurecerme en contra de mi nuevo padre indio. Y aunque oraba, la mayoría de mis oraciones eran en contra de él. Mi corazón reflejaba el odio que él sentía en su interior.

Pero la segunda noche, Jesús me hizo entender lo que pasaba. Me hizo recordar que Su Padre Celestial lo había enviado a vivir con un padre terrenal con la finalidad de ayudar a los que estábamos en la tierra a conocerlo, a conocer Sus caminos y Su amor, y a recibir el don gratuito de acceder al Cielo.

En ese momento me di cuenta de que quizás Jesús me había envidado a ese hombre para mostrarle el amor de Jesús. Recordé las oraciones de mis padres, las lágrimas de mi madre, y supe que había llegado el momento de que yo actuara motivado por el amor que Jesús me había dado a mí. Hasta ese momento estaba acostumbrado a vivir dentro de Su amor, pero había tenido poca oportunidad de manifestárselo a otros. ¿Había llegado el momento de que yo actuara?

Cuando me levanté la mañana siguiente, sonreí. Él gruñía. Me dispuse no sólo a arreglar mi propia cama, sino la suya también. Él seguía gruñendo. Corrí a buscar agua para que se aseara, y otra vez gruñó. Pero no me pateó como la mañana anterior. Sólo gruñía.

A lo largo del día estuve ayudando en donde pude, ayudé a los muchachos con los que estuve, además de a mi padre indio. Él seguía gruñendo.

Esa noche ayudé a prepararle la cama y arreglé su lado de la tienda. Sonrió. Mientras me inclinaba sobre mi cama para meterme, lo vi sonreír. Y me di la vuelta sorprendidísimo. Él gruñó. Pero aunque la sonrisa era pequeña, todavía se podía vislumbrar.

Al día siguiente me llevó caminando y me entregó al amigo de mi padre, quien me llevó a casa. El rostro de mis padres reflejaba alegría

y agradecimiento cuando me vieron acercar. Fue un milagro del amor de Jesús. Se valió de mí para abrir la puerta para ministrar más a esa tribu, y gracias a esa noche pudimos llevar a muchos a Jesús. Se interesaron en nuestra religión porque habíamos mostrado interés en la suya. Aprendieron el poder del perdón cuando vieron que mi *padre* indio abandonaba el rencor y se abría nuevamente a los amigos y al amor.

Sí, se convirtió efectivamente en mi padre indio. Nuestra relación no terminó ese día; fue sólo el comienzo. Nos enseñamos el idioma el uno al otro. Él me enseñó a cazar. Yo le enseñé muchas de las técnicas agrícolas que mi padre me estaba enseñando. Aprendimos sobre la religión del otro y, con el tiempo, él recibió a Jesús. Y ahora compartimos un lugar genial en el Cielo, desde donde nos comunicamos con las personas de la Tierra y les enseñamos a amar y perdonar.

Cuando sucedió, fue una experiencia un poco aterradora, pero fue el inicio de una relación increíble, cuyo resultado fue que mi padre indio y muchos otros llegaron a conocer a Jesús de una forma personal y verdadera.

También fue el inicio de la empresa misionera en la que se embarcaron mis padres aquella noche que oraron pidiendo una oportunidad para ganar a los indios de la zona con el amor de Jesús. Un hombre resentido, cuyo resentimiento se convirtió en cariño, fue un testimonio que despertó el interés de muchos.

03. Protección y Salvación en un Campo de Batalla de Vietnam

(Nota: De lectura recomendada para los mayores de 14 años.)

Si alguna vez necesité a Jesús, fue en esas circunstancias extremas en que me hallaba. Me encontraba metido en las profundidades de la jungla de Vietnam, un lugar tremendamente húmedo, infestado de serpientes y mosquitos, resguardado de las continuas ráfagas de metralla del enemigo por un árbol caído.

No puedo describir el temor que se apodera de uno cuando se da cuenta de que su vida está a punto de terminar. Sin embargo, por extraño que parezca, a quien debía temer más era al soldado que me acompañaba, no a los del Vietcong que nos atacaban.

Me llamo Craig Lambton. A fines de la década de los 60 era un muchacho delgado de 19 años nacido en la ciudad de Oklahoma y también un cristiano activo. Sea como sea, me encontré en el fragor de una guerra que representa una de las páginas lamentables de la historia estadounidense, y que segó la vida de incontables estadounidenses y vietnamitas.

Intenté evitar la guerra como objetor de conciencia, pero no lo logré; eso sirvió para que mi vida entre los militares fuera todavía más desgraciada. Por lo visto, se corrió la voz de que matar estaba en contra de mi religión, y eso no le cayó bien a un compañero soldado muy patriota que había en mi pelotón; se llamaba Chuck.

Chuck tenía más o menos mi edad, pero tenía unos 30 kg más de músculo. Era un muchachote pelirrojo de Virginia, con una larga historia familiar de militares y más fuerza que sesos. Aunque ninguno había estado lo suficiente en la línea de batalla como para ver mucha acción, Chuck se veía a sí mismo como el mejor soldado de nuestro pelotón. Muchas veces se jactaba de su desempeño durante el entrenamiento y con frecuencia hacía comentarios negativos sobre los vietnamitas y las ganas que tenía de encontrarse en batalla y matar a unos cuantos. Estaba ansioso por disparar el gatillo.

Sin embargo, durante las primeras tres semanas que pasamos en la base de Khe Sanh, en donde estábamos apostados, la única acción que Chuck y el resto de nosotros vimos fue estar de guardia, cavar trincheras y vaciar las letrinas de los oficiales. Sentí alivio de volver a la relativa seguridad de la base y aproveché el tiempo y la oportunidad para predicar el Evangelio a mis compañeros soldados.

La mayoría de los soldados nos dábamos cuenta de que no nos habían enviado a la otra punta del mundo para cavar trincheras, por eso, independientemente de lo que estuviéramos haciendo, siempre había a nuestro alrededor una nube densa e inquietante de temor. Casi todos pensaban regularmente en la posibilidad muy concreta de morir y en la vida después de la vida, por lo que la mies estaba efectivamente lista.

Pero Chuck por lo visto tenía la idea de que era una especie de súper soldado que había ido a ganar la guerra el solo. Detestaba que yo hablara constantemente de Jesús, pues cuando él no estaba limpiando meticulosamente su pistola o practicando en el campo de tiro, normalmente iba de una persona a otra jactándose de sus habilidades y describiendo con alarmante detalle sus futuras hazañas militares.

Como ya se imaginarán, Chuck no le caía bien a nadie y cada vez eran más los soldados que empezaron a ignorarlo o hasta a marcharse cuando él llegaba a un lugar. Pasó un tiempo, pero al final, se dio cuenta de que no era el gran modelo que pretendía ser. En consecuencia, empezó a pensar que había perdido su supuesta fama por mi causa y por la testificación que yo realizaba.

Chuck con frecuencia se burlaba de mí públicamente y me insultaba, diciéndome *nene de mamá*, *tonto por Jesús*, y cosas mucho peores que no repetiré aquí; hacía cualquier cosa por hacerme aparecer como un cobarde o un niño. Al principio intenté llevar a Chuck a Cristo, pero cada vez me encontraba con burlas y expresiones soeces de su desdén hacia mí y mi religión. Por lo visto, cada intento de testificarle lo enfurecía más, por lo que al final decidí simplemente no prestarle atención.

Finalmente, casi tres semanas después que llegamos a la base, Chuck hizo algo que me alarmó mucho. Vino caminando hacia mí en su ropa de faena, con sus botas perfectamente lustradas, y con su rifle M16 reluciente en la mano. Me miró directamente a los ojos, y dijo con calma pero enojado: «Oye, fanático de Jesús, ¿piensas que Jesús te va a salvar cuando estemos en el frente de batalla juntos? Cuando estemos solos allá, no será a Charlie [el soldado de Vietcong] a quien tendrás que temerle, seré yo.» Entonces, me puso la cara a unos centímetros de la mía, lentamente quitó el seguro de su arma y me susurró: «Eres mío, muchachito de Jesús». Antes de que pudiera decir nada, se dio la vuelta y se alejó.

Normalmente yo habría ignorado a Chuck y sus fanfarronadas, pero

esa vez no me quedó duda de que iba muy en serio. Cuanto más lo pensaba, más temor empecé a sentir. Esa noche, mientras me hallaba acostado en mi búnker frío y húmedo, pasé más de una hora orando pidiendo a Cristo que me diera Su prometida «paz que sobrepasa todo entendimiento». Ni siquiera sabía muy bien qué significaba eso, parecía algo que yo necesitaba. Al fin, pude quedarme dormido leyendo pasajes del libro de Salmos.

Lo siguiente fue que me desperté con un fuerte dolor en el costado. Abrí los ojos y vi justamente a Chuck con una gran sonrisa de felicidad en el rostro. «Despierta, preciosa, tu mami te viene a despertar para que vayas a la escuela», dijo sarcásticamente mientras seguía hundiéndome la boca de su rifle en la barriga. «Vamos, levántate», dijo terminando las frases con algunos de sus insultos, como siempre. «Por fin, saldremos en una misión de reconocimiento y es posible que las cosas se pongan feas. ¡Llegó la hora de salir de caza!» Chuck dio una risotada y salió del búnker.

Una vez más sentí que el miedo me dominaba y parecía que necesitaba por lo menos otra hora de oración para soportar el día. Sin embargo, sabía que sólo tenía unos segundos para entrar en fila por lo que me vestí y revisé mi arma, oré con más apremio que nunca en mi vida. Rogué al Señor que me protegiera, pero también le dije que si era Su voluntad, estaba listo para ver Su rostro en el Cielo. No sé si realmente estaba listo, pero venía bien expresarlo por fe.

Después de recibir un breve reporte, Chuck, yo y otros soldados fuimos enviados a la espesura de la jungla, dirigidos por un comandante veterano a quien llamábamos simplemente *Sargento*. Nuestra misión era investigar informes de un posible grupo de trincheras a unos pocos kilómetros de la base, que había sido detectado en un reconocimiento aéreo. Teníamos órdenes de investigar la situación y determinar la potencia del enemigo. Debíamos entrar en combate si las fuerzas enemigas eran de un tamaño manejable, por lo que sabía que la posibilidad de enfrentamiento era muy concreta. Además, sabía que lo último que deseaba hacer era matar, por lo que no tenía idea de qué haría llegado el caso de defenderme, o si se me ordenaba que abriera fuego. Decidí no pensar en eso y pedí a Dios que me diera las fuerzas y la sabiduría que precisaba.

Mientras avanzábamos callados y nerviosos por entre el barro, los pantanos y el follaje tupido, en mi interior, luchaba por tener pensamientos de oración y confianza en mi Señor, e invocar los pocos

versículos que conocía de la Palabra. Sin embargo, sentía que mi mente constantemente se defendía de una constante andanada de ataques de pánico, preocupación y otras emociones asociadas con el temor, y me sentía muy turbado.

Para colmo, cada tanto Chuck me recordaba que no me había olvidado. De vez en cuando me pinchaba la espalda con la boca de su arma, me empujaba a propósito mientras pasaba, y una vez se dio la vuelta y apuntó hacia mí como diciendo: «¡Eres mío!» Pero lo único que yo podía hacer era buscar cosas de mi vida cristiana en que pensar.

Entonces, de repente, nuestro líder nos hizo señas para que nos detuviéramos y nos agacháramos para no llamar la atención.

Evidentemente había avistado algo a la distancia y se puso a mirar con los binoculares, mientras esperábamos ansiosos que nos diera más detalles. «Es el campamento enemigo, sin duda», susurró, «parece nos superan en número de por lo menos 10 a 1». Hubo unos momentos de silencio intenso e incómodo mientras esperábamos su veredicto: «Volveremos a la base y daremos el informe».

Suspiré aliviado y todos los demás también. Bueno, casi todos. Chuck estaba agachado a medio metro a mi derecha y podía escucharlo murmurando insultos ininteligibles. La acción que tanto deseaba estaba por fin a su alcance y desde luego se sentía decepcionado por volver a la base.

«¡Sargento!», protestó él en un tono de voz un poco alto. «¡Esto es ridículo! No me importa cuántos alfeñiques comedores de arroz armados haya ahí, somos lo mejor de lo mejor y sé que podemos capturarlos!» El Sargento movió la cabeza, ordenó a Chuck que se callara y dejó de hacer caso a sus comentarios insistentes. Después susurró con firmeza: «Muchachos, media vuelta, volvamos a...» Antes de que el Sargento pudiera completar la frase, de la nada salió un balazo que lo lanzó volando hacia atrás y lo hizo caer ruidosamente al suelo. De inmediato, todo se convirtió en un caos con una lluvia de disparos enemigos y otros dos soldados cayeron heridos. Todos nos echamos a tierra cayendo en el barro para evitar los disparos de ametralladora.

Después, todo se hizo muy confuso, los hombres a mi alrededor se gritaban órdenes unos a otros o gritaban de dolor. Otros llenos de miedo, gateaban perdidos entre la hierba o abrían fuego indiscriminadamente en la dirección de donde pensaban que provenía el ataque.

Yo me encontraba muy confundido, pero no sé por qué el temor de morir o de ser herido por lo visto había pasado a un segundo plano mientras avanzaba en dirección a donde creía que se encontraba el Sargento. Sin embargo, a nivel del piso estaba totalmente cegado por la hierba alta. Estaba casi seguro de haberlo escuchado gritar órdenes y aunque en medio de la confusión no podía distinguir qué decía, por lo menos, tenía la confianza de que estaba vivo.

Me deslicé tratando de encontrar al Sargento, o a cualquier otro, pero todo lo que podía ver era hierba y el fulgor de los fogonazos de los disparos en medio de la oscuridad de la jungla a la madrugada. De ninguna manera iba a levantar la cabeza, por lo que empecé a gatear sin tener claro adónde me dirigía.

Anduve a gatas unos minutos y por fin encontré una salida hacia un gran árbol caído que me podía ocultar y en donde esperaba pensar más calmadamente qué haría después. Ya no me encontraba en la línea de fuego, por lo que imaginé que había gateado bastante desde mi posición original, pero el follaje era tan tupido y la hierba tan alta, que no podía distinguir dónde me encontraba ni a qué distancia me hallaba del lugar de la emboscada.

Entonces, sorprendido, comprobé que no me encontraba solo. Chuck había encontrado el mismo árbol y estaba sentado en la hierba, evidentemente adolorido y sin duda muerto de miedo. Tenía los ojos desorbitados y los brazos y las piernas le temblaban muchísimo, ya sea de temor o de dolor por la herida de bala que tenía en la pierna derecha, y de la cual manaba la sangre.

En esa situación de urgencia, apenas si pensé en las diferencias que teníamos en el campamento, y por lo visto, le pasaba lo mismo a Chuck, quien se encontraba inmóvil, en un estado de shock y pánico. Todo lo que se oía era el horrible sonido de la guerra: explosiones distantes y gritos ininteligibles.

«¡Creo que es una emboscada!», exclamó Chuck. Supongo que no sabía qué decir. «¿Qué diablos vamos a hacer?! ¡Me voy a morir!» «No sé», dije en voz baja, «pero te vas a mejorar. No parece que las heridas sean graves.» En realidad no tenía la menor idea de lo que íbamos a hacer o si saldríamos de esa con vida. Por lo visto habían localizado a nuestro grupo y, por mi entrenamiento, sabía que seguramente el enemigo estaba reprimiendo nuestras posiciones preparándose para atacar. Sentí miedo, pero me di cuenta de que era inútil dejarse dominar por el temor, así que saqué unas vendas para curar las heridas de Chuck.

Poco después nos sorprendió y estremeció una explosión ensordecedora... después otra, y otra. El sonido era de la artillería, seguramente nuestros compañeros del pelotón la habían llamado para que los defendiera de la emboscada. Después de varias explosiones horribles y atronadoras que perforaban los tímpanos, el cañoneo cesó.

Nos quedamos callados un rato escuchando. Todo lo que se oía eran disparos esporádicos de rifle y unas cuantas voces y pasos a lo lejos. Al final, supuse que era seguro empezar a regresar hasta nuestros compañeros. Lentamente asomé la cabeza por el lado derecho del árbol haciendo señas a Chuck de que la costa estaba despejada, pero él tenía la mirada fija en el cielo. «¿Estás bien, Chuck?», dije en voz baja, pero no hubo respuesta. «¿Chuck?»

Después de unos momentos de silencio, Chuck se volvió hacia mí y lentamente apuntó el rifle hacia mí sin decir palabra. Las manos le temblaban espantosamente, pero yo sabía que no había forma de que me salvara estando tan cerca, y no tenía el arma lista, por lo que aunque quisiera, era muy tarde para tratar de defenderme.

Ahí estábamos los dos, totalmente aislados y solos al final de una feroz batalla... justamente la oportunidad que había estado esperando Chuck, y no podía hacer nada por evitar que me matara. Su índice derecho tembloroso acariciaba el gatillo y él me miraba fijamente sin expresión alguna. Supe que era cuestión de segundos.

No sé cuántos de ustedes lectores habrá tenido una pistola apuntándole directamente, pero no hay nada que inspire más temor que eso. En ese momento, tenía tanto miedo que no podía ni pensar con coherencia. Buscaba en mi interior las palabras para hacer una oración pero no encontraba ninguna, mucho menos versículos. La única palabra que se me ocurría era justamente la más importante de todas, y contenía suficiente poder en sí misma como para derrotar a todos los demonios del infierno... ¡Jesús!

Mientras esperaba mi muerte inminente, repetía mentalmente una y otra vez la palabra Jesús y después empecé a decir Su Nombre en voz alta. Al final, aunque no fueron más que unos pocos segundos, empecé a ver imágenes mentales del rostro de Jesús. Me sentí como si ya hubiera muerto y me encontrara frente a mi Salvador.

De inmediato perdí totalmente la sensación de temor y por fin entendí con perfecta claridad lo que significa tener una «paz que sobrepasa todo entendimiento». No tenía idea de por qué sentía esa paz... era algo que superaba con mucho la comprensión de mi mente terrenal,

pero sabía que eso era lo que sentía, y me sentía verdaderamente feliz y listo para encontrar a mi Salvador. Ahora sé que así es exactamente como se sintieron los mártires de la antigüedad mientras los lanzaban a los leones, o como se sintió Juana de Arco mientras se dirigía a morir en la hoguera, y como muchos otros cristianos se sintieron cuando dieron la vida por Jesús.

Entonces, sentí algo que no esperaba: sentí tristeza. No se debía a la certeza de mi propia muerte, sino a que nunca había tenido la oportunidad de llevar a Chuck a Jesús. Sabía que Chuck podía ser hijo de Dios y que si solamente invocaba a Jesús sería perdonado de todos sus pecados y entraría en el Reino de Dios. Así se debe de haber sentido Jesús en la cruz. A pesar de una agonía inimaginable, se preocupó por la salvación del ladrón moribundo y perdonó inclusive a quienes lo iban a crucificar.

Todos esos pensamientos me pasaron por la cabeza en muy poco tiempo -probablemente menos de 15 segundos-, cuando empecé a pensar por qué tardaba tanto Chuck. Me sentía en paz con el Señor y hasta sentía ansia por verlo. Entonces, noté algo que nunca me habría imaginado que vería: una lágrima rodaba por la mejilla de Chuck.

No dijo una sola palabra, pero bajó el arma lentamente y la colocó sobre sus piernas. Empezó a llorar como un niño y aunque no me comunicó nada verbalmente, supe que estaba listo para recibir a su Salvador. Gateé lentamente hacia él, le puse la mano en el hombro y le dije que todo lo que debía hacer era decir el Nombre de Jesús y sería salvo. Sollozó unos momentos y luego empezó a decir: «Jesús». Luego lo dijo una y otra vez, cada vez con más sentimiento y fervor que la anterior.

Aunque nos encontrábamos allí al final de una batalla tremenda, supe que la verdadera batalla se había ganado en el plano espiritual. Sabía que tanto Chuck como yo habíamos invocado el Nombre del Señor y habíamos sido salvados.

04. La historia de Joham de Silva y Nkuma

¡Qué interesante! Estoy volando por encima de la Tierra. Estoy con alguien, pero no estoy seguro de quién es.

«¿Cómo te llamas?»

«Meu nome é Martín de Silva. Soy Martín de Silva.»

Al principio parecía que estábamos volando hacia el continente de Sudamérica, pero después me di cuenta de que era África. No estoy familiarizado con las cosas de aquí, pero recibo el nombre Mozambique.

«¿Es ese tu país, Martín?»

«Nací en el año de nuestro Señor de 1684. Mis padres fueron Joham de Silva y Nkuma, una nativa de mi tierra natal. Mi padre había venido a esta tierra como mercenario, contratado por los portugueses para atrapar esclavos. Mi madre era la hija del jefe de la tribu Ntibi.

Pero mi relato no comienza con mi nacimiento, pues antes de eso sucedieron muchas cosas. Los primeros portugueses que llegaron a las tierras de los Ntibi no eran mercenarios sino misioneros. Fueron pocos los que llegaron a África en busca de otra cosa que no fuera oro o diamantes, marfil y tesoros, pero ellos llegaron a la tierra de mis antepasados.

Los Ntibi nunca habían visto hombres blancos y estaban receptivos al Evangelio, abandonaron la adoración de demonios y adoptaron gozosos la mente de Cristo. Mi madre creció en la casa de esas vasijas del Señor que le enseñaron a amar a Jesús y a los demás. Los Ntibi no conocían el mundo exterior, el cual cada día se acercaba más a sus zonas.

Cuando mi madre sólo tenía 14 años, los hombres blancos descendieron a su aldea. Los misioneros hicieron todo lo que pudieron por impedir que los mercenarios destruyeran la aldea y se llevaran a los hombres y a los muchachos como esclavos, pero los mataron mientras intentaban proteger a las personas que habían ido a salvar.

Al principio a mi madre la metieron en un corral para vacas con las demás mujeres y niños de la aldea, pero cuando se descubrió que podía hablar el idioma de los portugueses, también se la llevaron como esclava. Durante días los hicieron marchar despiadadamente por las junglas y las praderas hasta que llegaron a un gran poblado. Aunque mi madre no lo sabía, uno de los mercenarios la había observado de cerca desde que habían partido de la aldea. Estaba

fascinado por la calma y la paz que dominaba a esa mujer. A pesar del aprieto en que se encontraba y de la posible muerte que la esperaba, tenía tanta fortaleza que no podía evitar admirarla. Cada noche del viaje, había colocado guardias cerca de ella para que se aseguraran de que nadie le hiciera daño ni alguna bestia se la llevara durante la noche.

Él no sabía nada de Dios. Había nacido en un hogar en el que lo único importante era la guerra y el dinero y se había escapado siendo joven para lograr su sueño de convertirse en un hombre rico y poderoso. Cada noche, la veía agachada orando a su Dios. Cuando hacía eso, con frecuencia lloraba, pero nunca por mucho rato, pues enseguida la albergaba algo... él no sabía qué era, pero podía casi sentir que la rodeaba. Se calmaba y hasta empezaba a sonreír. Anhelaba saber qué podía ser lo que lograba tener ese efecto en una persona en tal situación. Nunca había tenido muchos motivos para sonreír a menos que fuera pensar en dinero o en una muchacha bonita, dos cosas que por lo visto no obtenía.

* * *

Cuando llegaron al poblado, Joham se acercó a su capitán y preguntó si podía comprar la muchacha.

«¡Ah, Joham! Necesitas una compañera para la cama, ¿verdad?» Joham se rió pero no dijo nada. Después de un momento de hacer cálculos, el comandante dijo con voz monótona: «Supongo que puedes tenerla por dos monedas de plata. Seguramente no sobrevivirá el viaje hasta la costa y es suficientemente barata como para que te diviertas y luego te deshagas de ella. No quiero cobrarte mucho pues podrías querer llevártela contigo cuando partas. Pero cuando termines con ella, no dejes de echarla al pozo.»

Joham tenía otros planes que había estado tramando durante el viaje al campamento, pero sabía bien que no podía decir nada de abandonar las tropas con las que estaba apostado. El castigo por abandonar el puesto era la muerte. Esa noche Joham hizo que le trajeran a su habitación a su nueva posesión. La joven atemorizada se postró de rodillas cuando la puerta se cerró tras ella. Nuevamente comenzó el lloro y las palabras extrañas, y nuevamente fueron seguidas por ese poder intangible que parecía producir quietud en toda la habitación.

«Quiero ayudarte», logró decir Joham. Se sentía tan embargado

por lo que ocurría ante sus ojos que no pudo pensar en ninguna otra cosa que decir por unos momentos. Entonces, Nkuma lo miró a los ojos. ¡Nunca había visto cosa igual! ¡Parecía que los ojos le resplandecían!

«¿Eres bruja?», tartamudeó Joham, dudando un momento acerca del plan que unos momentos antes le había parecido tan bueno.

«No», dijo Nkuma, poniéndose de pie. «Pero tengo alguien que me protege y me cuida. Es el que su gente llama Jesús.»

«No, es imposible. El que llaman Jesús es un monstruo, un dios brutal que destruye y quema a quienes no hacen exactamente lo que él quiere. ¿Cómo podría estar aquí en las junglas de África? No es el que tú conoces. He visto la paz que te rodea cuando hablas a tu Dios y nunca antes la he visto en quienes dicen que siguen a ese Jesús», gritó Joham, con una voz un poco temblorosa al pensar que ese Jesús del que había escuchado relatos cuando niño pudiera habérselas arreglado para llegar a ese lugar remoto.

«Señor, no sé lo que ha visto, pero quienes trajeron a Jesús a mi gente son Sus siervos -*eran* sus siervos- y nos enseñaron de un Dios que es amable, misericordioso y amoroso. Nos enseñaron a vivir como vivió Él y a recompensar el mal con el bien, y el odio con el amor. Es real y eso lo sé cada vez que acudo a Él con el corazón embargado de pesar por lo que he visto. Él toma el dolor y lo reemplaza con una paz que no puede ser destruida por nada.»

De pronto, toda una vida de codicia y odio, violencia y egoísmo se volvió vacía e inútil. Joham rebuscó entre las ruinas de lo que en el mejor de los casos había sido una vida de supervivencia y vivir día a día, esperando encontrar algún indicio de que existía una razón, algún momento que valiera la pena. La realidad de lo inútil y vana que había sido su existencia se hizo patente en su conciencia, y se encontró mirando a Nkuma en los ojos. Era como si en la vida de ella todo tuviera sentido, incluso gozo. Quizás sí existía algo más. Quizás todavía tenía una oportunidad de encontrar algo valioso.

Después, en un momento, la idea de un gozo así se hizo trizas. Era responsable de la muerte justamente de las personas que habían dado esa vida de esperanza a Nkuma. Ningún Dios, ni siquiera ese Dios perdonador y lleno de gozo, fuese quien fuese, podía perdonarle eso. No tenía nada que ofrecer para aplacar a ese Dios. No tenía riquezas, ni poder, ni buenas acciones.

«Es inútil. Este Jesús tuyo puede darte paz a ti, pero no puede perdonar lo que yo he hecho.» Joham se sentó pesadamente en el

catre y hundió el rostro entre las manos.

«Pero está equivocado, señor. Lo sé.»

Joham se sobresaltó ante esas palabras que captaron su atención. Había tanta convicción en ellas. «¿Cómo lo sabes?», susurró incrédulo, pero abrigando la esperanza de que pudiera ser verdad. Nkuma se quedó callada un momento. «Antes que Isabella muriera», logró decir dominada por el llanto, «mientras yo la tenía en brazos, fue como si no sintiera el dolor. Sonrió y me dijo que Jesús te había perdonado. Te señaló y dijo que debía hacerte conocer el perdón del Señor y que Él te amaba a pesar de lo que habías hecho. Me dijo que sabría cuándo sería el momento adecuado para decírtelo. Y entonces, murió.»

Nkuma no pudo contenerse más y se echó a llorar desconsoladamente. «¡Ella era como una madre para mí!» Joham nunca había sentido el menor indicio de culpabilidad o interés por nadie hasta ese momento, pero se sintió invadido por toda una vida de remordimiento y rodeó a Nkuma con los brazos, llorando y suplicándole que lo perdonara.

Se quedaron hasta bien entrada la noche abrazados, mientras Nkuma le contaba a Joham todo lo que había aprendido de los misioneros. Al despuntar el alba, Joham pidió a Jesús que tomara su vida y se valiera de ella para deshacer el daño que había causado y para llevar esperanza y gozo adonde por tanto tiempo había causado dolor y pesar.

«Tengo que hallar la manera de rectificar las cosas para tu gente», Joham habló lentamente, pero apenas si reconocía su propia voz que ahora tenía calma y convicción. «Debemos partir pronto antes de que se haga de día. Creo que tengo un plan pero debemos apresurarnos.» Caminaron callados en medio de la tenue oscuridad matizada de las primeras luces del alba. Al llegar a la puerta del asentamiento, Joham susurró al oído de Nkuma: «Lamento tener que hacer esto pero es la única forma». Entonces, ató sus muñecas toscamente con una cuerda y agarrándola del pelo con una mano y las muñecas con la otra, se dirigió a la puerta.

Los guardias que estaban de vigilia lo miraron soñolientos mientras se acercaba.

«¿Ya terminaste con ella, Joham? No podías siquiera dejarla dormir antes de morir, ¿ah?», dijo uno riéndose entre dientes. «¿Por qué no nos la dejas a nosotros un rato. Nos desharemos de ella una vez terminemos.»

«Lo siento, las órdenes del capitán fueron que me deshiciera de ella cuando terminara, y si ustedes dos decidieran que ella es suficientemente buena para quedársela, me cortarían la cabeza», dijo él empujándola rudamente al piso. «Ahora abran la puerta antes de que yo decida deshacerme de ella aquí y ahora y ustedes tendrán que limpiar el desastre. ¡Estoy cansado y necesito dormir antes de empezar el día!»

El tono áspero de Joham hizo que los dos guardias se pusieran en postura firme mientras trataban de abrir la pesada barra, abriendo el portón lo justo para que pudieran pasar. Joham se dio la vuelta y con tono de enojo ordenó a uno de los guardias: «Esta me ha cansado; no hemos parado en toda la noche. Voy a tener que cabalgar hasta el pozo. Tráeme mi caballo.»

Los guardias no estaban acostumbrados a recibir órdenes, pero sabían que no les convenía hacer enojar a esos mercenarios. Muchos guardias bocones habían sido hallados muertos por la mañana después de haber insultado a uno de ellos. Sin decir nada, el guardia corrió a traer el caballo.

«Y ¿adónde se dirigirá después el gran Joham?», preguntó el otro guardia con la esperanza de aplacar al mercenario malhumorado que tenía delante. «“Volverás a adentrarte en las junglas con la siguiente banda para atrapar más esclavos?” Deben de haberte pagado una buena suma por haber conseguido una cantidad tan grande de esclavos en este viaje. ¿O los llevarás a la costa y te quedarás donde está la diversión?»

Joham se estaba poniendo nervioso. Cada minuto que se quedaba en el portal aumentaba el peligro de que el capitán saliera. A él no se lo podía amedrentar tan fácilmente como a los guardias, y cualquier sospecha haría imposible la huida. Su mirada no dejó entrever nada del conflicto que sentía en su interior y mantuvo la mirada gélida con que miraba al guardia hasta que escuchó los cascos del caballo en la tierra blanda a su lado.

Rápidamente ató las muñecas de Nkuma al extremo de una cuerda larga y envolvió el otro extremo alrededor del cuerno de su silla de montar. «Si la escuchan gritar, no se sorprendan, es una diabla enfurecida».

Los guardias se rieron; sus horribles dientes podridos hacían que sus risotadas fueran todavía más grotescas. Joham montó en el caballo y tratando de actuar como si no pasara nada, sostuvo las riendas lo más tirantes posible para que el caballo no se moviera sino a un paso lento.

Nkuma, aturdida y confundida ante el repentino cambio de Joham, caminaba dando tumbos y desanimada detrás del caballo hacia lo desconocido. Al cerrarse el portal, Joham pudo escuchar la voz del capitán que se acercaba al portal. Fingió no notarlo, pero en su interior suplicaba: *Jesús, si tú eres realmente quien me dio este plan y quieres proteger a Nkuma, debes hacernos invisibles al capitán.*

Se podía escuchar la voz áspera interrogando a los guardias sobre quién acababa de salir por el portal a esas horas de la madrugada. «¡Mire usted mismo!», refunfuñó uno de los guardias. «Era uno de sus mercenarios que va a descartar a la ramera con la que pasó la noche». «¡Idiota estúpido!», insultó el capitán. «¡Allá afuera no hay nadie! Otra vez estás soñando y dejando el portal abierto. Te haré poner en la prisión si te encuentro otra vez bebiendo durante la guardia. ¡Vuelve al trabajo y cierra el portal!»

A medida que la jungla iba envolviendo a los dos, Joham saltó del caballo y rápidamente desató las muñecas de Nkuma, rogándole que lo perdonara por haber sido tan brusco con ella. La tomó en sus brazos y la montó en el caballo antes de subir él. De inmediato, el caballo se lanzó a la jungla en un intento desesperado por ganar tiempo y distancia a medida que los primeros rayos del sol llenaban el cielo.

* * *

«Eh, ¿dónde está Joham? ¿Todavía está durmiendo después de su escapada de anoche?» Los miembros de la banda se rieron mientras preparaban los caballos para la larga travesía hacia la costa. «Será mejor que lo saque de la cama o el capitán nos cobrará por una noche extra de alojamiento», dijo otro con tono censor, mientras se acercaba al cuarto de Joham y llamaba ruidosamente a la puerta. «Levántate o perderemos las horas de la mañana. No me quiero cocinar en las llanuras antes de llegar al siguiente campamento.» «Mejor échale un poco de agua, Armando, o nos quedaremos aquí todo el día». El hombre tomó un balde de agua y pateando la puerta con todas sus fuerzas entró en la habitación. Un momento después, regresó confundido. «¡No está!», gritó sin poder creerlo con el balde colgando de la mano.

«No creerás que se entusiasmó y huyó con esa mujer, ¿verdad?», gritó otro.

«¡Cállate, Gui!», interrumpió Armando con preocupación en el rostro.

Joham le caía bien y lo que menos quería era tener que cazarlo y matarlo por desertor.

Pero era demasiado tarde. El capitán se hallaba de pie detrás de él y empezó a insultar enojado: «¡Sabía que no debía confiar en Joham con esa chica. ¡Hombres! Ya saben sus órdenes. A los desertores se los persigue y se les dispara al verlos. No regresen hasta que me traigan su cuerpo... y el de la chica también si está con él.»

«Pero capitán... ¡los esclavos!» Razonó Armando, con un destello en la mirada. Sabía que para el capitán solo había una cosa más importante que aplicar justicia a los desertores, y era el dinero. «Cada día que tienen que esperar aquí a que volvamos significa que muchos menos de ellos sobrevivirán para ser vendidos. Quizás podemos llevarlos hasta la costa y después buscar a Joham cuando volvamos.»

El capitán meditó en silencio el dilema durante un rato. «¡Está bien! Supongo que no nos queda otra opción», dijo contrariado de que su plan tuviera que dar paso al trabajo más importante que tenían entre manos. «Pero cuando vuelvan, tendrán que buscar de todas formas hasta que lo encuentren».

Un poco aliviados, los hombres comenzaron a encadenar a los esclavos en grupos que luego serían conducidos por la senda estrecha, y recorrerían cinco millas de jungla, tras lo cual llegarían a la pradera en donde tendrían que soportar el calor durante dos días antes de llegar a la costa.

«¿Cuántos piensas que sobrevivirán esta vez», dijo uno de los hombres mientras cabalgaban lentamente por la densa jungla.

«Apuesto que perderemos 20 por ciento -eso significa 40 de ellos- antes de que llegemos a la costa». «¡Yo apuesto 45!», dijo otro.

«Casi estamos en verano. Caerán como moscas.»

Armando estaba muy enfrascado en sus pensamientos como para participar en la conversación. Era la parte del viaje que más detestaba. Le parecía un derroche perder tantos esclavos, y en su interior se sentía turbado por las muchas preguntas que le surgían con respecto a ese estilo de vida. Durante los últimos dos años, había seguido a Joham a muchos sitios y en muchas aventuras. Su desaparición repentina no era algo que él haría y se sentía turbado pensando lo que podría haberlo hecho proceder de esa forma tan descabellada. Una joven, y sobre todo una joven negra, no valía el precio que tendría que pagar. Tenía que ser algo más.

Joham le había confiado una vez las pesadillas que tenía con frecuencia. Podía ver los rostros de las muchas personas a quienes

había segado la vida y parecía que volvían a acecharlo y a atormentarlo durante la noche. *¿Acaso se habrá vuelto loco de las pesadillas y huyó a la selva?* Deseaba poder encontrarlo y ayudarlo antes de que otros lo hallaran. Sabía que no les quedaba otra salida que matarlo o pondrían en peligro su propia vida.

Los pensamientos de Armando fueron interrumpidos un momento por un resplandor en la densidad de la jungla que los rodeaba. Fue alto tan rápido que no podía distinguir si era su imaginación, pero por un momento fugaz le pareció ver que Joham lo miraba. Después, desapareció.

Mi mente me está haciendo jugarretas. Estoy pensando en él demasiado, dijo por fin, tratando de no pensar. Joham ya debía de estar muy lejos. No sería tan estúpido como para aparecer donde sabía que pasarían con los esclavos.

Los sucesos de la mañana les habían costado horas muy valiosas y el día estaba empezando a terminarse cuando llegaron al borde de la jungla. Más abajo, se podían ver las praderas extensas, y a la distancia, se veía un rastro del mar en el horizonte.

«Será mejor que acampemos aquí esta noche. Aquí es más fácil hacer fogatas alrededor del campamento pues hay mucha leña», dijo cansado el líder de la banda mientras desmontaba lentamente del caballo. «Armen el campamento».

Los hombres hicieron un círculo de fogatas pequeñas en el claro.

Luego, ataron los caballos en otro círculo dentro de las fogatas.

Después, los hombres colocaron sobre el piso sus camas formando un círculo dentro del círculo de los caballos y acorralaron a los esclavos en el medio, sujetando las cadenas al piso con estacas.

«No podemos permitir que se pierda nada de nuestro valioso cargamento, ¿verdad?», dijo uno de los hombres mientras golpeaba la estaca para que quedara bien agarrada al piso. Los hombres comieron y se acostaron cuando el sol se puso tras los montes. Cuando llegaron a la costa, tendrían muchas oportunidades de divertirse y bastante dinero. Los dos días siguientes serían agotadores, pero cada uno se concentraba en las hermosas mujeres que los esperaban para quitarles el dinero cuando llegaran. Todos, menos Armando.

Seguía pensando en Joham. Tenía que entender. No podía encontrar paz y a medida que pasaban las horas, Armando no hacía más que dormir y despertarse de su sueño intranquilo.

No había escuchado ni un sonido. Ninguno de los caballos se alteró.

No, pero de repente sintió la presencia de alguien. ¡Se sentó de golpe

y se encontró cara a cara con Joham!

«¿Qué haces aquí?», dijo susurrando. «¡Te matarán!»

«¡No te preocupes!», dijo Joham con una sonrisa. Parecía Joham pero tenía algo diferente. Estaba cambiado. «Necesito que me ayudes, Armando. Vamos a llevar a los esclavos a su casa. ¿Nos ayudarás?» Los ojos de Joham resplandecían con una luz que nunca había visto. Por un momento, se quedó fascinado con ella.

«¡Estás loco! ¡Te matarán antes de que puedas sacar la primera estaca! Y matarán también a los esclavos si escapan, ¡y a mí si me ven hablando contigo!»

«Fíjate, Armando. Mira el milagro que Jesús ya ha obrado. ¿Vendrás con nosotros?»

Armando se dio la vuelta para mirar el centro del campamento y se quedó atónito y horrorizado al ver que allí no había un solo esclavo. Las estacas estaban en su sitio, y las cuerdas seguían atadas a ellas, pero no se veía ningún esclavo.

«Son demasiadas cosas para explicártelas ahora, pero Jesús me dijo que necesitaba que nos ayudaras a Nkuma y a mí a llevarlos de vuelta a su aldea. ¿Nos ayudarás?»

Los ojos de Joham tenían tal paz que Armando se encontró siguiéndolo mientras atravesaba tranquilamente el círculo de hombres dormidos y después el círculo de caballos sin que se produjera un movimiento ni un sonido. Al llegar al borde del campamento, Joham se dio la vuelta y con una mirada extraña en el rostro, dijo a Armando: «Pase lo que pase conmigo, tienes que llevar a Nkuma y a los demás a su aldea. Dios irá contigo y llegarán allá sin problemas. Él me lo dijo. ¡Ahora, corre! ¡Te están esperando!»

Armando parecía impulsado por una fuerza superior mientras empezaba a correr por la oscura jungla. Mientras corría, escuchó gritos, y al darse la vuelta, vio a tres de los hombres de la banda de pie con las pistolas apuntadas hacia algo. Entonces, vio que Joham se hallaba de pie detrás de un gran árbol en la línea de fuego. Antes de que pudieran disparar, un enorme tigre apareció de la nada y saltó encima de los tres hombres. El caos que se produjo después hizo que el resto de los hombres se apresurara a buscar sus armas, y en un momento, el tigre yacía muerto al lado del cuerpo de uno de ellos. De pronto, otro tigre saltó de un árbol cerca de Joham, y antes de que se pudieran mover, lo había agarrado y lo llevó hacia la jungla.

Armando se quedó muerto de miedo por lo que acababa de suceder ante sus ojos. Los hombres no lo habían visto en la jungla. No sabía

por qué, pero sabía que debía correr, y después de unos momentos de desesperación, se encontró en un pequeño claro rodeado por los esclavos.

Estaban a su alrededor y lo miraban con ojos furiosos; estaba seguro de que su vida había terminado. Se postró en el piso esperando que en cualquier momento lo golpearan en la cabeza y todo terminara, pero lo único que hubo fue silencio. Cuando alzó la vista, vio a una mujer hermosa de pie frente a él. En sus ojos no había odio o enojo, solo tristeza.

«Yo soy Nkuma... ¿dónde está Joham?» Se acordó de golpe del horror de la escena y se sintió confundido y abrumado por todo lo ocurrido.

«¡E... estaba parado en plena vista del campamento cuando los hombres le iban a disparar, pero un tigre atacó a los hombres. Entonces, otro tigre atacó a Joham, y arrastró su cuerpo hacia la selva!» Nkuma cayó de rodillas. No había palabras o sonidos que pudieran expresar el dolor que sentía.

«Entonces, está con Jesús», dijo ella suavemente. «No hay nada que podamos hacer. Debemos seguir adelante. Joham dijo que pase lo que pase debemos llevar a mi gente de vuelta a su aldea. ¿Me ayudarás? Joham regresó por ti. Dijo que eras un buen hombre y que Jesús le había dicho que nos ayudarías. No conozco este lugar, pero tú nos puedes guiar a nuestras montañas. Habrá tiempo para llorar la muerte de Joham cuando mi gente esté a salvo, pero ahora debemos irnos.»

* * *

En el campamento, el caos y la confusión empezaron a calmarse. Pedro había sido quien estaba más cerca de la bestia cuando ésta atacó. Su cuerpo se hallaba al lado del tigre muerto. Nadie había escuchado nada hasta que los tres hombres gritaron, y poco después, se escucharon sus gritos de terror cuando el tigre salió de la nada y los atacó. Paulo estaba sentado cerca de su caballo mientras varios hombres intentaban detener el sangrado de la herida de su brazo.

«¿Qué pasó?», preguntó Joao, el líder de la banda de hombres.

«¡Me desperté repentinamente! ¡Ahí, a unos cien pies, estaba parado Joham! ¡Estoy seguro que era él! Agarré mi mosquete mientras pedía ayuda, y Pedro y su hermano se levantaron de golpe; estábamos a punto de disparar a Joham, que estaba parado ahí como si estuviera

esperando que le disparáramos. Entonces, no sé que pasó. ¡Escuchamos un rugido y un enorme tigre se me subió encima! Alcé la mirada y otro tigre saltaba del árbol justo al lado de Joham. Cayó encima de él y se fue arrastrando su cuerpo hacia el bosque. Estoy seguro de que está muerto. Parecía muerto cuando el tigre se lo llevó.»

«¿Qué hacemos con los esclavos?», preguntó otro. «¿Cómo escaparon? Es como si hubieran desaparecido. Las estacas y las sogas todavía están ahí y las cadenas todavía están atadas a ellas. Los grilletes ni siquiera están abiertos.»

«¡Debe de ser alguna magia negra! ¡Larguémonos de aquí!», gritó uno de los hombres mientras los demás comenzaron a moverse inquietos, mirando nerviosamente alrededor suyo.

Joao se rió ruidosamente. «¿Así que quieren regresar y decirle al capitán que alguien hizo desaparecer a los esclavos como por arte de magia en la mitad de la noche? ¡Haría que nos ejecutaran en ese instante! Cálmense. Es inútil buscarlos en la selva en la oscuridad. Al despuntar el alba, nos dividiremos en equipos y los buscaremos. Tenemos que recapturarlos y llevarlos a la costa. No maten a nadie si es que lo puedan evitar; ya perderemos bastantes en las planicies, así que no los maten si no hace falta. Acaben de vendar a los hombres, cubran el cuerpo con una manta, y lo enterraremos en la mañana. Vuelvan a acostarse. Ese tigre ya tuvo su cena y no regresará esta noche.»

Esa noche, nadie durmió. Varias veces un rugido profundo que venía de la selva, hacía que los caballos y los hombres se juntaran en grupos, susurrando sus versiones de lo que les estaba sucediendo, pero ninguno pudo haber imaginado lo que realmente ocurrió esa noche y cómo afectaría muchas vidas.

* * *

Los cansados esclavos seguían caminando cuando despuntó la mañana. Armando había hecho todo lo posible por llevarlos en la dirección debida, aunque nunca había tenido que viajar en medio de la oscuridad y todo se veía extraño y diferente. Nkuma se había detenido varias veces para apartarse unos instantes, luego regresaba y sugería que giraran en cierta dirección. Armando no podía entender lo que estaba haciendo, pero se sentía obligado a hacerle caso, aun cuando

le parecía una decisión equivocada.

A medida que los primeros rayos de luz penetraban en la selva, ella se apartó una vez más del grupo. Armando no lo pudo resistir más y la siguió sigilosamente por la selva. Asombrado, vio cómo se postraba de rodillas y comenzaba a orar.

Armando se había criado con una tía que le había enseñado algunas oraciones de niño. La quería muchísimo y había intentado seguir su ejemplo. Pero cuando él tenía 14 años, su tía murió, y su dolor se había convertido en resentimiento contra Dios, pues siendo él tan solo un muchacho, le había quitado al único ser querido del que tenía memoria. Él decidió que Dios no existía y se apartó de todo lo que tuviera que ver con Él.

Ahora, se encontraba cara a cara con alguien que había encontrado realidad en un dios, pero se encontraba dividido entre la amargura y la desesperación que sentía por todas las cosas imposibles por las que había pasado en las últimas horas. De repente, Nkuma se dio vuelta, y al verlo ahí mirándola, extendió la mano hacia él. Sintió que una fuerza lo atraía y se arrodilló a su lado.

«No sabría dónde empezar», balbuceó. «No he hecho esto desde que era niño». Nkuma lo miró profundamente a los ojos y dijo: «Solo abre tu corazón. Isabella me enseñó que solo tenía que abrir el corazón y dejar que Él sacara lo que no quisiera que estuviera ahí, y que pusiera lo que Él quiera que entienda.»

Cuando ella lo dijo, todo pareció muy sencillo, y él empezó a entender que lo que había sentido cuando era niño era que el Señor estaba haciendo justamente eso. «¿Qué digo? Siempre rezábamos oraciones, pero no me acuerdo de ninguna», dijo sintiéndose avergonzado de estar ahí, arrodillado.

«No tienes que decir nada a menos que las palabras te surjan del corazón».

Armando cerró los ojos, y fue como si muchas aguas pasaran por su interior llevándose la confusión, la ansiedad, dolor y horror de la última noche. Entonces un calor lo envolvió y se sintió más calmado que nunca en su vida. No importaba que estuviera en la selva con miles de esclavos africanos prófugos. Parecía no tener ninguna importancia que si los hombres de su grupo los encontraban, lo cual seguramente sucedería, lo matarían sin pensarlo. Lo único que importaba en ese momento era el amor y la aceptación que sentía.

Los minutos pasaron y Armando regresó a la realidad de su situación.

«Debemos ponernos en marcha pronto. Van a estar recorriendo la

selva buscándonos en sus caballos, y pueden recorrer mucho más territorio que nosotros. No se detendrán hasta encontrarnos. Si no nos encuentran arriesgan su pellejo.»

Pero Nkuma dijo: «Espera, todavía no es momento de que nos pongamos en marcha. Ahora debemos quedarnos quietos. Lo puedo sentir. Pero debemos regresar con mi gente de inmediato. Debemos estar con ellos para animar su fe para lo que está a punto de suceder.»

* * *

De regreso en el campamento, los hombres lentamente empacaron sus pertenencias. Nadie notó que la cama de Armando seguía allí pero que él no aparecía por ningún lado. Cuando alguien por fin se dio cuenta, los hombres comenzaron a mirar con desconfianza a su alrededor. Joao no estaba tan calmado como la noche anterior. El nerviosismo de los hombres lo estaba afectando y las noticias de la desaparición de Armando casi acabaron con la imagen de compostura que quería aparentar a toda costa.

«Era amigo de Joham, ¿no es así?», preguntó. «¡Tal vez es algo que planearon los dos para robarse los esclavos y ganarse ellos el dinero!» Estaba recobrando su valentía. «Divídanse en grupos de cuatro y vayan en todas las direcciones. Ellos van a pie, por lo que los podremos alcanzar fácilmente. Regresen al atardecer. Tendremos una fiesta para festejar su retorno y nos encargaremos de Armando y Joham.»

«¡Pero yo vi que ese tigre mató a Joham! No es algo que se podría fingir», repitió Paolo.

«Bueno, nos encargaremos de su cómplice. ¡Armando se va a arrepentir mucho de haber tratado de engañarnos!»

Los hombres se llenaron de valor y se dividieron en grupos y partieron en todas las direcciones para encontrar a Armando y los esclavos. No fue tan simple como imaginaron, pues no hallaron huellas, pero como se imaginaban que los otros estaban siguiendo el rastro continuaron su búsqueda a caballo. Después de varias horas, unos de un grupo pensaron que oyeron voces a la distancia. Emocionados, empezaron a galopar, seguros de haber encontrado los cientos de esclavos.

A medida que se acercaban podían oír sus voces, pero al llegar a un claro en el que estaban seguros que los encontrarían, no encontraron

nada. Ni una pista de que hubieran estado ahí. Ni un sonido. Confundidos por el giro de las cosas, los hombres se miraron intranquilos.

«No creo que puedan haber llegado más lejos que nosotros», dijo uno. «Me pareció que escuché algo, pero debe de haber sido mi imaginación...», dijo otro nerviosamente. «No sé por qué, pero este lugar no me gusta. Hay algo muy raro. Creo que deberíamos regresar. Seguramente ya tienen a los esclavos en el campamento y aquí estamos perdiendo el tiempo.»

Los cuatro giraron y abandonaron el claro siguiendo el camino por donde habían llegado, mirando hacia atrás con la esperanza de ver algo, pero al mismo tiempo no queriendo ver nada. Esa noche, el campamento fue un lugar deprimente pues todos los grupos regresaron para comprobar que ninguno había logrado encontrar a los esclavos.

«No podemos regresar», dijo uno. «El capitán como mínimo nos va a encarcelar y probablemente nos ejecute.»

Joao sabía que tenía razón. «Bueno, supongo que llegó la hora de tomar decisiones difíciles. ¿Qué les parece una nueva colonia? ¿Tal vez el Nuevo Mundo o Brasil? Tendremos que dispersarnos y desaparecer silenciosamente, pero por lo menos pasarán varias semanas antes de que el capitán se dé cuenta de lo que pasó, y para entonces ya tendremos una vida nueva y nuevos nombres. Mañana por la mañana, levantamos campamento y nos dirigimos a la costa. Buena suerte a todos.»

* * *

Nkuma y Armando habían caminado en silencio de regreso al claro en que descansaban los hombres Ntibi, exhaustos después de la larga noche de caminata. El corazón de Nkuma estaba tan lleno de los milagros que había visto en las últimas 24 horas que a esas alturas nada le parecía imposible. Cuando ella y Joham habían seguido a la banda de hombres mientras viajaban hacia el final de la selva, en lo único en que pensaban afanosamente era en cómo podían liberar a los esclavos. Cuando había caído la noche, habían estado mirando desde un árbol cercano mientras los hombres se preparaban para dormir.

Acudieron al Señor pidiendo que los guiara, pero Él simplemente les había dicho que entraran caminando al campamento y que Él haría lo

que ellos no pudieran hacer. A medida que se acercaban silenciosamente al campamento, les pareció una situación imposible. Los caballos pronto percibirían su olor y comenzarían a moverse y a relinchar. Pero cuando llegaron a las fogatas en el borde del campamento, nada se movía. No se oía absolutamente nada excepto los ronquidos de los hombres que dormían.

Entraron en el campamento y pasaron al lado de los hombres dormidos hasta llegar a los esclavos. Cuando los despertaron, uno de ellos gritó de miedo, y por un momento parecía que todo estaba perdido. Pero cuando miraron a su alrededor asombrados, vieron que ninguno de los hombres se había despertado, ni un solo caballo se había movido.

Al levantarse los esclavos, vieron sus grilletes en el piso al lado de sus piernas, como si alguien se los hubiera quitado cuidadosamente, los hubiera vuelto a cerrar, y los hubiera colocado ordenadamente en el piso. Al cabo de unos minutos todos se encontraron en el claro a unos cientos de metros del campamento. Todo parecía muy alegre y perfecto.

Nkuma sintió mucha alegría en su interior mientras abrazaba a Joham. «¡Estamos a salvo! Podemos escapar. Nuestro Dios nos ha salvado», ella susurro en su oído.

«No se acaba todavía», Joham dijo tranquilamente. «Ellos no dejarán de buscarme. Hay algo que tengo que hacer. No sé qué va a suceder, pero la voz del Señor dijo que tengo que acabar lo que empecé. Hay un hombre, un buen hombre. Es un buen amigo y se puede confiar en él. Te lo voy a traer y él te llevará a tu aldea.»

«Pase lo que pase, ve con él a toda prisa cuando llegue, y no te detengas por nada. Siempre estaré contigo; ¡nunca lo dudes! Nunca he amado a nadie en toda mi vida, pero hoy aprendí lo que es el amor y siempre estaré a tu lado.»

Entonces, desapareció en la selva. No sabía por qué, pero sintió que nunca lo volvería a ver en esta vida, y estuvo llorando durante un rato, pero pronto dejó de llorar ante la necesidad de poner a su gente a salvo. Los gritos, disparos y el sonido de alguien que salía corriendo del campamento hacia el claro había iniciado la sucesión de acontecimientos que los había llevado hasta ese claro.

Ahora, cuando volvían de orar y entraron en el claro, todos se les quedaron mirando. Nkuma habló a su gente en su lengua nativa, y todos suspiraron como dominados por la desesperación. Pero a medida que continuaba hablando, parecía que todos se llenaban de fe

y determinación. Ella se volteó hacia Armando y dijo: «Es hora de orar. Arrodíllate aquí a mi lado, en el centro del claro, donde todos nos puedan ver. El Señor dijo que hiciéramos silencio y que viéramos cómo Su mano poderosa de liberación se posa sobre Su pueblo.» Mientras se postraban de rodillas, escuchaban cada vez más cerca el sonido de caballos galopando. De repente, cuatro caballos entraron al claro. Los hombres eran parte de la banda que los iba a llevar para venderlos como esclavos. Se detuvieron tan pronto entraron en el claro. Sus miradas eran de sorpresa y confusión. Un caballo avanzó lentamente hasta unos cinco centímetros de donde estaban los dos arrodillados en el centro, pero por lo visto no percibía que estaban ahí. Los hombres Ntibi se quedaron sentados, atónitos y en silencio, casi ni se atrevían a respirar mientras los cuatro caballos caminaban alrededor del claro; parecía que los miraban, pero a la vez parecía que miraban a través de ellos. Uno de los hombres desmontó y comenzó a buscar en el suelo algo que indicara que habían estado ahí, pero cuando los hombres se miraban unos a otros, parecían ponerse nerviosos; y después de varios minutos, salieron del claro como si ahí no hubiera nadie.

Nkuma y Armando permanecieron en silencio varios minutos, sin poder creer lo que acababa de suceder. Entonces, prorrumpieron en gritos de alegría por el milagro que acababan de presenciar.

* * *

Esa noche, mientras Nkuma se hallaba acostada llorando en silencio, sintió que la pérdida de Joham le dolía más de lo que podía soportar, entonces, vio una imagen de ella de vuelta en su aldea. Caminaba por el centro de la aldea con cuatro niños hermosos que la rodeaban. De repente, los niños dejaron su lado y corrieron alegremente a los brazos de otro. Se quedó helada, ¡era Joham!

«¿Pero cómo puede ser posible?», preguntó a aquel en quien había llegado a confiar en todo sentido.

En ese momento, oyó un movimiento. Se sentó rápidamente y vio que a pocos metros de ella se hallaba un enorme tigre, cuyos ojos brillantes se destacaban en la oscuridad de la noche. «¿Me reuniré con Joham en el Cielo esta noche?», susurró ella con miedo de moverse. «¡Espero que no!», dijo una voz en la oscuridad. «¡Todavía no he llegado allí!», dijo la voz nuevamente mientras Joham se

acercaba y se podía ver su rostro iluminado por la luz de la luna.
«¿Cómo? ¿Cuándo? ¡No puedes ser real! Armando vio que el tigre te llevaba a la selva. ¡Estás muerto, pero estás aquí! No lo entiendo.»
Las palabras se mezclaban mientras él la abrazaba. El tigre gruñó gravemente y cuando ambos se dieron la vuelta, vieron que el magnífico animal se daba la vuelta y desaparecía en la selva.
«Cuando esa criatura gigante saltó sobre mí, yo también pensé que moriría con certeza. Me inmovilizó con una garra sobre cada hombro y meneó la cabeza violentamente. Entonces, me agarró por el hombro del chaleco y me arrastró a la selva. No sabía si me llevaba para dar de comer a sus crías, por lo que me hice el muerto. No podía entender por qué no me había matado, ni siquiera me lastimó.
»A medida que se adentraba más y más en la selva, caminaba más y más lento hasta que se detuvo al lado de una cueva. Me soltó dando un rugido y se fue. Entré en la cueva pero estaba vacía. Me sentía exhausto y horrorizado por lo que había sucedido, así que me acosté. Un rato después, el tigre regresó con un poco de carne, lo dejó a la entrada de la cueva como si me lo estuviera dando a mí. Hice una pequeña fogata, cociné la carne y me la comí. Entonces, me volví a dormir, y cuando me desperté, el tigre estaba parado a mi lado. Entonces, caminó algunos pasos y se volteó como si estuviera esperando que lo siguiera.
»Era más de lo que yo podía entender, por lo que lo seguí. Al principio caminé detrás de él, después a su lado. En cierto momento, hasta le puse la mano encima. Caminamos durante la noche hasta que me trajo a ti. No sé por qué Jesús ha hecho todo esto por mí. Soy lo peor de lo peor. Sé que no hay sacrificio que yo pueda hacer que pague el amor que Jesús me ha mostrado, pero si tú me aceptas, ¡quiero pasar el resto de mi vida sirviendo a este Dios contigo!»
Regresaron a la aldea en que nació, y donde nacieron mis tres hermanas. Mis padres dedicaron su vida a viajar y contar la historia del Dios milagroso que podía hacer cualquier cosa para salvar a los que lo aman y hacen lo mejor que pueden por servirle, y hasta recibe con los brazos abiertos a los peores pecadores, los perdona y los transforma en nuevas criaturas.
¿Qué sucedió con Armando? Se quedó con nosotros dos años para aprender todo lo que se le podía enseñar de este salvador maravilloso, y después, partió a enseñar la verdadera naturaleza de Jesús a los nativos de Brasil.

05. Testimonio de Sir Matthew

Me llamo Sir Matthew. Hace mucho tiempo, por la época que se conoce como la época medieval, yo era caballero de Inglaterra. Siempre creí en Dios, o por lo menos creía que así era. Mi historia comienza cuando Inglaterra estaba gobernada por un rey muy cruel. Era injusto, y todos lo odiaban y le temían. Un día de primavera, fui citado al salón del trono. Mientras me arrodillaba ante él, me sentía muy intranquilo. Me ordenó que me levantara y me encomendó una misión.

Había una provincia que se había rebelado contra su gobierno tiránico y él quería sofocar la rebelión. Se me conocía como un soldado y un comandante de batalla digno de temer, y por esa razón había decidido enviarme a mí.

Salí de la ciudad marchando con unos 200 hombres. Mientras cabalgábamos por la campiña, no podía dejar de pensar que las órdenes que se me habían dado estaban equivocadas. Durante los siguientes días, mientras marchábamos por el territorio con rumbo a la provincia, seguía sintiendo cuestionamientos en mi interior.

Entonces, una noche, pasó lo impensable. Nos topamos con una gran banda de ladrones que nos atacó durante la noche. Para entonces, yo ya me había decidido, y cuando sucedió eso, decidí que era una buena oportunidad para dejar atrás mi pasado y comenzar de nuevo, por lo que monté mi caballo y traté de irme. Pero mi partida no pasó desapercibida y recibí tres flechazos. Continué adelante hasta que me desmayé y caí al suelo.

Lo siguiente que recuerdo es que me hallaba caminando por una aldea. Me cuidaban dos jovencitas que me sonreían mientras me curaban las heridas. Medio atontado, pregunté dónde me encontraba. Una de ellas respondió: «En nuestra aldea estás a salvo». De repente, reconocí los emblemas que llevaban en la ropa. ¡Perteneían a la aldea a la que había sido enviado para destruirla!

De pronto, un hombre entró en la habitación. «Veo que estás despierto. Qué bueno.» Justo cuando estaba por preguntar por qué me estaban ayudando, el hombre dijo: «Sé quién eres. Todos lo sabemos.

Sabemos por qué viniste. Pero ven conmigo y te mostraré algo.» Me levanté y me ayudó a caminar dejándome que me apoyara en su hombro. Todas las personas con las que nos encontrábamos, nos sonreían y daban gracias a Dios por haberme devuelto la vida.

Finalmente, me di la vuelta y dije: «¿Por qué hacen esto? ¡Soy su enemigo!» Simplemente, me respondió: «Para Jesucristo, no hay enemigos». Me quedé atónito. «¿Cómo pueden quererme? ¡Venía a destruirlos! ¿Qué los impulsa a hacer esto?» Nuevamente, respondió: «El amor de Jesús».

Yo pensaba que servía a Dios, pero me di cuenta de que nunca había tenido el amor que tenían ellos. Las doctrinas de la iglesia palidecían en comparación con lo que tenía esa gente humilde. Pregunté: «¿Cómo puedo encontrar ese amor?» El anciano me sonrió amablemente, y en ese momento recibí a Cristo como mi Señor y Salvador.

Pero cuando me levanté, se nos acercó un hombre corriendo y dijo: «¡Se acerca un grupo grande de hombres!» Al subir a las murallas, me di cuenta de que mi banda de hombres había convencido a los despiadados ladrones para que se les unieran y atacaran la aldea. Noté que el anciano oraba de rodillas: «¡Dios sálvanos!» Yo también oré de todo corazón.

De pronto, sentí que me caía una gota de agua en la cara. Alcé la vista y vi que el cielo estaba oscuro y cargado. Empezó a llover a cántaros de una forma increíble. Era tan fuerte la lluvia que no se podía ver el ejército a unos 30 metros de nosotros. Llovió todo el día y toda la noche. Al día siguiente, miramos y no había rastros del ejército. Todo lo que se veía era el valle empapado. Así nos libró nuestro Señor.

06. Los Puritanos José y Adelaida

En aquel entonces había un grupo de protestantes y verdaderos creyentes que vivíamos en Inglaterra. Queríamos ser libres de creer lo que queríamos y que las Sagradas Escrituras no se nos transmitieran filtradas y tergiversadas por funcionarios eclesiásticos transigentes e influenciados por la política. Queríamos amar y servir a Dios de forma pura y se nos conocía como Puritanos.

José y Adelaida tenían una pequeña familia de dos hijos y eran bastante conocidos en un pequeño pueblo que quedaba junto a la ciudad portuaria de Dover. Llevaban una vida sencilla, pero tenían lo suficiente. Como ella provenía de una familia de más nivel social que la de él, y su familia tenía bastante dinero, se los conocía bastante en la iglesia y en otros círculos.

Para resumir el relato, a sus parientes no les cayó muy bien que José y Adelaida dejaran de ir a la iglesia por sentirse insatisfechos y decepcionados. Ambos estaban muy cerca el uno del otro y ninguno podía aguantarlo más. Al cabo de poco, conocieron a algunos de nosotros, los Puritanos, y adoptaron nuestro estilo de vida. Sus problemas empezaron a partir de entonces, ya que muchos rechazaban su nueva religión. Los padres de ella no estaban de acuerdo, la familia de él se mantuvo distante, y los demás empezaron a causarles problemas grandes y pequeños.

Los hijos de José y Adelaida eran muy pequeños, y el más pequeño siempre estaba enfermo. Un día, los padres de Adelaida se hartaron y acicateados por clérigos de la zona, y apoyados por otras personas que tenían las mismas ideas religiosas, llamaron a las autoridades para que arrestaran a José y dieran a Adelaida la oportunidad de renunciar a su fe, o que por lo menos no la manifestara de forma tan abierta y pública.

De milagro, uno de nosotros se enteró de ello y pasó la noticia. Por medio de un guardia, nos enteramos de que esa noche lo apresarían y lo pondrían en la cárcel, y que si ella no se sometía para la mañana, tanto ella como los niños serían encarcelados.

Sabíamos que era algo serio, pues aunque no los torturaran ni los maltrataran, lo cual era más que probable, esos pequeñitos no podrían sobrevivir en la prisión. Todos pensamos que la única forma de encarar el asunto era escapándose, por lo que hicimos arreglos para

que fueran transportados a Dover, en donde había un hermano que trabajaba como marinero en los barcos que partían hacia las recién descubiertas tierras de América.

Viajaron esa tarde y no tuvieron problemas, pero aparentemente alguien los vio partir y cuando los funcionarios se enteraron, inmediatamente avisaron a Dover, y se difundió un aviso de alerta por toda la ciudad. Es decir, se avisó a todos los guardias que estuvieran atentos por si los veían y se notificó a todas las posadas y tabernas, y se apostó a uno o dos soldados en cada una por si acaso se presentaban allí.

El primer milagro ocurrió una vez que llegaron a Dover: se estaba haciendo de noche y José y Adelaida buscaban una posada, pero al acercarse a una, escucharon que unos empleados hablaban del soldado que se escondía en la posada esperando que apareciera una pareja de Puritanos. Entendieron que era a ellos a quienes esperaba el soldado y no entraron a la posada. Pero precisaban un lugar en donde hospedarse y no conocían a nadie en Dover. El marinero con el que tenían que encontrarse los iba a ver en una taberna -pero mucho más tarde esa noche- y ni siquiera era seguro que les pudiera ofrecer alojamiento.

Así pues, empezaron a caminar por las calles, orando y pensando qué hacer; de pronto, mientras caminaban por una calle de un barrio de clase media baja, una señora abrió la puerta de su casa y los invitó a entrar para que se resguardaran del frío y de las calles heladas. Preguntó adónde se dirigían y les sirvió té caliente. Preguntó si tenían donde alojarse y cuando supo que no tenían, les dijo que podían pasar la noche en su casa, si no les molestaban los dos hijos que tenía la señora.

Esa noche, se quedaron conversando con ella y testificándole, y después, José salió para encontrarse con el marinero quien le habló del barco en que estaba y le dijo que, seguramente, él podría ayudarlos a abordar ese barco por la mañana. El barco se dirigía hacia el oeste desde donde podrían escapar y empezar una nueva vida.

Decidieron aceptarlo y a la mañana siguiente pudieron subir al barco y partir sin que los guardias apostados en el muelle los vieran.

...Y para quienes estén interesados, la señora que había hospedado a José y Adelaida fue puesta en contacto con el marinero, quien a su vez, la puso en contacto con otras personas de nuestro grupo, y con el tiempo, ella también se convirtió.

07. ¡Rayos al Rescate!

Estaba oscuro. La única luz que había en la habitación entraba por una ventana y provenía de la luz de la calle que estaba un poco lejos. Reinaba un silencio total, era demasiado silencio. Instintivamente, supe que rondaba el peligro.

«¿Qué hago, Señor?» Oré con apremio.

La respuesta inmediata que recibí fue: «Emplea tus nuevas armas».

De inmediato, pronuncié una sarta de alabanzas en mi interior, alabanza por la protección del Señor, por Su orientación, alabanza por Su guía en épocas difíciles. Empecé a pensar en detalles y prorrumpí en alabanzas por las muchas cosas que me hizo recordar el Señor.

Luego, me tranquilicé, sintiéndome renovado en fe e ideales. Invoqué la llave de la intervención y la protección divina. Fue en ese momento que el Señor me hizo ver un auto que andaba lentamente por la calle en dirección a mí. Era como si pudiera ver a las personas que estaban adentro. Eran policías y venían a realizar una redada sorpresa.

Nuestro grupo había estado en la mira desde que el Anticristo había subido al poder y había exigido que se adorara su imagen diabólica... una adoración que se manifestaba aceptando su marca y prometiendo lealtad a su sistema. Como nosotros y otros grupos nos habíamos negado a hacerlo, empezaron a perseguirnos sistemáticamente y a eliminarnos.

Así pues, venían a apresarnos. Aparecieron más autos: jeeps, autos de policía y cantidades de milicianos con trajes de combate muy sofisticados.

«¿Qué hacemos?», pregunté suplicando.

La respuesta que me vino de inmediato fue: «¡Apártate y ve la salvación del Señor!» De pronto, fue como si ya no me encontrara en mi cuerpo carnal, sino que era un espíritu separado que veía todo desde otra dimensión. Vi aparecer una serie de rayos y antes de que nadie pudiera salir de los autos, los rayos cayeron sobre cada uno de los vehículos.

Los rayos cayeron sobre cada uno de los vehículos y las personas que se hallaban dentro murieron instantáneamente por la fuerza de millones de voltios de rayos celestiales.

Reinaba la quietud, nadie se movía.

«¡Ahora, huyan!» Dijo la voz todavía con más fuerza.

Rápidamente, fui despertando a todos y al cabo de diez minutos, ya

todos tenían sus pertenencias esenciales y nos alejábamos en nuestro vehículo. El Señor nos guió a un nuevo refugio, desde donde pudimos hacer algunas incursiones en la ciudad, controlada por los AC; allí testificamos a muchos y liberamos a muchos de la esclavitud de la marca de la Bestia.

Las fuerzas del AC nunca nos volvieron a ubicar. El Señor trababa los equipos de vigilancia que ellos intentaban usar. No pudieron volver a descubrir dónde nos encontrábamos. ¡Alabado sea el Señor!

08. ¡Otra Visión y Susurros del Tiempo del Fin!

(*Jesús:*) Me encanta pregonar a los cuatro vientos Mi poder y hacer que Mi causa sea algo que los inspire y emocione, ¡de tal manera que lo pasen de maravilla! ¡En el Tiempo del Fin, se divertirán y se emocionarán como nunca! Lógicamente, también será una época llena de batallas y luchas, pero sepan que servirá para romper la monotonía que les parece que tiene su vida ahora y lo repetitiva que es. ¡Déjenme que les vuelva a mostrar cuál puede ser su misión en el futuro, además de dejarles que echen un vistazo al reino espiritual para que puedan ver Mi poder protector!

* * *

Soy uno de ustedes... ¡un soldado fiel del Fin! El ambiente es como el de la Carta *Visión y susurros del Tiempo del Fin*, en la que había muchas personas amontonadas en la oscuridad de un sótano en una ciudad oscura y deprimente. Esto ocurre después de que la zona se vio azotada por una guerra y afuera reina el caos y la violencia.

Adentro, estamos unos cuantos, no muy preparados para todo esto, pero atónitos por la exactitud de las profecías que se recibieron justamente sobre este acontecimiento. Sentimos apremio por saber qué podemos hacer. Nos da la impresión de que si saliéramos, no habría mucho que podríamos hacer. Hay saqueos y luchas; conflictos armados en los que inclusive la policía aprovecha la confusión y hace lo que quiere.

Pero aquí nos encontramos a salvo. Es como si estuviéramos escondidos de la pestilencia y la confusión que reinan afuera.

Sabemos lo que está pasando y podemos hablar con los que nos rodean, que también se esconden entre nosotros. Hemos sacado la Palabra de nuestras reservas y estamos compartiendo eso que teníamos guardado durante tanto tiempo -que para nosotros era de lo más común- y podemos guiar a muchos al Señor. Él nos provee nuestras necesidades cada día. No nos falta nada.

El Señor se está valiendo de los milagros para llegar a las personas que han acudido a nosotros, para que estén inspiradas y convencidas de la Palabra. Claro que no tienen la formación y la sabiduría que tenemos nosotros, pero desde luego no les falta la fe, ya que a diario nos preguntan por qué no salimos y destrozamos a las fuerzas del Anticristo con nuestros «dedos de láser» como indican los carteles y los dibujos de esas cartas antiguas.

Les sorprendería saber que ninguno de los de la Familia que estamos aquí tenemos más de 18 años. ¡De verdad! Cuando se produjo la evacuación, hubo una especie de confusión, ya que los adultos y los jóvenes adultos pensaron que íbamos delante de ellos y salieron sin problema, alabado sea Dios. Pero nosotros nos quedamos aquí, y ahora no hay forma de que vuelvan pues la ciudad está cerrada y hay bombardeos y luchas constantes.

Todo lo que podemos hacer es quedarnos aquí, pero eso no significa que no estemos haciendo nada. Hemos convertido este sótano viejo en un Hogar -en el que hay luz y vida- y lo que es sorprendente, hay agua corriente, electricidad y conexiones de cable, gas y aire acondicionado. Derribamos unas cuantas paredes para que nuestros vecinos puedan unírseles y para poder tener más espacio para los otros que poco a poco se nos van juntando en busca de refugio. Este edificio ha sido atacado muchísimas veces. Por los relatos de las personas que llegan, afuera no hay mucho que pueda delatar que estamos aquí dentro. Buscaban nada más un sitio temporal para recobrar el sentido mientras trataban de llegar a un sitio seguro cuando encontraron esta puerta. Cuando se metieron no les pareció una puerta, pero de repente se dieron cuenta y vieron que había algo dentro, y golpearon. Ahora no se quieren ir.

Afuera, todo lo que queda es una pila de ladrillos, hormigón, vidrios rotos y fragmentos de metal retorcido. Nos sorprende que el cielo raso se mantenga en su sitio. Seguramente nuestros ayudantes están dedicados de lleno a eso, pues hasta los hemos visto de vez en cuando sosteniendo los muros y mostrándonos si debemos hacer algo para evitar que se caiga alguna parte.

El otro día llegó un hombre, era uno de los combatientes de la resistencia. Quedó separado de su unidad y había sido atacado fuertemente por el enemigo. Se sentía desilusionado; había tenido un trabajo continuado en el sistema del Anticristo, y había recibido la marca, pero cuando las fuerzas revolucionarias empezaron a atacar, supo que algo no andaba bien y que tenía que juntarse con las fuerzas rebeldes.

Nunca había escuchado hablar del Señor, ni había orado, sin embargo cuando vio que las balas cada vez daban más cerca y pensó que podía morir en cualquier momento, tuvo una visión de un lugar tranquilo y acogedor en el que las personas eran cariñosas y se cuidaban unas a otras. No sabía qué significaba pero sí sabía que dedicarse a hacer la guerra y matar no estaba bien. Empezó a buscar el sitio que había visto y, milagrosamente, halló el camino hasta aquí. Al principio, cuando llegó, no dijo una sola palabra hasta que terminamos de darle las clases. Lo absorbió todo. Al principio no sabíamos cuál era su problema, pensábamos que podía tener algún rollo mental, pero el Señor nos mostró que le dijéramos todo.

Después de que le explicamos sobre el Señor y Su amor, le mostramos la oración y él hizo un gesto de aceptación, por lo que pasamos enseguida a la profecía bíblica y a toda la información sobre el Tiempo del Fin que se nos había revelado antes, y cómo sabíamos lo que iba a pasar más adelante.

Después, nos dijo que no podía hablar *-no quería hablar-* porque había mucho que aprender y muy poco tiempo. Quería absorberlo todo. Ahora, después de tres días, él es uno de los miembros más convencidos. Él está dando las clases y enseñando como si fuera uno de nosotros. Tiene una fe sólida y por ese motivo creo que el Señor puede obrar grandes cosas por medio de él. ¡QDLB! Bueno, no es que él sea el único que hace cosas, pero considerando que es un recién nacido espiritual, desde luego, está haciendo mucho. Escucha al Señor con nosotros y las cosas que tiene la fe de recibir sobre lo que deberíamos hacer son espectaculares.

El otro día, nos quedamos sin comida y él oró una oración tremenda, llena de fe que no nos dejó dudas de que Dios proveería. Tenía que hacerlo, y ahora vemos que eso es lo que se precisa... fe para poner a Dios entre la espada y la pared sin dudar ni cuestionar que el Señor cumplirá, ¡y Él lo hace!

Seguimos cantando, alabando y testificando, y cuando llegó la hora de la cena, las ollas en el armario y en los estantes estaban llenas de

comida saludable. Cada vaso del armario estaba lleno de jugo, vino, cerveza y hasta bebidas combinadas. Cada uno tomó sus alimentos y bebidas favoritas, como si hubiéramos ido a nuestro restaurante favorito y hubiéramos pedido lo que queríamos, sin preocuparnos de cómo pagaríamos. ¡Dios es bueno!

Al mirar por este vidrio estropeado veo el estado lamentable en que ha quedado el mundo, y me maravillo de todo lo que ha prometido el Señor, y tengo fe de que nos va a ayudar a llegar hasta el final. Es tonto ponerse a dudar ahora, después de ver todo lo que ha obrado y las formas «estrafalarias» en que lo ha hecho, como por ejemplo, convertir a ese ex combatiente en uno de nosotros y en el miembro más preparado de nuestro rebaño. Tengo fe de que el Señor proveerá para el año o pocos años que nos quedan en esta Tierra moribunda. No sé lo que pasará mañana, pero estoy seguro de que será bueno. Tengo todo lo que necesito y no podría pedir más. ¡Me muero de ganas de ver lo que pasa mañana!

* * *

(Jesús:) Yo estoy allí con ellos, estoy en medio de ellos. He estado allí desde el principio, inclusive cuando ocurrió el «percance» de que se separaron de sus seres queridos. He consolado su corazón y les he dado el valor para seguir adelante y guardar la fe.

Por la formación que han tenido y las cosas que han aprendido, puedo valerme de ellos para que sean los testigos del Tiempo del Fin que quiero que sean. Pueden incluso decir que Yo arreglé las cosas para que fueran de esta manera pues sabía que serían temerarios y fieles como para mantener una base en este campo de batalla, una base que serviría para ayudar a quienes todavía precisan una oportunidad, ya se trate de soldados del Anticristo, luchadores por la libertad o inocentes que quedaron atrapados en esta guerra terrible.

Aunque se encuentran en el centro de uno de los lugares más peligrosos de la Tierra, no podrían estar más seguros, pues no hay nada que les pueda hacer daño. Les he dado ese refugio de reposo, luz, calidez, se podría decir que justo en el centro del Infierno. He edificado esta estructura para que resista las bombas y las metrallas que caen por todas partes.

Este lugar es invisible para el Enemigo... Satanás ni siquiera sabe que existe. Ni se imaginaría que Yo dejaría a Mis hijos en este lugar espantoso que él ha creado, y sin embargo, esa misma suposición es

lo que los mantiene a salvo.

No es que estén seguros porque Satanás no sabe que están aquí, pero por ese motivo y porque no dejo que lo sepa, puedo llenar este sitio con más de Mi Espíritu. Como dijo este adolescente mayor, entre ellos, hay una fe sólida y grande por lo que todos los días se obran grandes milagros por ellos. No les falta nada bueno, pues Yo proveo de formas misteriosas para ellos.

Están conectados con Mi poder y así obtienen la electricidad que precisan. El agua corriente limpia, el cable de información, el gas, el calor y demás provienen todos de Mi fuente con el fin de mantenerlos satisfechos y contentos. No dejaría que estos, Mis hijos, sufran daño. Están bajo la vigilancia y protección de algunos de Mis arcángeles más poderosos.

¡Si ustedes o ellos pudieran ver los grandes espíritus que tengo ahora aquí y que me encuentro en el centro, sosteniéndolos y hablando cosas grandes y maravillosas a su corazón! Les he permitido ver un poco de la protección de que gozan, pero eso no es nada comparado con la gran hueste del Cielo que se halla aquí y la tecnología de avanzada que tienen a su disposición.

Están rodeados por campos de energía que hacen trizas las bombas y balas que entran, y hay muchas que llegan cerca. Este Hogar está rodeado de instrumentos de vigilancia de alta tecnología que no solo detectan personas, sino también a los malos espíritus tanto grandes como pequeños que quieran entrar aquí. He escondido este sitio para que no se vea nada que no se tenga que ver, pues están disfrazados por instrumentos Míos de lo más complejos.

A veces, un demonio o un espíritu se entera de que hay algo raro por aquí, ya que los espíritus también pueden sentir las buenas vibraciones y la felicidad y el gozo que pueda quedar por aquí.

Entonces, antes de que vayan a dar la noticia, Mis francotiradores espirituales invisibles que están apostados estratégicamente por el centro de la ciudad, los sacan rápidamente de escena.

Yo estoy a cargo de esta operación y cuando llegue el momento, cuando aquí se haga todo lo que se puede hacer en este plano, Yo haré que la gran horda de maldad que hay se despierte y vea nuestra presencia aquí. ¡Atacaremos con un poder y una fuerza que el hombre no ha visto jamás! Estos pequeños llenos de fe serán fuertes en Mí y tendrán gran valor para obrar las maravillas y los milagros de matar inclusive a los espíritus que los combatan aquí.

Me tienen a Mí omnipresente a cada lado de ellos, además de a sus

protectores magníficos que les he dado específicamente para esta batalla.

Ahora, estos seres espirituales los están preparando para que sepan cómo comunicarse con ellos, cómo invocarlos por nombre específicamente, y cómo emplear la mayor cantidad posible de poder para que los ángeles exterminadores, francotiradores, vigilantes, mensajeros y consoladores sean empleados al máximo de su capacidad, y para que se logre el mayor daño posible al reinado temporal del Infierno.

Ninguna de las fuerzas de Satanás soportará esta arremetida, y aunque estos niños no hacen más que testificar e invocar esos milagros sencillos de protección y provisión, Yo les estoy dando la práctica y la formación espiritual que necesitarán. Me están siguiendo adonde los guío; su pureza no tiene comparación y su amor y sumisión a Mí me impulsa a obrar cosas grandiosas por ellos.

Estos saldrán adelante en el Tiempo del Fin sin siquiera oler a humo. Recibirán el adiestramiento y lucharán cuando Yo quiera que luchen, pero no perderán su pureza. Mientras los resguardo del mal, pido a ustedes los padres y los que van a ser padres de estos que no teman por sus pequeños. Yo los he tomado como si fueran Míos y grande será el pesar del hombre o del diablillo que piense que puede tocarlos. Lo que ven ahora no es más que un atisbo del futuro, no es un relato fantasioso de Mi protección, sino una escena real de sus hijos luchando y de Mi poder que lucha por ellos.

Sigan afinando esas armas y creyendo Mis palabras que les digo personalmente y por medio de la Palabra escrita. ¡No faltaré a ninguna de esas promesas que he hablado, pues son Mis hijos -cada uno de ustedes, tanto mayores como jóvenes- y lucharé por ustedes!

09. ¡Sally y Sammy Escapan de una Institución!

(*Jesús:*) Este es un relato sobre unos niños que fueron arrebatados a sus padres, y de cómo Yo los guardé y protegí. No hay nada que temer pues Yo cuidaré a vuestros pequeñitos más que nunca. Esta historia no es más que una muestra de los milagros que Yo obraré por ustedes y por ellos.

* * *

Desde que se iniciaron los Postreros Días, todo era un poco diferente en la Familia Internacional. Era peligroso tener mucho contacto entre Hogares y miembros de la Familia. John y Tiffany, Tif, tenían su propio Hogar el cual aparentemente era una casa como todas las del Sistema. Tenían dos autos en la entrada al garage y una casa bonita... una de las más bonitas de la manzana. Tenían un buen ministerio y todavía testificaban y ganaban almas aunque de una forma discreta.

Tenían tres hijos: Sally (6 años), Sammy (3½) y el pequeño Juanito (1½), y desde el mismo principio, les habían enseñado a consultarlo todo con el Señor y a emplear las llaves. Los niños eran buenos niños, responsables y obedientes... la mayor parte del tiempo. Sally tenía ojos penetrantes y muchas veces hacía de mamá pues ayudaba enseñando a sus hermanitos más pequeños. Sabía leer, escribir y hacer cuentas mejor que cualquier niño de su edad. Y lo que es más importante, tenía una buena conexión con el Señor, escuchaba a sus ayudantes espirituales y le encantaba la Palabra. A Sammy le gustaba poner a prueba los límites, sobre todo con su hermana mayor. Le gustaban los estudios y aprender pero cuestionaba prácticamente todo lo que decían los demás. Con mucha frecuencia, se ponía a desarmar cosas y a jugar con sus herramientas de juguete. Desarmaba la mayoría de sus juguetes y los volvía a armar a su propio estilo formando híbridos. Normalmente se lo veía caminando con un pequeño motor de auto en la mano, un destornillador y a veces una de las herramientas múltiples de su papá, lógicamente sin que el papá lo supiera.

El pequeño Juanito no era más que un chiquitín que corría de un lado a otro copiando todo lo que veía. Pasaba la mayor parte del tiempo con su mamá o su hermana mayor, que a veces tenía que cuidar a sus

dos hermanitos menores.

Para la hora de ejercicios al aire libre, por lo general John, el padre, llevaba a los dos niños mayores al parque para que pudieran jugar con otros niños. Ese día, cuando llegó la hora de salir a jugar afuera, John pidió a Sally y Sammy que oraran para saber si debían ir al parque o si el Señor tenía algún plan mejor. Ambos chicos oraron y recibieron una respuesta afirmativa, que debían ir, pero que no se lo tomaran a la ligera.

En el parque, oraron antes de salir corriendo hacia los juegos y ponerse a jugar con los demás niños que ya estaban allí. Después de una media hora de estar ahí, John notó un vehículo sospechoso que se acercaba. Recibió un aviso y al mirar más de cerca, John notó que se trataba del auto de un agente gubernamental. Hizo una oración rápida y preguntó al Señor qué debía hacer. El Señor dijo: «No temas, pues Yo estoy contigo y tus hijos y no les sucederá nada que no sea Mi voluntad, ni uno solo de sus cabellos será tocado».

Después de recibir eso, John llamó a sus hijos y les dijo lo que había recibido y oró con ellos. Después de orar, alzó la vista y vio a dos agentes que se dirigían hacia él. Cuando se acercaron, sonrió y extendió la mano para saludarlos: «Buenas tardes, ¿en qué puedo servirles?»

«¿Es usted John Krouger?», preguntó uno de ellos. «Así es, ¿de qué se trata?», respondió John. «Nos han informado que usted enseña a sus hijos en la casa y que todavía no los ha enviado para que se les haga el examen de «progresos mentales» que exige la ley», respondió el otro agente.

A esas alturas, John hizo una oración rápida y preguntó al Señor qué debía hacer. El Señor respondió: «Mantente firme con ellos». «Así es», respondió John. «Como padre, no tengo que someterlos a la atención y exámenes gubernamentales a menos que yo quiera o el gobierno me lo solicite a mí en particular».

«Muy bien», respondió uno de los agentes, «hoy es su día de suerte, el gobierno le solicita a usted en particular que entregue a sus hijos para que se los examine y se pueda determinar adecuadamente qué hacer después con ellos».

John se agachó y miró a los dos niños, dándose cuenta de que quizás era la última vez que los vería. Los abrazó y susurró una oración en sus oídos, y les dijo que iba a orar por ellos todos los días y que trataría de recuperarlos lo más pronto posible.

Después, explicó que irían con esas personas agradables y que

estarían con ellos un tiempo en un sitio como un campamento, en donde estarían con otros niños de su edad. Miró a Sally y dijo: «Tú estás a cargo, cuida de Sammy, ora todos los días y pregunta al Señor qué hacer».

Con lágrimas en los ojos, los abrazó por última vez y se puso de pie, mirando a los agentes que parecían sentir algo de compasión por él. «No se preocupe por la ropa o las cosas», dijo un agente. «Todo lo que necesiten se lo dará el gobierno, tendrán lo mejor».

Después de eso, John caminó con los niños hasta el auto de los agentes y les dijo adiós con la mano, mirándolos hasta que desaparecieron por la calle.

* * *

En el auto, Sally y Sammy se sentaron en el asiento de atrás y empezaron a hacer preguntas: «¿Adónde vamos?», preguntó Sally. «Van a un lugar bonito en el que hay otros niños de su edad», respondió el agente que conducía. «No se preocupen, allí se divertirán mucho y pronto podrán ver a sus padres». «¿A qué distancia queda?», preguntó Sammy. «No queda muy lejos, más o menos a media hora de aquí», respondió el agente. «Lo que quiero saber es a cuántos kilómetros de aquí», dijo Sammy corrigiéndose. «A unos treinta», respondió el agente, que se sintió tomado por sorpresa.

Los dos niños parecían no haberse conmovido por el incidente, lo cual sorprendió a los agentes que estaban acostumbrados a que los niños se echaran a llorar y tuvieran rabietas durante todo el camino. «¿Tiene hijos?», preguntó Sally al agente que conducía. «Sí, tengo hijos. Tengo dos niños un poco mayores que ustedes», dijo con un atisbo de compasión en la voz.

Los niños no tuvieron que esperar mucho pues enseguida se encontraron atravesando los portales inmensos del «Instituto de Educación de la Nueva Era». Los agentes los dejaron frente al edificio y se marcharon.

Sally y Sammy entraron por la puerta principal que conducía al escritorio de la recepción tomados de la mano. Antes de que dijeran nada, la señora que se hallaba sentada frente al escritorio les dijo: «Sí, ya sé quiénes son. Hemos estado esperándolos. Continúen por el pasillo hasta la habitación número seis del lado derecho.»

Después de eso, volvió a su trabajo en la computadora. Los dos niños se dirigieron por el pasillo hasta la habitación indicada para la

Orientación. La habitación pronto se llenó con otros niños que estaban allí por el mismo motivo.

Después de la Orientación, durante la cual se dijo a los niños que se les estaba dando una oportunidad única de alcanzar el nivel más alto de su inteligencia y carrera, todo gracias a nuestro «Gran Líder» que hacía posible todo eso, iban a pasar por unas pruebas para ver cómo se los podría educar mejor y se los podía ayudar a lograr sus sueños. A todos los niños se les dio su propia habitación con cama, baño y una computadora. Sally tenía su cuarto en el ala de las niñas y Sammy estaba en el otro lado del edificio, en el ala de los varones. En su dormitorio, cada uno encontró ropa, libros y otras cosas que iba a necesitar. Ambos se dirigieron a su habitación para acostarse.

Mientras tanto, sus padres no dejaban de orar por ellos. Antes de acostarse, oraron pidiendo protección, seguridad, tranquilidad y un buen descanso para sus hijos, y una forma de que pudieran escapar, después de lo cual los padres y el pequeño Juanito se durmieron.

Después de entrar en su habitación y revisarlo todo, Sammy decidió que echaba de menos a su hermana y no quería dormir solo. Después de echar un vistazo a su alrededor, quiso intentar encontrar el camino hasta la habitación de su hermana. Cada una de las habitaciones tenía una puerta con cerradura automática que se cerraba cuando se apagaban las luces, y también desconectaba la electricidad en la habitación, excepto por una pequeña luz de noche y una lucecita en el baño que se encendía automáticamente cuando uno entraba.

Como ya habían apagado las luces, Sammy no podía abrir la puerta, por lo que oró: «Jesús, no quiero dormir solo esta noche en este sitio. Invoco el poder de las llaves para que quiten el cerrojo de todas las puertas que necesito abrir.» Con esa fe y determinación, Sammy puso la mano en la manija de la puerta y, milagrosamente, la puerta se abrió. Estaba a punto de salir al pasillo cuando recordó las palabras de su papá: «En todos los pasillos hay cámaras... y también en todos los techos y en cada esquina de las habitaciones».

Sammy metió la mano en el bolsillo y sacó un espejito que tenía. Sacándolo un poquito por afuera del marco de la puerta, miró hacia el pasillo y hasta el cielo raso. Efectivamente, había una cámara. La cámara no rotaba, por lo que no había forma de escabullirse. Hizo otra oración: «Jesús, invoco el poder de las llaves de la invisibilidad para poder andar por este pasillo y por los otros que tengo que recorrer sin que las cámaras me vean». Con fe, Sammy salió hacia el pasillo y corrió por él. Asomándose por la siguiente esquina, pudo ver

que no había nadie y corrió por allí también. Al tratar de encontrar la puerta de su hermana, notó que todas las puertas eran iguales. Sammy se alegró pues recordó el número de habitación: Habitación 209.

Sammy se detuvo un momento ante la puerta, invocó las llaves nuevamente y ésta se abrió. Una vez dentro, su hermana alzó la vista y se quedó sorprendida de verlo. Me sentía solo y no podía dormir. «¿Puedo dormir contigo, Sally?», preguntó Sammy.

* * *

Al día siguiente, los niños se dirigieron al Cuarto de Pruebas, en donde se pondría a prueba su aptitud y sus «bloqueos psicológicos» como preparación para implantarles chips y otros dispositivos de realce mental que pudieran necesitar.

El cuarto era enorme, con una gran cantidad de cabinas puestas de pie. Sally y Sammy entraron juntos y fueron a las cabinas designadas para ellos. Las cabinas se abrieron por la mitad y adentro tenían una silla bonita y cómoda rodeada por una pantalla plana y altoparlantes. Los niños se sentaron en su silla y las puertas de la cabina se cerraron. Adentro, una voz agradable les dio la bienvenida y dijo que sería una aventura divertida, como estar en una película.

Las pantallas dentro de las cabinas mostraban imágenes con sonido, mientras se les realizaban escaneos sinápticos y otros escaneos de ondas cerebrales y pruebas para determinar las «habilidades» de los niños y si tenían algún «bloqueo mental». Era algo diseñado para ser divertido de manera que los niños quisieran volver ahí para recibir más estimulación mental. Como una droga, también estaba diseñado para ser adictivo y era una forma de estar al tanto de lo que pensaban los niños.

Los niños que no pasaron el primer examen fueron llevados a otra parte. Otros que eran inteligentes, pero precisaban «progresos o reajustes mentales» se quedaron en el Instituto y aprendieron cosas del campo profesional al que pertenecerían, pero se los sometió al «desarrollo cerebral».

La prueba de Sally demostró que era inteligente y tenía toda la aptitud para ser una «persona de autoridad» en la Nueva Era, pero necesitaba muchos «reajustes y progresos». Las pruebas de Sammy demostraron que tenía aptitud para ser un ingeniero destacado o un experto de alta tecnología, pero indicaban que podía ser muy travieso,

y de acuerdo a los resultados de los exámenes, podía ser «difícil de manejar». Como Sammy todavía no tenía los cuatro años requeridos, no tenía que pasar por los programas de reajuste y progresos, pero había que enseñarle con cuidado.

Por otra parte, por lo visto a Sally había que dedicarle mucho trabajo pues ya tenía seis años y había casi pasado la «etapa crítica», lo cual quería decir que no se la podía curar con las drogas normales para «arreglar» ciertas partes de su cerebro, ya que era muy mayor y su cerebro ya estaba muy desarrollado. Tendría que someterse a una manipulación cerebral eléctrica antes de recibir el implante del chip. En cuanto terminaron las pruebas, Sally fue enviada a otra habitación para empezar la siguiente fase de su adiestramiento. Fue caminando por el pasillo hasta la habitación que tenía los números 606 en la puerta. Casi antes de que llegara, la puerta se abrió automáticamente. No parecía muy grande y casi se veía cómoda.

Orando en silencio, invocó el poder de las llaves para lo que iba a pasar después. De otra habitación, salieron un hombre y una mujer que parecían simpáticos y la saludaron muy amablemente. La mujer se le acercó con la mano extendida para estrecharle la mano. Apenas se dieron la mano, todo se volvió negro.

* * *

Ya era casi la hora en que apagaban las luces y Sammy se estaba empezando a sentir angustiado. No había visto a Sally en todo el día; a diferencia de Sally, a él lo habían dejado jugar en el área de juegos con los demás niños porque no se lo consideraba peligroso.

Sammy escuchó un sonido suave y después un clic, lo cual significaba que se habían apagado todas las luces y todo estaba cerrado con trabas. Sammy oró para saber qué hacer después y recibió que debía salir y buscar a Sally.

Nuevamente, invocó el poder de las llaves y pudo salir de su habitación y llegar a la de Sally. Al entrar, vio que estaba vacía.

Escuchó pasos por el corredor y se metió en la habitación y cerró la puerta. Sin saber qué hacer después, cerró los ojos y volvió a orar, preguntando al Señor adónde ir y qué hacer. Entonces recordó que su papá le había dicho que pidiera ayuda a sus ayudantes espirituales específicos.

Sammy invocó el poder de las llaves y pidió ayuda a su ayudante espiritual Víctor, un ex soldado comando y ex agente secreto, para

que lo ayudara y guiara. Al abrir los ojos, se quedó helado al ver a un hombre delante de él. «¿Quién eres?», preguntó. «Soy Víctor y estoy aquí para ayudarte. No te preocupes, ninguna cámara podrá vernos.» Víctor abrió la puerta y colocó a Sammy sobre sus hombros y se fue caminando por el corredor hacia la habitación 606. «¿Adónde vamos?», susurró Sammy a Víctor. «A la habitación en que se encuentra tu hermana», respondió Víctor.

Víctor se asomaba por cada esquina a la que se acercaban, no porque fuera necesario, sino para enseñar a Sammy cómo debe hacerse. Tuvieron que bajar un par de pisos pues los dormitorios se hallaban en el piso más alto y las salas principales estaban en la planta baja.

«¿Vamos a tomar el ascensor?», preguntó Sammy. «No, porque si te agarran no tienes hacia donde escapar. Vamos a ir por las escaleras y así podremos escuchar si viene alguien», respondió Víctor.

Víctor bajó por las escaleras lo más alejado que podía de la barandilla, explicando a Sammy que de esa forma la gente no podía verlo ni verle la mano. Al llegar a la planta baja, Víctor se sentó en el último escalón y dejó que Sammy mirara para ver si no había nadie. Sammy hizo una seña con el pulgar hacia arriba y cruzaron la sala principal y luego siguieron por otro corredor. Al encontrar la habitación 606, Víctor pidió a Sammy su espejito para poder mirar por debajo de la puerta.

Después de asegurarse de que todo estaba despejado, Víctor abrió la puerta, echó un vistazo e hizo una seña con el pulgar hacia arriba.

Vieron que el cuarto parecía acogedor, pero tenía un ambiente siniestro. Parecía normal, con un par de sofás, revistas sobre la mesa, pantallas y controladores de juegos, todas las cosas que les gustan a los niños. Al final de la habitación había otra puerta que parecía normal. Al acercarse y tocarla con la palma de la mano, Víctor dijo que era una puerta especial pues no tenía manija. Víctor explicó que esa puerta sólo la podían abrir ciertas personas que tenían una tarjeta o chip especial que la puerta leía y se abría automáticamente.

«Las llaves pueden abrir cualquier cosa», citó Sammy y la puerta se abrió de inmediato. Antes de entrar a la habitación, Víctor dijo: «En todo corredor hay cámaras, y también en los techos y en cada rincón de la habitación». «Oye, eso es justamente lo que dice mi papá», respondió Sammy. Víctor miró a Sammy y sonrió.

«Pensé que no teníamos que preocuparnos por las cámaras», dijo Sammy. «No», respondió Víctor, «pero siempre debes ser consciente de ellas».

Víctor y Sammy entraron con cautela, Sammy copiando cada

movimiento de Víctor. Esa habitación era inmensa y tenía el mismo tipo de cabinas que la habitación de pruebas, excepto que éstas estaban todas echadas, no de pie. Al acercarse a una de las cabinas pudieron ver a un niño que dormía dentro con cables y electrodos pegados a la cabeza. «¿Qué hacemos ahora?», preguntó Sammy. «Busquemos el Control Principal», respondió Víctor. No les costó mucho encontrarlo, estaba en un extremo de la habitación saliendo del piso como un pequeño púlpito. Mirando la pantalla, Víctor vio que todavía no habían empezado el programa; todos los niños que estaban en las cabinas sólo estaban durmiendo.

Alzando a Sammy para que viera la pantalla del Control Principal, Víctor buscó la cabina en que se encontraba Sally. Después de encontrar su cabina, pidió a Sammy que impusiera las manos a la pantalla y orara. Después de orar, la pantalla se quedó trabada y todas las cabinas empezaron a abrirse. Ambos corrieron por un pasillo de cabinas hasta donde se encontraba Sally. Parecía que seguía durmiendo. Víctor levantó a Sammy y lo puso encima de la cabina mientras ambos comenzaban a quitar los cables sujetos a la cabeza. Sammy le susurró al oído e invocó las llaves, y ella se despertó de inmediato.

Sally miró primero a Sammy, después a Víctor, después a Sammy otra vez. «Este es Víctor», dijo Sammy con naturalidad. «Es uno de mis ayudantes espirituales». «¿Nos llevarás de vuelta con nuestros padres», preguntó Sally a Víctor. «Así es, por eso estoy aquí», respondió él.

Al final de la habitación había un cartel que rezaba: Salida de emergencia, y se dirigieron hacia ella. Una vez que salieron, se encontraron en la parte trasera de un estacionamiento. «¿Cómo haremos para llegar a casa?», preguntó Sammy. «No tenemos auto». «Y no lo necesitamos», respondió Víctor. «Vamos a emplear algo muy especial».

En cuanto dijo eso, apareció frente a ellos una nave de las llaves. Tomando a los dos niños por las manos, Víctor entró y de inmediato se encontraron ante la puerta principal de la casa de sus padres. Víctor dio un abrazo a cada uno y se despidió de ellos. Sammy estaba un poco triste, pero Víctor lo tranquilizó diciéndole que aunque no lo iba a ver todo el tiempo, siempre estaría con él velando por él. Antes de que pudieran tocar el timbre, la puerta se abrió completamente y apareció John.

Tomó a sus hijos y los llevó dentro; allí los abrazó fuerte mientras su

hermanito Juanito se acercaba corriendo. Tiffany también los abrazó. ¿Cómo lograron llegar hasta aquí?, preguntó. Es una larga historia, respondió Sammy sonriendo y mirando picaronamente a su hermana.

* * *

(*Jesús:*) En los tiempos venideros, el mundo espiritual se volverá mucho más real para todos ustedes, pero sobre todo para sus hijos. A los que tienen mucha fe, se les revelará mucho, y quienes están creciendo ahora tienen a su disposición una abundancia de fe.

10. El Jefe de Policía se Cura Milagrosamente

(*Jesús:*) Ya no se hablará de Mi poder de curación con relación a cosas que sucedieron en el pasado conmigo, por medio de Mí o de Mis primeros discípulos. Haré que las manifestaciones de Mi poder sanador obren maravillas y milagros, y el mundo se quedará boquiabierto y atónito. Tan innegables serán las manifestaciones de Mi poder en ustedes que hasta se salvarán de cierta persecución gracias a los milagros de curación que obrarán, como en la situación que les contaré.

* * *

(*Una situación hipotética:*) Aunque esto ocurre en un país AAC, el jefe de policía de allí ha estado investigando a un Hogar como resultado de mentiras que le han dicho fuerzas externas y otras «fuentes» siniestras. Ya visitó el Hogar una vez y no se quedó satisfecho. Antes de retirarse, dijo delante de todos: «Descubriremos cualquier cosa que estén escondiendo. ¡Cuando los investigue, no dejaré piedra sin mover!»

Desde su visita, ha pasado una semana y el Hogar de la Familia ha preparado y purgado todo. Contra todo razonamiento carnal, indiqué al Hogar que aunque quienes no tengan la fe para lo que pueda pasar deberán irse, quienes deseen quedarse estarán protegidos, no les faltará nada y se quedarán sorprendidos por los milagros que obraré en esta situación posiblemente peligrosa.

Una mañana temprano, en su rato de oración y profecía, una joven adolescente llamada Sara ve una visión que le muestran sus ayudantes espirituales; en la visión ve a miembros del Hogar orando por un hombre en cama. Le cuenta a su papá la visión y después se dirige al equipo de pastores con esa imagen vívida y sorprendente. El equipo de pastores lo presenta ante el Señor y junto con Sara me escuchan en profecía. Les digo que ese hombre que han visto es alguien por quien quiero que oren para que se cure. Les digo que sabrán quién es y qué hacer cuando llegue el momento, pero que deben estar preparados y listos para hacer incluso algo que parezca estúpido y tonto para que se cumpla Mi voluntad.

Ese día, a la hora del almuerzo, suena el teléfono y una mujer con voz llorosa explica desde el otro lado que su esposo tiene heridas de bala y que cree que Dios lo ha castigado por no escuchar la voz de la razón y perseguir a personas buenas que hacen buenas obras. Entre sollozos y lágrimas, la mujer suplica que alguien del Hogar vaya a orar por su alma, ya que está herido de muerte. Después de escuchar indicaciones y más detalles, el equipo de pastores y el Hogar escuchan Mi voz y reciben que deben ir y que es la continuación de la visión que se recibió antes ese día.

Al llegar a la mini fortaleza bien vigilada, uno de los pastores del Hogar, acompañado por Sara y otros dos miembros del Hogar, responden por el intercomunicador de la entrada y explican los motivos de su visita. Instantáneamente, se abren los portales de acero y se les indica que conduzcan hasta el final del camino y parque.

Prosiguen orando fervorosamente por protección y seguridad. En cuanto apagan el motor, aparece una mujer con unos hombres armados quienes guían al grupo de miembros de la Familia a una habitación lateral con equipos médicos. Allí, ven el cuerpo del jefe de policía echado en una mesa de operaciones manchada de sangre. Con fe y atónitos, se acercan a la cama y oran con fervor y apremio para que pare la hemorragia interna producida por las múltiples heridas de bala. Instantáneamente, el sonido rápido del monitor de corazón alcanza una velocidad normal y todos se miran sorprendidos. Como el hombre sigue en coma y obedecieron exactamente lo que les mostré que hicieran, regresan a su casa glorificándome y alabándome por el giro que tomaron las cosas.

A la mañana siguiente, durante las devociones, reciben una llamada de la esposa del jefe de policía diciendo que sigue vivo y que está despierto, sentado en la cama, y responde de forma positiva y normal

al tratamiento constante de los médicos.

Dos semanas después, una caravana de vehículos estaciona frente al Hogar de la Familia y de uno de los vehículos, sale el Jefe de Policía con su uniforme completo. Llama a la puerta y se disculpa humildemente por haberlos juzgado mal, y al mismo tiempo da las gracias a los hermanos por salvarle la vida. Después, ordena que sus oficiales «entren las cosas». Pidiendo a los hermanos del Hogar que lo perdonen y acepten esos regalos como muestra de su agradecimiento, instruye a los policías que comiencen a descargar los víveres, regalos para los niños, juguetes y otros artículos de utilidad.

Después, el jefe de policía se despide, un poco avergonzado por la actitud poco común de humildad y contrición que evidencia. El Hogar de la Familia continúa en contacto con el departamento de policía, lo cual tiene como consecuencia que se inicia un estudio semanal de la Biblia al que asisten muchos oficiales de alto rango de la central de policía; y así con el tiempo, la seguridad y la productividad a largo plazo del Hogar quedan garantizadas.

* * *

(Jesús:) ¡Este relato es un testimonio de los milagros que obraré por ustedes y por medio de ustedes en el futuro!

11. Un Alma se Salva en Medio de la Persecución

Me llamo Musa. Crecí en las tierras de Palestina. Nuestro pueblo era pequeño, situado entre las colinas que rodean Beerseba, lejos de los caminos comerciales muy transitados y de la vida en la bulliciosa ciudad. Mi historia es sencilla, pues no fui un muchacho que estudió, que podía leer y escribir, sino un pastorcito. Ayudé a cuidar a los rebaños de mi familia.

Éramos cristianos. Vivíamos en paz codo a codo con nuestros vecinos judíos y musulmanes. Nuestro pueblo era como una gran familia feliz. Cuidábamos unos de otros y nos ayudábamos unos a otros como si fuéramos hermanos de sangre, sin importar nuestra religión u orígenes. Convivíamos en armonía, enfrentábamos relativamente pocas agitaciones en nuestra pequeña comunidad, y en cierto modo estábamos protegidos y ajenos a los crecientes problemas que amenazaban el horizonte, y los que en poco tiempo impactaron y transformaron para siempre nuestra vida feliz.

Todo empezó un día en que jugaba con un amiguito mío, un muchacho judío que se llamaba Uri, en las calles de nuestro pequeño pueblo; era algo que hacíamos a diario después del trabajo, y antes de la cena. Pronto empezaría el fin de semana y disfrutábamos del hecho de poder quedarnos despiertos más tarde de lo acostumbrado y participábamos en las actividades nocturnas que se llevaban a cabo después del trabajo de la semana.

Conversábamos de cómo había sido el día, de nuestro trabajo, de los diversos sucesos entre los otros muchachos de nuestra comunidad, y de las nuevas aventuras que podríamos tener en nuestro tiempo libre. Uri comentó que en su religión había muchas bendiciones, en particular la que prohibía trabajar el sábado, pues eso aseguraba que tenía derecho a un día libre. En mi caso no era así, pues muchas veces me llamaban y esperaban que ayudara a mi padre a cuidar a los animales o que hiciera mandados a mi madre, incluso en festividades religiosas.

Luego, Uri hizo una pausa en sus comentarios, y tras unos momentos de silencio en tono serio, sobrio y muy definitivo, continuó:

-Sabes, según la Torá, Dios prometió a los judíos esta tierra de Israel, porque es el pueblo que Dios eligió.

Ese comentario me tomó por sorpresa completamente, pues jamás lo había oído hablar así, ni hacer ninguna diferencia entre nuestros pueblos. Yo soy árabe y él es judío; soy cristiano y él es de fe judaica. Sin embargo, jamás había habido rivalidad entre nosotros con respecto a cual fe era la «correcta».

Incluso compartíamos el mismo Libro Santo, o parte de él, así que jamás me cruzó por la cabeza que esas aparentemente pequeñas diferencias a la larga se convertirían en el fundamento para un muro que nos dividiría por años venideros. Le respondí:

-Quizá fue algo que prometió hace mucho, en tiempos bíblicos, pero el mundo es distinto ahora, y nuestra familia ha estado en esta tierra por siglos. Tengo la certeza de que Dios quiso que fuera para todos los pueblos de la fe, y nos concederá bendición y prosperidad mientras vivamos juntos en paz y nos aceptemos unos a otros como hacemos ahora. La tierra es bastante grande para todos, ¿no te parece?

Uri no respondió. Es más, algo en sus gestos y el silencio prolongado me dieron la sensación de que no estaba de acuerdo con lo que acababa de decirle. Su espíritu parecía haberse cerrado o apagado a la verdad de mis palabras. Se despidió al poco rato, diciendo que se hacía tarde y que lo esperaban en su casa.

Esa noche marcó el fin de nuestra amistad como había sido, pues después de esa ocasión, Uri nunca salió a jugar con nosotros, los muchachos, su familia nunca participó en celebraciones, eventos ni reuniones del pueblo. Se habían distanciado del resto de los vecinos hasta que a la larga, un año después, se mudaron con unos nuevos pobladores a una comunidad agrícola en ciernes que quedaba cerca. La animosidad poco a poco fue surgiendo entre nuestros dos pueblos, mientras ellos trataban de degradarnos al exhibir abiertamente su desprecio hacia nosotros, los árabes, y su supuesta superioridad y supremacía al ser judíos. Todo cambió desde ese punto. Se había separado el tranquilo equilibrio de nuestra tierra silenciosa y empezamos a oír de más problemas y trastornos parecidos en aldeas o pueblos de otras partes de Palestina. Aunque mi padre y los padres de él habían visto guerras constantes y conflictos con un ejército tras otro que invadía y se apoderaba de esta Tierra Santa a menudo codiciada, y que había escuchado contar numerosas historias, en aquella época era joven, y mis únicos recuerdos eran de paz, así que por lo tanto era ingenuo en mi entendimiento del verdadero conflicto. Mis padres me criaron de modo que conociera el perdón, el amor, la bondad y la misericordia de nuestro Salvador, y me costó percibir que

el corazón de los hombres podría ser tan malo como para querer a propósito herir o hacer daño; en particular a los pobres e inocentes. Estas comunidades agrícolas judías parecían expandirse con más y más judíos que volvían desde muchas partes del mundo, eligiendo establecerse en Palestina, pero lo que fue más alarmante fueron las historias que empezaron a difundirse por nuestros pueblos, de que ellos no solo aumentaban en fuerza y población, sino también aumentaba su acumulación de armas. Empezamos a preguntarnos: *¿De qué y de quién tenían miedo?*

La dura realidad nos dio a todos un domingo temprano en la mañana. Mis hermanos y yo nos habíamos levantado con nuestro padre para ayudar en las tareas diarias de atender a nuestros rebaños, mientras que mis hermanas y madre preparaban la comida del mediodía, en la cual estábamos todos juntos. Ese era un gran suceso semanal que ocurría después del oficio religioso de la mañana. Como mi padre era el mayor de su familia, acostumbábamos preparar una comida para todo nuestro clan familiar en ese día santo. Era una ocasión muy alegre, festiva, con una atmósfera de conversación animada y en voz alta, risas, música, y a menudo también baile. Esperábamos con ilusión esa oportunidad de estar con nuestra familia y ayudaba a mantener esa cercanía y lazo de amor entre nosotros.

Nuestro oficio religioso esa mañana había sido particularmente significativo para mí. Mientras estaba de pie ahí entre los muebles sencillos de nuestra pequeña capilla y oí que el sacerdote contaba que Jesús en la cruz amó al ladrón que colgaba junto a Él, y luego lo oí hablar de perdonar y de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, sin poder evitarlo, pensé en mi amigo Uri que había perdido hace tanto tiempo y del cambio que él había tenido.

Mientras pensaba en que él había elegido andar por la senda del odio y de las luchas, que ahora estaba en el campamento del enemigo y ya no era parte de nuestra comunidad ni de nuestra vida pacífica, que ya no veía las cosas de la misma manera que nosotros ni deseaba la misma sencillez ni inocencia que una vez tuvimos juntos, una voz en mi interior me dijo: *De todos modos, él necesita de tu amor y perdón.* En ese momento derramé mi corazón a Jesús y pedí Su amor y perdón para mi viejo amigo. Pedí que Jesús lo ayudara y se volviera hacia la luz y renunciara a la senda oscura que seguía. Sabía que para ello haría falta un milagro, pero lo invoqué con fe de todo corazón. Esa mañana oré para que Jesús también me diera la oportunidad de algún día poder llevar el amor de Mi Salvador y Su poder para

perdonar a aquel querido amigo que había perdido. No me imaginaba que la respuesta a mi oración llegaría muy pronto, y de una manera tan inesperada.

Como era nuestra costumbre, el sacerdote cerró el oficio religioso con cantos de alabanza y agradecimiento a Dios por Sus abundantes bendiciones, cuando de repente, 50 hombres armados irrumpieron en nuestra capilla. El jefe de su grupo se puso de pie en el púlpito luego de empujar a un lado al sacerdote y con tono amenazador anunció que todos teníamos 10 horas para empacar y marcharnos de nuestro pueblo o lo tomarían por la fuerza.

Esa noticia aterradora hizo que escalofríos me recorrieran la espalda, y me pregunté qué sería de nosotros. Escuché el aterrorizado parloteo de voces a mi alrededor, y la multitud rápidamente se dispersó y desesperadamente corrían de un lado a otro tratando de reunir a sus familias y determinar a dónde ir. En ese momento, sentí la mano firme de mi padre que asía la mía y con tranquilidad me llevó a mí y a los otros integrantes de mi familia afuera y luego de vuelta a nuestro hogar.

Una vez adentro, nos pidió que nos arrodilláramos por un momento de oración mientras derramaba su alma al Señor y encomendaba nuestra familia, nuestro futuro, nuestra vida y nuestro destino a Su amoroso cuidado. Oró con tal fe y confianza, tal confianza en la protección y cuidado amoroso de nuestro Salvador, que supe que en ese momento, pasara lo que pasara, el Señor estaría velando por nosotros. Mis temores se disiparon y envolvió mi espíritu una sensación de fe y tranquilidad, calmándome y dándome el valor de enfrentar lo que sea que nos ocurriera. Luego, mi familia y yo rápidamente comenzamos a reunir nuestras pocas posesiones de valor, pues mi padre hizo planes para nuestro éxodo con otras personas del pueblo y parientes. El Señor preparó mi corazón con el conocimiento de que jamás volvería a esa tierra amada, y que partiríamos como Abraham, sin saber a dónde iríamos, pero que Él nos guiaría a un lugar de refugio y paz para comenzar nuestra nueva vida.

A medida que hacíamos nuestros preparativos, oíamos gritos y mucho ruido, pues los vecinos y amigos apresurada y desesperadamente andaban de un lado a otro preparándose para partir. Hubo un gran temor entre los habitantes del pueblo que no habían puesto su confianza en el Señor, pues sin duda había razón para tener miedo. Los hombres armados que nos habían amenazado estaban dando vueltas, vigilando a cada familia y continuando con sus presiones y

amenazas. Su presencia era amenazante y hacía surgir mucho temor, mientras oíamos relatos terribles de que esos grupos despiadadamente atacaban a otros pueblos como el nuestro, de gente sencilla y pacífica, en toda Palestina. Sabíamos que nuestra vida estaba en peligro a menos que accediéramos a sus exigencias de que nos marcháramos. Fue un momento muy triste para mi pueblo.

Empacamos nuestras posesiones y bienes, y lo único que quedaba era tratar de proteger a los animales que dejaríamos atrás. Mientras me dirigía hacia el pequeño campo detrás de nuestra casa, noté que una figura caminaba en la misma dirección, pero todavía estaba lejos. Al principio no logré distinguir de quién se trataba, pero a medida que se acercó el corazón me empezó a latir con fuerza, pues me di cuenta que era un pistolero del grupo religioso que había tomado por asalto nuestro pueblo. No había a dónde volverse, ningún lado a donde correr ni esconderse en ese campo abierto, y supe que estaba en las manos de Dios. Todo lo que podía hacer en ese momento era orar y encomendar a Dios mi vida, pidiéndole que me diera la gracia para enfrentar la muerte, la cual en ese instante parecía inminente.

Empecé a repasar mentalmente todas las promesas de protección que había leído y memorizado de niño. Cada palabra era como una gota de bálsamo que aliviaba mi alma temerosa, y una vez más mi corazón rebotaba de inexplicable paz y certeza en el amor y cuidado fiel del Señor. Mis temores se desvanecieron y tuve valor que no era terrenal para enfrentar esa gran incertidumbre.

Mis pensamientos se volvieron hacia el pasado, en los tiempos en que Dios hizo tantos grandes milagros para proteger y librar a Su pueblo, para salvarlo de los leones, abrir el mar para que lo pudieran cruzar como por tierra firme, y enviar fuego de los cielos para ser su defensa y arma contra sus enemigos. Irónicamente, Él había obrado maravillas para los mismos judíos que ahora perseguían a los creyentes y seguidores de Jesús.

De repente, desperté de mi ensueño con el sonido de una voz conocida. Frente a mí, a menos de un metro de distancia, estaba mi enemigo; sin embargo, había algo en él que me era muy familiar. Estaba tan sorprendido por el sonido de su voz que ni siquiera escuché lo que me había dicho. Repitió:

-Musa, ¿te acuerdas de mí?

«¿Me llamó por mi nombre? ¿Quién es? ¿De dónde me conoce?»

Pensamientos así me pasaban con celeridad por la cabeza mientras trataba de entender lo que ocurría, pero hasta que se quitó la máscara

no lo reconocí.

-¿Uri? -pregunté.

-Sí, soy yo -respondió en voz baja. Casi no podía creer lo que veía. Mi antiguo amigo, el que había perdido hacía mucho tiempo, estaba de pie frente a mí. Ahora se veía varios años mayor; no tanto por la edad sino por el desgaste que causa el temor y el odio. Los dos nos quedamos en silencio por un momento, sin saber qué decir ni cómo reaccionar.

No había temor en mi corazón, solo una extraña sensación de que lo que ocurría era el destino, como si aquel suceso extraño fuera enviado por Dios y parte de Su perfecto plan. Nuestras vidas habían cambiado tanto, y ahí estábamos -otrora amigos, ahora supuestos enemigos-; sin embargo, había algo que parecía unirnos y darnos un lazo de paz pese a todo.

El espíritu de Uri era distinto del de la última vez que lo había visto. La dureza y determinación habían desaparecido. Percibí un quebrantamiento y desesperación en el tono de su voz y en el espíritu de sus ojos, como si acudiera a mí con esperanza en busca de ayuda y soluciones. Uri rompió el silencio al decir:

-No necesitas temer. No te haría daño de todos modos. Vine a verte porque necesito tu ayuda.

Seguidamente, comenzó a contarme su vida y las distintas etapas por las que había pasado desde nuestra infancia. Explicó que había tomado ciertas decisiones que lo habían llevado por la senda del odio, la violencia y la guerra; todo supuestamente en nombre de la libertad. Afanosamente se unió al movimiento fundamentalista con el intento de proporcionar a su pueblo una patria segura y próspera; pero ahora no solo estaba desilusionado, sino que sentía repulsión con las tácticas despiadadas, crueles e inhumanas que empleaba ese movimiento para alcanzar sus objetivos.

Al darse cuenta de que esa no era la senda que quería recorrer, buscó la verdadera libertad, pero parecía no haber alternativa, una salida. Me dijo que recordaba lo que le dije en numerosas ocasiones cuando éramos más jóvenes acerca del amor de Dios, de compartir, de dar y perdonar. Como yo había hablado con tal convicción y fe inquebrantable, pensó que debía ir a verme, y que tal vez podría ayudarlo a entender lo que ocurría o hallar las respuestas al conflicto, confusión y suplicio por los que pasaba.

Mi corazón de inmediato se comunicó con el suyo, y supe que esa era la oportunidad que le había pedido a Jesús, la ocasión de conquistar

para Él a mi querido amigo que había perdido. Las Palabras surgieron de mi boca y sentí un ungimiento como nunca lo experimenté antes, como si Jesús mismo hablara por medio de mí y guiara a aquella alma desesperada hacia Él.

Ahí, en el árido campo, rodeados de ovejas y cabras, los dos nos arrodillamos, y Uri aceptó a Jesús como su Salvador. Un espíritu de amor, de bondad y comprensión le llenó el corazón, y ahí mismo tomó la decisión de intentar deshacer el mal que había hecho y el daño que había causado, y que lo haría ayudando a mi pueblo. No había forma de que pudiera evitar que nos marcháramos del pueblo, pero conocía lugares y rutas que podríamos tomar y que eran seguros. Conocía las tácticas y planes del movimiento y era capaz de divulgar secretamente esa información de modo que estuviésemos preparados.

Ayudó a mi familia a cargar nuestras pertenencias en nuestra pequeña carreta tirada por burros y emprendimos el viaje. Fue una triste partida cuando nos despedimos por última vez. Los dos sabíamos que probablemente nunca nos veríamos de nuevo, pero también que la fraternidad que compartimos por medio de Jesús sería por la eternidad, y que un día en el Cielo podríamos relatarnos el uno al otro los muchos milagros que Él había hecho en nuestra vida a partir de entonces.

Los dos teníamos dos nuevas vidas: Uri, la de vivir el cristianismo entre personas que odiaban incluso la mención del Nombre de Jesús, y para mí, una vida con nuevos horizontes, un nuevo destino, y un futuro desconocido, pero que me esperaba. Aunque nuestras sendas eran distintas, los dos teníamos algo en común: la seguridad de que la presencia de nuestro Salvador iría con nosotros, y que Su amor nos guiaría y nos cubriría todos los días de nuestra vida. Esto nos dio la paz, fe y valor para soportar toda dificultad futura, convencidos de que, al igual que Él no nos falló en esta ocasión, jamás nos fallaría en una sola de Sus promesas.

12. ¡Fue al Mismo Tiempo!

(Habla Paul, un difunto cristiano:) A continuación, hay un testimonio increíble que sucedió cuando me encontraba en China.

Una noche estaba en la cama, dando hacia un lado y otro, sin poder dormir. Miré el reloj y eran las 2 de la madrugada. Sentía una sensación de incomodidad. *Algo no anda bien*, pensé. «Señor, muéstrame a qué se debe esa sensación. No puedo dormir y no puedo entender por qué. Debe de haber algo que me estás tratando de mostrar, o algo que quieres que haga.»

Justo en ese momento, tuve una imagen de una de mis amigas misioneras, Sheena, que se encontraba en otra ciudad de China. Hacía un año que vivía allí. Tuve la impresión de que el Señor quería que orara por ella. Me levanté de la cama, me puse de rodillas y oré: «Jesús, sé que fuiste Tú quien me dio esta sensación para que orara por Sheena. No sé lo que está haciendo en este preciso momento, o por qué cosa quieres que ore, pero sé que China es un país muy peligroso para vivir. Así pues, oro que estés con ella y la protejas de cualquier peligro. Si tiene algún problema, ayúdala, Jesús. Dijiste que Tú nos librarías en la hora de la necesidad y que siempre estás presente para consolar, proteger y salvar. Te pido, pues, que estés cerca de Sheena ahora mismo y la ayudes con lo que sea que necesite; te lo pido en Tu Nombre.»

Después de orar, me metí en la cama y me quedé profundamente dormido. No descubrí por qué el Señor me hizo orar por Sheena esa noche, hasta que un día, unos meses después, recibí una carta de ella. En la carta me decía algo que hasta el momento, siempre me recordará que debo hacer caso a las impresiones que da el Señor, sea cual sea la hora del día, ¡o de la noche!

En la carta me escribió:

Querido Paul:

¿Cómo estás? Te pido disculpas por no haberte escrito ni haberte visitado por casi una eternidad. Estos últimos meses han sido un poco difíciles, pero el Señor me ha guardado y sé que se debe a tus oraciones.

Quería relatarte algo impresionante que me pasó hace unos dos meses. Fue un milagro absoluto y siempre estaré agradecida al Señor por ello.

Esto pasó una noche. Un grupo de nosotros nos encontrábamos reunidos secretamente para orar y leer la Biblia. Esa noche el grupo estaba compuesto por la misma gente de siempre. Pero a la mitad de la reunión, un hombre llamó a la puerta y preguntó si allí era donde se celebraba el estudio bíblico secreto. Yo no sabía muy bien qué decir, pues se lo veía un poco raro, pero al mismo no tenía la apariencia de querer causarnos problemas. Me dijo que un amigo suyo le había contado de nuestras reuniones y que debía venir a visitarnos, por lo que pensó en pasar a vernos. Lo dejé entrar, pero pedí a algunos otros que lo vigilaran, pues en este país uno no puede estar muy seguro. Siempre hay alguien que está persiguiendo a los creyentes.

Durante la clase, seguí mirándolo y pensando que tenía algo extraño en un sentido negativo. Me pareció raro. Después se levantó y preguntó si podía usar el baño; yo le enseñé el camino y me quedé cerca para asegurarme de que no se pusiera a andar por otras partes de la casa. *Qué me pasa, pensé. Me estoy comportando de forma paranoica. Seguramente es una buena persona y no debería preocuparme mucho por él.* Pero cuando me estaba empezando a alejar, lo escuché hablando en el baño. Sonaba como si estuviera hablando por su celular. No podía distinguir lo que decía pues no soy muy buena con el idioma, y él hablaba muy rápido.

En ese momento, se me ocurrió que debía contárselo a alguien más por si acaso se trataba de una llamada perjudicial. En cuanto entré en la sala, se escucharon golpes en la puerta. Una voz áspera decía: ¡Abran ahora! Uno de los hombres se levantó para abrir la puerta, pero ya la habían derribado.

En un instante, un montón de hombres armados llenaron la habitación y nos dijeron que estábamos arrestados. Estaban haciendo preguntas a todos y decían que nos iban a matar porque sabían que éramos cristianos.

En cierto momento, me sentí tan apremiada que empecé a orar en voz alta. Me puse a orar por esos hombres y a invocar la ayuda y la protección del Señor. Los hombres seguían ordenándome que me callara. Pasaron horas y yo no sabía qué nos iban a hacer. Pensé que efectivamente iba a morir en manos de esos hombres.

De repente, el Señor me dijo que les dijera que Jesús los amaba y que había muerto por sus pecados. Así pues, empecé a decirles eso y

a decirles que Jesús era el hombre que los amaba y que si creían en Él, podían ir al Cielo. Yo prácticamente les gritaba porque ellos hablaban muy alto y me decían que me callara.

Alcé la vista y vi que el hombre que había entrado antes se encontraba con los demás. *Sabía que no tramaba nada bueno*, me dije a mí misma. Nuestras miradas se cruzaron y pude ver lágrimas en sus ojos. No decía nada, pero supe que se sentía mal por lo que había hecho. Después alzó la voz y pidió a todos que se callaran.

El hombre dijo: «Tengo algo que decirles. Vine aquí a estudiarlos. Estaba seguro de que iba a encontrar a delincuentes y malhechores, pero en lugar de eso, encontré a personas cariñosas y pacíficas que conocen al Hombre que he buscado toda mi vida. Estas personas no han hecho nada malo. Déjenlas ir.»

En ese momento, todos los hombres se dieron la vuelta y se fueron. El hombre se me acercó y, todavía con lágrimas en los ojos, dijo: «Lamento lo que pasó aquí esta noche. No sé en qué estaba pensando. Hice esa llamada y les dije que vinieran a llevárselos. Simplemente estaba haciendo mi trabajo, pero ya no quiero hacer esto; es malo. Le ruego que me hable más de ese Hombre, Jesús, que nos ama tanto. Quiero saber más de Él.»

¡Me quedé de una pieza, por decir lo menos! No sabía qué decir. Era bastante tarde pero sabía que tenía que hablar del Señor con esa persona. Desde esa vez, él ha venido regularmente a nuestras clases y nos ha dicho que nos protegerá de todas las formas que pueda. Estoy muy agradecida por la protección y la misericordia del Señor. Gracias por haber orado por nosotros.
Con cariño, Sheena

* * *

¡Increíble! Pensé. ¡Es verdaderamente sorprendente! A lo largo del día, seguí pensando en esa carta y después de repente, me acordé de aquella noche en que no podía dormir. ¡Sentí que se me aceleraba el pulso y tuve que descubrir cuándo había pasado todo eso! Escribí a Sheena preguntándole la fecha y la hora en que había ocurrido aquello y me confirmó lo que yo estaba pensando. Fue la misma noche en que el Señor me había hecho sentir que debía orar por ella. ¡Desde entonces, siempre hago caso a esas sensaciones que tengo!

* * *

(Jesús:) En primer lugar, Sheena no fue muy prudente al invitar a una persona desconocida al estudio bíblico; pero eso no fue una limitación para Mí, y la liberé.

No dejen de orar por las personas que les pongo en el corazón, aunque no entiendan por qué, o cuando esté ocupados por otros asuntos. Dediquen unos momentos por lo menos a encomendármelos a Mí con sus oraciones.

13. Cerca del Corazón de Dios

Contado por Tanya Petrovich

«Hay un lugar de quietud y reposo cerca del corazón de Dios. Un lugar al que no llega el pecado, cerca del corazón de Dios.»
El cuerpo se me sacudía por la tos mientras cantaba en voz baja ese himno que había servido de consuelo a mi mente atribulada durante mis años de conocer al Señor. Me castañeteaban los dientes, pero eso no podía contrarrestar la paz que me envolvía espiritualmente cuando sabía que mi amoroso Jesús se hallaba a mi lado, y me encontraba cerca del corazón de Dios.

«Oh Jesús, bienaventurado Redentor enviado del corazón de Dios, guarda cerca del corazón de Dios a quienes esperan ante Ti.»

Cuánto consuelo me daban esas palabras. Aunque tenía el cuerpo adolorido y el frío del invierno me había calado los huesos, igual me sentía sostenida por el cálido amor de mi Salvador.

Los recuerdos de lo que había pasado parecían desvanecerse cuando los comparaba con la paz y el gozo que sentía en mi corazón. Jesús me iba a ayudar a salir adelante.

* * *

Conocía a Jesús de toda la vida. Aunque Rusia estaba gobernada por los comunistas y dictadores como Stalin querían acabar con la religión y con quienes creían en Jesús, mis padres habían sido cristianos fuertes, con un gran amor y devoción por Jesús y estaban dispuestos a dar su vida por Él, si fuera necesario.

Yo no era más que una niña. Mis padres me llamaban su hija de regalo, pues igual que Isaac, yo había sido prometida a mis padres y me habían tenido ya entrados en años. Mis padres me habían transmitido todo lo que sabían sobre Jesús y me habían ayudado a establecer una conexión fuerte con Jesús. Fue esa fe lo que me hizo salir airoso de las épocas difíciles de persecución que arrasaron nuestro país.

Mi padre se fue con Jesús cuando yo tenía 19 años, mi madre había muerto unos pocos meses antes. Ambos eran mayores y habían corrido la buena carrera. Sin embargo, al fallecer mis padres, yo me preguntaba qué sería de mí. Sabía que Jesús quería que yo hablara de mi fe con otras personas, pero sentía que me faltaba experiencia, y a veces tenía miedo, pues me preguntaba si era lo suficientemente fuerte como para soportar la persecución.

El año anterior había habido una intensa «purga» de cristianos en Volgogrado y muchos cristianos con los que yo había fraternizado o bien habían desaparecido o habían sido embarcados a los campamentos de trabajos forzados en Siberia. En ese entonces, me sentí muy sola pues todavía era joven y no sabía a ciencia cierta qué hacer con mi vida, y no tenía una idea concreta de qué rumbo debía seguir.

Trataba de ser cautelosa en cuanto a mis creencias, pues no quería ser imprudente y meterme en líos. Pero al mismo tiempo me sentía desilusionada con la clandestinidad de ciertos cristianos quienes por lo visto tenían una fe muy debilitada como para lograr sobrevivir esas épocas. Estaba desesperada por hallar mi camino en la vida.

Una noche, me quedé dormida pero mi sueño era intranquilo. Esa noche había estado orando para que Jesús me mostrara cómo vivir mi vida para Él. Me había quedado dormida mientras lloraba, y de repente me desperté sobresaltada por el recuerdo de un sueño muy vívido.

El sueño había sido sencillo: Reinaba la oscuridad, pero yo escuchaba voces que salían de ella, pues aunque no podía ver la necesidad acuciante, podía escuchar los sonidos de los necesitados. *¿Qué hago? ¿Cómo puedo ayudar?* Me preguntaba. *Oh, Jesús, ¿qué debo hacer?* Fue en ese momento que escuché con mucha claridad las palabras: «Sé Mi luz, Mi vela en medio de la oscuridad».

«Jesús, hazme Tu luz», clamé. De repente, fue como si mi cuerpo comenzara a resplandecer... como la vela penetra la oscuridad con su luz.

De la oscuridad, surgían manos que me buscaban, que me tironeaban de la ropa y trataban de alcanzarme de cualquier forma. Muchos me pedían ayuda desde la oscuridad y a medida que se iban acercando hacia la luz que rodeaba mi cuerpo, muchos corazones entristecidos se convertían en corazones llenos de alegría.

* * *

Mientras me hallaba temblando y tiritando en el frío piso de piedra de la prisión, cantando mi himno favorito, me preguntaba si vería el cumplimiento de ese sueño. Me puse a recordar todo lo que había sucedido desde aquella noche bendita en que Jesús me había llamado.

* * *

Cuando conocí a Alexei -que era pastor, aunque en secreto- habían pasado tres meses desde aquel sueño. Por ese entonces, él tenía 30 años y había estado apacentando fielmente a varios grupos de cristianos por toda la ciudad. Era un cristiano magnífico con un amor firme por el Señor y una personalidad vibrante y afectuosa. Alexei había pasado su parte de tribulaciones y sin embargo esas pruebas no habían hecho otra cosa que fortalecer su fe en Jesús. Su joven esposa había muerto hacía un año dando a luz a su primer hijo. Alexei muchas veces me decía que Jesús había rescatado a su preciosa esposa de esa época difícil y conflictiva, y lo había dejado con un regalo precioso que era su hijito Mikhail (o Misha como lo llamaba afectuosamente). Fue por esa época que Alexei se había dedicado de todo corazón y con toda el alma a ayudar a fortalecer a la iglesia clandestina de creyentes.

Cada vez que Alexei hablaba de Jesús, su rostro se iluminaba magníficamente; irradiaba a Jesús. Yo había visto ese resplandor por primera vez en una reunión secreta de fraternidad en la que Alexei dio una charla sobre la bendición de las pruebas. Casi ni había escuchado las palabras que decía pues las palabras que resonaban en mi mente eran las de mi sueño, cuando Jesús me había pedido que fuera Su luz. *Como Alexei.*

A lo largo de los meses siguientes, llegué a conocer mejor a Alexei y se forjó entre nosotros un fuerte vínculo de amistad. Un día, el Señor me dijo que preguntara a Alexei cómo podía ayudarlo a realizar su labor para Jesús.

«Necesito ayuda con Misha», respondió Alexei. «Es tan pequeño y como muchas veces tengo que ausentarme, no puedo enseñarle y cuidarlo».

Accedí gustosamente y me agradó mucho ver la amplia sonrisa que se formó en el rostro de Alexei. Fue como si le hubieran quitado un enorme peso de encima.

«¡Tanya, eres la respuesta a mis oraciones!», dijo. «He estado preocupado por Misha, pues me he estado preguntando si debo continuar con mi obra para el Señor cuando Misha también necesita que le dedique tiempo, cariño y cuidados. No sé cómo darte las gracias.»

No era exactamente el cumplimiento del sueño de la luz en medio de la oscuridad, pero yo sabía que estaba haciendo lo que Dios quería que hiciese en ese momento. Durante el año que siguió mientras cuidaba a Misha, también aumentaba mi fe. Aprendí mucho de Alexei y el hecho de enseñar a Misha sobre Jesús también sirvió para fortalecer mi fe y convicción.

En una oportunidad, Alexei se encontraba muy enfermo como para viajar hasta las reuniones clandestinas. Había contraído neumonía y había pasado una semana postrado en cama.

«Tanya», me susurró. (Yo lo había estado cuidando la última semana de enfermedad.) «La familia de Sergey necesita consuelo y recobrar la confianza».

Asentí con la cabeza. Hacía poco que se habían llevado preso al hijo mayor de Sergey y se había difundido el rumor de que lo habían enviado a Siberia, acusado de ser un insurgente político.

«Estás demasiado débil para ir», dije a Alexei.

«Lo sé», respondió. «¿Irías en mi lugar?»

¿Yo? Me sentía muy aturdida como para decir algo. No tenía experiencia enseñando a otros sobre Jesús y en mi interior sentía preocupaciones y temores de que me atraparan, me interrogaran y quizás me forzaran a negar mi fe. Todos sabíamos que el hijo mayor de Yuri era un cristiano declarado y que el cartel de «insurgente político» que le habían puesto no era más que un pretexto.

«Yo... yo...», dije tartamudeando y vacilando al responder.

Alexei me puso la mano en la rodilla y me dijo suavemente: «Jesús necesita que seas Su luz».

Fue impresionante, no le había contado mi sueño a Alexei y sin embargo, él hablaba como si lo supiera todo. Me invadió una sensación de paz. «¿Qué debo hacer?», pregunté.

Alexei suspiró aliviado. Se preocupaba por su rebaño y sabía que a sus ovejas les vendría bien recibir todo el consuelo posible en ese momento de pruebas. Me enseñó lo que debía hacer y decir, y también me advirtió cómo realizar esa reunión en secreto. Después, salí rumbo a mi primera misión.

¡Oh, la emoción que sentía de poder llevar el consuelo de Jesús al corazón de otra persona no se puede describir apropiadamente! Yo solamente abría la boca y las palabras se me salían de los labios como si no fuera yo quien hablaba, sino el mismo Jesús.

Regresé al apartamento de Alexei varias horas después y lo encontré sentado en la cama, orando en silencio. Le conté todo lo que había sucedido y juntos alzamos los brazos en alabanzas a Jesús por Su unguimiento.

Eso fue el inicio de mi ministerio. La iglesia clandestina había crecido considerablemente y era un trabajo que Alexei no podía realizar él solo. Dijo que Jesús le había mostrado que yo debía ayudarlo en ese ministerio, que debía enseñar y fortalecer a los creyentes. Y así empecé a hacer eso junto con Alexei.

Seis meses después, el Señor le había mostrado a Alexei que viajara a Vladimir fuera de Moscú para visitar a su madre anciana y además para animar a los hermanos de ahí. Se llevó consigo a Misha, mientras yo me quedaba en Volgogrado para continuar con nuestro ministerio.

Tres días después de que Alexei se fue, me volví a despertar en medio de la noche después de soñar el mismo sueño en que todo estaba oscuro y Jesús me llamaba a que fuera Su luz. Cuando me desperté, me sentí confundida, pues pensaba que ayudar a Alexei en ese ministerio era hacer resplandecer mi luz en medio de la oscuridad. No me podía volver a dormir, por lo que busqué intensamente al Señor con relación a ese sueño.

La voz calmada y consoladora de Jesús me habló al corazón: *Sé Mi luz... Mi vela... en medio de una oscuridad más intensa*. No sabía cómo interpretar eso, pero nuevamente lo dejé en manos de Dios y le pedí que me convirtiera en la luz que Él necesitaba que fuera.

Una semana después, mientras volvía a casa en medio de la oscuridad después de una reunión con una pareja de ancianos creyentes, doblé por una esquina de una calle desierta y me topé con dos agentes de la KGB.

«Esta semana te hemos estado vigilando, Tanya Petrovich», dijo uno de ellos. «Queremos hacerte unas preguntas».

Me asaltaron un montón de pensamientos. Quería darme la vuelta y

salir corriendo para advertir a todas las personas que pudiera, pero una mano firme me tomó de los brazos y me llevó hacia el auto.

Ayúdame, Jesús, oré en silencio. Cuida a Tus pequeños.

Recorrí mentalmente los eventos de la semana, preocupada por todas las personas con las que había estado. Y después una sonrisa de paz me iluminó el rostro. En el mismo momento en que Jesús me había indicado que fuera una luz en medio de gran oscuridad, también me había advertido que limitara mis visitas y la mayoría de mis visitas habían sido con una o dos personas en toda la semana. Yo sabía que Jesús se iba a encargar de cuidar a las personas a las que había visto, de la misma manera que me iba a cuidar a mí.

Los dos días siguientes fueron borrosos para mí. Pasé muchas horas de interrogatorios, privaciones y humillación. Fui golpeada y torturada con la finalidad de sacarme información. Aunque los funcionarios pensaban que tenían algún motivo para acusarme, no tenían ninguna evidencia de mis «delitos», excepto el hecho de que era creyente. Sin embargo, no me dejaron en libertad, sino que me encerraron separada en una celda helada en la que contraí una tos terrible.

Una semana después de esa terrible prueba, me llevaron a otra sección de la prisión. Era tarde de noche y me habían hecho pasar por otra ronda de interrogatorios y tortura. Me metieron en la celda de un empujón y fui a dar con todo mi peso contra el frío suelo de piedra. Las luces se apagaron casi de inmediato, antes de que siquiera pudiera ver dónde me habían puesto.

Sentía el cuerpo adolorido y tenía una tos espantosa. Me sentía sola y desamparada, pero en ese momento, me acordé de las palabras de mi himno favorito. Con gran esfuerzo, empecé a cantar la letra muy suavemente:

«Hay un lugar de quietud y reposo cerca del corazón de Dios. Un lugar al que no llega el pecado, cerca del corazón de Dios. Oh Jesús, bienaventurado Redentor enviado del corazón de Dios, guarda a quienes esperan ante Ti, cerca del corazón de Dios.»

Canté esa letra hermosa varias veces y, nuevamente, me sentí invadida por un gozo inefable. Fue en ese momento que escuché sollozos y llanto cerca de mí. Los ojos se me habían adaptado a la oscuridad y pude distinguir que me habían puesto en una celda con otras personas.

«Canta eso de nuevo», dijo una tímida voz femenina cerca de mí. Y volví a cantarlo.

«¡Es muy bello!», dijo la misma voz tímida.
Una voz fuerte que nos ordenaba callarnos resonó por toda la celda y se hizo silencio.
Después, escuché la vocecita nuevamente. «¿Cantarás más de esas canciones mañana? Quiero que mi amiga también las oiga.»
Asentí y susurré un sí.
«Gracias», dijo. Enseguida me quedé dormida.

* * *

Me desperté a la mañana siguiente con un suave codazo, y al alzar la vista vi a una joven delgada de unos veinticinco años arrodillada a mi lado. «¿Cantarás esa canción de nuevo», dijo, «mi amiga quiere escucharla».
Señaló a una muchachita pálida y enfermiza que se hallaba echada en un rincón de la celda. Eché una mirada al resto de la habitación. En la pequeña celda, había unas 7 u 8 mujeres; después me enteré de que la mayoría de ellas eran delincuentes.
Me dolía todo el cuerpo por las torturas, pero me había despertado pensando en el sueño que había tenido, de que sería una luz en medio de una oscuridad más intensa. ¿Era esa la oscuridad a la que se refería Jesús?
Me acerqué a la joven enferma y le canté la canción. Se le llenaron los ojos de lágrimas y sonrió. «Si ese Dios es real, quiero estar cerca de Su corazón.»
«¡Dios no existe y Jesús no existe!», dijo una voz ronca detrás de mí. Me di la vuelta y vi a una mujer inmensa de mirada fulminante.
«Oh, pero sí existe», respondí. No sé qué se apoderó de mí. Me sentí muy valiente, muy dotada de poder espiritual. Con los años, había aprendido a ser cautelosa y a cuidarme de no proclamar abiertamente a Jesús o a Dios. Pero sentí que no podía contenerlo, me dominaba el amor de Jesús y quería que mi luz resplandeciera.
A lo largo de los siguientes días, testifiqué más a esas mujeres y cada una de ellas recibió a Jesús como su Salvador. No fue un tiempo sin pruebas y yo no estaba segura de si mi cuerpo podría resistir las privaciones, el dolor y la enfermedad que sufría. Pero cada día, Jesús me levantaba con todas las energías espirituales que necesitaba para ayudar espiritualmente a esas almas sedientas, de manera que la luz de Jesús en mí pudiera resplandecer en esa prisión oscura y

deprimente.

Un mes después de mi arresto, fui liberada de la prisión. La fe de quienes estaban presas se había fortalecido y ellas también comenzaron a difundir secretamente el amor de Jesús a las demás. Con el tiempo, me volví a unir a Alexei y Misha, y nos mudamos a otra ciudad, en donde nos convertimos en una familia. El Señor continuó bendiciendo nuestro ministerio de ayudar a otros a encontrar a Jesús y fortalecerse en la fe. Jesús nos protegió de persecución muchas otras veces, rodeándonos con Sus ángeles y llevándonos sin falta lejos del peligro, y guardándonos debajo de Sus alas.

Recuerden siempre que Jesús los cuidará fielmente. Él sabe cómo valerse de las circunstancias más difíciles para obrar Su voluntad. Él se valdrá de ustedes como de una luz en medio de la oscuridad y hará que esa luz resplandezca todavía con más fulgor. Sólo tienen que hacer su parte y estar dispuestos a seguirlo y amar a Jesús de todo corazón. Él se valdrá de ustedes para Su gloria, como se valió de mí mientras estaba en la Tierra. *(Fin del mensaje.)*

* * *

(Jesús:) Quiero que este relato sirva de testimonio de que aunque permita que Mis hijos sean llevados presos y torturados, como le pasó a ésta, Yo estoy con ellos y Mi poder para liberar no está limitado.

14. ¡La Nave de las Llaves Causa Disturbios!

(Ayudante espiritual:) Es el futuro. El Anticristo está en el poder y ¡ustedes son fugitivos! Los soldados y agentes del Anticristo están por todas partes y escapar de ellos requiere un poder increíble y concentrado de las llaves, ¡pero lo logran una y otra vez! Lo que sigue es ejemplo de una de esas escapadas del Tiempo del Fin gracias al poder invencible de las llaves.

Ustedes y su familia y amigos llevan un buen tiempo viajando. Por lo visto, tienen que seguir mudándose, no se pueden asentar mucho en ninguna parte, pues de lo contrario sus enemigos los alcanzarían. Se mantienen a salvo gracias a estar constantemente en movimiento, pues parece que el Enemigo siempre les está pisando los talones.

Pero ahora lo tienen todo controlado. Cada ciudadano es vigilado. Todo buen sistemático tiene un número. Todo está sucediendo tal como se predijo. Naturalmente, ustedes no llevan la marca y se ha vuelto cada vez más difícil comprar o vender.

Con cada día que pasa, ustedes están más agradecidos por la provisión milagrosa del Señor y por sus amigos y patrocinadores que los ayudan manteniéndolos alimentados y abastecidos de todo lo que precisan para vivir fuera del Sistema.

El Nuevo Orden Mundial está haciendo lo máximo posible por deshacerse de la escoria, personas como ustedes que viven al margen de la sociedad y que pueden existir fuera de su sistema. Es un testimonio en contra de ellos y quieren erradicarlos.

Ya no hay libertad, casi en ninguna parte. Sí, hay unos pocos países que se mantienen firmes, pero incluso ellos serán dominados antes de que regrese nuestro Señor. Sin embargo, hay muchas formas de vencer al Sistema, y con el poder de las llaves, ustedes están logrando hacerlo.

Esta es la historia de una de esas veces:

Mientras su vehículo se acerca al puesto de control de la autopista, saben que los detendrán, luego los interrogarán y les pedirán sus documentos que prueben que son ciudadanos leales. Pero realmente no había otra forma de hacerlo... tenían que tomar esa ruta para llegar a su próximo destino, el siguiente lugar de refugio que el Señor les tiene preparado.

¡El vehículo rebosa de alabanzas y oraciones fervorosas que llegan hasta el Cielo y al trono de Dios! La nave espacial de las llaves flota por encima de su vehículo. La música de las llaves llega hasta sus oídos y se sienten consolados. Los guardias, naturalmente, no pueden verlo o escucharlo. Sólo lo pueden ver y escuchar quienes el Señor quiere que lo vean y escuchen. Los guardias están cegados a lo que sucede arriba y todo lo que ven es que su auto se acerca.

Ustedes saben que no existe forma humana y natural de que puedan pasar por ese punto de control y saben que Jesús tendrá que obrar algo increíble y sobrenatural por ustedes... es la única solución. Tienen plena fe en Él y no tienen ninguna duda de que lograrán salir adelante.

Pero hace falta fe, pues a esas alturas, ustedes no saben qué hará el Señor, solo saben que hará algo para salvarlos, si ésa es Su voluntad, ¡y están convencidos de que así es! Han llegado hasta ahí por fe y ¡no creen que los vaya a defraudar ahora! Son muy necesarios en estos días de oscuridad para seguir difundiendo el mensaje del gran amor del Señor y de Su pronto regreso.

Mientras el guardia se acerca, van bajando la ventanilla, lo miran a los ojos y hacen una oración en silencio; entonces, el Señor se manifiesta por medio de ustedes. De la nave de las llaves que está por encima de ustedes sale un sonido penetrante que hace que los guardias y quienes están en el refugio se tapen los oídos y salgan corriendo frenéticamente hacia los campos adyacentes. Ustedes oyen solamente un sonido débil; para ustedes resuena como una música bella, pero para ellos es una frecuencia de sonido insoportable que los hace salir corriendo para escapar.

Y entonces, lógicamente, continúan conduciendo y pasan el punto de control sin peligro, sin sufrir daño alguno, para vivir un día más y para dar testimonio del amor de nuestro gran Señor en otra ciudad y ante otras ovejas sedientas que esperan el mensaje del Señor.

* * *

(*Jesús:*) ¡Es una buena ilustración de la clase de milagros que obraré, no sólo una vez, sino muchas veces en los días venideros!

15. El Relato de Protección de Maia

Me llamo Maia. Nací los primeros años de 1900 en las estribaciones rurales de las Montañas Atai de Mongolia, en una zona por la que muchas veces hubo conflictos con China. Nuestra aldea era similar a las demás de la región, estábamos muy unidos, lo cual era muy necesario para la supervivencia. Debíamos mantenernos unidos pues de lo contrario los caudillos más fuertes de las regiones norteñas extenderían sus territorios y se apoderarían de nosotros y de nuestra región.

Esa unión era buena. Formaba lazos como los de una familia incluso con personas que no eran de nuestra familia carnal. Y era muy beneficioso sobre todo en nuestra aldea, pues éramos cristianos en un país no cristiano. Las aldeas que nos rodeaban eran principalmente budistas... gente pacífica y amigable, pero de una fe diferente, por lo cual nos miraban con desconfianza.

Estábamos en gran medida solos e incluso la mayoría de los cristianos del mundo ni sabía que existíamos. Si no hubiera sido por una relación estrecha con las palabras de Jesús gracias a las pocas pero bien conservadas biblias que teníamos, no habríamos sobrevivido.

Esto sucedió cuando el comunismo estaba empezando a introducirse en el gobierno de nuestro país. A medida que se hacía más poderoso, las personas que eran religiosas eran dejadas de lado. Había mucha hostilidad hacia las personas religiosas pues se creía que la religión había sofocado la iniciativa de la gente y había permitido que se la pudiera dominar fácilmente. En eso había bastante de verdad, pues la religión budista no enseñaba a la gente a tratar de lograr algo más, sino más bien a encontrar formas de contentarse con su destino en la vida y aceptarlo sin protestar.

Pero nuestra aldea cristiana era diferente y única. Nos preocupábamos unos por otros. Nos manteníamos unos a otros. Vivíamos de forma muy parecida a como habían vivido los primeros seguidores de Jesús. Incluso vivíamos una forma de comunismo por la forma en que nos ayudábamos unos a otros cuando alguno tenía necesidad. Teníamos cada uno su casa y su familia, pero actuábamos con prontitud cuando había que juntarse para ayudar a otro, tanto en momentos de alegría como en momentos difíciles.

Por esa razón, aunque se prohibió nuestra religión, clausurando nuestra iglesia, de todas formas continuamos con nuestra fe. Las

comunidades budistas aledañas perdieron su religión y perdieron la poca fe que tenían. Empezaron a desintegrarse perdiendo los valores que las habían mantenido unidas. Ya no se cuidaban unas a otras, sino que fueron presa fácil de creencias e ideología nuevas que se infiltraban desde el gobierno.

Como perdieron la unión de que gozaban gracias a su fe budista, la infraestructura de sus aldeas se debilitó y por eso, se propagaron las enfermedades y casi destruyeron nuestra parte de Mongolia. Hoy en día uno escucha de muchos virus mortales que amenazan difundirse por continentes enteros. Existe el SARS, la gripe avícola, Ebola y hasta el SIDA. Algunas de esas enfermedades se propagan rápidamente. Algunas sólo se transmiten por prácticas imprudentes. No sé cómo llamar a la enfermedad que se produjo en esas aldeas. Seguramente no habría avanzado mucho en nuestra tierra si los comunistas no hubieran acabado con la poca fe que tenía la gente y que la mantenía unida.

Verán, en nuestra tierra, aunque el budismo no inspiraba a la gente a tener fe en el Cielo por medio de Jesús, sí le daba ciertos valores morales con que regir su vida. La suya no era una religión de demonología, sino de buenas obras y de vida pacífica. Pero al no haber eso, ¿qué le quedaba a la gente?

Nuestro cristianismo no podía sofocarse tan fácilmente. Era una fe vibrante que albergábamos en el corazón. Aunque estuviéramos sin biblias, la Palabra seguía viva y podíamos transmitirla de forma oral. Éramos biblias vivientes. Es mucho más fácil acabar con una religión de tradiciones que con una religión que es la esencia y el alma de la gente. Después de todo, ¿cómo puedes matar a Jesucristo cuando Él ya murió y dominó a la muerte? Por eso nunca triunfó la persecución contra la iglesia. Se pueden eliminar todos los ceremoniales del budismo y la persona es despojada de su fe. Se pueden eliminar todos los ceremoniales del cristianismo y el resultado son cristianos más fuertes que tienen que apoyarse en Jesucristo como única esperanza y ya no dependen de las débiles muletas del iglesierismo. Y eso fue lo que pasó con nosotros.

La prohibición que impusieron los comunistas contra la religión sí tuvo como resultado la clausura de nuestra iglesia, pero Jesucristo no huyó ni se escondió. No, al contrario, se volvió más poderoso porque llegamos a conocerlo más personalmente.

Pero en cuanto a nuestros pobres vecinos, los comunistas les quitaron la poca fe que tenían y quedaron indefensos. Como ya saben,

el Diablo no sólo quiere gobernar el mundo; también quiere destruirlo. Cuando él se apodera de un gobierno, primero hace que la gente crea que el nuevo gobierno mejorará su vida. Pero luego, poco a poco, va destruyendo su vida.

Y eso es lo que hacía en sus aldeas. Eliminó la religión que tenían y después dejó a la gente sin nada. Se llenaba de alegría cuando una nueva enfermedad llegaba a esas aldeas. Gozaba lleno de maldad cuando veía que esos aldeanos no sólo morían de enfermedades, sino que también se traicionaban unos a otros.

Los aldeanos de aldeas vecinas, llenos de temor, iban a matar a la gente de las aldeas en que predominaba la enfermedad con la esperanza de que si mataban hasta a las personas saludables podrían cortar de raíz la enfermedad y evitar que se transmitiera a su aldea. Pero en cambio ocurría que al ir a matar a inocentes, propagaban más la enfermedad. Ésta se desarrollaba en los cadáveres y en la suciedad, e infectaba a quienes habían ido a destruirla. Los mismos hombres que habían ido a la aldea a matar a los aldeanos sobrevivientes, después regresaban a su casa y a sus aldeas llevando la enfermedad consigo.

Pronto, quedaron muy pocas aldeas en nuestra zona de Mongolia. Las incursiones para matar pararon porque no había suficientes hombres para realizarlas. Los pocos que sobrevivieron a la enfermedad ya no podían salir a atacar a sus vecinos. Todas las aldeas estaban infectadas y fue la misma enfermedad que mató a tantos la que también protegió a las aldeas restantes y evitó que fueran eliminadas por completo.

Estoy segura de que el Diablo inspiró esa enfermedad para hacer desaparecer nuestra pequeña comunidad. Desde luego, no le molestó mucho matar a quienes ya estaban bajo su control. Pero nos detestaba. Pensaba que si llevaba esa enfermedad a todas las aldeas de nuestra zona, seguramente nuestra aldea también caería víctima de ella. Entonces, nuestra luz que resplandecía con fulgor en un país comunista en tinieblas, sería apagada completamente.

El razonamiento lógico indicaba que nosotros íbamos a tener el mismo final que nuestros vecinos. Pero eso no fue lo que pasó. La enfermedad que casi destruyó las aldeas vecinas nunca llegó hasta nuestras puertas. La misma ira y la misma ferocidad que destruyó a nuestros vecinos fue lo que nos protegió. ¿Cómo puede ser?

Si aquellas aldeas hubieran sido assoladas únicamente por la enfermedad, nos habríamos arriesgado a salir para ver cómo

podíamos ayudar a nuestros vecinos. Pero como de las aldeas sanas salían grupos de atacantes hacia las aldeas infectadas, no podíamos salir a ayudarles. Por eso, nuestra aldea quedó totalmente protegida de la enfermedad mientras que las aldeas que nos rodeaban eran destruidas por ella.

Sin embargo, al final, cuando ya no quedaban hombres fuertes para que fueran de aldea en aldea para destruir a las aldeas infectadas, sí nos aventuramos. Empezamos a ir de aldea en aldea llevando suministros a los pocos supervivientes que quedaban. Les llevábamos regalos de amor que consistían en alimentos, agua y materiales para limpiar y reconstruir. Les llevábamos regalos de nuestro espléndido Salvador; les llevábamos a Jesús de una forma tangible que no podían dejar de reconocer.

Ninguno de nosotros se contagió la enfermedad. Confiábamos en el versículo que dice: «Tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán» (Marcos 16:18). Esa era la promesa diaria que invocábamos cuando íbamos a conquistar con amor, y Jesús nunca nos defraudó.

El Diablo envió esa enfermedad para acabar con nosotros. Pensó que tenía un punto de apoyo con esas personas que habían sido despojadas de su fe. Pero por el contrario, preparó el terreno para que nacieran otros cristianos. Hizo posible que Jesucristo conquistara el alma de los hombres. El Hombre que dio Su vida por todos, nos dio la salvación del alma de nuestros vecinos y conquistó por medio de nosotros. Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. (1 de Juan 4:4b).

* * *

(Jesús:) Esta historia es un tributo a Mi poder y protección.

16. Yasumi, la Lavandera Japonesa

Me llamo Yasumi y viví en Japón durante la época de la gran persecución de cristianos durante el imperio del Emperador Hideoshi, a fines de 1500. Era una época muy peligrosa para los cristianos, ya que cualquiera que profesara ser cristiano era sentenciado de inmediato a morir. Muchos de mis amigos fueron apresados y muertos; pero nunca me encontraron a mí.

Eso fue un milagro, ya que yo siempre había tratado de difundir la verdad que conocía y estaba dispuesta a morir por ella. Pero mi amoroso Salvador, en Su gran amor y sabiduría, sabía que lo mejor era que yo permaneciera viva en esta Tierra para testificar de Su verdad ante muchos.

Mi trabajo en la aldea era lavar ropa y muchas veces tenía una gran cantidad de ropa que llevar hasta el río para lavarla. Era en esos momentos que hablaba con las demás lavanderas de la aldea y podía llegar a conocerlas. Nos hicimos buenas amigas y una por una, todas entregaron su corazón a Jesús. Compartíamos una fe y un amor común, y como hacíamos bien nuestro trabajo y ayudábamos a la aldea, nadie cuestionaba nuestra fe en Cristo.

17. ¡El Profeta Jeremías!

(Jesús:) Escuchen la voz de Mi profeta Jeremías, el niño profeta que dijo: «No puedo hablar, pues quién me va a escuchar... no soy más que un niño», pero al final él no sintió temor y se mantuvo firme hasta el fin y me fue de mucha utilidad.

* * *

(Jeremías:) Me acerco a ustedes ahora como el niño que era cuando el Señor me reclutó por primera vez para Su servicio. ¡Yo no sabía nada! Era inculto e ignorante. Comparado con ustedes, no sabía nada, pero había sido educado en las Sagradas Escrituras y las creía como las palabras auténticas que provenían de la boca de Dios. Las había memorizado, las había estudiado, y había leído con frecuencia sobre los profetas que habían existido antes que yo.

Creía que Dios podía hablarme y yo escuchaba Su voz, dulce y apacible en mi oído. Hubo momentos en que cuestioné si realmente era Él, pero otros profetas me animaron diciéndome que si solamente creía, Dios me hablaría y Él siempre se manifestó.

Yo era muy parecido a como son ustedes ahora. No era ninguna persona -era un tipo sin importancia en realidad- que se destacara del montón como para hacer algo destacado. En esa época, el Señor habló claramente a muchos... a los del Templo y a cualquiera que quisiese escuchar.

Mi don de escuchar la voz de Dios no era algo especial que solamente podía hacer yo. Yo fui escogido por Dios para hablar Sus palabras, pero sólo porque Dios sabía que mediante Su poder Yo me mantendría firme en Él y proclamaría Su mensaje sin temor a morir o padecer persecución.

Cuando empecé a hablar en contra de la iniquidad que predominaba, yo era débil. No siempre hice lo que el Señor me pedía. Se me pedía que fuera a los mercados y que sin saber lo que iba a pasar, me pusiera delante de la multitud y estuviera abierto a lo que el Señor quisiera decir.

La primera vez que me puse de pie y alcé la voz para hablar, chillé y tartamudeé. No pude expresar el mensaje y la gente se rió y se burló de mí. Había algunos que me conocían desde mi niñez. Allí había algunos con los que había jugado, había personas que me habían

corregido, me habían dado de comer y me habían invitado a fiestas en sus casas.

Estaba rodeado de personas, igual que ustedes... personas que a ustedes les gustan, con las que tienen relaciones, personas a las que aman y respetan, y hasta personas con las que ustedes no tienen buena reputación. Todas estaban allí.

Me levanté y traté de repetir lo que me decía la voz en mi interior y fracasé rotundamente. No lo pude decir de corrido y había personas que me decían que me callara y que dejara de exaltarme pensando que realmente podía hacer lo que trataba de hacer. Escuché todo eso y no sentí ganas de continuar. Estaba a punto de echarme a reír junto con los que se reían de mí y ridiculizaban el mensaje que me estaba dando el Señor.

Después de mi discurso inicial en el que tartamudeé y no me expresé bien, cuando me sentía a punto de darme por vencido y tirar la toalla, justo en ese momento la voz del Señor resonaba vibrante mediante la mía y así la multitud se callaba y no se escuchaba palabra de quienes se habían estado burlando y riendo de mí.

La voz del Señor era tan clara, elocuente y potente que todos los allí presentes sabían que no era la voz que había comenzado a hablar. Inclusive hablaba en un tono diferente, un tono que la gente entonces asoció con la voz de Dios. Dios se hizo presente para mí porque perseveré en quedarme allí por fe, aunque al principio el mensaje no salió bien ni con claridad.

Dios se valió de esa misma debilidad mía para hacer saber que yo iba a ser Su profeta y que Él iba a hablar por medio de mí cuando tuviera algo que decir.

No fue por mis talentos ni porque yo pudiera hacer lo que otros no podían. Es más, Él me escogió por mis evidentes carencias. El Señor pudo convertirme en un hombre poderoso sin que yo me exaltara en forma alguna porque yo sabía que no podía hacerlo. ¡Alabado sea Dios!

Después de hablar con una voz clara y resonante que evidentemente era la Palabra pura y no adulterada de Dios, fui llevado por los hombres del rey para hablar esas mismas palabras ante el rey.

El rey estaba muy influenciado por Satanás y seguía sus órdenes y lo complacía. Satanás pensó que me sometería ante la presión de encontrarme frente al rey y frente a los profetas de otros dioses que demostraban su poder abiertamente para que todos lo vieran...

poderes de demonios y toda clase de cosas inmundas y diabólicas

que infundirían temor a muchos.

Una vez más, amenazado de muerte y torturas, se me ordenó que hablara las palabras que había pronunciado antes con el mismo poder de Dios delante de personas que no creían y no estaban interesadas en reformarse de su impiedad.

Esa fue toda una prueba, y mientras esperaba que descendiera el ungimiento para hablar, esperaba que la voz de Dios sorprendería una vez más a todos los presentes con el cambio evidente que se producía en mí cuando hablaba... pero esta vez, el Señor no habló como antes. Dios no iba a honrar a esos incrédulos con la señal que buscaban. En cambio, una vez más escuché la voz del Señor en mi interior y se me dijo que proclamara todo lo que había escuchado en mis propias palabras.

Eso fue toda una prueba, pues sabía que ésa no era la señal que esas personas buscaban. En vez de aparecerme ante todos como el grandioso profeta y vocero de Dios, tenía que hacerlo todo simplemente con la convicción que albergaba en mi corazón y mi propia fe. Me fue dada fe para continuar y decir lo que escuchaba... aunque a veces balbuceé y tartamudeé. A todos les quedó claro el mensaje de que Dios no estaba complacido y castigaría a quienes lo rechazaron si no se apartaban de sus ídolos y se arrepentían.

El mensaje no fue como yo esperaba, pero sabía en mi corazón que Dios me acompañaba y que mientras tuviera más que decir, me libraría de la muerte y del dolor que los hombres del rey pudieran infligirme. Sabía que el rey no estaba complacido con la evidente falla de mi capacidad de oratoria y en medio de sus burlas, las voces de los falsos profetas y los gritos y rugidos de quienes sentían remordimiento de conciencia por el mensaje que dio Dios, escuché sus planes de ofrecermé a sus dioses falsos como sacrificio por mi insolencia.

Al principio sentí miedo, pero seguí escuchando la voz del Señor en mi corazón y seguí proclamando lo que escuchaba. Aunque me rodeaban los soldados del rey y me hallaba ante espíritus extraños que no temían mostrar sus rostros verdaderos en el cuerpo de las personas a las que atormentaban, prediqué y hablé las cosas que escuché de Dios.

Pasé horas hablando y cuando hube terminado, el furor y el ruido de antes se había aplacado. El Señor había avivado un corazón sumiso en aquellas personas que querían escuchar y a las personas que no querían escuchar más, mi Dios las había inmovilizado y les había quitado el habla para que no contradijeran nada de lo que Él había

puesto en mis labios.

Cuando dejé de escuchar, simplemente pensé que había terminado y que Dios se encargaría de mí mientras me marchaba de ese lugar. Me alejé caminando de la turba y nadie -ni siquiera los profetas de Baal- pudieron decir una palabra en contra de mí.

Alabado sea Dios, pues yo precisaba esa señal en mi vida y el Señor me la concedió. Podía haberme dejado morir y me habría quedado contento, pues ahora sé que si ése era Su plan, Él me habría dado una gracia mayor que todas las anteriores y habría sido una experiencia magnífica. Pero el Señor todavía no había terminado conmigo, y todavía quedaban muchos que tenían que oír el mensaje de advertencia.

Dios continuó guardándome toda mi vida de quienes querían hacerme daño, y para que sepan, ¡eran muchos!

Todas las personas con que yo hablaba tomaban la decisión de escuchar el mensaje que yo tenía de Dios, o rechazarlo. Si tomamos en cuenta los resultados de mi predicación, la mayoría fueron personas que se molestaron y se enfurecieron porque yo les hablaba de su vida de esa forma.

Aunque fui arrestado muchas veces, Dios siempre acudió en mi ayuda, y al final, después de muchos años de advertencias y lamentos, los castigos llegaron y mi Dios me reivindicó... no fue todo en vano.

Incluso entonces, yo no podía regodearme: a pesar de todas mis advertencias, yo amaba a esa gente equivocada y lo único que quería era que viera la luz y siguiera la senda de Dios.

Así como ustedes tienen muchas doctrinas y creencias extrañas, las cosas que yo decía en esa época también sonaban extrañas y raras a mi gente. La norma aceptada era satánica y tenía que ver con otros dioses y cosas materiales que la gente estimaba más que a su Dios. Pero así como mi Dios me protegió, ustedes también tienen la ayuda y la bendición de Él, y mientras tengan el mensaje que dar nadie podrá tocarlos ni hablar en contra de ustedes. Dios se asegurará de que tengan un medio para hablar, y si les parece que no pueden y que les fallará la voz, el Señor les dará la gracia y la fe para hablar lo que escuchen, o Él mismo hablará por medio de ustedes, y ustedes se apartarán sorprendidos ante el poder y la potencia de esas palabras. Créanme, Dios también tiene un mensaje para esta generación y ustedes son Sus profetas del Fin. Llegará el momento en que todos se verán obligados a escuchar esas palabras, y aunque muchos las rechazarán y conspirarán contra ustedes para hacerlos caer, el gran

poder de Dios no se inclina ante lastimosas explosiones de retórica de los malhechores de su época, igual que pasó en mi época. Él los dotará de poder para que hablen y sean valientes y valerosos cuando lo necesiten, sobre todo en el caso de aquellos de ustedes que se sienten incapaces de ser testigos fogosos del Fin. Si mi Dios me lo permite, yo estaré también a su lado y los ayudaré a hablar Sus palabras para la generación perversa e impía de esta época... para compartir con ustedes la experiencia y darles los consejos que se me dieron a mí cuando yo hacía lo que ustedes harán ahora. Sentirán el corazón quebrantado por esta generación como yo sentí el mío en mi época. Su amor reflejará el amor de Jesús y ellos verán y serán llevados al punto en que tengan que tomar una decisión Todos deben decidir y por eso es tan importante su época... una época en la que el resto de nosotros soñamos participar, pues todos nuestros ministerios y obras fueron para esta época. Cada uno de los profetas tuvimos una misión que cumplir que algún día les ayudaría y serviría a ustedes en estos últimos días de persecución. Estaremos a su lado y no los dejaremos solos. Nuestro Dios los defenderá en el Fin, ¡y qué gran fin será!

* * *

(Jesús:) A veces, las historias de personas como Jeremías son de lo más interesantes pues la gente siente que se puede identificar con ellas, por haber escuchado mucho sobre ellas o conocer bien sus vidas. Por eso he estado animando a algunos de esos grandes hombres y mujeres del pasado a que alcen la voz y den detalles de sus experiencias. ¡Hay muchos más...!

18. ¡Daniel en el Foso de los Leones!

¡Señor, pensé, jamás he olido algo tan espantoso en mi vida! ¿Han estado alguna vez cerca de animales enjaulados? El olor nunca es agradable, pero sin mentirles, el hedor de ese sitio era mucho peor que cualquier cosa que haya olido en mi vida. Creo que más que las circunstancias concretas de estar en ese foso y los sucesos que desembocaron en eso, lo que me molestó más fue el olor. Me imagino que se preguntarán qué exactamente estaba haciendo en ese lugar horroroso.

Lo que sigue es mi relato, contado quizás desde una perspectiva que no se imaginaron antes, o si se la imaginaron, nunca la escucharon contada por mí. Me llamo Daniel. Me conocen bien de la Biblia y de todos los relatos de mi vida que constan en ella. Esta vez, sin embargo, voy a contarles con mis propias palabras los pensamientos que tuve mientras me capturaban mis enemigos y me sentenciaban a morir.

Para empezar por el principio, un día, escuché que se leía el anuncio en la plaza pública y enseguida supe, lógicamente, que el rey había sido engañado para firmar el decreto. Cegado por su orgullo y deseo de gloria, había firmado una ley que convertía en delito orar a otro dios que no fuera él mismo durante una cierta cantidad de días.

Por un momento, recuerdo que sentí un pequeño dolor en mi interior. Era similar a la sensación que se siente cuando uno está a mucha altura y mira hacia abajo. Es una sensación que da un poco de miedo. Por decir lo menos, sentía intranquilidad en mi interior. Esa noche no dormí bien. Pasé la mayor parte de la noche dando vueltas y vueltas en el lecho, en conflicto con mis convicciones.

En el fondo sabía lo que estaba bien, pero también sabía todo lo que podía perder en esta Tierra si no transigía. Pensé que quizás podía cerrar las ventanas, orar en secreto y quizás eso estuviera bien. A veces está bien hacerse clandestino. Pero como esa ley había sido justamente hecha para atraparme, sabía que el Señor me estaba pidiendo que fuera un testimonio.

Si me hubiera hecho clandestino o si me hubiera saltado los ratos de oración, habría dado un pésimo ejemplo a todos los israelitas que habían llegado a Babilonia cautivos conmigo. Y así me encontré sumido en ese dilema. Por un lado, tenía la opción de transigir, la cual

al principio no parecía tan mala. Y por el otro lado, estaba mi fe en Dios, que me había mantenido a lo largo de los años.

Toda la noche había visto imágenes de cómo me había protegido Dios, cómo había provisto para mí y cuánto le debía yo. A decir verdad, incluso pasé unas cuantas horas sintiendo que Dios era bastante injusto al pedirme eso... pedirme que quebrantara la ley a sabiendas y abiertamente, y que pagara con la muerte. Parecía que tenía muchos argumentos a favor de transigir sólo por esa vez.

Pero después de esas horas de repasar mi vida y todas las veces en que el Señor me había ayudado, no podía descartar la convicción que sentía en mi interior. Darme cuenta de todo lo que Él había hecho por mí hizo que morir por Él pareciera mucho más fácil. Pensé en el dolor, en la muerte cruel a la que me someterían, y desde luego hubo un momento en que pensé que no podría pasar por eso. Pero entonces, algo cambió.

Me senté en el lecho, sudoroso por la batalla que libraba en mi mente con el Señor y me di cuenta de que para esto necesitaba ayuda, que no podía continuar ahí echado mientras el Diablo me zarandeaba para un lado y para el otro. Tenía que hallar cierta paz... o bien sentirme tranquilo con la suerte que iba a correr, o sentir que el Señor cambiaría las circunstancias y me sacaría de allí de alguna forma.

Me levanté de la cama y me puse de rodillas. Abrí la ventana y miré la luna que casi estaba llena. Recuerdo que pensé que quizás esa sería la última vez que vería la luna. Después, empecé a desahogarme con el Señor, contándole todas mis dudas, todas las mentiras del Diablo que estaba considerando, todas mis debilidades personales y que no me parecía que pudiera pasar por eso. ¿Qué sería de mi familia? ¿Qué pasaría con las personas que amaba y para quienes proveía? ¿Qué pasaría con mi posición? ¿Mis riquezas, poder e influencia? No podía dejarlo todo así como así, ¿o sí podía? ¿Acaso no sería una mejor influencia en el puesto que Dios me había dado?

Entonces, fue como si la luz de la luna se intensificara y envolviera mi alma. Sentí que mi alma era bañada por una calidez espiritual y supe cuál era el plan de Dios para mí; supe que mi destino era pasar por eso y cumplir la voluntad de Dios de esa forma.

No llegó a decirme que me libraría en ese momento; lo que hizo fue quitarme el temor de la muerte. Entonces, cuando me sometí a Él y le dije que pasaría por cualquier cosa por Él, inclusive la muerte si eso quería, el Señor me habló al corazón y me dijo que así como había librado del horno de fierro a mis tres amigos hebreos hacía

muchos años, también me libraría a mí.

Entonces, tengo que admitirlo, me reí. Me reí del sentido del humor de Dios. Heme aquí, un miembro respetado y de posición en el reino y el Señor iba a hacer que me echaran al foso de los leones para demostrar que Él tenía razón. Me parecía gracioso ver a hombres insignificantes tratando de pasarse de listos con Dios. El Señor me dijo que arreglaría las cosas, que todo marcharía según Su plan, y que aunque tuviera que levantarme de los muertos, yo volvería a presentarme ante el rey. Me dijo que aunque tuviera que juntar y armar mis huesos, y ponerles carne y piel encima, y resucitarme de los vientres de los leones, lo iba a hacer y que me presentaría en el palacio nuevamente para demostrar que Él tiene razón.

En ese momento hallé paz... no solamente paz interior, sino también paz con Dios. Llegamos a una especie de acuerdo. Le dije que lo haría cumplir Su Palabra y que esperaba presentarme ante el rey nuevamente, tal como había dicho Él, pero que al mismo tiempo, estaba dispuesto a partir hacia mi hogar en el Cielo. No insistía en quedarme más tiempo ahí. Mis huesos estaban envejecidos, mi cuerpo crujía y me di cuenta de lo feliz que sería de poder dejarlo todo para correr hacia mi recompensa celestial, si ése era el plan.

Después de que Dios y yo hicimos las paces (lo cual en realidad significaba que yo aceptaba Su plan para mí, cualquiera que éste fuera), me volví a acostar. Me sentía tan cansado que me quedé dormido hasta tarde. Los sirvientes de la casa estaban preocupados porque sabían que era costumbre mía orar todas las mañanas después del desayuno y esperaron para ver qué haría.

Me levanté, me vestí y comí con una actitud calmada, disfrutando cada bocado de comida como si fuera el último. Los sirvientes se susurraban unos a otros, preguntándose cuál sería mi decisión y cómo podía estar tan calmado en esas circunstancias.

Muchos de ellos también eran israelitas, compatriotas a quienes yo había ayudado a lo largo de los años y que habían sido sirvientes fieles de mi casa. Estaban bastante nerviosos con respecto al decreto y estaban esperando a ver qué hacía yo, si me escondería para estar clandestino y si escondería mi luz debajo de un almud.

Al terminar de comer, sonreí y me limpié con una servilleta. Dejé la servilleta, me levanté y me dirigí hacia la ventana. Los sirvientes la habían tenido cerrada por si acaso yo quería orar secretamente. Pero abrí los postigos de par en par para que todos me pudieran ver. Hasta me puse más cerca de la ventana, quedando todavía más a la vista

del gentío que había abajo.

Sabía que mis enemigos estaban esperando ahí abajo, preparados para atacar, pero pensé: *Si voy a darles un espectáculo, si han venido hasta aquí para verme orar, voy a darles algo que recordarán.* Oré fervorosa e intensamente de rodillas, primero pidiendo que fueran perdonados, que se arrepintieran, pero si no, que sufrieran el mismo destino que yo. Primero, oré una oración de consuelo, y después les di duro con la ira de Dios que les sobrevendría si me tocaban.

Sabían lo que estaba haciendo, sabían que había invocado las maldiciones de Dios sobre ellos, pero estaban tan poseídos que apenas si escucharon. Pero otras personas escucharon, los demás que me rodeaban escucharon mi testimonio de fe en aquella oración y al terminar, me di la vuelta y vi a cuatro guardias del palacio detrás de mí. No podían tocarme mientras oraba, seguramente fueron enviados cuando empecé a orar, pero Dios no les permitió que me pusieran un dedo hasta que yo estuviera listo para partir.

Me apresaron sin mucha ceremonia, un hombre me tomó de cada pie y uno debajo de cada brazo. Ni siquiera me llevaron caminando: me llevaron cargado hasta el rey.

Oh, ¡la mirada de horror que se vio en el rostro del rey cuando me vio! Se sentía tan entristecido... se dio cuenta de que le habían tendido una trampa para apresarme y que yo no la había evitado. Se dio cuenta de que todo era culpa suya; se dio cuenta de que el origen del problema era su orgullo.

Por más de una hora intentó conseguir que renunciara a mi fe en Dios y que lo adorara para que pudiera revocar la sentencia. Me suplicó y rogó que incluso lo simulara frente a los sabios para que me pudiera dejar ir. Pero cada vez que me lo sugería, yo sentía que la convicción en mi corazón era cada vez más fuerte. Al cabo de poco, sentí que el corazón me explotaba... no de temor, sino de júbilo.

Me voy a Casa, era lo que pensaba, y después seguí pensando en las promesas de Dios de que estaría delante del Rey nuevamente. Cuando ese pensamiento me volvió a surgir, me erguí derecho y dije al rey claramente que me daba cuenta de que esa no era su intención y de que no tenía la culpa -quienes lo habían atrapado en esa trampa eran de mis enemigos con su astucia impía-, y también le dije valientemente que estaría delante de él nuevamente como testimonio en contra de ellos.

Los otros sabios se rieron y se burlaron de mí cuando dije eso.

Entre las risotadas escuché: «¡Espera hasta que los leones hayan terminado contigo, entonces cantarás una canción diferente!» El rey tenía que cumplir la ley. Hasta él debía someterse a ella, por lo que finalmente dio orden de que me llevaran al pozo.

Muchos habían escuchado lo que le dije al rey, lo que Dios me había dicho, que estaría de vuelta en el palacio de pie ante el rey. Muchos se reían; otros seguían con curiosidad para ver qué poder mágico poseía que me libraría del foso de los leones.

Me llevaron a la boca de la cueva y me dieron un empujón, luego corrieron por su vida. Los guardias corrieron tan rápido que ni siquiera se fijaron si me habían arrojado completamente adentro. Tenían mucho miedo de lo que fuera a pasar.

Cuando entré en la cueva, escuché un rugido fuerte; pensaron que con eso estaba acabado. He visto la escena desde aquí arriba y la mayoría se fue cuando escuchó esos gruñidos. Los sabios se reían y se felicitaban unos a otros por su astucia en deshacerse de mí.

Abajo en la cueva, como dije antes, el hedor era insoportable. El olor del excremento de los animales mezclado con el olor de la carne podrida de comidas anteriores sin terminar me revolvió el estómago. Recordé que Dios había dicho que cerraría la boca de los leones y mi primera reacción fue: «Oh, Dios, ¡ciérrame la nariz!»

Ahora, al pensarlo recuerdo que no sentí temor. Tenía en el corazón la promesa de Dios de que me iba a cuidar, pasase lo que pasase. Recuerdo que estaba allí de pie provocando a los leones, les grité que se acercaran y me quitaran un pedazo. Un par de leonas caminaba a mi alrededor, gruñendo, y por un momento pensé: *Me llegó la hora*. Me preparé para el inevitable quebrantamiento de los huesos y la descuartización, pero no pasó nada. Vi que una de las leonas corría hasta el fondo de la cueva, después miré y vi a la otra echada a mis pies refregándose la cabeza contra mi pierna.

Huelga decir que me sentí al mismo tiempo alegre y sorprendido por el cumplimiento de las promesas que Dios me había hecho. Me senté en una piedra y varios leones se me acercaron ronroneando como gatitos mientras les acariciaba la melena. El león macho grande se me acercó y se sentó detrás de mí, casi como si yo lo guiara con una correa. Se me acercó y se sentó detrás de mí, y yo me apoyé en él y me quedé dormido.

Me sentía muy cansado por la noche anterior, y así me quedé profundamente dormido con los leones como almohadas. Ese macho grande se sentó detrás de mí toda la noche y me dejó que me apoyara

en él, y dormí magníficamente, pues sabía que no podía estar más cerca de la voluntad de Dios que en ese lugar. Me encontraba rodeado por ángeles en el espíritu, podía sentir su consuelo, podía sentir su presencia. Por momentos sentía la piel de gallina cuando pensaba en ello, pues sabía que estaban allí... aunque nunca llegué a verlos.

Pero los leones los veían. Recuerdo que en cierto momento, un león muy feo empezó a caminar hacia mí, sin duda poseído por el demonio. Estaba babeando y yo sabía que quería darme un mordisco. Pero tendrían que haber visto la mirada de terror que se le formó de repente. Sintió tanto temor que saltó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra el muro de la cueva, quedando inconsciente. Volví a alabar al Señor por Su protección.

La mañana siguiente, me desperté con una voz que gritaba frenéticamente, una voz que conocía bien. «¡Daniel! ¡Daniel!», gritaba la voz. «Daniel, siervo del Dios viviente, ¿estás ahí?» Era una voz de terror y al mismo tiempo, un poco esperanzada. «¿Te ha salvado tu Dios? ¿Estás ahí? ¡Ay, Daniel, háblame si estás ahí!»

Me puse de pie y escuché a los sabios malvados que se burlaban del rey mientras él hacía silencio. Después recobré la voz: «Sí, oh rey, ¡aquí estoy! Dios cerró la boca de los leones y no me ha pasado nada!»

Me sentí tan victorioso, tan lleno de júbilo y tan lleno de fe que me puse de pie y me sentí el hombre más orgulloso del mundo... orgulloso de mi Dios, orgulloso de mi fe, orgulloso de ser conocido por el nombre de Dios. Sentí en mi interior un sentimiento de victoria y volví a gritar: «Oh, rey, aquí estoy, Dios respondió mi oración. ¡Ahora, te ruego que me saques de este sitio espantoso!»

El rey se reía; él mismo tomó una soga y me la lanzó, gritando a sus guardias para que me sacaran. Todos estaban atónitos. «¡Daniel!», exclamó él mientras me abrazaba. «¡Ahora sé que tu Dios es Dios de todos y te ha librado del foso de los leones en este día! ¡Verdaderamente es Dios!»

Entonces vi que mis enemigos estaban aterrorizados y horrorizados, trataban de escabullirse, pero la multitud los mantuvo allí y alguien gritó la maldición que Dios había puesto sobre ellos por medio de mí. ¡El rey, lleno de ira, ordenó a los guardias que los apresaran y los lanzaran dentro! Y no solamente a ellos, sino también a sus familias y a todos los que habían acudido con ellos a regodearse de su supuesta victoria.

Fueron echados a la fosa y los rugidos de los leones acallaron sus

gritos. Ese día, todos sintieron temor del Señor. Mientras andaba, no sé si era el unguimiento del Señor o simplemente que mi ropa olía tan mal, pero todos se hacían a un lado mientras avanzaba en medio de la multitud, habiendo vencido a los enemigos de Dios.

Ese día, el rey emitió un decreto, muy parecido al que se emitió cuando Ananías, Mishael y Azarías pasaron por el horno de fuego sin sufrir daño, y todos supieron que Dios había respondido mi oración y había demostrado Su poder. Un gran temor se apoderó de todos los que escucharon esta historia y mucha fe fue dada al pueblo de Dios que con orgullo se ponía de pie o se arrodillaba en sus ventanas o puertas para orar al Dios del Cielo. El mensaje se difundió como nunca antes, muchos se convirtieron y el mismo rey se humilló ante Dios y dio la gloria a Dios ante todo el pueblo.

Ésa es mi historia, mi relato de cómo fui liberado de la mano de mis enemigos. De la boca de los leones... ¡y de la mano de los impíos para dar gloria a Dios!

* * *

(Jesús:) Este es un relato que ha pasado a la historia como uno de los mayores milagros de protección de todos los tiempos. Es magnífico escucharlo de la boca de Mi siervo Daniel y quiero que la mayor cantidad de gente posible lea esto.

19. Raymond, el Evangelista Viajero

Me llamo Raymond y esta es una de las muchas veces en que nuestro Señor me libró de persecución. Yo era evangelista viajero y con frecuencia viajaba de pueblo en pueblo difundiendo el mensaje de salvación. Además tenía el don de curación, por lo que atraía a mucha gente a las reuniones en que predicaba.

No era un evangelista «importante» conocido en todas partes; mi ministerio estaba más orientado a ganar a otras personas al Señor y curar no solamente su cuerpo, sino lo que es más importante: su espíritu. El Señor también me había dado el don del discernimiento y de comprender lo que necesita la gente. A veces, mi ministerio era difícil porque yo enseguida quería resolver los problemas de la gente y arreglar las situaciones que no funcionaban. Tuve que aprender y el Señor fue paciente y me hablaba con suavidad al corazón, dándome Sus palabras y mostrándome lo que necesitaba la gente para poder Él después obrar en su corazón.

Esta historia es sobre una vez en que no obedecí, sino que intenté tomar cartas en el asunto y arreglar una situación que no estaba correcta. Desde hacía un par de días estaba dirigiendo unas reuniones en un pueblo, predicando el mensaje de salvación y de cómo el amor de Dios puede cambiar la vida. Muchos se salvaron y algunos experimentaron un gran cambio en su vida a partir de ese momento, y todo gracias a aceptar el perdón del Señor.

Después de una de esas reuniones, se me acercó una mujer. Se llamaba Elisabeth y dijo que quería ver cambiar a su esposo, pues él era alcohólico y no quería que ella asistiera a esas reuniones o que siquiera hablara del Señor. Pero después de escucharme predicar, ella había empezado a tener fe de que él podía cambiar y sentía que el Señor le estaba indicando que orara por la vida de su esposo, y ahora quería saber qué otra cosa debía hacer.

Mientras la escuchaba, sentí mucha compasión de ella y eso me motivó a querer cambiar la situación en que se encontraba. Pero en vez de orar por ella e infundirle fe en la capacidad del Señor de cambiar la vida de las personas, decidí aconsejarla yo mismo. Yo sabía lo que era vivir con una persona así, pues tenía un hermano que era igual y que me había rechazado de plano a mí y a lo que hacía, diciéndome que estaba desperdiciando mi vida, pero como con el tiempo se mejoró y se enmendó, yo sentía confianza de que podía

ayudarla.

Sentí que el Señor me hablaba al corazón dándome Sus consejos, pero me pareció que yo sabía lo que convenía, por lo que le hablé de lo que le había dado resultado a mi hermano. Con esto no quiero decir que los consejos que le di estuvieran mal o fueran equivocados; lo que pasa es que no eran lo que el Señor quería que le dijera y lo que Él sabía que daría mejor resultado en esa situación. Elisabeth se marchó agradecida por los consejos y me dijo que volvería a la siguiente reunión para contarme cómo habían salido las cosas.

La siguiente noche, después de la reunión, esperé un buen rato. Era una sala de reuniones grande por lo que pensé que quizás no la había visto. Esperé hasta que todos hubieron salido, pero ni rastro de ella. Me pareció raro y me quedé pensando qué habría pasado, pero como esa noche tenía otros compromisos, debía dar una clase de la Biblia, decidí posponer mis averiguaciones para el día siguiente.

Mientras me dirigía a mi auto, fui golpeado en la cabeza por alguien que se hallaba detrás de mí y caí al piso. Cuando me di la vuelta, entrecerrando los ojos de dolor, vi que me rodeaban varios hombres. Era evidente que estaban ebrios y se reían y contaban chistes. «¡Ja! ¡Ja! ¡Aquí está el gran predicador! ¿Dónde están tus ángeles protectores? ¿Quieres un trago?» Entonces, me echaron whisky encima y se rieron todavía con más ganas.

Cuando me puse a orar preguntándome qué pasaba, uno de los hombres se adelantó y dijo: Así que estás tratando de convertir a nuestras esposas, ¿no es así? ¿No te parece que somos suficientemente buenos para ellas? Entonces, comprendí que se trataba del esposo de Elizabeth y que por eso ella no había asistido esa noche. *Señor, oré, perdóname por ser tan orgulloso y pensar que sabía lo que necesitaba este hombre y por no compartir Tus palabras. Por favor, haz un milagro y envía Tus ángeles para que me protejan; te ruego que me hables y me muestres lo que puedo hacer para ganar el corazón de este hombre para Ti.*

Los insultos y las mofas continuaron, pero milagrosamente no me tocaron ni me hicieron ningún daño. Entonces, escuché la voz del Señor claramente diciéndome que me levantara y los mirara directamente a los ojos. Pensé: *Señor, ¿no los provocará y fastidiará más que haga eso haciéndoles pensar que voy a devolverles el golpe?* El Señor dijo: «Sí, vas a devolverles el golpe, ¡pero con Mi Espíritu!» Cuando me levanté, todos los hombres dieron un paso atrás. Dijeron: «¡Oh, miren! Ahora el predicador nos va a devolver el golpe.» Y todos

se alistaron para pelear. Yo me enderecé calmadamente y miré al esposo de Elizabeth, quien más tarde descubrí que se llamaba Luke. Al mirarlo a los ojos, empecé a llorar, ya que sentí una inmensa compasión por ese hombre tan oprimido por el odio, el temor y el remordimiento por las cosas que había hecho, y cuyo espíritu clamaba fervientemente pidiendo el amor y el perdón del Señor.

Dije a Luke: «No te odio; no te desprecio ni pienso que seas más pecador que yo». Le hablé del amor incondicional que siente el Señor por cada uno de nosotros, independientemente de quiénes seamos o lo que hayamos hecho. A Él no le importa... igual nos ama y nos quiere.

Podía ver en sus ojos que estaba absorbiéndolo todo, pero estaba confundido y le costaba concentrarse pues había estado bebiendo mucho. Después oré interiormente para que fuera liberado del alcohol y de los espíritus que éste traía consigo de manera que pudiera tomar una decisión con claridad.

Entonces, fue como si se hubiera despertado de su aturdimiento: dominó sus sentidos; se le aclaró la mente y me miró fijamente. Después miró a sus amigos y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Por naturaleza era un hombre bueno y amable, pero se había puesto a beber y llevaba esa vida tan desordenada por la influencia de sus amigos.

Cuando se despertó y vio dónde estaba y entendió completamente lo que sucedía y la oportunidad que se le ofrecía de cambiar, ¡la aceptó! Extendió la mano y dijo: «Amigo, te pido que me perdones. No sé lo que se apoderó de mí, pero me disculpo por cualquier cosa que hayamos hecho esta noche... eres libre de irte.»

Le tomé la mano y le dije: «Gracias, amigo. Quiero que sepas que no te guardo rencor y si deseas ser libre, puedes serlo mediante el amor y el perdón de Jesús.» A esas alturas, algunos de ellos se alejaron diciendo que esto se estaba convirtiendo en un reavivamiento y necesitaban más trago, pero unos cuantos se quedaron con Luke y se salvaron.

Esa noche, saqué una enseñanza que nunca olvidaré... una enseñanza sobre la misericordia y el perdón del Señor y sobre lo importante que es obedecer. Como cristianos, todos sufrimos persecución, pero cuando eso pasa, si sabemos que nos encontramos en la suprema voluntad del Señor, no tenemos nada que temer y aunque imprudentemente hayamos dicho o hecho algo que haga que nos persigan, el Señor es capaz de revertir la situación y sacar algo

bueno de ella, si lo dejamos, pidiéndole que nos perdone y siendo obedientes a lo que nos muestre que debemos hacer.

20. El Anillo de Josef

Soy un convencido de la eficacia de la oración. Si ustedes hubieran pasado lo que yo pasé, también lo estarían. Para que uno se ponga apremiado, hace falta una situación de mucha urgencia... y lo que sigue es mi relato, tal como sucedió.

Me llamo Josef. Soy alemán, un niño de once años, hijo único de padre alemán y madre rusa. Cuando sucedió mi relato nos encontrábamos en un tren, aparentemente para visitar a mis abuelos en Rusia. Y quién dudaría que Alemania y Rusia, aunque políticamente eran países antagónicos, en esa época por lo menos eran aliados... era la época entre las guerras.

Mis padres habían pasado épocas difíciles ya que mi padre había peleado en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial. Aunque estaba del lado de los conquistados, había sobrevivido y, como Alemania, había reconstruido su vida. No éramos pobres, pero tampoco se nos consideraba ricos. Aunque era poco usual que viajáramos a Rusia (hasta los rusos querían marcharse de allí, por las represiones cada vez más intensas de Stalin), mi madre rusa me dio una buena razón.

Lo que estábamos haciendo era otra cosa. Verán, cuando mi padre era prisionero de guerra en Francia, otro prisionero había sacado ventaja de su desgracia y desesperación y le había dicho cómo escapar de la prisión. «Simplemente recibe a Jesús como tu Salvador y Él te liberará de este infierno en la Tierra y te dará el Cielo». Se trataba de una oferta que ni siquiera mi padre, orgulloso y escéptico en el pasado, podía rechazar. Después de todo, ¿qué podía perder? Había perdido el orgullo, la seguridad, la salud y la guerra. ¿Por qué no aferrarse a esa esperanza?

Qué contento estoy de que lo haya hecho, pues con el tiempo no sólo escapó de la prisión (los prisioneros fueron liberados y se les permitió volver a sus hogares), sino que ganó el Cielo en su corazón y se convirtió en un cristiano dedicado. También lo era mi madre, que había sido ortodoxa devota, pero nunca había conocido personalmente a Jesús. Naturalmente, para cuando nací yo, me

recibieron con alegría y me dedicaron al Señor desde mi nacimiento. Tomé la decisión de servir al Señor a los diez años.

¿Qué tiene que ver todo esto con estar en un tren rumbo a Rusia? Aunque aparentemente íbamos a visitar a parientes, los «parientes» que íbamos a visitar eran en realidad nuestros hermanos y hermanas espirituales que habían seguido siendo creyentes secretos, ¡pues Stalin y el Partido Comunista no eran amigos de los cristianos! Es más, si no hubiéramos conocido las profecías de la Biblia un poco mejor, ¡habríamos pensado que él era el Anticristo y que estábamos en la Gran Tribulación!

Entonces, ¿por qué tanta preocupación y molestias? Pues bien, el problema que teníamos era nuestro equipaje. En vez de estar lleno de ropa y regalos, cada centímetro estaba lleno de Nuevos Testamentos en ruso. Aunque las pocas iglesias ortodoxas existentes (dirigidas por el estado) tenían biblias, se encontraban exhibidas en armarios cerrados con llave y no estaba permitido que los creyentes las usaran. Los que iban a dichas iglesias eran o demasiado viejos para leer mucho, o eran espías pagados para asistir que vigilaban al resto del rebaño mientras éste adoraba el edificio, las reliquias y los ropajes de los sacerdotes.

Estaba prohibido que los creyentes tuvieran biblias y las personas que llevaban biblias al país, si eran apresadas, podían contar con que recibirían «hospedaje y alimentación» gratis, es decir, estadía indefinida en las estepas desoladas y frías de Siberia. Sólo mi padre se imaginaba cuánto sufrimiento significaba aquello, pero estaba dispuesto a pagar el precio con tal de compartir a Jesús con los demás. Mi madre y yo accedimos a realizar esa misión y entendíamos los riesgos... por fe. Sabíamos que una muerte repentina era también una gloria repentina, pero no estábamos tan seguros con respecto a tener la gracia para estar separados y morir una muerte lenta por frío.

Pero los riesgos se compensaban con el gozo de ver que los creyentes eran apacentados y fortalecidos por los libros que estábamos introduciendo y sabíamos que bien valía la pena, sobre todo porque esa misión agradaba a nuestro Jesús. Darnos la Palabra de vida le había costado Su vida y como nos había salvado, no podíamos hacer menos que eso. ¡Alabado sea Su Nombre!

El tren se acercaba al puesto de control y oramos nuestras oraciones en silencio para no alertar a los demás pasajeros (y espías) de nuestro nerviosismo... o de nuestra fe. Después de un sacudón, recogimos nuestras cosas y caminamos dificultosamente hasta la fila

de viajeros cansados y llenos de equipaje.

Como lo quiso el destino (o debería decir la fe, pues a Jesús le gusta ponernos en situaciones que solamente Él puede resolver), nos encontramos encaminados hacia una fila que desembocaba en el guardia inspector uniformado que tenía el rostro más severo que te puedas imaginar. Aunque estaba ocupado inspeccionando las maletas abiertas de los pasajeros delante de nosotros, empezó a mirar hacia nosotros. Miramos indiferentemente hacia atrás y nos dimos cuenta de que éramos los últimos de la fila, y por tanto los únicos a quienes podía estar mirando malignamente éramos nosotros. Sabíamos que cada uno de nosotros estaba orando intensamente pues la situación no se veía muy alentadora. Cuanto más nos acercábamos, más nos miraba, sobre todo a mí. Incluso habló con varios de sus secuaces que eran tan intimidantes como él, y se alejaron rapidito justo antes de que llegáramos al principio de la fila.

«¡Documentos!», gritó, no pidió, sin quitarme los ojos de encima. ¡Inmediatamente nos los devolvió sin abrirlos! O bien había podido captar todos los detalles en un instante al tacto, o ya estaba decidido a hacernos arrestar. Por lo visto sabía que nosotros, no nuestros documentos, merecíamos una inspección especial. «Abran!», fue su siguiente orden. Rápidamente colocamos las maletas en la mesa de inspección y antes de que pudiéramos abrirlas, ordenó: «¡Suficiente!»

Era perturbador pues nunca pareció parpadear como si eso le fuera a hacer perder algún detalle de mí. Sin embargo, no parecía que me estuviera mirando a los ojos, sino un poco por encima de mi cabeza. Como un juez que está por emitir un dictamen severo, apuntó su dedo enguantado hacia mí. «¿Cuál es el propósito de su viaje a la Unión Soviética?», dijo con un tono un poco más amable, si es que se puede aplicar ese adjetivo a una persona así.

Cuando empecé a abrir la boca para hablar, sorprendentemente y casi susurrando dijo: «¡Silencio!» Aquello no tenía sentido. «¡Debo pedirle que pase a mi oficina, ahora!» Su siguiente orden fue todavía peor. «Y traiga su maleta». Miré temeroso a mis padres cuyas cejas alzadas me indicaban que debía ir sin vacilación... ni temor. Con un ligero empujón me hizo pasar a la «cámara» y se quitó el gorro de oficial. Me ofreció una silla y después empezó a caminar lentamente con las manos agarradas por la espalda como haría un torturador mientras ordena sus pensamientos de tortura.

«Explique qué es lo que tiene encima de la cabeza».

«¿Cómo dice, señor?» Como mi familia era bilingüe, yo sabía

suficiente ruso como para darme cuenta de que se sentía perturbado y temeroso, y de ninguna forma con total dominio de la situación.

«¿Qué es ese anillo de luz que tiene sobre la cabeza? ¿Por qué nadie más que yo puede verlo?»

«Señor, ¿puedo ponerme de pie?»

«Desde luego... pero quiero una respuesta ahora mismo».

Dirigiéndome al espejo pude comprender el «problema».

«Señor, se trata de un halo».

«¿Qué es un halo?»

«Señor, confieso que creo en Jesucristo. Él ha permitido que usted vea una forma de mi ángel guardián. Muchas veces en dibujos y en íconos religiosos, verá el halo dibujado como un anillo de luz sobre la cabeza del creyente.»

«Entonces, usted es un creyente secreto? Con razón podría pensar que lleva cosas en su bolso que preferiría no mostrarme. Seguramente artículos que usted trae para regalar.»

«Sí, señor», dije con una franqueza inesperada.

«Muéstremelo», dijo mientras escribía algo en un papel.

Abrí mi bolso con pocas ganas. Se quitó el guante de la mano derecha y como un cirujano experimentado instintivamente supo exactamente de dónde sacar una copia de mi contrabando sin desarreglar el camuflaje de ropas pulcramente dobladas.

«Tendré que retener esto para inspeccionarlo más. Sin embargo, usted y sus padres pueden irse. Apúrate, hijo, para que no pierdas el tren.» Después de entregarme el pase, dio un taconazo y me saludó con la cabeza descubierta, y ante mi sorpresa, dejó entrever una sonrisa apenas visible.

* * *

(*Jesús:*) Josef era un joven muchacho con una fe infantil y yo permití que viera el halo. Sus padres no podían verlo, pero para poder explicárselo al oficial, él tuvo que verlo. ¡Los milagros que puedo obrar para proteger a Mis hijos son múltiples! Me gusta inventarme formas nuevas... ¡me resulta emocionante! Esta es una de esas veces en que obré algo «fuera de lo común».

21. Relato de un Misionero Vikingo

Introducción:

Yo fui un vikingo... orgulloso, peligroso y terrible. Me dedicaba a saquear y cometer pillajes, y no mostraba piedad. Navegué hasta las costas de Bretaña con mi horda y vivíamos de robar y esclavizar a la gente sencilla de allí. Los grandes guerreros como nosotros eran bendecidos por los dioses; esas otras personas no eran más que ganado en nuestras manos.

Así veía yo la vida hasta que experimenté un cambio debido a sucesos extraños y poco probables. Fui herido de gravedad en una feroz batalla y fui abandonado para morir. Ninguno de aquellos junto a quienes había combatido me quiso llevar por temor a tener que repartir sus ganancias conmigo. Pero, por un milagro de Dios, un monje me llevó consigo. Me atendió hasta que me restablecí y me hizo entender el verdadero significado de la vida. El cambio fue más difícil que remar contra un vendaval y exigió la humildad de una ardilla terrestre, pero poco a poco me convertí en un hombre nuevo. Debo tanto mi vida física como mi nueva vida a dicho monje.

Cuando estuve curado, no tenía norte. Mi vida ya no era guiada por una fuerza propulsora. Me sentía inquieto en el monasterio y quería salir y lograr algo. Mis nuevos amigos me inspiraron con este objetivo: regresar a mi tierra natal y ganar a esos hermanos nórdicos para Dios.

Relato:

Las hojas habían cambiado de color y después habían sido llevadas por el viento. Llegaron las primeras nieves y lo cubrieron todo. Me encontraba sentado hablando con dos hombres sobre cómo había llegado a conocer al Salvador. Nuestra conversación era seria y profunda.

Sin advertencia, cuatro grandes guerreros derribaron la puerta, me tomaron por la fuerza y me llevaron hacia el frío. Se produjo una pelea cuando los hombres con quienes había estado hablando intentaron defenderme, pero al final, me ataron y me arrastraron hacia la oscuridad de la noche. Los hombres maldijeron el nombre de mi Dios y me golpearon.

Llegamos al lago que había en nuestra aldea. Era un punto importante

de nuestra región, ancho y profundo, con varios islotes y mucha buena pesca. Pero aquella noche, no se veía invitante en absoluto. Fui arrojado en un bote y los hombres remaron fuerte hasta una de las islas centrales. Con más insultos y golpes, me desataron y me arrojaron a la playa. Fue todo lo que pude hacer para evitar rodar dentro de las aguas heladas.

Me habían dejado allí para que muriera. La isla tenía solamente 100 pasos de ancho. No había alimentos y sólo había unos cuantos arbustos para guarecerse. No tenía pieles con que cubrirme. Sí, querían que muriera.

¿Acaso Dios quería ese final para mí? Oré y le pregunté cuál era Su plan. Había tantas personas a quienes hablarle de mi Dios y de Su forma de vida. Sentí que apenas había comenzado mi tarea.

Pasaron muchos minutos. Después escuché que una voz me hablaba. Me decía: «Camina sobre las aguas». No lo entendí. ¿Cómo me iba a ayudar mojarme los pies? Pero la voz repitió: «Camina sobre las aguas». Y una tercera vez: «Camina sobre las aguas».

Poco a poco, comprendí que Dios se refería a que caminara cruzando el lago como Él lo había hecho hacía tanto tiempo. Pero después me asaltaron las dudas. *Qué necio era. Sin duda moriría si lo intentaba. Cuando uno nada a esas temperaturas, no sale vivo. Quizás después de todo, me convenía más quedarme donde estaba...*

Una fuerte helada cayó sobre la zona. La temperatura descendió bruscamente y comencé a entrar en un sueño ligero y peligroso, tambaleándome al borde del abismo de la vida. Nuevamente, la voz me despertó diciendo las mismas palabras: Camina en las aguas. Cuando volví a mirar el lago, una delgada capa de hielo había comenzado a formarse en la superficie. Medio dormido levanté una piedra del tamaño de mi cabeza y la lancé al lago. Rompió el hielo y se hundió en las turbias profundidades.

Me vi forzado a tomar una decisión: seguir a Dios a pesar de todo, o seguir mis ideas y morir allí. Esta vez puse mi vida en manos de Dios. Caminé hasta el punto en que el agua se juntaba con la tierra. Cerré los ojos y di un paso. Sentí el pie sobre tierra firme y sólida. Mantuve los ojos cerrados y di un paso, y después otro.

Como tenía miedo de volver a dudar, mantuve los ojos cerrados, y seguí andando. No pensaba en ninguna otra cosa excepto en mi Dios y en Su capacidad de salvar. Caminé y seguí caminando. Cuánto tardé, no lo puedo decir, pero el lago era grande.

De pronto, me tropecé contra algo y caí pesadamente a tierra. Sí...

Era la tierra. Lleno de alegría, me incorporé. Eché una mirada al lago y lo que Dios me había ayudado a superar. Para sorpresa mía, no había nada de hielo excepto cerca de la orilla, y hasta ése era tan delgado que no habría soportado el peso de una marmota corriendo. Me sentí embargado de asombro ante los cuidados que Dios me prodigaba. Dios había reconocido que mi tarea no estaba terminada y me había dado el tiempo para terminarla.

* * *

(*Jesús:*) Este hombre anduvo sobre el agua... ¡mayores cosas que estas haréis!

22. Sergei, un Oficial Soviético Convertido

Esta es mi historia desde una perspectiva un poquito diferente, me llamo Sergei y aquí relato cómo me salvé y a su vez ayudé a salvar a cristianos de la muerte en los campamentos soviéticos de trabajos forzados.

Yo fui soldado del ejército ruso durante la era soviética. Nací siendo comunista y nunca escuché nada sobre Cristo ni la Biblia. Fui adoctrinado con la ideología comunista desde que nací. Me alisté en el ejército cuando era adolescente para poder convertirme en miembro del Partido Comunista, lo cual se consideraba un honor muy alto.

Primero, fui miembro del Grupo Juvenil Comunista, lo cual era el primer paso para lograr entrar en el Partido Comunista. Allí se me enseñó sobre los cristianos y que trataban de debilitar el estado con sus doctrinas extrañas y sus enseñanzas en contra del marxismo. Era joven y me sentía responsable ante el Estado y Rusia, la madre patria. Desde que tengo memoria, se me adoctrinó para amar a Lenin y se me enseñó que el Partido Comunista es nuestro padre. Después de escuchar sobre los cristianos, me pareció que era mi deber contribuir a que Rusia se deshiciera de sus «doctrinas peligrosas». Se nos dijo que representaban el obstáculo mayor para que el comunismo y nuestros compatriotas triunfaran.

En mi vida había visto un cristiano ni sabía nada de ellos, aparte de lo que se me había dicho. Cuando empezamos a hacer redadas en sus reuniones y a embarcarlos en trenes con rumbo a Siberia, se nos dijo

que celebraban reuniones sin permiso y que trataban de sabotear nuestra forma de vida.

Se me ordenó que escoltara un tren a Siberia que transportaba no sólo cristianos sino también delincuentes, y que después regresara a Moscú. El tren tenía varios compartimientos llenos de cristianos y otros delincuentes, y también un compartimiento lleno de sus publicaciones «subversivas» para ser quemadas.

Me subí al tren con mis camaradas listos para partir hacia Siberia a dejar a esos cristianos y regresar después. Antes de que partiéramos pensé que había escuchado algo de uno de los compartimientos cristianos. Al principio no fue más que una voz, después escuché que se le unían otras y los escuché cantando juntos. Los demás soldados no hacían más que reír y burlarse, y decían que el frío durante el viaje los iba a calmar, y que pronto iban a dejar de lado sus ideas necias. Durante el resto del viaje no escuché que los cantos disminuyeran, sino al contrario, aumentaron en convicción. Cuando por fin llegamos a la estación de trenes de Siberia, hicimos bajar a toda la gente y la subimos en camiones para llevarlas al campo de concentración. Fue un viaje bastante largo y para cuando llegamos allá era muy tarde por la noche y descubrimos que no había trenes de regreso. Así pues, tuvimos que quedarnos en el campo de concentración.

Por un momento dejé que ese pensamiento me infundiera temor. Sabía que si me quedaba indefinidamente en Siberia, las oportunidades de ser ascendido eran casi nulas; además las condiciones eran tan malas que por lo general implicaban la muerte de los prisioneros ¡y también enfermedad y casi la muerte de los soldados! Pero eso no me iba a pasar a mí... al día siguiente podría tomar un tren y pronto me encontraría en Moscú, listo para mi próxima misión. Esa noche hizo frío, por lo que un par de soldados encendimos una fogata. Vimos el camión de propaganda cristiana y empezamos a quemarla. Unos soldados bromeaban diciendo que sus papeles y libros nos mantendrían abrigados.

Sentí curiosidad por saber qué eran esas «publicaciones cristianas», por lo que mientras las echaba al fuego trataba de echar un vistazo a lo que estaba escrito en ellas. Algunas eran relatos de la Biblia escritos a mano. Había dibujos para los niños de los diferentes milagros que obró Jesús. Mientras los echaba al fuego, vi un par de versículos... uno de ellos era: «Haz a los demás como quieras que te hagan a ti», otro rezaba: «Dios amó tanto al mundo que dio a Su hijo unigénito, etc.»

Después de leer un par de versículos me sentí intrigado, por lo que tomé un pequeño Nuevo Testamento que encontré y lo escondí en mi chaqueta. Los demás soldados bebían vodka y se estaban emborrachando, cantaban y bailaban. Me alejé a un rincón donde no había nadie y comencé a leer ese libro.

Las palabras contenidas en esas páginas me resultaron impactantes y calaron hondo en mi corazón destruyendo toda la doctrina que se me había enseñado toda la vida. Leí cómo Jesús había ido por todas partes sanando y enseñando a la gente; todo lo que Él enseñaba era muy sencillo pero a la vez muy profundo. Me preguntaba por qué los cristianos eran tan malos y odiados si la Biblia no hablaba de otra cosa que amor.

No lo entendí todo; algunos versículos eran tan profundos y multifacéticos que no podía imaginarme de a qué se referían. Leí durante casi toda la noche y después me dirigí a los búnkers de los soldados y me quedé dormido.

Me desperté al día siguiente y conseguí que me llevaran hasta la estación de trenes para ver si podía tomar un tren de vuelta a Moscú. Cuando descubrí que no había trenes programados para por lo menos una semana, me sentí un poco decepcionado, pero también un poco aliviado pues quería leer más de esa Biblia y quizás hasta conversar con un cristiano.

De vuelta en el campo de concentración, ayudé por aquí y por allá. Tenía un rango más alto que cualquiera de los soldados presentes, además del jefe del campamento por lo que podía pasar tiempo en las barracas leyendo y estudiando la Biblia. Cuanto más leía, más confundido me sentía. Me di cuenta de que tendría que hablar con los cristianos y pedirles que me ayudaran a entender.

En el campamento había muchos prisioneros, pero había una diferencia enorme entre los cristianos y otros delincuentes. Los cristianos tenían una especie de «aura» o algo así; no había nada que apagara su fe o sus convicciones. Por el contrario, parecía que se fortalecían en esas condiciones, no sólo en cuanto a fe, sino físicamente también.

Esa mañana, un poco más tarde iban a llevar a los cristianos a cortar árboles para hacer leña, ya que eran los más fuertes de todos allí y también para debilitarlos. El coronel a cargo me preguntó si iría para ayudar a vigilar a los soldados, pues la última vez que habían salido, algunos se habían emborrachado, habían empezado a caminar y nunca habían regresado. Vi eso como una oportunidad para hablar

con los cristianos. Accedí y partimos en nuestros camiones hacia un bosque cercano. Llegamos y enviamos a los cristianos a talar árboles.

Los soldados no estaban muy preocupados de que se escaparan, pues no había dónde ir y significaría una muerte casi segura. Unos cuantos soldados hicieron una fogata y se sentaron a beber vodka y a contar chistes. Bebí un poco y esperé hasta que la mayoría de los soldados estuviese bastante ebrio antes de hablar con un cristiano. Los miré trabajar y me preguntaba por qué no intentaban matarnos con sus hachas mientras los soldados estaban ebrios y despreocupados. Los miré trabajar y busqué a uno con el que me pareciera que pudiera hablar, uno que fuera como el líder. No tardé mucho en ubicarlo pues era quien dirigía los cantos mientras talaban árboles. Parecía muy lleno de energía y luz.

Intenté pensar cómo hablarle cuando se presentara la oportunidad. Balanceaba el hacha con todas sus fuerzas y la cabeza se soltó y salió disparada del palo. Miré a los demás soldados que por lo visto no se interesaban en lo más mínimo por el incidente y susurré algo sobre arreglarle el hacha; después me marché.

Me le acerqué con una pistola en la mano por si acaso se trataba de una trampa. Le pregunté para dónde había salido disparada el hacha y él me señaló la dirección en que había volado, una distancia bastante grande dentro del bosque. Así pues, le dije que fuera a buscarla. Lo seguí mientras se abría paso entre la nieve. Empezó a buscarla, tanteando en la nieve, cuando lo detuve y le dije que se pusiera de pie. Lo miré a los ojos y vi mucha fortaleza y poder, nada de temor. Me puse a pensar en una forma de preguntarle sobre la Biblia y sus creencias, pero no sabía por dónde comenzar. Se quedó mirándome y después dijo: «Te vi leyendo la Biblia esa noche cuando quemabas nuestras publicaciones».

La saqué del bolsillo y se la mostré. Dije: «Empecé a leerla pero no entiendo qué significa. Suena bien, pero ¿por qué los comunistas los persiguen y piensan que son tan peligrosos?»

Sonrió, me miró, y luego dijo: «Porque cuantas más personas lean este libro y se conviertan al cristianismo, menos poder tienen las ideologías comunistas en ellos. Nos tienen miedo, por eso quieren deshacerse de nosotros.» Le dije que podía ver algo diferente en él y en los cristianos, pero que no sabía qué era. «¿Qué tienen?» Me respondió con una pregunta: «¿Qué pasará contigo cuando mueras? ¿Para qué vives?» Esas palabras me golpearon como un tren expreso, y por primera vez en mi vida me cuestioné todas las cosas que me

habían enseñado.

Me dijo: «¿Te gustaría entender lo que lees en la Biblia, te gustaría saber quién es Jesús?» «Claro que sí», le respondí. Me miró directamente a los ojos y dijo: «Es muy sencillo: repite conmigo y serás salvo, y podrás conocer a Jesús y entender Su Palabra». Yo sentía un poco de escepticismo, pero estaba dispuesto a probar. Me puso la mano en el hombro y me guió a orar una oración sencilla, pidiendo perdón por mis errores y una infusión de amor que me ayudara a ser una mejor persona. Antes de terminar de orar, estaba llorando. No podía describirlo, pero sentía que algo me lavaba. Sentí que Jesús me hablaba ahí mismo en ese bosque siberiano helado. Vi la codicia y el egoísmo de mi vida. Me sentí indigno y lo que es peor, sentí que estaba persiguiendo a Jesús mientras Él me salvaba la vida en ese momento. Cuando abrí los ojos, todo lo que vi era diferente. Se sentía diferente... no sentía el frío ni nada; sentí que había nacido de nuevo, como si todo mi pasado hubiera sido lavado en un instante.

Listo para comenzar una nueva vida, pedí a Vladimir (así se llamaba mi nuevo amigo) que me leyera unos versículos de la Biblia. Me leyó un par de versículos y por primera vez sentí que me afectaban como nada me había afectado antes. Las palabras cobraban vida y parecían llenar el vacío y la sed que sentía.

Lo que sucedió en esos 15 minutos que me parecieron una eternidad es que me sentí renovado de una forma que nunca antes había experimentado. Vi que estaba oscureciendo (en Siberia oscurece temprano), por lo que miré a mi alrededor y vi que la mayoría de los soldados se hallaban sentados al lado de la fogata bebiendo, mientras que por lo visto un par de ellos me estaba buscando.

Vladimir dijo una oración rápida para hallar la cabeza del hacha y efectivamente, la encontró enseguida, lo cual me sorprendió un poco ya que la nieve era bastante profunda. Le entregué el Nuevo Testamento que tenía pues pensé que podía intentar encontrar otro en el camión que estaba en el campamento. Regresé adonde estaban los soldados y dije: «Carguemos la leña y volvamos al campamento». De vuelta en el campamento, conseguí otro Nuevo Testamento y continué leyéndolo y pidiendo a Vladimir que me ayudara con las partes que no entendía solo. Una noche, uno de los soldados comentó que yo parecía uno de los cristianos, ante lo cual me encogí de hombros y le eché más vodka en el vaso.

Después de unos días, Vladimir me dijo que intentara hacer que se

salvaran algunos de los otros soldados; explicó que parte de ser cristiano es dar testimonio ante los demás, como él había hecho conmigo. Así pues, empecé a tantear a los demás soldados para ver quién era «oveja». Eso llevó a que una cantidad de soldados también se salvara, y juntos leíamos y estudiábamos la Biblia.

Un día, durante uno de mis ratos de estudio con otro soldado sentí que debía tratar de ayudar a los cristianos. Además, ahora los sentía más familia que ninguna otra persona. Hablé de ello con un par de soldados y tratamos de elaborar una especie de plan.

Me dirigí nuevamente a la estación de trenes para enterarme de si pasaba algún otro tren. Otra vez se me dijo que no había trenes programados. De vuelta en el campamento, fui a hablar con Vladimir y le dije que quería ayudarlos a escapar. Dijo que todos los cristianos habían estado orando para que el Señor obrara un milagro y los liberara.

Me habló de escuchar al Señor y seguir Sus indicaciones. Pensé que sonaba bien y que lógicamente, él podía hacerlo porque había sido cristiano mucho tiempo, pero ¿yo? Casi no sabía orar.

No obstante, esa noche me puse apremiado con el Señor y le dije todo lo que sentía en mi interior y le pedí que me ayudara a liberar a los cristianos de alguna forma. De pronto, me surgió un pensamiento, recordé que todavía tenía la orden de transferencia de los cristianos a ese campamento prisión. La saqué y le eché un vistazo. Mientras la leía, me di cuenta de que la máquina de escribir con que la habían mecanografiado tenía poca tinta y faltaban algunas letras del campamento adonde los había llevado. Descubrí que podía cambiar un par de letras para que quedara un pueblo un poco más al sur y de esa forma, tendría los documentos necesarios para sacarlos de ese campamento. Cambié la fecha de partida en el papel de transferencia para dos días a partir de entonces.

El único problema era el transporte, pues no debía venir ningún tren durante un buen tiempo. Al día siguiente, fui a la estación de trenes nuevamente y otra vez me dijeron que no esperaban ningún tren. Eso sucedía en los inicios de la Unión Soviética y en el mejor de los casos, apenas si se podía depender de los servicios públicos.

Me sentí un poco desanimado pero decidí orar y preguntar al Señor qué hacer. Escuché una voz que me decía que me enviara yo mismo los papeles de transferencia que tenía. Fui a la pequeña oficina de correos del pueblo, coloqué los papeles en un sobre y escribí la dirección de remitente de la base de Moscú en que yo había estado y

puse en el sobre la dirección del campamento. Lo dejé en el correo y regresé al campamento.

De vuelta en el campamento, volví a orar pues no sabía cómo transportar a los cristianos ni qué hacer. Orando intensa y seriamente para que el Señor me guiara, abrí la Biblia al azar y se abrió justamente en el versículo: «Abrirá camino en el desierto». *Humm*, pensé, *si solamente...*

Al día siguiente, recibí la carta que me había enviado yo mismo y mostré los papeles al Coronel, orando fervientemente que no cuestionara las órdenes. Miró el sobre y la dirección, y después volvió a mirar los papeles y me dijo que reuniera algunos soldados y llevara a los cristianos a la estación de trenes enseguida. Una cosa buena de esa época de inicios de la revolución era que nadie cuestionaba las órdenes, pues hacer algo así podía significar la muerte.

Salí a buscar a unos soldados que me ayudaran a reunir a los cristianos y embarcarlos en los camiones para llevarlos a la estación de trenes. Escogí a todos los soldados a quienes había testificado y se habían salvado, que eran cerca de una docena, y un par más de soldados para manejar los camiones de vuelta al campamento una vez que hubiéramos partido.

Condujimos hasta la estación de trenes, sin saber muy bien qué hacer ni cómo hacerlo. Cuando llegamos allí, vimos un tren. ¡No lo podía creer! Ordené a los soldados que hicieran bajar a todos los cristianos y fui a hablar con el conductor del tren. Dijo que las vías de tren estaban dañadas por lo que habían sido desviados para pasar por esa estación. Además descubrí que iban a pasar por la misma ciudad que yo había escrito en los papeles de transferencia.

Le mostré los papeles de transferencia y le dije que necesitaba subir a todos esos prisioneros en su tren y llevarlos a esa ciudad. Ni siquiera miró mucho los papeles y dijo que el tren estaba prácticamente vacío pues lo habían descargado antes de ser desviados hacia esa estación de trenes. Volví y reuní a todos los cristianos y los soldados que se habían salvado, y les dije que se subieran y que íbamos a partir. Una vez que estuvimos todos en el tren y cuando salíamos, envié a los demás soldados y los camiones de vuelta al campamento.

En el tren busqué a Vladimir y le conté todo lo que había sucedido. Yo estaba atónito y sorprendidísimo por todo lo que acababa de suceder. Casi no podía hablar, pero alabé al Señor y lloré. Después de contar a todos los cristianos y a los soldados lo que había pasado, empezamos

a cantar juntos y luego Vladimir se volvió hacia mí y me dijo:
«¡Hagamos que el conductor del tren también se salve!»

23. Marcello Di Pietroni de Lavina

Me llamo Marcello Di Pietroni de Lavina. Nací a principios del siglo XIV en Italia y cuando yo todavía era muy pequeño mis padres se mudaron al sur de Francia.

Mi padre era mercader y viajaba por muchas ciudades del sur de Europa, pero debido a la intolerancia y al poder creciente de la iglesia en Italia, muchos como mi familia que eran simple creyentes no conformistas, se vieron obligados a mudarse.

Sufrimos muchas amenazas de gente de nuestro pueblo que quería que siguiéramos a las masas. Pero como mi padre nació en las montañas, a él nunca le gustó la vida de la ciudad y las falsas apariencias que muchos vivían.

Creía en Dios y quería vivir como los discípulos de Jesús, llevar una vida sencilla, compartiendo con los necesitados y ayudando a los demás. Pero no era fácil hacer algo así en el mundo del comercio, pues uno tenía que ser duro y estar listo para cualquier cosa con el fin de conseguir ganancias. Muchas personas cercanas a nosotros que profesaban ser cristianas y asistían regularmente a la iglesia, actuaban de forma muy poco cristiana.

Por afuera, parecían ser muy piadosas y religiosas, pero eran puras apariencias, ya que interiormente eran frías y no tenían en cuenta las necesidades de los demás. Cumplían con detallitos de la ley y las reglas que imponía la iglesia, pero estaban muy alejadas de las enseñanzas originales de nuestro Señor Jesús.

Así pues, mis padres tuvieron que escoger entre quedarse y transigir en sus convicciones, complacer a las masas y ser hipócritas como todos, o actuar de acuerdo a lo que creían que estaba bien, lo cual significaría perder sus negocios y ser rechazados por los demás.

Escogieron esto último, y un día vendieron todo lo que tenían y se mudaron a otro país en el que podían vivir según sus creencias y obedecer lo que había dicho Jesús. Mi padre había viajado muchas veces al sur de Francia y había conocido a muchas personas que habían prometido ayudarnos si era necesario.

Después de un largo viaje, nos asentamos en un pueblito no lejos de

la bella costa soleada del sur de Francia. El clima, la vegetación y el bello Mediterráneo nos recordaban mucho a nuestro pueblito de Italia, por lo que no sentíamos mucha nostalgia y mi padre enseguida pudo abrir un pequeño negocio. Viajaba por muchas partes y compraba telas y géneros finos y delicados, y mi madre cosía hermosos trajes y túnicas que vendía en su pequeña tienda.

No ganábamos mucho dinero, justo lo necesario para vivir con lo que nos hacía falta, pero también era una oportunidad de conocer gente, de tener contacto con diferentes estratos de la sociedad y mi padre siempre estaba listo para hablar de su fe y compartir las buenas nuevas de Jesucristo.

Fue mientras viajaba por los diferentes pueblos del sur de Francia que mi padre escuchó de los Cátaros, un grupo religioso cuyos miembros habían vivido unos cuantos siglos atrás y que habían padecido persecución y muerte a mano de los ejércitos cruzados. La mayoría de la secta había sido aniquilada, pero algunos habían podido huir y esconderse, y seguían practicando y creyendo sus doctrinas religiosas en secreto.

La Inquisición había sido muy eficiente en cuanto a ubicar y sofocar ese movimiento, y muchos habían muerto como mártires. Pero la oscuridad nunca podrá sofocar completamente la verdadera luz... de la misma forma que los primeros discípulos fueron perseguidos y destruidos, y sin embargo el poderío del ejército romano y sus emperadores malvados nunca pudieron detener la difusión de las Buenas Nuevas. Inclusive cuando la iglesia se convirtió en el poder vigente y con el tiempo transigió, ¡los verdaderos creyentes continuaron sobreviviendo!

Según la Historia, todas las sectas rebeldes habían sido destruidas y se había eliminado a todos los que se oponían a la iglesia establecida y aprobada. ¡Pero no era totalmente cierto! Los historiadores rápidamente borran cualquier detalle que indique lo contrario de la tendencia normal y aprobada del momento, y es realmente triste que las masas simplemente se traguen toda esa propaganda. Pero un día cuando ustedes lleguen al lado del mundo verdadero, se volverán a mirar y descubrirán la verdad completa, y muchos se quedarán sorprendidos de que muchas veces ésta es muy diferente de lo que escribieron los historiadores en la Tierra.

Fíjense en la historia; ¡fíjense en la vida de nuestro Señor! Pasó tres años predicando y hablando de cosas celestiales y era muy evidente que decía la verdad. Obró milagros, resucitó a los muertos, sanó toda

clase de dolencia y fue por todas partes haciendo el bien... pero ¿cuántos lo imitaron? ¿Cuántos estuvieron dispuestos a dar la cara por sus convicciones y actuar según lo que les indicaba su corazón que estaba bien? ¡Muy pocos!

Después de eso hubo otros que dieron la cara por la verdad, y algunos recorrieron la senda de la humildad para seguir a Jesús, pero muchas veces eran como la voz de Juan clamando en el desierto. Es muy triste que muchos escucharon la verdad pero cerraron los ojos y los oídos, y prefirieron caer en el olvido confundiendo con las masas. Ese es el mensaje que quería compartir con ustedes. Por las convicciones de mi padre y el valor de mi madre para seguirlo, yo fui criado en la amonestación de nuestro Señor Jesús y lo seguí toda mi vida. Sí, hubo momentos en que me sentí tentado a darme por vencido y adaptarme como todos, pero el valor y la convicción de mi padre y los muchos hermanos que habíamos conocido durante nuestros viajes me ayudaron a mantenerme firme y a dar la cara por lo que estaba bien.

Sí, yo también sufrí persecución: fui despreciado, se burlaron de mis creencias, me echaron de ciudades, turbas me golpearon, pero nunca negué mi fe. Y como muchos de esos cátaros, esos supervivientes, continuamos manteniendo vivo el fuego de nuestra fe verdadera y nos negamos a adaptarnos a la religión aprobada de nuestra época. A veces es fácil hacer frente a un enemigo que uno sabe que es evidentemente anti Dios, pero cuesta mucho más dar la cara por las convicciones cuando uno sabe que sus opositores y perseguidores son sus hermanos que creen en el mismo Señor, pero que lo odian a uno porque uno es un testimonio en contra de su hipocresía y falsedad. Este es el sencillo mensaje que tengo para ustedes: atrévase a ser diferentes, aunque el mundo entero esté en contra de ustedes. Nuestro Señor conoce a Sus ovejas y el Día del Juicio las separará de las cabras y muchos se sorprenderán cuando sean echados fuera y dejados en la oscuridad.

Pase lo que pase, independientemente de lo que el Sistema aprobado diga que es la verdad, ¡sigan su corazón! Den la cara por lo que está bien, y aunque otros mientan acerca de ustedes, aunque distorsionen la historia y la escriban para sacar ventaja o para darse méritos, sigan la senda polvorienta por la que anduvo nuestro Señor Jesús y sin duda llegarán al mismo lugar de reposo que llegó Él en donde los recibirá con los brazos abiertos en Su redil con Sus otras ovejas.

24. ¡Un Relato desde el Cepo!

«Todos ellos, por fe, conquistaron reinos, hicieron justicia... apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros» (Hebreos 11:33-34).

Era un hombre sencillo que trabajaba como zapatero remendón y una de esas personas que lo pueden arreglar todo. Pasaba mucho tiempo en mi taller trabajando solo en diferentes cosas, pero la alegría de mi vida era hablar con Jesús.

Me comunicaba con Él constantemente a lo largo del día y lo consideraba socio mío en todo lo que hacía. Los que entraban para darme trabajos se quedaban un rato y yo los atendía espiritualmente mientras trabajaba, haciendo arreglos por los cuales me pagaban. Esos son los antecedentes. Mi humilde vida no era muy glamorosa ni llamativa, pero me satisfacía y trataba de vivirla para la gloria de mi Señor.

En mis años de juventud, había pasado una temporada en un monasterio, pues deseaba unirme a una orden de frailes para poder servir a mi Señor. Mis días en el monasterio los pasaba leyendo mucho y copiando las apreciadas palabras del Señor. Atesoraba cada momento que podía pasar leyendo esas valiosísimas palabras y muchas me las aprendí de memoria.

Así aprendí lo básico de las enseñanzas cristianas y de allí aprendí las diferentes parábolas e historias que después relataría a las personas con que me encontraba.

No voy a entrar en detalles ni explicaré por qué decidí no continuar como sacerdote. Pero baste decir que el Señor me llevó a un punto en que ya no podía quedarme allí y me pidieron que me marchara.

Al principio, anduve un tiempo de aquí para allá sin saber adónde ir ni qué hacer. Después, una noche, recibí una visión de un hombre que arreglaba una vasija y le daba nueva forma, y escuché una voz que decía: «Te llamo a ser zapatero para Mí, a que des forma al corazón y la vida de los hombres; y a que me pongas a Mí en su vida para arreglar y reparar las grietas y los huecos que tiene». Me desperté y fui guiado a una aldea en la que pregunté dónde podía encontrar al zapatero del lugar.

Encontré su taller y me convertí en aprendiz para saber cómo hacer arreglos y reparaciones. Me enseñó su oficio y a cambio, yo le enseñé mis conocimientos de las Sagradas Escrituras. Formábamos un buen equipo; él era muy diestro y me enseñó bien.

Al envejecer él, yo me empecé a encargar de una parte más grande del trabajo y me acostumbé a compartir pasajes y relatos con él mientras trabajaba y arreglaba. A veces, también otras personas se detenían a escuchar y a veces él contaba las historias que yo le había contado. Nos gustaba tanto contar esas historias que se corrió la voz de que cuando una persona tenía cosas para arreglar, en nuestro taller se las arreglábamos y además le contábamos un relato.

Así empecé y así fui llamado a servir a Jesús. El día que murió mi viejo amigo, me legó su taller para que pudiera continuar hablando a otros de nuestro magnífico Salvador.

Un día, un noble muy rico vino a nuestra aldea, ya que debía realizar negocios allí. Para aquel viaje había traído consigo a su hijo, pero como tenía que atender sus asuntos y no quería molestarle con sus deberes de padre, envió a su hijo con un guardián para que dieran vueltas por esa «aldea pintoresca». Al cabo de poco llegaron a mi taller y al ver el cartel que prometía una historia, entraron esperando escuchar una historia de dragones y caballeros, héroes, señores y damas.

Pero en cambio, les conté la historia del niño que había ayudado a Jesús a dar de comer a cinco mil personas. Les gustó tanto el relato que me rogaron que les contara otro. Accedí porque aquel día no había mucho trabajo y el muchacho estaba muy deseoso de escuchar más historias.

«Por favor, cuénteme otra historia de milagros», me rogó. «Está bien», dije, «esta historia es la mejor de todas». Y le conté toda la historia de mi amado Señor. Se quedó extasiado absorbiendo cada palabra que yo decía.

Como en ese momento no estaba haciendo arreglos ni reparaciones, me metí de lleno a contar la historia con objetos y una animada actuación. Conté además un par de milagros que había obrado Jesús en la Tierra, algunos divertidos otros más serios, como resucitar a los muertos.

Llegué al final del relato y el niño resplandecía con la idea de que el héroe más grande de todos los tiempos había resucitado de los muertos. Al final del relato, aplaudí y di por concluido el asunto

haciéndolo orar que «el héroe más grande que el mundo ha conocido estuviera con él y siempre lo protegiera, ayudándolo a tomar las decisiones debidas y llevándolo a su Casa cuando muriera». Para mí fue un día magnífico, y para el muchacho fue un día que le transformó la vida.

Pero estaba llegando a su fin y el guardián del muchacho lo llevó adonde pasaría la noche. El chico estaba muy emocionado y, con su estilo infantil y animado, contó a su padre todo lo que yo le había dicho, actuando ciertas partes y haciéndolo reír mucho por las formas divertidas en que representaba diferentes partes de los relatos. Lamentablemente, el cardenal que viajaba con ellos no disfrutó mucho de que yo, una persona laica, no solo hubiera compartido las Sagradas Escrituras con el muchacho, sino que también había añadido el giro inesperado de que Jesús es un Salvador personal para todos.

El cardenal pasó la noche hablando con el padre, tratando de convencerlo del peligro que era para la aldea y que debía ser ejecutado por herejía. Sin embargo, el padre no estaba muy convencido de que yo mereciera castigo alguno. Finalmente, se decidió que yo fuera puesto en el cepo por tres días, pero el cardenal secretamente arregló para que quedara allí diez días.

Me despertó el sonido de soldados que golpeaban mi puerta y fui arrastrado bruscamente por la ciudad y puesto en el cepo. Un amigo pasó por allí y al verme inmediatamente volvió a su casa y me preparó algo de comer y me dio el desayuno. Más tarde, me vio otro hombre al que había atendido espiritualmente y me dio mi alimento de la tarde. Así continuaron las cosas a lo largo del día, con amigos y conocidos que se detenían para darme agua y comida y todo lo que precisaba. Todo eso ante la gran furia del cardenal que podía verme desde su ventana.

Envió a uno de sus hombres para que se burlara de mí y él pudiera mirar el «espectáculo». «Cuéntanos una historia ahora, zapatero», dijo burlonamente en voz alta y riéndose para sus adentros. «Desde luego», respondí. Varias personas se detuvieron a escuchar lo que yo hablaba y escucharon el relato de los siervos inútiles, pues el Señor me había hecho recordar esa historia, y calzaba muy bien en la situación.

Finalmente el cardenal no pudo aguantar más e hizo apostar guardias a mi alrededor para evitar que yo testificara y para que nadie me diera

comida. Empezó a llover; sentía la espalda acalambrada, me dolía el cuello y las muñecas, pero alabé al Señor en voz alta por las bendiciones que me había dado. Hasta di gracias al Señor por la lluvia, pues ya no necesitaba bañarme. Pasaron varios transeúntes que se rieron bondadosamente y me sentí bendecido con una sensación de fortaleza, calidez y paz.

A esas alturas, el cardenal deseaba humillarme con urgencia por lo que ordenó que se compraran cestas de frutas y que los guardias las ofrecieran a los transeúntes para que me las arrojaran. Como eso funcionó bastante bien, ordenó que trajeran más cestas.

En la ventana por encima de la suya había un niño que miraba todo lo que ocurría y cuyo tierno rostro mostraba preocupación y tristeza. Podía escuchar que el cardenal se reía y burlaba desde su ventana, y por fin se armó de valor para desobedecer la orden de su padre de que no me fuera a ver más. Tomó rápidamente una botellita de vino y bajó la escalera en espiral corriendo hasta llegar hasta mí.

Mientras tanto yo seguía disfrutando los «frutos» de la generosidad que me prodigaba el cardenal. Los guardias al ver que el cardenal disfrutaba tanto de aquello y en un esfuerzo por ganarse sus favores, empezaron a arrojarme las frutas ellos mismos. Las arrojaban cada vez con más fuerza y cada vez desde más cerca tratando cada uno de superar a los demás. Finalmente, para que nadie lo superara, uno de los guardias recogió una piedra y la lanzó. Oré en silencio pues la vi venir y no sé por qué no me dio. Los guardias se pusieron nerviosos, pero al recordar la alegría del cardenal, se esforzaron por encontrar otra piedra para aliviarle su terrible desgracia.

En la escena apareció un niño con mirada decidida y fogosa y una oración para que el mejor Héroe del mundo estuviera con él y le diera valor. Se puso frente a mí y gritó: «¡YA BASTA! Este hombre no ha hecho nada malo.» Un murmullo de asentimiento recorrió la multitud que había empezado a juntarse alrededor. ¡Sal de en medio!, rugió el guardia furioso.

Rogué al muchacho que se quitara de en medio, pues estaba seguro de que el guardia estaba por lanzar, sin preocuparse de que el niño estuviera o no en el medio. Pero el niño estaba decidido y no se movió, y se quedó allí plantado como un soldado valiente del Señor.

Entonces llegó el momento que todos sabíamos que llegaría. El guardia lanzó la piedra, golpeándolo directamente en el estómago y el niño se dobló de dolor, con lo cual quedó despejado el camino para

que el guardia lanzara nuevamente. Pero nunca llegó a lanzar, pues al mover el brazo hacia atrás recibió un puñetazo tan fuerte en el lado de la cabeza que quedó dando vueltas y cayó al piso.

Se levantó de un salto para hacer frente a su atacante, pero se encontró con la mirada fulgurante del padre del niño. «¡Mi señor!», dijo, ya que no se le ocurría nada más. «¡Llévadle!» Fueron las únicas palabras que pronunció el noble. Tomando en brazos a su hijo, se alejó, pero mientras se iba, ordenó al guardia que quedaba que me liberara.

Más tarde aquel día fui a visitarlo para ver cómo estaba. Se encontraba bien y milagrosamente no tenía una sola marca. Fui llamado ante su padre y me presenté ante él un poco nervioso. Me dijo: «Zapatero, has enseñado muchas cosas a mi hijo. Integridad, honor, valor y convicción. Son cosas que ni yo mismo podría enseñarle. Quisiera que te quedaras con nosotros y fueras su maestro si lo deseas, pues has formado una amistad especial con él y veo que el fruto de lo que le has enseñado es solamente bueno.» Desde luego, acepté la tarea con alegría pues sabía que había sido llamado para eso.

Y qué pasó con el cardenal, me preguntan. Pues bien, ya había huido y nunca más regresó a aquella aldea. Después de ver lo que pasó en la plaza y sabiendo que la mayor parte del castigo le tocaría a él, huyó rápidamente junto con sus hombres. Uno de sus sirvientes le había dicho que venían a buscarlo y que el noble estaba «casi decidido a ponerlo en el cepo».

Este es el final de mi relato pero quiero que se queden pensando en esto: «La persona a la que están atendiendo espiritualmente en este momento quizás sea la clave de su supervivencia en el futuro».

25. El Ministerio con los Niños de los Barrios Pobres

Nota: Lectura para mayores de 14 años en compañía de sus padres.

Con mucha precaución, miré por la estrecha grieta que había en el muro delante de mí. De la calle vacía que tenía delante provenían una docena de reflectores... quizás más.

Me había refugiado en una casa abandonada y derruida del lado este de la ciudad. Las barriadas no eran para mí, pero en ese momento no sabía dónde más esconderme.

El desbaratamiento de nuestro Hogar se había producido repentinamente. Una mañana me encontraba lavando la vajilla y alistándome para la escuela... al día siguiente, me hallaba corriendo por los jardines de los vecinos y haciendo señas a un autobús para que me llevara. Era la misma hora pero días diferentes, y mi mundo había cambiado.

Soy un jett, no tengo más que 12 años. Sé que eso tendría que darles compasión por mí, pero yo no siento pena de mí mismo. Quizás la hubiera sentido si hubiera pensado en esto antes, pero ahora mismo, me parece tan correcto, tan adecuado. No es que me lo mereciera, sino más bien que nací para esto.

Nuestro Hogar había tenido un indicio de que se estaban gestando problemas durante varias semanas. Nos seguían hombres sombríos con traje, y además siempre había una furgoneta estacionada en nuestra calle. Pensamos que nos dejaban verlos porque querían intimidarnos para que nos fuéramos, pero habíamos orado y el Señor había dicho que llegaría la hora de partir y que Él nos mostraría cuándo sería. Creo que lo hizo.

No pude ver qué pasó con los demás, aunque por la misericordia de Dios ya nos habíamos puesto en contacto con nuestro abogado y todos los días él se cercioraba de que todavía estábamos allí. En caso de que perdiéramos contacto, ya habíamos arreglado para que se comunicara con nosotros por los medios apropiados y que intentara liberarnos. Pero no sabíamos a ciencia cierta si podría hacerlo.

Esta maduración repentina me hace sentir muy diferente. Un día, simplemente hacía lo que se me decía; memorizaba porque sabía que eso era lo que debía hacer y leía la Palabra fielmente, sin saber lo que

significa que eso sea lo único que a uno le queda de la Familia. Mantuve el rostro un poco alejado de la grieta por si acaso los reflectores me buscaban allí. Parecía una búsqueda de compromiso y quizás no se iba a poner muy intensa, como ir a buscar de casa en casa. Supe que era un buen momento para orar fervientemente, pero no podía quitar los ojos de las furgonetas de policía ni del grupo de soldados.

Como el mercado de valores se había derrumbado causando una crisis y caos generalizados, el gobierno había declarado ley marcial. Sabíamos que las cosas marcharían mejor en lo relativo a la seguridad, pero también orábamos fervorosamente para que el Señor nos librara de las autoridades todo lo posible si éstas no eran favorables a nosotros.

Antes de la vigilancia hubo ciertas cositas que nos llamaron la atención. Se había desatado mala publicidad sobre todas las confesiones religiosas, «desenmascarando» sus planes siniestros para causar trastornos en el mundo y detallando todas las guerras así llamadas «religiosas» que había tenido que padecer la humanidad. No me hacía falta una explicación para ver adónde apuntaba aquello, pero los adultos del Hogar nos mantenían constantemente informados, sobre todo había una persona que no dejaba de recordarnos que la persecución era una promesa. Él se lo tomaba en serio y estoy feliz de que lo haya hecho.

Volvamos a la realidad. Estoy mirando a los soldados y están a punto de regresar a sus camiones y la policía a sus furgonetas. Al verlos que se retiraban empecé a relajarme, pero entonces escuché un leve golpe en el muro detrás de mí.

Me puse tenso. Quizás todavía quedaban soldados. Pero no era un golpe autoritario, sino más bien un golpecito acallado. Evidentemente era una señal.

«Humm, ¿hola?», pregunté en la oscuridad. El golpeteo cesó. Escuché unos pasos débiles que provenían de la habitación contigua. Una pequeña figura caminó alrededor de la pared y llegó adonde me encontraba yo.

«Se han ido, ¿verdad?», preguntó. Parecía que ya sabía la respuesta, pero estaba tratando de entablar una conversación.

«Sí, respondí», mirándolo todavía y tratando de ubicarlo.

Escuché más correteos y vi a un grupo de chicos detrás de él que observaban junto al muro.

«Soy Bob», dijo, aunque sonaba más como Bobe. Hablaba un inglés

entrecortado. «Te vimos entrar y no hicimos ruido para que los soldados no te vieran». Sonrió complacido, como si ellos me hubieran rescatado.

«Gracias», es todo lo que pude decir.

«Quédate aquí. Necesitas algo, me avisas.»

«De acuerdo...»

Se fueron, dando vuelta otra vez alrededor del muro, supuse yo.

Me quedé pensando qué significaba aquello. ¿Por qué se acercaron a hablarme? Entonces me di cuenta. *Creo que son una de las pandillas de los barrios pobres, tal vez sean los muchachos a los que estábamos ayudando antes de que nuestra labor para los necesitados fuera interrumpida por la «nueva legislación urbana», o algo por el estilo.*

Había escuchado que muchas de las pandillas de muchachos hacían cosas incomprensibles para los adultos, pero no dejé que eso me preocupara.

Pronto tendría hambre, lo sabía, aunque no sabía muy bien si se lo debía mencionar al «protector» que me acababa de surgir. De repente, me sentí embargado por un sentimiento y supe que tenía que orar y enterarme de cómo veía el Señor las cosas.

Incliné la cabeza y cerré los ojos. «Jesús, sé que estás ahí. Dijiste que siempre estarías conmigo. Ahora, realmente no sé qué hacer ni tampoco sé qué debo preguntarte, pero por favor, háblame. Quiero escuchar lo que tienes que decir.»

Pasó un momento y después escuché un sonido familiar en mi mente: «Apreciado hijo, no te he abandonado, ni he abandonado a tus padres, tus hermanos y amigos a quienes quiero mucho. Van a cumplir una finalidad, pero te he traído aquí para una misión especial.»

Eso me produjo cierto alivio interior. Por lo menos, todavía no había fracasado.

La voz continuó: «Anda, habla con los muchachos; pregúntales por qué están aquí y pídeles comida y refugio. Estás aquí porque Yo tengo un propósito. Confía en Mí y pasará.»

«Humm... perdón», dije asomándome del otro lado del muro.

En esa habitación, estaba más oscuro. *Debí haberme escondido aquí.*

«Sí», respondió Bobe. «¿Necesitas algo?», preguntó.

«Humm, sí, si te parece bien. ¿Tienes algo de comer o agua? ¿Y estaría bien que me quedara con ustedes?»

«¡Sí, claro!», respondió, aunque no me quedó claro qué pregunta estaba respondiendo.

Dio un chasquido con los dedos y susurró algo en el idioma del país.

Un muchachito más joven salió a buscar algo.

No pude resistir la siguiente pregunta: «¿Por qué me estás ayudando?»

Bobé sonrió. «Te conozco de antes», dijo. «Hace mucho tiempo, tú viniste a ayudarnos. Te preocupaste de que tuviéramos comida y agua, y buena ropa. Ahora el gobierno cerró la escuela. Dicen que todo lo cristiano es malo, pero yo sé que no es verdad. Seguramente dicen que tú también eres malo. No tenemos mucho, pero podemos darte. Igual que tú con nosotros», dijo con una sonrisita.

«Este es Raol, mi subordinado», dijo presentándome a un niño de pelo desaliñado y ojos marrones muy abiertos. Casi parecía que no parpadeaba.

«Raol dice que hoy muchos fueron arrestados, y muchas casas vaciadas. Los que tenían familias se han ido. Las cosas de nuestra vieja escuela han desaparecido. Te veo aquí y me imagino que tu familia debe de haberse ido también.»

Miré hacia el piso mientras los recordaba.

«Pero eso no problema», dijo tratando de sonar muy seguro de sí mismo. «Ahora nosotros tu familia». Traté de sonreír. «Gracias».

Después de ese intercambio, me invitó a que me sentara a su lado.

Supuse que los demás chicos no hablaban inglés, por lo que casi toda mi comunicación era con Bob.

El niño al que antes había enviado para conseguir algo regresó. Tenía un vasito desechable y un mendrugo de pan. Podía darme cuenta de que el pan era viejo, pero igual olía bien.

«Gobierno da alimento a pobres. Repleto alrededor del centro de reparto de comidas. Algunos en la cola, y nosotros a su lado para fingir que somos hijos. Pero igual no alcanzar para todos. Compartimos.»

Qué inteligente, pensé.

Pasaron unos pocos momentos. Ahora que sabía que estaba ahí por una razón, me resultaba difícil quedarme quieto en medio del silencio.

Me puse a conversar.

«¿Así que todos ustedes viven aquí?», pregunté.

«Sí, por ahora. Si se acercan muchos policías, nos volvemos a mudar.

Nos gustan diferentes...» Un gemido interrumpió su frase. Un niño de unos seis o siete años estaba acurrucado en una esquina castañeteando los dientes y llorando.

Ni siquiera hacía frío. Por la forma en que temblaba supe que no se encontraba bien. «¿Qué pasó?», pregunté señalando con la mirada.

«Se enfermó la semana pasada. Primero, sólo fiebre. Ahora, cuando orina le duele y no sabemos qué hacer. Queremos llevarlo al hospital pero dice que no irá. Si va, seguramente no lo volveremos a ver, por eso no quiere ir al hospital.»

Asentí, tratando de entender.

Pero debe haber algo que yo pueda hacer. En un segundo supe lo que tenía que hacer, pero ¿podría?

«Sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán», me acordé de una parte del versículo. *Pero sólo tengo 12 años y apenas puedo cuidarme a mí mismo.* Entonces, recordé que tenía una misión. Y *ningún soldado se olvida de su misión*, pensé. Al comprender cuál era mi deber, sentí una calidez interior.

«Yo oraré por él», fueron las palabras que salieron de mi boca.

«Sí, las personas buenas hacían eso también cuando estábamos enfermos», dijo Bob. Me imaginé que se refería a las personas que dirigían el orfanato.

Hice señas a los demás para que se acercaran. Bob gritó una orden y todos los que dormían se despertaron y se reunieron alrededor formando un círculo.

Cuando nos acercamos, vi al niño. Era delgado, lo cual hacía que los pómulos que ahora estaban manchados por las lágrimas se vieran muy salientes. Le toqué el rostro con las manos. No estaba acostumbrado a tocar a las personas de esa forma, pero sentí que un poder movía mis manos llevándolas hasta el sitio en donde debían colocarse.

Le puse las manos en el estómago. Sentí que tenía que moverlas hacia más abajo. Cuando llegué a su bajo vientre, sentí que paraban y en ese momento, el niño se quejó de dolor.

«¿Cómo se llama?», pregunté.

«Jono», susurró Bob, tratando de prestar todo el apoyo y la atención que podía.

«Jono,» repetí, «voy a orar por ti. Jesús te va a sanar.»

Esa parte me salió de los labios antes de que me diera cuenta. Sabía que Jesús podía obrar milagros, pero ¿podía hacerlo por medio de mí? Todos empezaron a doblar las manos para orar y ante eso, cerré los ojos.

«Jesús, por favor ayuda a Jono», dije. *Señor, ayúdame.* Empecé a vacilar interiormente. Nunca fui bueno orando en público, pero las palabras me salieron.

«Jesús, Tu mano no se ha acertado para que no puedas salvar, ni Tu

oído se ha agravado para que no puedas oír. Y por medio del poder de las llaves...» Traté de recordar una promesa.

«...En esta Tierra no hay nada que se pueda oponer al poder de las llaves, al cual puedes acceder en cualquier momento».

Esperé que eso fuera una promesa y seguí orando.

«Jesús, no sé cuál es su dolencia, pero Tú sí lo sabes». Alcé la vista y fue como si Él estuviera allí mismo mirándome. Empecé a llorar como si yo estuviera sufriendo el dolor de Jono en mí mismo.

«Te ruego que lo liberes. Tócale y cúrale como prometiste que lo harías.»

Al verme llorar, muchos de los niños empezaron a lagrimear. Supongo que no había mucha gente que se preocupara por ellos.

Miré a Jono. Estaba durmiendo.

Señor, hice lo mejor que pude.

Está bien, escuché que decía una voz. Yo me encargo del resto.

Me senté al lado de Jono, sin dejar de mirarlo. El ejercicio de la mañana me había afectado y con el estómago lleno, empecé a sentirme cansado. Me quedé dormido.

* * *

Cuando me desperté, la mayoría de los chicos se había ido. Bob estaba ahí, de pie junto al muro que daba hacia el exterior.

«Bob», dije. «¿Dónde están los demás?»

«Se han ido a la ciudad», respondió. «Gran manifestación... declaración», dijo. Supuse que se refería a un anuncio.

«Allí habrá mucha gente... así que nosotros conseguir lo que necesitamos», dijo de forma muy natural.

¿Conseguir lo que necesitamos? Pensé. ¿Robar? Una sonrisa tonta asomó en mi cara mientras me daba cuenta de eso.

Me compuse enseguida pues me di cuenta del ejemplo que debía dar.

Bueno, era comprensible que robaran, pero seguramente no era la mejor solución. Llegaríamos a ese punto en otro momento; eso seguro.

«¿Qué clase de manifestación?», pregunté. Antes de que Bob me respondiera, entró Raol.

Por lo visto, Bob le hizo la pregunta. Raol respondió mirando alternativamente a Bob y a mí.

«Dice que hablan de nuevos cambios. Muchos son pobres todavía y quieren beneficios sociales para sus hijos. El gobierno va a identificar a todos y así tendrán los alimentos que quieren.»

«Ya veo», respondí. Pero todavía no entendía totalmente. *¿Identificarlos?*

«¿Qué clase de identificación? ¿Cómo será?», me atreví a preguntar. Bob preguntó de nuevo y Raol por lo visto respondió como si no fuera asunto suyo. «Dice que tienen computadoras nuevas, formas nuevas de asegurarse de que todos estén cubiertos. Quizás la gente los lleve encima, como computadora o incluso algo más pequeño.»

Escuché esas palabras como si estuviera en un sueño.

«¡Es la marca de la bestia!», dije en voz alta.

«¿Qué!» Raol y Bob me miraron burlescamente.

«La Biblia», dije. «En la Biblia dice que esto pasaría.»

«¿Tu Biblia?», preguntó Bob. Todavía no entendía.

«La Biblia», dije haciendo un movimiento como si estuviera abriendo un libro.

«Hace mucho tiempo, Jesús dijo que ocurrirían cosas malas y que un día, tratarían de “identificar” a todos con una pequeña computadora en su cabeza y en sus manos.» Traté de explicarlo con la mayor lentitud y sencillez posible. «De esa forma, nadie puede comprar ni vender alimentos a menos que tenga ese implante», continué explicando.

«Entonces, quizás debemos tener una», dijo Bob tratando de ayudar.

«No... no es algo bueno. Jesús dijo que el hombre que te obligará a llevar puesta esa computadora es un hombre malo, hará daño a muchas personas buenas... a los cristianos... y te hará trabajar para que él haga cosas malas.»

«Muy interesante», fue todo lo que Bob pudo decir mientras trataba de comprenderlo.

Entonces, se volvió a Raol que se estaba calmando y se pasaba las manos por el cabello. Susurró unas cuantas palabras y le hizo preguntas con tanta rapidez que yo no pude entender.

Debí haber aprendido más del idioma del país, me dije como regañándome, sin entender palabra de lo que decían. Con todo, pensé en que estaba allí con una «finalidad». ¿Quizás conseguía que me enseñaran unas cuantas frases?

«Raol dice que están haciendo que la gente la lleve puesta en sus manos. ¿La computadora va dentro de su piel?» La voz de Bob sonaba incrédula. Y dice que tienen otra computadora -una mejor- también para la cabeza.»

Al ver la cara perpleja de Bob, me sentí satisfecho pensando que por lo menos había prestado atención en las clases de la Biblia.

«Jesús y muchas personas dijeron esto hace mucho tiempo. Él dijo

que llegaría una época muy mala en el mundo y que a la gente le resultaría difícil vivir. Pero también dijo que Él nos protegería y también proveería nuestras para necesidades.»

«Ese Jesús era un hombre muy bueno», dijo Bob pensativamente.

«¿Nos protegerá?»

«Jesús se interesa por todos, por todos los que así lo quieren». Traté de encontrar una forma sencilla de explicarle la salvación. Recordé las palabras en el idioma del país. *Jesús te ama*.

Al escuchar eso, se le iluminó el rostro. Me acerqué a él y seguí hablando.

«Jesús quiere protegerte -a ti y a todos los chicos- y se interesa mucho por nosotros. Si le pides que entre en tu corazón, tendrás a alguien que te cuide siempre», le dije.

Eso le llegó. Continué hablando: «Por favor, repite esta oración conmigo. Di lo que yo digo...»

Junté las manos para orar y él hizo lo mismo: «Jesús, entra en mi corazón...»

«Jesús, entra en mi corazón...» repitió Bob.

Fue una sensación increíble. Me sentí como un verdadero discípulo de Jesús. Ya había testificado antes, pero ahora estando solo, me di cuenta de lo mucho que tenía para ofrecer y cuál era mi llamamiento.

Nadie me estaba obligando a orar con ese chico, pero me sentí embargado por el interés y el amor que sentía Jesús por ellos.

Después de que terminamos de orar, Bob tradujo la oración y la oró con Raol, y entonces escuchamos una voz que venía del fondo de la habitación.

«¡Yo también quiero orar!»

Era Jono. Había estado despierto mirando y escuchando todo lo que había pasado.

Bob corrió a su lado, le acarició la cabeza con ternura y parece que le preguntó cómo se sentía.

Jono respondió repitiendo la misma frase una y otra vez. «¿Qué dice?», no pude evitar preguntar.

«Dice que se siente mejor, ¡que vino un hombre y lo curó!»

¿Un hombre? Yo no soy un hombre. ¿De quién habla?

«Dice que vino un hombre vestido de médico. Le puso la mano debajo de la cabeza y le dio a beber su jugo favorito. Después de eso, el dolor cesó...» La voz de Bob vaciló mientras le tocaba el rostro... «¡y también le ha bajado la fiebre!»

En ese momento, Bob se percató de repente de lo que había sucedido.

«Es un milagro», dijo sin fingir ni dramatizar. Estaba boquiabierto. «¡Lo hizo Jesús!», dije espontáneamente. «Él se preocupa por ustedes y por todos los niños».

Bob oró con Jono cuando se lo pidió y después se retiró para pasar un rato en silencio meditando. Se arrodilló en el piso y aunque no pude oír lo que decía, vi que sus labios se movían. Por lo visto, estaba dando gracias a Dios.

Bueno, seguramente yo también necesito un rato a solas, pensé. Di gracias al Señor por haberme llevado hasta ese sitio y por los milagros que había obrado. Le di las gracias por llamarme para ser uno de Sus soldados del Tiempo del Fin.

En ese momento, entraron todos los muchachos. En total eran 12. *¡Increíble! Pensé. No es una coincidencia.*

Mi labor acababa de empezar. Sabía que hasta que el Señor me volviera a reunir con mi familia, seguiría proveyendo para mí en el sitio en que me encontraba. No sentí temor ni ansiedad... más bien, sentí que me invadía un sentimiento de emoción. ¡Sí, esa era la vida...!

26. Lydia, Una Aristócrata Romana Cristiana

Me llamo Lydia y viví en Roma durante la época de una de las purgas que de tanto en tanto ocurrían cuando los emperadores y los círculos internos de poder intentaban recuperar el control de la estructura social romana cada vez más fragmentada. Vivíamos épocas emocionantes y veíamos que nuestro Señor obraba muchos milagros como consecuencia de nuestras oraciones fervorosas. La gente no siempre entiende la profundidad y la amplitud de nuestro testimonio en aquella época y cuántos corazones cambiaron y llegaron al arrepentimiento gracias a nuestro amor y sinceridad.

Provenía de una familia noble. Mi padre era romano y mi madre era parte de lo que había quedado de la nobleza griega. Fui criada en Italia parte del tiempo y en Grecia, el resto. Como muchos hijos de los adinerados o poderosos de aquella época, durante mi niñez fui educada por tutores.

Mis padres se habían convertido cuando yo tenía unos 8 años y me habían enseñado los caminos del cristianismo. Aunque eran discretos en cuanto a su fe, en general se sabía que o bien eran creyentes o que por lo menos simpatizaban con los cristianos.

Era una época muy turbulenta; en Roma, había diversas facciones que luchaban por el poder y muchas veces se formaban alianzas entre las diferentes facciones con el fin de promover cada una sus propios intereses.

Eran miembros de la antigua aristocracia, cuyas familias originalmente habían servido a la República; había personas que habían comprado sus títulos o su puesto público; y además había otros que habían recibido varios títulos o cargos debido a que habían sido «útiles» a las autoridades de la época.

Algunos trataban de aferrarse afanosamente al poder y a la influencia que tenían a cualquier costo para obtener ganancias personales. Sin embargo, había otros que intentaban hacer lo debido y servir a lo que en ese tiempo era el Imperio. Su razonamiento era que podían actuar como influencia moderadora para preservar la dignidad y humanidad del gobierno de la época y evitar que las cosas fueran cayendo en un caos total.

Incluso los que no eran cristianos muchas veces daban la cara por sus convicciones cuando veían cosas que les parecían injustas y que traicionaban las que una vez habían sido nobles aspiraciones de la

antigua República. Los que eran conocidos como cristianos que eran honestos y rectos inspiraron a otros a dar la cara por la verdad.

Yo misma presencié muchos milagros de personas que experimentaban un cambio interior y permitían cosas que técnicamente no debían ocurrir. Vi soldados que liberaban a «enemigos del estado que eran antipatriotas», pues los soldados vieron por sí mismos que las personas que supuestamente eran «malas» en realidad eran más honestas y rectas que los funcionarios que habían ordenado a los soldados que persiguieran y apresaran a los disidentes.

Vi soldados que se ponían de rodillas y pedían perdón por lo que o bien ya habían hecho o estaban a punto de hacer. Vi funcionarios que concedían una amnistía a grandes grupos de personas, o en ciertos casos desviaban el grano y otras vituallas a aldeas cristianas o a sectores de pueblos que por política oficial no debían recibir esas cosas por ser «elementos de la sociedad que no cooperaban».

También vi milagros en que los soldados eran detenidos en seco y se les impedía hacer las cosas que se les habían ordenado. Vi al Señor hacer que cayeran las ruedas de los carros que llevaban a altos funcionarios dirigentes de redadas contra creyentes. Esos funcionarios resultaban heridos o muertos, con lo que la redada quedaba obstaculizada. Muchas veces los funcionarios inferiores y los soldados eran compasivos con los «rebeldes» y sabían que se los perseguía por alguna excusa que muchas veces era un intento de encubrir o desviar la atención de los verdaderos problemas de la época causados por las autoridades.

Creo que los milagros que más me llamaron la atención fueron aquellos en que los funcionarios eran conmovidos y experimentaban una transformación interior al sentir remordimiento de conciencia por lo que estaban haciendo. Cuando dábamos la cara por nuestras creencias, y nos sincerábamos con ellos y los convencíamos, a veces ellos movían cielo y tierra para ayudarnos. Se trataba de hombres y en ciertos casos de mujeres con poder, dinero e influencias que no eran ajenos a la futilidad de vivir una vida sin otra finalidad que objetivos egoístas. En muchos casos, eran conscientes de que se los usaba para promover ciertos intereses con los cuales no estaban de acuerdo. Cuando me pongo a recordar todo lo que experimentamos y los muchos, muchísimos milagros que obró el Señor por nosotros, me doy cuenta de que en cierta forma es un anticipo de lo que nuestro amado Señor obrará por ustedes, apreciadísimos hermanos y hermanas, en

los oscuros días venideros.

Sé que muchos de ustedes quizás sientan preocupación o temor al pensar si podrán hacer frente a las épocas que se avecinan. ¿Tendrán la fe, el valor y la previsión para salir triunfantes sobre lo que se les presente? Pues bien, el Señor tendrá todo eso.

Mientras sean fieles sintonizándose con el Señor y sus ayudantes espirituales, ellos se harán presentes cuando los necesiten. Nunca se puede estar listo para esas cosas que ocurrirán excepto siendo vasijas sumisas y receptivas al Espíritu del Señor.

El mundo actual es muy parecido al mundo de mi época en el que había diferentes facciones que se disputaban el poder y la influencia, algunas de ellas porque pensaban que era «lo debido», y otras simplemente buscaban servirse y cuidarse a sí mismas de forma egoísta.

Al final del día, todas esas personas no son más que eso: personas, hombres y mujeres frágiles que en muchos casos saben el fracaso que son y la mucha ayuda que necesitan. Otras están totalmente engañadas y ebrias de poder e influencia.

El Señor siempre puede obrar milagros y conmover el corazón y la mente de esas personas. En ciertos casos, el Señor se valdrá de algo que ocurra en su vida para remorderles la conciencia para que obren como es debido. En otros casos, las hará hacer algo que realmente no quieren hacer. Dará permiso para que ocurra algo, o para que miren hacia otro lado, o hará que no se percaten de lo que salta a la vista. Hay muchas formas en que el Señor podrá obrar grandemente a favor de Sus esposas a medida depositan su confianza en Él y lo dejan guiarlas por la oscuridad que sobrevendrá al mundo. Será una época de grandiosos milagros y gran gozo, pues el Señor manifestará Su poder de muchas formas maravillosas que de otra forma no serían posibles si las circunstancias no fueran tan terribles. *En donde abunda la iniquidad, sobreabunda la gracia.*

He pedido al Señor que me permita ayudarles y asistirlos cuando tengan que tratar con esos funcionarios que en muchos casos tendrán en sus manos el poder de que vivan o mueran. Deseo interceder a vuestro favor como respuesta a vuestras oraciones. Deseo que el Señor se valga de mí para cambiar la mente y el corazón de los gobernantes con el fin de guardarlos y protegerlos a ustedes. Por la forma en que fui criada y por haberme movido en ambientes de poder e influencia, tenía y todavía tengo hasta ahora un deseo especial de ayudar a esas personas. Entiendo el gran vacío de su vida,

sus intentos de hallar satisfacción de muchas formas, y que tienen la influencia y los medios para conseguir lo que sea que deseen.

Me volví conocida en los círculos de poder como intercesora y defensora de los pobres y perseguidos, que no eran todos cristianos. Muchas veces, me encontraba cara a cara con personas con las cuales me había criado o que eran amigos míos o de mi familia. En general, se me respetaba mucho por ser una persona recta, que me interesaba por los demás y hasta seductora si surgía la necesidad, algo que de vez en cuando sucedía.

El Señor me dio gran sabiduría para saber cómo moverme en esos círculos sin ofender a las personas pero manteniendo al mismo tiempo mi integridad. Tenía el don de decir la verdad en las circunstancias más difíciles y de tal forma que era un verdadero testimonio.

Como entendía la mentalidad romana y estudié filosofía y retórica, el Señor me ungió para decir cosas de la forma debida y en el momento oportuno para causar el máximo efecto no solamente en la persona a quien me dirigía, sino también en los demás presentes.

Nunca dejaba de maravillarme por lo que obraba el Señor y sé que los milagros que obró por mí en esa época no son más que un atisbo de las cosas portentosas que obrará el Señor por ustedes en los días venideros. *(Fin del mensaje.)*

* * *

(Jesús:) Ésta se ha revelado como intercesora de ustedes y como alguien que los defenderá ante reyes y magistrados en los días venideros. Es bueno que conozcan su nombre para que puedan invocarla cuando la necesiten.

27. Un Extraño Caso de Confusión de Identidad

(Contado por uno de ustedes:) No hay forma de saber lo que podría haber pasado. Podría haber sido para bien o para mal. Si me volvieran a poner en esa situación, no creo que habría estado más segura de que resultaría en una liberación, ¡pero así fue! Ya había visto muchísimos milagros de provisión y protección de esos que a uno lo dejan boquiabierto. Sentía que mi fe era como una semilla de mostaza que aumentó hasta convertirse en una semilla mucho más grande. Pero lo curioso es que cuando uno se encuentra acorralado, en un aprieto, o como se lo quiera llamar, se le cruzan por la cabeza dudas y preguntas como: «¿Funcionarán las llaves esta vez? ¿Y si no tengo la fe que se precisa?» Sobre todo cuando uno se enfrenta con una prueba mucho mayor.

Sin embargo, sabemos que el Señor idea todas las cosas y tiene una finalidad para cada una. Él es quien libró, libra y librará. Y este incidente me probó una vez más que con el Señor de nuestro lado, ¿a quién temeremos?

La policía se había llevado a una de nuestras adolescentes menores para interrogarla. Hasta ese momento, habíamos podido movernos clandestinamente sin problemas hasta el punto de que empezamos a tomarnos la seguridad como algo de lo más natural. Entonces, pasó. Sabíamos que era un momento en el que emplearíamos todo lo que se había invertido en nosotros en el aspecto espiritual. Necesitábamos muchísimas cosas como fe, tranquilidad, confianza, y lo que era más importante, un plan. ¡Sí, un plan! ¿Qué debíamos hacer? ¿Qué significaba todo eso? ¿Significaba acaso que nuestro fin estaba a la puerta? ¿Significaba que ahora tendríamos que pasar por el tormento de la persecución, las interrogaciones, dificultades? ¿Todas esas cosas para las que nos habíamos preparado?

Muchos nos habíamos dado cuenta de que ese día llegaría, pero la pregunta que pendía de un hilo desde hacía tanto tiempo era *cuándo*. Ya había sucedido con otras personas y había señales claras de que pronto nos tocaría a nosotros. ¿Por qué nos sorprendíamos entonces?

Fue en ese momento que nos dimos cuenta de que aunque no lo sabíamos estábamos muy bien preparados. Habíamos estudiado la

Palabra, habíamos sido fieles empleando las nuevas armas y fortaleciendo nuestros lazos de unión. Y todo eso era bueno. Pero no fue sino hasta que nos enfrentamos con ese momento de prueba que nos dimos cuenta de lo rápido que se precisaba que las armas espirituales estuvieran a la mano. Fue como si en ese momento, cada una se nos hubiera presentado delante en orden de importancia. Sentimos su presencia y supimos que teníamos todo lo necesario para afrontar esa situación angustiante. Todo lo que teníamos que hacer era preguntar al Señor y Él mostraría, daría la orientación, guiaría y libraría. *¿Pero librar? ¿Librarnos de qué? ¿Librarnos de quién?*

Fue entonces que me di cuenta de que no podía seguir pensando esos pensamientos. Tenía que concentrarme en el poder. Tenía que activar ese poder de pensamiento celestial mediante las llaves y una obediencia total a lo que el Señor nos decía que hiciéramos. Fue una de esas situaciones en que me sentí como se deben de haber sentido Sadrac, Mesac y Abednego cuando el rey les pidió que se inclinaran ante la imagen de oro. Estuvieron dispuestos a morir por eso. Bueno, a nosotros no nos pedían que nos inclináramos ante nadie, pero lo cierto es que podíamos habernos inclinado ante nuestro temor o nuestras dudas. Pero debíamos asumir una postura y afirmar que estábamos dispuestos a enfrentar los fuegos que el Señor quisiera en vez de ceder ante el Maligno y sus potestades.

No éramos más que unos pocos. Después de dedicar un tiempo a fortalecernos espiritualmente, presentamos el asunto ante el Señor y libramos nuestra alma. Para resumir, el Señor nos mostró que esa adolescente menor sería liberada y que quedaríamos libres para mudarnos hasta nuestro siguiente destino en donde nos prepararíamos para la verdadera tribulación que nos sobrevendría pronto. Añadió que la joven sería liberada de formas poco convencionales.

Primero, todos menos uno irían hacia la parte más importante de la ciudad y avisarían a todos que el Anticristo y la Tribulación se avecinaban. Debíamos hablar lo que el Señor nos mostrara y testificar con fervor, como última advertencia. Entonces, casi me da un ataque. El Señor me dijo que necesitaba que fuera a la estación de policía en donde era retenida la joven y que me dirigiera directamente a la oficina y les dijera que estaba allí para ver a la joven, y que me iban a dejar pasar. Parecía descabellado. Peligroso. Pero el Señor había dicho que tendríamos que hacer lo que nos mostrara sin vacilar ni dar tiempo al Enemigo para que nos

convenciera de que no se podía hacer.

Bueno, en ese caso, no necesitaba que el Enemigo me mintiera diciéndome que no se podía hacer. Sin duda, era una de esas órdenes aparentemente imposibles que uno de vez en cuando recibe del Señor. O ¿ahora sería algo común? Tendríamos que esperar y ver.

Sin embargo, decidí obedecer sin preocuparme de lo que el Señor tuviera en mente, ya sea que quisiera que fuera allí para que me detuvieran con ella, de manera que nos diéramos apoyo mutuo, o si se guardaba un milagro en la manga.

Hicimos una oración fervorosa empleando las llaves y dejándolo todo en manos del Señor. Después, empacamos unas pocas pertenencias que el Señor nos había mostrado que lleváramos junto con algunas cosas de la joven y salimos de allí.

Allí estaba yo, de pie frente a la estación de policía. «Dejar pasar el tiempo» lo único que lograría era hacerme tener más miedo, por lo que consulté con el Señor y empecé a subir las escaleras. Me dirigí al primer escritorio que vi y pregunté: «¿Puedo ver a la chica? ¿La chica que detuvieron hoy para interrogarla?»

El hombre me miró atónito: «Humm, oh, ya está aquí. No lo esperábamos tan pronto. Claro, déjeme hablar con mi jefe para informarle que usted está listo para interrogarla y descubrir dónde está el resto de la secta».

«Ah, humm, sí, claro.» Así que eso es lo que estaban haciendo con ella... pero ¿quién soy yo? No importa, está dando resultado. Señor, continúa dirigiéndome y guiándome. Ayúdame a aferrarme a las llaves y a no dar ni un paso en falso, pues evidentemente tienes un plan y sabes exactamente adónde conduce todo esto.

«Sígueme, señor. La mantenemos encerrada en una de nuestras habitaciones más seguras, al fondo. Ha estado callada toda la mañana y sólo abre la boca para orar. Hemos empleado todas las tácticas “amables”, y quizás sea hora de emplear métodos más “agresivos”. En realidad, es bastante fuerte para ser tan joven. Pensábamos que a estas alturas ya estaría quebrantada.»

Guardé silencio. *Esa es nuestra Lisa. Apuesto que ella también ha visto que lo imposible se vuelve posible quedándose callada y orando solamente. Ja. Señor, bendícela por volverse a Ti.*

Abrió la puerta que daba a la habitación de alta seguridad y la cerró detrás de mí. Había cámaras por todas partes.

Ella dijo: «Sabía que vendrías», y sonrió. Se le llenaron los ojos de lágrimas. «Dijeron que habían recibido pistas sobre en dónde te

encontrabas y no era más que cuestión de tiempo hasta que te capturaran a ti también. ¡Cuánto heorado!»

«Sí, pero ahora estoy aquí y el Señor está con nosotros y ha prometido liberarte. Pero todavía no sé cuándo será.»

«Me prometió que sería liberada. Me mostró que tendría que ver contigo, por eso supe que venías.»

Me senté frente a ella y conversamos un poquito, pero más que nada oramos y esperamos que el Señor nos mostrara qué hacer después. Fue entonces que sonó la alarma y de inmediato todo el sitio se llenó de ruido y movimiento. Abrí la puerta y vi que el pasillo estaba despejado.

El Señor me dio una fuerte impresión de que en ese momento preciso debíamos escapar. Por lo visto, había habido una fuga en la prisión y la persona que había podido escapar había dejado en libertad a los demás reclusos. Se había producido una alarma importante, tanto era así que por lo visto el preso nuevo y valioso que tenían había quedado repentinamente olvidado. ¿Podía ser? Sin duda era algo que escapaba a mi control. Todo lo que debía hacer era obedecer.

Así pues, empecé a llevarla siguiendo el camino por el que había entrado, pero escuchamos una voz y ambas supimos que debíamos seguirla. Nos llevó en otra dirección. Por la parte de atrás. No sabemos cómo salimos de allí con toda la conmoción reinante sin toparnos con nadie.

Una vez afuera, había policías que corrían de un lado para el otro, pero nosotras salimos caminando de allí sin que nadie nos viera.

Después nos dirigimos a la parte principal de la ciudad en donde los demás estaban testificando. Fue como si supieran que había terminado; el ungimiento desapareció y supieron que era hora de marcharse. Sabíamos que el próximo paso era utilizar los boletos que el Señor nos había dicho que compráramos como plan de emergencia hacía unas pocas semanas, y desaparecer.

Una vez que iniciamos el recorrido hacia nuestro nuevo destino, todos alabamos y agradecemos a Jesús sonriendo y simplemente cerrando los ojos en agradecimiento. Sí, llegaría el momento en que gritaríamos y agitaríamos los brazos, y haríamos lo que nos surgiera naturalmente para agradecer a quien nos había salvado la vida. Pero ese momento tendría que esperar. Ahora mismo teníamos que concentrarnos en actuar de la forma más normal posible.

Verán, aunque parece algo que el Señor puede hacer por Sus hijos y es muy posible, no es sino hasta que uno lo vive en la vida real que se

da cuenta de lo fuerte y potente que puede ser el Señor por medio de uno. Él se apodera del control. Te domina. Él se la sabe de cabo a rabo, y aunque nosotros tenemos que ir paso a paso -no, en ciertos casos, hasta segundo a segundo-, Él da la gracia y la confianza de que todo saldrá bien.

Cómo hizo el Señor para valerse de alguien como yo y transformarme para que me vea como la persona que estaban esperando en la estación de policía, es algo que no llego a comprender. Pero lo que más me confundió es que el oficial de policía me llamara «señor». Porque... ¡soy una mujer! ¡Eso sí que es superar todos los imposibles! Toda la alabanza sea para nuestro increíble Señor que no sólo nos saca de circunstancias difíciles, sino que gracias a ellas, nos demuestra que puede valerse de cualquier cosa.

28. Salvación de Un Guardia Romano

Todavía recuerdo aquel día... ¡fue un milagro asombroso de protección! Cuando uno se encuentra en medio de la persecución y no sabe exactamente de dónde vienen los golpes y qué le sucederá, el poder del Señor se manifiesta con mucha intensidad.

Uno no se da cuenta de cómo funciona la «gracia» hasta que la necesita. ¿Recuerdan lo que dijo David de la «gracia para morir»? Normalmente no se hace realidad hasta que uno se encuentra cara a cara con la muerte. Lo más increíble de la gracia es que uno puede aplicarla a cualquier situación de peligro, como por ejemplo una fuerte persecución.

Ahora, estando en el Cielo he visto que a lo largo de la historia esa gracia es otorgada a los creyentes cada vez que la necesitan... cuando se encuentran en circunstancias muy difíciles y tienen una gran necesidad de un milagro.

Esto no es nada nuevo para ustedes, los hijos de David. Pero su ventaja en comparación con nosotros es la época en la que viven: el Tiempo del Fin. Por ser ésta una época tan importante de la Historia y como el Enemigo ha intensificado sus acciones pues sabe que es su última oportunidad en la Tierra de ganar terreno, para ustedes ha sido liberado todo el poder del Cielo por medio de las llaves del Reino.

Aunque ustedes no lo ven así, ustedes son unas de las personas más poderosas sobre la faz de la Tierra. No hay otros que estén tan adiestrados en cuestiones espirituales. No hay otros cristianos que tengan una conexión tan fuerte con Jesús como la que está a su disposición.

Unidos prevalecerán contra las arremetidas del mal y los diablillos de Satanás. Serán valientes y fuertes en los días venideros. Así pues, ¡no pierdan la fe! ¡No pierdan la esperanza! Jesús prometió que nunca se hallarán sin Su brazo fuerte que los defienda. Él será su fortaleza cuando desmayen. Él será su escudo cuando tengan que pelear la intensa batalla de la persecución. Él estará ahí para darles gran poder para resistir. ¡Se mantendrán firmes y sus victorias y conquistas resonarán grandemente!

Grande será su gloria a los ojos del Señor y a los ojos de quienes les admiran, pues verán que son efectivamente los líderes de esta generación. Verán, y muchos se avergonzarán de haber hablado en contra de ustedes. Verán y muchos creerán que el Señor ha enviado Sus ejércitos y que ustedes son sus líderes. Sabrán que la fortaleza del Señor está a favor de ustedes y los respetarán y admirarán. ¡Grandes son los hijos de David y grandes serán las victorias que obrará el Señor por medio de ustedes!

Sólo puedo contarles un poquito de mi vida, pero sepan que lo que les da la sabiduría en medio de la batalla y los hace fuertes cuando se sienten débiles y a punto de sucumbir es la mente del Señor en ustedes.

Tienen un puesto privilegiado pues poseen las llaves del Cielo y todo su poder. Imaginen cuánta más ventaja poseen comparados con todos nosotros los demás creyentes de la antigüedad. Sí experimentamos milagros y manifestaciones de Su gran poder, pero nunca fue tan grande y potente como en los días que vendrán. Aquí en el Cielo estamos entusiasmadísimos de poder apoyarlos y ayudarlos. Que la mente del Señor more en ustedes y los fortalezca con el poder de las llaves.

Yo no era más que un hombre joven con una pequeña familia de tres hijos y una bella esposa. Todos amábamos al Señor de todo corazón y aunque los romanos no eran favorables al cristianismo, igual teníamos oportunidad de reunirnos con otros cristianos en las capillas de las

catacumbas.

Durante las épocas de persecución, las catacumbas se convirtieron en refugios, pues los sitios donde se enterraba a las personas eran sacrosantos por ley. Cuando las iglesias de la superficie fueron destruidas por ley imperial, los adoradores se empezaron a reunir en las capillas de las catacumbas. A mediados del siglo III, como las multitudes y las autoridades superaron las antiguas supersticiones y empezaron a violar las catacumbas, los cristianos destruyeron las entradas antiguas y edificaron unas secretas.

Para nosotros era muy difícil llegar allí de noche. Los soldados romanos patrullaban la ciudad en busca de cristianos.

Un día, nos enteramos de que uno de los líderes del mundo cristiano iba a ir a las catacumbas a predicar. Para todos era un día de lo más emocionante pues la batalla contra las autoridades era muy intensa y muchos cristianos abandonaban su fe y transigían. Era una vida difícil y las cosas no eran nada fácil, sobre todo si uno tenía familia e hijos. El amor que uno sentía por sus hijos a veces podía impulsarlo a negar su fe cuando se enfrentaba a una intensa persecución. Uno no quiere que ellos sufran y como padre siente una gran responsabilidad de protegerlos.

Pero aunque todos esos pensamientos y sentimientos se me habían cruzado por la cabeza muchas veces, yo sabía que nuestras vidas estaban en unas manos muy fuertes y poderosas. Nos encontrábamos en las amorosas manos del Creador de todo el universo y a pesar de las penurias y el peligro, nuestras creencias se fortalecieron más que nunca.

Aquella fue una noche increíble...

«Mi vida, ¿qué vamos a hacer? No tenemos con quien dejar a los niños y debemos ir a esta reunión.»

Mi esposa respondió: «Tendremos que arriesgarnos y llevar a los niños».

«No, nunca los pondría en una situación de tanto peligro. Sabes bien que si nos agarran terminarán presos junto con nosotros y también en la arena. ¡Nunca haré una cosa así!»

«Señor, te rogamos que nos orientes y nos guíes; ayúdanos a no apoyarnos en nuestro propio entendimiento. ¡Ayúdanos a saber qué hacer! Poder ver a esa persona tan especial es una gran bendición y

pienso que nos fortalecerá de una forma especial, de una forma que nos cambiará la vida para siempre y nos dará el impulso que tan urgentemente necesitamos después de batallar tanto con los incrédulos romanos y su forma tan carnal de vivir. Te rogamos que nos hables y nos muestres qué hacer, y si sólo debe ir uno de nosotros o ambos con los niños.»

Para sorpresa mía, tuve una visión de ángeles que nos rodeaban portando pesados escudos. Eso nos dio la fe para hacerlo y salir con los tres niños: mi hijo de cinco años, una niña preciosa de tres y la simpática bebita de ocho meses.

Salimos de la casa alrededor de las 11 de la noche. Mi esposa se había ocupado de que los niños durmieran por la tarde para que durante la reunión estuvieran felices y no sintieran cansancio, pues debíamos hacer una larga caminata por la ciudad hasta llegar a las afueras en donde se encontraban las entradas secretas.

El viaje fue emocionante. Los niños se portaron bien y tomamos una ruta que muchas veces no tenía mucha vigilancia. Cerca de los muros de la ciudad, cuando estábamos a punto de doblar por una esquina, del otro lado escuchamos pasos que se dirigían hacia nosotros.

«¡Oh, no, una patrulla! ¡Rápido, métanse entre esas paredes!»

Entramos con las justas y quedamos apretados contra el muro.

Escuchamos que los pasos se detenían y los hombres comentaban algo apenas a unos metros de distancia de nosotros.

Uno de ellos dijo: «No me siento bien, paremos aquí. No sé qué me pasa, desde hace unos días me siento débil y aunque se lo comuniqué al superior, igual me envió a vigilar a esos malditos cristianos. No sé por qué no los matamos de una vez y nos deshacemos de ellos. Si les pongo las manos encima los destruiré yo mismo. ¡Todo es culpa de ellos! Si no existieran, no tendría que pasar por este dolor. ¡Los odio!»

El otro respondió: «¡Basta de lamentos! ¡Eres soldado romano y debes ser fuerte! Pero estoy harto de escucharte quejarte... puedes quedarte aquí y descansar un rato mientras yo sigo.»

¡Se nos vino el alma a los pies y ambos oramos fervorosamente por una liberación! Sobre todo oramos para que los niños estuvieran calladitos, ya que sabíamos que se iba a precisar un milagro.

Por lo visto, el pobre hombre que se había quedado atrás se encontraba muy mal y sabíamos que no iría a ninguna parte enseguida. De pronto, escuchamos un gemido profundo y escuchamos que el guardia cayó al piso.

Sentí la tentación de marcharme ya que parecía que no iba a poder

detenernos y pensé que quizás el Señor estaba obrando un milagro para protegernos. Pero de repente sentí que me invadía el amor y la compasión del Señor por esa pobre alma y cuando le susurré a mi esposa lo que sentía, ella me dijo que sentía lo mismo, que debíamos ayudarlo. Es lo último que podíamos sentir ganas de hacer nosotros como cristianos con los soldados romanos anticristos, pero el amor nos constrictó y nos conmovió a tratar de ayudarlo.

Los niños se quedaron increíblemente callados y el bebé se había quedado dormido en los brazos de mi esposa, por lo que me dirigí a ver al hombre que sufría. Apenas podía levantar la cabeza para verme y estaba demasiado débil como para pelear. Nuestras miradas se encontraron y sentí que estaba rodeado de ángeles, por lo que no pude evitar alabar al Señor en voz alta. El hombre se moría y lo sabía. No le resultó difícil someterse al Espíritu, y mientras lo sostenía cerca de mí y oraba por su curación en voz alta, se sometió.

De inmediato, todo su cuerpo cambió y pasó de ser un hombre débil a uno fuerte. Sabía que lo que lo había curado era la presencia del Señor, y aunque había escuchado relatos fabulosos de milagros, nunca pensó que podían suceder.

Se levantó y me miró. «¡Eres un cristiano!», dijo con voz suave. Asentí y sonreí. Me abrazó y se arrodilló pidiéndome perdón. «Nunca odié tanto a nadie como a los cristianos como ustedes, pero ahora veo lo equivocado que estaba. Te ruego que me perdones.»

Lo rodeé con los brazos para tranquilizarlo y mientras estábamos así abrazados, el bebé lloró. Le expliqué lo que íbamos a hacer y que debíamos llegar a la reunión, y se ofreció a ayudarnos.

Entonces, escuchamos los pasos de su amigo que regresaba y él corrió a su encuentro antes de que se acercara más. Escuchamos una conversación en voz baja y luego el hombre regresó para encontrarse con nosotros sin su amigo. Los niños se volvieron a callar y se hizo total silencio. Aquel amable hombre que había experimentado un milagro de curación nos acompañó todo el camino hasta las catacumbas y nos dejó allí para que disfrutáramos de una reunión inolvidable.

No mucho después de aquello lo vimos nuevamente pero esa vez en otra catacumba, listo para recibir su parte de la bendición y el apacentamiento espiritual. Se encontraba allí con otras cinco personas y sus familias, emocionado de empezar a formar parte de la comunidad cristiana.

Como ya saben, Dios es un Dios de milagros ¡y la oración cambia las

cosas! Sobre todo ahora en la época que viven ustedes, cuando todo el poder del Cielo está a sus órdenes por medio del poder de las llaves del Reino.

29. Mi vida en la URSS

(De lectura recomendada para mayores de 14 años)

(*Jesús:*) Esta es una bella historia, un testimonio magnífico tanto de Mi protección y cuidados, como de la fidelidad y consagración de este hombre a Mí. No es una historia fácil de leer y puede ser intensa y desgarradora. No la recomendaría para personas que tienen la tendencia a sentir temor de cualquier clase de persecución.

Este hombre tuvo una vida que se podría describir como sumamente difícil. Le di la gracia para ello y de verdad fue un hombre feliz. Lo reflejó lo mejor que pudo y desde luego no alberga ningún rencor contra Mí. Pero a algunas personas les puede resultar atemorizante, sobre todo porque sufrió persecución toda su vida. No fue simplemente una llamada a la puerta, sino más bien toda una vida de peligros y pruebas.

Es posible que haya que advertir a los lectores por si no quieren leer esto, o se los podría animar a que me escuchen después de leer el relato para que Yo pueda infundirles tranquilidad.

Mi vida en una cápsula

Dimitry: Cuando por fin fallecí, era un hombre viejo, sin embargo experimenté los milagros del Señor a lo largo de toda mi vida. Son lo que me mantuvo vivo hasta que mi tiempo en la Tierra llegó a su fin. Crecí en la Rusia comunista y de niño no supe nada del Señor Jesucristo. Mi vida cambió gracias a un panfleto que encontré en la calle un día cuando tenía 19 años. El panfleto hablaba de Jesucristo en términos que podía entender un niño pequeño. Tenía escrita una sencilla oración que oré casi para desafiarme a mí mismo.

Pero a partir de ese momento, mi vida cambió. Me puse la misión permanente de encontrar a las personas que habían escrito esas palabras. Encontrar esa respuesta me llevó muchos años, pero durante ese tiempo aprendí del poder de aquel que es Fiel.

Me aferré a ese papel por mi propia vida y mi cordura. No tenía a

nadie que me mostrara el camino más que esas palabras escritas. Esto sirve para demostrar que el poder de Dios está cercano a cualquier persona que clame al Señor. No es necesario ser un santo; no hay que conocer las Sagradas Escrituras a fondo, pues efectivamente yo no sabía nada más que un versículo sencillo que estaba en el panfleto: era Juan 3:16. Es más, no conocía ninguna otra oración más que la de aceptar a Jesús en mi vida. Era un niño, un recién nacido en Cristo, pero el Señor no me dejó huérfano y vino a mí. Durante diez años me encontré sin pastor que me guiara, excepto mi Jesús. Y así es como me guardó. Conociendo la fuerza y la brutalidad del poder comunista en nuestra tierra, al principio fui muy cuidadoso con la «información subversiva» que había encontrado. Pero debido a la calidez, las fuerzas y la libertad exterior que experimenté gracias a leer aquellas palabras sencillas ese día, supe que no podía guardármelas para mí mismo.

Empecé a hablar a otros de ello. Empecé a compartir esas valiosísimas palabras con otros estudiantes de mi clase. Eso no fue lo más sabio, pero era joven e idealista. Nunca dejaba mi papelito a otras personas, sino que leía las palabras con ellas, o las copiaba para compartirlas con otros. Naturalmente, fui perseguido. Al cabo de semanas de desarrollar esa actividad fui entregado al director de la escuela para que me interrogara.

Era ingenuo y con valentía declaré mi creencia en la posibilidad de que existiera una religión mejor, un gobierno mejor y forma mejor de gobernar. Eso no era algo insignificante que difundir y me dieron una buena reprimenda, me expulsaron de la escuela y me advirtieron que nunca más hablara de esas cosas. Como era joven, el ejército pensó que me podía cambiar, por lo que me llevaron para que me uniera al Ejército Rojo.

Serví en el ejército durante cuatro años y después de un incidente en el que resulté herido, milagrosamente fui enviado de vuelta a casa para que me recuperara de mis heridas, y después de eso, conseguí un empleo y comencé a vivir mi propia vida. Pasé cinco años de soledad, pero resuelto a continuar difundiendo la libertad y la luz que había hallado a todas las personas que podía. Sabía que no podía darme por vencido hasta que encontrara a las personas de las palabras impresas.

Entonces, cuando estaba llegando al límite, cerca de mis 30 años, cuando no me quedaban esperanzas en absoluto, los encontré. Allí estaban como dos luces en medio de la oscuridad que resaltan

marcadamente en medio del mundo de sombras grises que las rodea. Me acerqué a ellos de forma disimulada y me puse a conversar de cualquier cosa. Una vez que me percaté de cuál era la situación, saqué discretamente el papelito, alzando las cejas como preguntando lo que no se podía preguntar.

Una leve sonrisa se formó en el rostro del hombre. Todo lo que dijo fue: Sí, sí, y después se alejaron no sin antes darme disimuladamente otro papelito en la mano. El papelito tenía direcciones de un lugar de reunión que no quedaba lejos de allí. No puedo describir el sentimiento que me inundó. Había estado ciego durante 30 años, pero ahora había recobrado milagrosamente la vista. Era como el hombre que había estado buscando un tesoro de valor incalculable y lo había encontrado en el momento de mayor desesperación. Sentí como si ese fuera el primer día de mi vida.

Esa noche me encontré con ellos y a partir de ese momento, mi fe creció... igual que la persecución. Desde entonces viajé con ellos. Ante nuestros ojos ocurría un milagro tras otro, no sólo de vidas transformadas y necesidades provistas, sino también de ojos que no veían, de la intervención divina en momentos de gran peligro, y mucho más. Esta es la historia que voy a relatarles ahora.

Nunca me casé en esta Tierra, pero adopté un hijo. Un pequeño huérfano de apenas tres años abandonado en las frías calles de Rusia. Lo alcé en brazos y desde ese momento, cuidé de él. Experimenté la traición de parte de las personas a las que quería. Sentí desesperación cuando las crueles autoridades me quitaron al pequeñito. Sufrí tortura, prisión y estuve a punto de morir. Pero fui librado cada vez, pues el Señor abre camino en el desierto y ríos en la soledad. No deja a sus hijos huérfanos, sino que viene a nosotros. Lo que sigue es un resumen de mi historia. Ahora les explicaré los milagros.

Primera prueba de Su poder

Mi primer año en el ejército fue horrible. La vida era rigurosa, las condiciones, extremas y las órdenes, brutales. Sin embargo, tenía en mí un destello de esperanza. Antes de acostarme cada noche leía las palabras del papelito, rezaba una oración y me dormía. No me alcanzan las palabras para explicar cómo me salvaron la vida esas palabras. Sólo tres párrafos breves, pero cada oración era un salvavidas. Al cabo de un tiempo, un soldado notó mi extraño ritual y decidió descubrir qué tramaba. En aquella época, todo era

sospechoso.

Mientras dormía, me robó el papelito del bolsillo de la camisa. Después de leer las palabras y dándose cuenta de la clase de publicación que era (además de esperar que se lo ascendiera o se le diera más reconocimiento), enseguida entregó el papel a los oficiales al mando.

De inmediato, me despertaron a sacudones, me sacaron al frío glacial con apenas la ropa interior puesta y me dijeron que esperara en la nieve hasta que me pudiera ver el oficial para interrogarme. No tenía idea por qué ocurría aquello pero traté de encontrar el papelito para que me infundiera fuerzas. Entonces, noté que no estaba y supe a qué se debía dicho tratamiento. Vi que el soldado que me había entregado seguía hablando con el oficial y me imaginé quién debía de ser el causante de aquello.

Esa noche, mientras me hallaba de pie en la nieve de pronto empecé a temer por mi vida. Hasta ese momento no había sentido temor, pero de repente caí en cuenta de lo que esa pequeña publicación podía significar para mi vida. Era un acto de traición hacia mi país. Era un traidor desleal y seguramente recibiría la «recompensa» que se daba a dichas personas.

Empecé a temblar, no solamente por el frío, sino pensando lo que me harían. En mi mente, viví todo acto horrible de tortura y castigo, y sentí ganas de correr adentro de la habitación del oficial rogando que me perdonara y renegando del papelito y lo que éste enseñaba. Estoy contento de haber pasado esas horas en el frío pues si hubiera sido llevado enseguida a las autoridades, creo que mi fe habría flaqueado y me habría rendido. Apenas era un niño en el Señor.

¡Recuerda el papelito! Escuché esas palabras con tanta claridad como había escuchado las órdenes durante mi adiestramiento militar. *¡Estoy metido en líos por ese papelito! Quizás sería mejor olvidarme de él y no volver a pensar en eso otra vez,* razoné en mi mente. Y

nuevamente, como una orden enérgica del sargento de instrucción, escuché: *¡Recuerda el papelito!* Someterse a las órdenes y obedecer sin pensar es una característica que el ejército trató de inculcarnos.

Así pues, obedecí.

¿Anhelas paz, libertad y amor? Cité la primera línea en mi mente. Y después empecé a citar los párrafos en voz alta, uno tras otro, y después una y otra vez: *Jesucristo dio Su vida para que tus pecados fueran perdonados... Murió para liberarte, porque te ama... Si deseas verdadera libertad, invítalo a tu vida hoy mismo... Es más de lo que*

puedas necesitar jamás...

Con cada frase, mi fe se renovaba. Inmediatamente, mis temores se disiparon. Ni siquiera sentía el frío. Cité el versículo que dice: «Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado...» Sí, mi Dios me amaba y en Su gran amor, me dio las fuerzas, la fe y la resistencia. Ese fue el primer milagro que experimenté en mi vida, además del milagro de recibir a Jesús en mi corazón.

Quizás para ustedes que no sintiera el frío y que mi fe fuera renovada era algo normal e insignificante, pero que un recién nacido en el Señor -alguien que solamente conocía un versículo y tenía toda una vida de ideales comunistas sintiera que ese versículo envolvía físicamente su mente, su cuerpo y su corazón- era toda la prueba que precisaba para saber que Jesús era real y que sí se preocupaba por mí.

Después de pasar tres horas en el frío, por fin me hicieron entrar en las oficinas del oficial. Allí estuve sin temblar de frío ni una pizca de temor. Asentí ante el oficial y esperé. Ordenó que me enviaran a la prisión militar y dijo que se encargaría de mí por la mañana. Fui sacado de allí encadenado.

La prisión era fría y húmeda. Naturalmente, el techo estaba agrietado y la nieve se colaba dentro, convirtiéndose en nieve fangosa. Tenía puestas las botas pero sin medias y la poca ropa que llevaba puesta no era suficiente para las temperaturas bajo cero de esa noche. Pero ¿qué decía aquella frase? *«El Señor es más de lo que necesitarás jamás...»* Tal vez *Él puede darme abrigo durante toda la noche*, pensé.

Esa noche recé mi primera oración original, una que no era la del papelito. Era sencilla pues no sabía cómo orar, pero era mi comunión con mi Dios del Cielo. Dios mío, esta noche tengo frío. Si puedes ser más de lo que necesitaré jamás, te ruego que me abrigues. Además, estoy preocupado. ¿Qué será de mí cuando termine la noche? Si te preocupaste tanto como para enviar a Tu Hijo a la Tierra, te ruego que te preocupes por mí y me salves de lo que temo que me sucederá.

Tartamudeé toda la oración, pero después sentí una sensación de alivio y calidez. Supe que todo iba a salir bien.

Entonces algo me rozó las manos. Rápidamente abrí los ojos y vi el panfletito que flotaba y caía en el piso. Miré hacia los barrotes de la celda que gentilmente dejaban entrar la brisa nocturna. Vi una sombra que se movía y escuché unos pasos que se alejaban rápidamente. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Mi Dios se preocupaba lo suficiente por mí como para devolverme la pequeña evidencia que me daba fuerzas.

Hasta el día que morí en la Tierra no supe quién me devolvió el papelito por la ventana, si fue el oficial -pues él era quien lo había recibido- o si me lo había dado un ángel. Pero eso no importaba. Sabía que Jesús se preocupaba por mí. Sentí el sol en las mejillas y me di cuenta de que había llegado la mañana. Qué rápido había pasado la noche. Parecía que desde que me fue devuelto el papelito hasta que llegó la mañana apenas habían pasado dos minutos. De repente, escuché afuera ruidos fuertes de tanques que asumían su posición, soldados que corrían, se gritaban órdenes, y de inmediato se abrieron las puertas de la prisión y se me ordenó que fuera a mi tienda a vestirme y prepararme para partir, ya que teníamos que trasladarnos a otro sitio de forma urgente. Todo el campamento bullía de actividad y cambios. Por lo visto, la experiencia tremenda de la noche anterior había quedado olvidada pues allí estaba de pie frente al oficial junto con los demás soldados recibiendo las órdenes del día. Nos subimos a camiones grandes y viajamos horas hasta nuestro nuevo puesto. Seguía esperando ver si decían alguna otra cosa con relación a mi papelito, pero desde esa noche, no se mencionó nada más. El oficial nunca más lo mencionó en todos los años que presté servicio a sus órdenes, y nunca me castigaron por eso. El único que actuaba diferente era el soldado que me había entregado. Pasó meses sin hablarme. A veces nos adiestrábamos juntos y rara vez me miraba a los ojos. Un día, aquello terminó cuando fue herido en una pierna y tuvo que pasar una semana en el hospital del ejército. Yo también había ido al hospital para que me dieran unos puntos en una pequeña herida y lo encontré echado en una cama al lado de donde yo estaba sentado esperando que me curaran. Por un momento, todo estuvo callado. Pero después, empezó a hablar muy bajito para que nadie escuchara. Me preguntó qué estaba escrito en el papel y por qué lo llevaba conmigo todos esos meses. Le expliqué en voz baja que eso me daba fuerzas cuando me sentía débil; me daba valor cuando sentía temor. Después me preguntó si podía volver a leerlo, pues desde la noche en que lo había encontrado y lo había leído, las palabras del papelito lo obsesionaban. Las palabras se repetían en su mente todas las noches. Había soñado con cierta frase que decía: «El que cree en Él no morirá...» Eso era todo lo que recordaba del versículo. Durante la instrucción, en su mente se repetían una y otra vez partes de cada párrafo. No dejaba de pensar en ello; los pensamientos y las palabras estaban siempre allí. No le daba miedo, pero lo hacía sentir incómodo, pues no había nada que

podiera acallar esa voz amable.

Así pues, le leí las palabras lenta y cuidadosamente. Después, cuando llegamos a la oración, me agarró la mano y con toda la emoción que podía demostrar su masculinidad, me pidió que orara por él, ya que pensaba que era muy malo como para orar por sí mismo. Le dije que simplemente la leyera conmigo, y juntos leímos y oramos la oración. Por un momento, pareció estupefacto. Se quedó mirándome, miró el papel y después comentó: ¡Ya no lo escucho! Ahora que había encontrado por fin el secreto de las palabras, los constantes indicios y sugerencias que escuchaba constantemente se desvanecieron. Me rogó que le diera una copia de las palabras y se las copié.

Tener una persona que compartía las mismas creencias era magnífico. Nos juntábamos para conversar de las oraciones que habíamos hecho durante el día y de que las frases nos daban consuelo. Éramos muy simples e infantiles, y muchas veces era frustrante no saber más, saber que había más pero no saber dónde hallarlo. Pero gracias a nuestras oraciones, el Señor amorosamente nos fue guiando. Fortaleció nuestra fe día a día y crecimos en el amor del Señor.

Un creyente me traiciona

Durante el año que siguió, compartimos esas palabras magníficas con otros soldados que parecían deseosos de recibir algo más. Al cabo de nueve meses, teníamos un pequeño grupo de creyentes que se reunía y oraba con nosotros. No éramos más que diez, pero esos diez nos infundíamos mucha fortaleza y consuelo, y era muy distinto a estar solo. Era difícil reunirse con un grupo tan grande, pero nos las arreglábamos para estar en contacto unos con otros, ya fuera reuniéndonos a la hora más oscura de la noche, o pasándonos secretamente notas y papeles de aliento u oraciones o alabanzas a Dios.

Un soldado conocía otro versículo que su abuela le había enseñado, que fue el único que descubrí hasta que conocí a los cristianos. El versículo era: «Tú guardarás en completa paz a aquel que en ti ha confiado». Cuando él compartió ese versículo por primera vez, fue como echar agua fría y refrescante en una garganta reseca y deshidratada. Me lo aprendí de memoria de inmediato y sentí que me llenaba de nuevas fuerzas. ¡Qué bellas y magníficas esas promesas doradas de Jesús!

Cuando estaba por finalizar mi cuarto año en el ejército, sucedió algo. No somos más que carne frágil, no tenemos las fuerzas para ser

vencedores, para mantenernos firmes, inmutables y ser fieles... eso sólo se logra en Jesús. Experimenté la infidelidad de un amigo, la traición de un creyente. ¡Pero eso sólo sirvió para mostrarme el poder de aquel que es Fiel! Y al final, todo obró para bien.

Se sospechaba que en el ejército había cristianos. Algunos de los soldados nos habían delatado y los oficiales continuaban escuchando rumores de una conducta subversiva continuada. Decididos a acabar con aquello, notificaron a todo el campamento que quienes entregaran a los cristianos serían ascendidos en el ejército, y además se les daría un aumento importante para que pudieran sustentar a sus familias en casa. Sí que era lindo pensar eso.

Cada uno de nosotros, los que éramos cristianos, los diez hermanos, tuvimos que tomar la decisión de si nos manteníamos firmes por el Señor y unos por otros, o si cedíamos ante esa oferta. Fue una época de prueba para todos. Durante los días que siguieron, uno podía percibir la terrible batalla que cada uno libraba en su mente. Las dificultades que pasaban nuestras familias en casa eran muy reales, mientras que obtener reconocimiento y más beneficios económicos era algo que todo soldado soñaba. Era un honor, una oportunidad en la vida.

Sin embargo, rendirse significaría perder las fuerzas de nuestra hermandad, sería hacer daño a las personas a quienes queríamos. Sería darle la espalda a Jesucristo que había venido a la Tierra a morir para que nosotros pudiéramos ser salvos. Oh, qué agonía, tomar una decisión, ¡qué dificultad era en el espíritu!

Y entonces, sucedió. El pobre Igor, el soldado que me había entregado la primera vez, se rindió ante los deseos de la carne. Su carne era débil, su mente era débil y en su interior, los deseos de reconocimiento y fortuna tenían mucha fuerza.

En un momento de debilidad, me entregó, y luego cuando se lo sometió a un terrible interrogatorio para saber si había más de nosotros y se le ofreció un ascenso todavía más importante, dio los nombres de cada uno. De inmediato, fuimos apresados, encadenados, y nos llevaron caminando por la nieve hasta la prisión militar.

Al notar que Igor era el único que no estaba junto a nosotros, bajamos la cabeza apesadumbrados por nuestro amigo. Sentimos compasión por su espíritu. El ejército quería ponernos como ejemplo ante los demás soldados de que cualquiera que fuera acusado de traidor no recibiría piedad, sino una sentencia de muerte inmediata.

Mientras esperábamos juntos en la prisión, empezamos a citar las

palabras del panfleto. Otro soldado llegó para informarnos del castigo. Nos iban a golpear, nos quitarían la ropa, nos colgarían de las manos, y después nos fusilarían frente a todo el ejército. La golpiza sería intolerable, nos humillarían quitándonos la ropa, colgarnos nos haría mucho daño, y al final la muerte sería rápida. Escuchar el procedimiento descrito con todo detalle hizo que la fe de los hombres vacilara.

¿Qué he hecho? ¡Esto no es lo que buscaba en la vida! Podría morir por mi país, pero no como traidor. La desesperación era evidente. Entonces, el Espíritu de Dios se posó sobre mí. «Si Jesús nos amó tanto como para perdonarnos nuestros pecados, ¿no podemos acaso amarlo lo suficiente como para morir por Él?» Entonces, se me ocurrió una cosa. «Cuando Dios envió a Su Hijo a la Tierra y éste murió, seguramente Dios se lo volvió a llevar consigo. Y si Jesús nos envió a la Tierra, quizás nosotros seamos llevados a ese mismo sitio en el que Él vive ahora.»

Ese pensamiento infundió valor a los hombres, y a mí también. No se me había ocurrido antes. «Tú guardarás en completa paz...» Empecé a citar el versículo y pronto todos los hombres lo citaban junto conmigo. Entonces, hice una oración sencilla: «Padre mío, sentimos un poco de temor por lo que nos espera. Pero sabemos que Tú eres todo lo que necesitaremos jamás. Te pedimos este día que nos libres pero si no nos libras, entonces, sé nuestra paz.»

Pronto se elevaron otras oraciones pues cada uno de los soldados abrió su corazón ante Dios. Oh, Jesús realmente está en medio de nosotros cuando invocamos Su Nombre. Y estuvo allí para nosotros. Al día siguiente, sí recibimos nuestros azotes y palizas. Fuimos llevados delante de todo el campamento militar cada uno fue golpeado hasta que el aliento de vida fue tan débil como el calor del invierno. ¡Pero a pesar de todo, nuestro Señor nos guardó en completa paz! Cuando me llevaron para golpearme, sentí gran compasión por los demás soldados que no conocían a mi Dios de amor, sólo el gobierno autoritario del hombre.

Mi mirada se cruzó con la de Igor y pude ver vergüenza y culpabilidad en sus ojos. El primer golpe me hizo arrodillarme. Después, aunque sentía el dolor inicial de cada golpe, fue más como si estuviera mirando el incidente sin participar en él. El dolor no persistía, la sensación no era insoportable, sólo una insensibilidad pacífica interrumpida solamente por un dolor transitorio de vez en cuando. ¡Oh, qué perfecta paz da Jesús!

Después de que terminó aquello, nos quitaron la ropa a los nueve soldados y nos hicieron caminar por la nieve hasta el sitio en que nos colgarían. Mientras avanzábamos pesadamente, escuché que uno de los soldados susurraba el versículo de la completa paz y enseguida, yo también me uní a él.

No saben cuánto animaron nuestra fe esos versículos. Después, nos colgaron cruelmente de un poste metálico que había sido colocado con este fin. Todo el tiempo, el oficial al mando gritaba a la multitud que ese era el castigo de los traidores, prorrumpiendo en amenazas e infundiendo temor a todos. Sin embargo, nosotros teníamos una completa paz.

Estábamos colgados en el frío y esperábamos el momento en que seríamos liberados de esta vida. Nos dejaron allí mucho tiempo a propósito para que se prolongara la agonía. Mientras yacía allí colgado, empecé a sentir el dolor de la golpiza, la humillación del castigo público, el dolor de estar colgado y estirado tanto tiempo en el frío. Empecé a preguntarme si era el final de mi vida.

¿Es esto todo, Jesús mío? ¿Es todo lo que tenías para mí? ¿A este lugar debía traerme ese papel? El desaliento me nublaba los pensamientos pues toda la misión de mi vida quedaba inconclusa... la de encontrar a las personas que escribieron esas palabras. Esa había sido la fuerza que me impulsaba: que algún día encontraría el sentido completo de aquellas palabras, las comprendería mejor y sería iluminado. Y sin embargo, éste iba a ser el fin después de cuatro años en el ejército y el único resultado que había logrado eran diez, ahora nueve, creyentes.

Por más que intenté ser valiente, me corrió una lágrima por el rostro y no podía ocultarla ni secármela. «Jesús...», susurré. «Confío en Ti.» Una hora o más debe de haber pasado cuando por fin escuchamos que amartillaban las pistolas. Todos alzamos la vista ante lo inevitable que se avecinaba. Nos miramos unos a otros, sonreímos, alabamos, algunos lloraron. Escuchamos las órdenes en ruso: «¡Listos!»

Esperamos. «¡Apunten!» Entre una orden y otra parecía que pasaba una hora. «¡Fuego!» Las pistolas estallaron, las balas se dispararon, sentimos el impacto en el cuerpo y después la oscuridad.

Abrí los ojos y todo era oscuro. *¿Esto es la muerte? No esperaba que fuese tan oscuro, tan frío.* Me sentí un poco desanimado por la incomodidad que sentía estando muerto, cuando había esperado ser totalmente liberado. Intenté frotarme los ojos pero tenía las manos atadas. Entonces, me di cuenta de que estaba todavía vivo... y seguía

colgado.

A la distancia, solo se veía un destello de luz que provenía del campamento militar. Había caído la noche y todo estaba completamente quieto. Miré hacia la derecha, a mis compañeros, cada uno colgaba silenciosamente en medio de la oscuridad. «¿Víctor?», susurré. Ninguna respuesta. «¿Vanya?» Esta vez susurré un poco más alto. Igual sin respuesta. *¿Me dieron las balas?*, me pregunté mientras colgaba sin poder hacer nada.

Pues bien, si la bala no me mató, esta noche seguramente moriré. No puedo sobrevivir este frío. Cerré los ojos y traté de dormirme, para ayudarme a morir más rápidamente. Me preguntaba qué ocurriría si los soldados me encontraban vivo al día siguiente. Podía imaginarme la siguiente sesión de tormento terrible que me esperaba.

¡Dimitry! Me desperté sobresaltado. «¿Qué pasa?» Dije en voz alta, esperando que uno de mis amigos estuviese despierto. *¡Dimitry!* Miré a mis amigos, pero todos colgaban sin vida. *Debe de ser el llamado de la muerte*, susurré mientras volvía a cerrar los ojos. *Dimitry, hijo Mío, ¡despierta!* Abrí los ojos otra vez mirando a mi alrededor con desconfianza. *Si estás vivo, ¿por qué pierdes la esperanza? Mientras hay vida, hay esperanzas. Todavía te quedan esperanzas, Dimitry. Todavía estás vivo.* De repente, me di cuenta de quién me llamaba, era Jesús, mi Salvador.

«Pero, Señor», dije susurrando, «no hay mucha esperanza en hallarse atado. No me puedo liberar. Estoy desnudo y no tengo ropa, por lo que aunque pudiera desatarme, no llegaría muy lejos. ¿Cómo puedo tener esperanzas en este retazo de vida que me queda?»

Recuerda que soy más de lo que necesitarás jamás...

Sentí nuevamente una chispa de esperanza en mi vida. «Sí, sí, más de lo que necesitaré. Jesús, Dios mío, debo liberarme de este nudo que me sujeta los brazos por encima de la cabeza. Una vez que me libere, tengo que vestirme. Tengo que saber adónde ir y qué hacer una vez que tenga lo que necesito, pues no puedo regresar al ejército... sin duda alguna, me matarán. Esas son las cosas que necesito. Si Tú eres más que eso, muéstramelo.»

No sean incrédulos con respecto a lo que les contaré, pues es tan cierto como que ustedes nacieron en este mundo. Se acercó una ardilla de nieve. Escuché unas patitas que corrían presurosas por encima de mi cabeza y vi una figurita peluda que corría por el poste metálico. Se detuvo en cada cuerda, mordisqueó un poco y pasó a la siguiente. Cuando llegó a mis cuerdas, mordisqueó hasta que cada

cuerda se partió por la mitad. Al romperse la última cuerda, mi cuerpo cayó pesadamente al suelo. Entonces, la ardilla saltó del poste y salió corriendo.

«¡Oh, Dios mío! Dios mío, maravilloso, magnífico Jesús, ¡Tú salvas y libras!» No podía dejar de alabar a mi Señor.

Me puse de pie y me quité la nieve del cuerpo, y entonces lo sentí. El extremo frío de una bala metida firmemente en mi pecho. Me habían herido en pleno pecho y sin embargo estaba vivo. Empecé a llorar a mares. Una vez más el poder del Dios Todopoderoso se me había hecho evidente a mí, un hijo tan insignificante entre todos Sus hijos. «Todo aquel que en Él cree no se pierda.» ¡Oh, qué promesa tan apropiada!

Como ése es el principal milagro de liberación del que quería hablar en esta parte de mi relato, contaré el resto con pocos detalles.

Encontré una chaqueta de uno de los oficiales sobre una piedra cubierta de nieve. Por lo visto, el oficial la había dejado allí durante el día. Me envolví en su abrigo y oré a Dios pidiendo zapatos y pantalones por lo menos para poder tener una vestimenta completa. El Señor me guió a caminar un poco en dirección contraria al campamento y encontré una tienda de campaña abandonada. Adentro había botas, pantalones, un gorro, guantes, bufanda y otra chaqueta puestos muy ordenadamente sobre una alfombrilla. Me los puse enseguida y no me atreví a detenerme no sea que llegara la mañana y me descubrieran.

Mi Señor me guió por la nieve toda esa noche. Me habló claramente indicándome que fuera hacia la izquierda, luego hacia la derecha, y al seguir Sus instrucciones, sentí paz en cuanto al camino que seguía. Entonces, vi un campamento de otro grupo de soldados rusos a la distancia. Desde luego, todavía no habrían llegado hasta allí las noticias de mi deslealtad. El Señor me lo confirmó y me indicó que fuera caminando hasta allí.

Aquí hay otro milagro: en cuanto entré en el campamento, de inmediato sentí dolor en el pecho, en el lugar donde se hallaba alojada la bala. Sentí el calor de la sangre que empezaba a salir de la herida. Caí al suelo, agarrándome el pecho y unos soldados me vieron y corrieron hacia mí. Como tenía la chaqueta de un oficial, de inmediato me llevaron a la mejor cama del hospital y me dieron atención inmediata.

Los doctores dijeron que las heridas eran muy graves como para ser atendidas y que debía regresar a casa para poder recuperarme, pues

la vida militar me mataría. Como la mayoría pensaba que era un oficial por mi vestimenta, se me dieron los mejores cuidados y atención que uno puede pedir. Al día siguiente, fui transportado en camión a mi ciudad natal y me dejaron respetuosamente en la casa de mi madre. Eso fue el final de mi vida militar y esos fueron dos de los Milagros más importantes que obró el Señor para mí durante mis cuatro años allí. Naturalmente, hubo más milagros, pero esos dos fueron los que me salvaron drásticamente la vida. En cuanto llegué a casa, la herida empezó a sanarse y me recuperé en unos meses.

Mi búsqueda termina

Les dije que pasaron otros cinco años antes de que encontrara a los cristianos. Fueron años difíciles. Batallaba solo, pero continué haciendo lo mejor que podía por compartir esas palabras con otras personas. En los cinco años que estuve por mi cuenta, volví a formar un pequeño grupo de creyentes. Éramos unos pocos más que cuando estaba en el ejército, esta vez cerca de 20. No todos eran de donde yo vivía; algunos que conocí habían venido desde el otro extremo del país, y se habían cruzado conmigo por obra del Señor. No nos reuníamos muy seguido, pero cuando lo hacíamos, compartíamos los testimonios de los milagros que obraba nuestro Señor.

Entonces, cuando mi esperanza empezaba a flaquear y los afanes de esta vida empezaron a dominarme, mi Señor envió la luz para que me guiara. Cuando encontré a los cristianos ese día y luego me reuní con ellos esa noche en el sótano frío de su apartamento, pasamos horas y horas hablando de la Palabra de Dios. Expliqué lo que había pasado y cómo había salvado la vida milagrosamente, y se maravillaron ante el poder de Dios. Entonces, sacaron una pequeña Biblia, traducida al ruso, y me mostraron que esos dos versículos que yo sabía eran parte de ella.

Sentía tanta avidez que me quedé despierto hasta el amanecer leyendo un capítulo tras otro. Después de esa noche, decidí que me quedaría con ellos y haría lo que ellos estuviesen haciendo, pues ahora había encontrado la respuesta que había estado buscando. Se pusieron muy contentos por esa ayuda, ya que ellos también se habían estado sintiendo solos durante tantos años en la misión de cambiar vidas y corazones. Eran una pareja cristiana muy simpática, un poco mayores que yo y habían venido de otro país para llevar la luz de Dios a esta tierra oscura y fría de Rusia.

Así pues, empecé a reunirme con ellos regularmente y pronto les

presenté a mi pequeño grupo de seguidores. Empezamos a realizar reuniones clandestinas en las que cantábamos, leíamos de la Biblia, compartíamos testimonios y orábamos. ¡Qué fortaleza brinda una fraternidad tan cercana!

Pasha

Ahora les contaré de mi pequeñito, pues yo también conozco el dolor de perder a un ser querido.

Cuando encontré a Pasha, yo tenía 35 años. No sé cómo se llamaba, pero le puse ese nombre porque lo hice mío. Era muy pequeño, un niño delgado y frágil, un chiquitín que había sido abandonado o bien ese día, o el día anterior. Tenía cabello rubio con rizos, grandes ojos azules, y una piel tersa de bebé.

Había estado caminando por la calle, llorando sin parar, evidentemente con hambre, frío y miedo. Aunque había gente que caminaba hacia un lado y otro de las calles, por lo visto no se preocupaban, o si se preocupaban, no querían asumir la responsabilidad de cuidar a un pequeñito así.

Sentí inmensa compasión al ver sus piecitos desnudos sobre el pavimento frío. Tenía el rostro sucio, las ropas no eran más que harapos, pero qué hermoso niño. Supe que no podía acercarme así como así, pues eso despertaría sospechas; tenía que planearlo con cuidado. Esperé hasta la noche, no faltaba poco para eso, una hora más o menos. Cuando el sol empezó a ocultarse y empezaron a soplar los vientos gélidos, lo observé mientras su llanto se convertía en un sollozo cansado que se desvaneció cuando se durmió recostado contra la pared.

Lentamente, me dirigí a él y le toqué las mejillas. ¡Oh, qué frías estaban! Temblaba y abrió los ojos. Estaba dormido a medias, pero cuando me vio extendió los bracitos hacia mí. Papá, dijo y se aferró a mi cuello mientras se volvía a dormir. Sentí muchísima pena por él y me esforcé mucho por no llorar, pero lo alcé en brazos y lo llevé a mi pequeña vivienda. No estaba muy seguro de cómo haría para vivir y cuidarlo, ya que seguramente otras personas sospecharían de eso, pues todo despertaba sospechas.

Les contaré esto rápido pues sé que quieren escuchar el milagro. Esa noche el Señor había mostrado a la pareja cristiana, por medio de un sueño, que era hora de mudarse a otra ciudad, lejos de donde estábamos, y que los creyentes a los que habíamos instruido continuarían la obra desde donde la dejábamos. Al día siguiente, me

contaron esa noticia y yo les presenté a mi pequeño Pasha. Vimos la sabiduría del Señor en esas instrucciones. Mantuve a Pasha oculto de las miradas entrometidas durante toda esa semana, mientras hacíamos los preparativos para mudarnos y preparábamos a nuestros seguidores para la mudanza. Se lo tomaron muy bien y prometieron seguir adelante con la buena obra.

Una noche, nos mudamos y gracias a una serie de acontecimientos llegamos a la ciudad que el Señor tenía para nosotros. La pequeña ciudad de la cual habíamos salido sufrió persecución apenas un mes después de que habíamos partido. Los creyentes fueron buscados y juzgados. Algunos fueron llevados presos, otros fueron liberados mediante la muerte de la carne, y muchos otros fueron salvados por la intervención milagrosa del Señor. Y gracias a eso, aumentaron los seguidores.

En cuanto a nosotros, cuando llegamos a ese nuevo lugar, yo tenía una historia con respecto a Pasha que era que su madre había muerto y yo era viudo. La gente lo creía y todo iba bien. Continuamos viviendo y predicando a Jesús y obedeciendo Su Palabra. Una vez más edificamos una iglesia de creyentes. Era una tarea difícil y pasaron muchos meses antes de que consiguiéramos un converso, pero Jesús nos mostró que Pasha era nuestro converso por la eternidad y que aunque no surgiera ningún otro brote, siempre tendríamos aquella plantita para regar y cuidar, que valía todos los esfuerzos que invirtiéramos. Eso era animador.

Al cabo de un año, finalmente tuvimos dos creyentes y por lo menos había otra persona que se interesaba por creer. Esto tomó su tiempo. Era una labor ardua; las cosas no ocurrían fácilmente. Había pruebas. Batallábamos con el desaliento y la desesperanza. Nos preocupábamos por el futuro. Nos preguntábamos cómo conseguiríamos nuestras necesidades. Pero ¿acaso Jesús falló alguna vez? Ni siquiera una. ¡Ni siquiera cuando simplemente necesitábamos una barra de pan para la comida! Siempre proveyó. Pero esto es lo que experimenté con Pasha. Estaba envejeciendo, llegando a los cuarenta, pero me mantenía tan activo y vivaz por el Señor como siempre. Por esa época, Pasha tenía alrededor de 10 años, era un muchachito magnífico que amaba a Jesús y las Sagradas Escrituras. Lisa, la mujer cristiana, le enseñaba fielmente junto a sus hijos que ahora eran cuatro, mientras Stephan y yo trabajábamos para conseguir la comida.

Pues bien, todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús

padecerán persecución. Eso es muy cierto. Nuevamente sufrimos persecución por causa de la justicia. Era una época difícil y empezamos a despertar sospechas en los demás. Las autoridades nos visitaron con motivo de las historias que les contaban los aldeanos y tuvimos que encontrar formas de ser inclusive más discretos en cuanto a reunirnos con otras personas.

También fuimos interrogados porque nuestros niños estudiaban en la casa, en vez de ir a las escuelas públicas rusas. Todos los días teníamos que actuar con mucha oración y ser cuidadosos con lo que hacíamos. Todos los días debíamos encontrar un versículo y una promesa del Señor que nos guardara por la senda de Su voluntad.

Perseguido, pero no abandonado

Y después, al Señor le pareció apropiado quebrantarme y fortalecer mi conexión con Él. Yo también empecé a flaquear en la fe. El agotamiento de enfrentar tantos problemas, tantas dificultades, empezó a carcomer mi fe pues dejé de depender tanto del Señor para todo.

Cuando Él era lo único que tenía como apoyo, cuando no tenía otra cosa en que aferrarme que aquel panfletito durante diez años, ¡cuánto se fortaleció mi fe, cuánto se profundizó mi amor por Jesús! Pero empecé a perder ese apremio, esa dependencia completa de Jesús para todo.

Como tenía tanta abundancia, tanta Palabra, como contaba con el apoyo de otras personas, cada vez memorizaba menos. Empecé a apoyarme más en el brazo de la carne que en la fuerza de las Palabras del Señor. Mi obra se volvió más importante para mí y empecé a perder la conexión con mi apreciado Salvador.

El Señor no me estaba castigando, solamente me estaba fortaleciendo en Él. Su plan era perfecto y gracias a él, se ganaron muchas, muchísimas almas y un alma valiosísima halló perdón y alivio, lo cual bien valió la pena al final.

A la larga, se descubrió que Pasha no era mi hijo. Eso inspiró tanta desconfianza en nosotros que Lisa y Stephan pensaron que por la seguridad de todos era mejor que yo no fuera visto con ellos en público, sino que nuestra relación se mantuviera en el mismo nivel que los demás.

Lo intentamos durante una semana, pero una mañana recibí una llamada fuerte a la puerta. Todo se me volvió confuso. Las autoridades me pedían que les mostrara mis papeles relativos a Pasha. Si yo era

el padre, tendría que poder probarlo. Si no, si él era adoptado, también debía de tener los papeles para probarlo. Naturalmente, no tenía nada. Mis palabras para defenderme no fueron muy convincentes y antes de que me diera cuenta, las autoridades irrumpieron en la casa, sacaron a Pasha de la cama y se marcharon. Pasha lloraba y gritaba ¡Papá! Vi que le daban una cachetada mientras lo metían en el camión. Corrí tras ellos, suplicándoles que lo pensarán mejor, que me llevaran con ellos, que me dejaran explicar. Como respuesta, fui golpeado en la cabeza con la culata del revolver, y después se marcharon.

Quedé hecho trizas. Me habían quitado lo único en la vida que tenía un significado para mí. No tenía esposa, ni hijos, sólo tenía a Pasha. Y ahora por mis equivocaciones, ya no estaba. Me culpé a mí mismo de todo. Lloré y pensé que si fuera más astuto no se lo habrían llevado así. ¿Y adónde se lo estaban llevando?

No quiero que sientan desesperación con la parte que sigue. El Señor obra diferente en la vida de cada persona, y en mi vida escogió una senda diferente. Pero puedo garantizarles que en la mayoría de los casos no será igual en el caso de ustedes. El Señor da y el Señor quita, pero cuando permite que el Enemigo se lleve los hijos de uno durante un tiempo, sólo es un periodo breve, y nunca es más de lo que uno puede soportar.

El Señor siempre cuida de los Suyos. Siempre gana la victoria en ese sentido. Siempre trae a los hijos de vuelta a casa sin perjuicio. En la historia de la Familia, en todos los casos, los hijos fueron devueltos a sus padres con bastante rapidez, ¡y esa es Su voluntad en su vida! Pero en mi caso, pasaron muchos años antes de que volviera a ver a Pasha... siete largos años. Pero durante esos años, el Señor me quebrantó y me volvió a formar. Después de aquello, fui llevado preso y en prisión, volví a aprender la fortaleza de la debilidad y experimenté el poder del Señor en medio de la dificultad. ¡Oh, cuántos versículos me volvieron a la memoria! Entonces, cuando me sentía angustiado y no tenía nada en qué apoyarme, hallé una fe renovada.

Allí, hundido en las profundidades, ¡encontré los mayores éxtasis! Allí, en ese lugar de tanta oscuridad, encontré las almas más sedientas de todas. Sí, testifiqué más que nunca en mi vida. Como ya me encontraba a las puertas del Infierno, por lo menos podía aprovechar para reunir el mayor grupo de almas redimidas que pudiera.

Milagrosamente, por lo visto las autoridades se habían olvidado de mí. Pasé meses sin enterarme de cuál era mi situación o los delitos que teóricamente había cometido, aunque Stephan y Lisa hallaron una

forma de comunicarse conmigo y enviarme provisiones mientras me hallaba en prisión. Pude escribirles de los muchos milagros que estaba experimentando, y eso fortaleció su fe pues compartieron dichos testimonios con su rebaño de creyentes, infundiéndoles fuerzas en su hora de prueba.

¡Claro que hubo quienes se burlaron de mí por mis creencias! Algunos presos me odiaban por hablar de Jesús, y fui golpeado y atormentado. Pero las transformaciones que experimentaron algunos hicieron que todo valiera la pena. Lisa pudo hacerme llegar una Biblia y eso aceleró todos los esfuerzos por ganar más discípulos. Los corazones estaban maduros y listos para la siega. Las almas estaban sedientas de la verdad. Siempre habrá quienes no creen, pero nuestro trabajo no es fijarnos en los incrédulos, sino hallar las perlas, pues éstas con respecto a los escarnecedores son como un millón a uno.

¿Coincidencia?

Pasha fue llevado a una escuela de varones que era más como una academia de instrucción militar para muchachos. Pero el Señor no lo abandonó. Resulta que un alma preciosa que también había sido asignada a esa escuela de formación militar como uno de los supervisores, era mi fiel amigo del ejército, Igor. El Señor no había perdido las esperanzas en él y aunque nos traicionó, como Pedro había traicionado a Jesús la noche de Su juicio, él iba a tener una segunda oportunidad.

Igor se encariñó con Pasha ya que era un niño inteligente y poseía una luz y una vivacidad que no tenían los demás niños. Después de hablar con Pasha por semanas, finalmente escuchó un nombre que le sonaba familiar: «Dimitry, mi padre». Igor le pidió que le describiera a su padre y la descripción coincidía totalmente con un amigo que había conocido hacía años. Preguntó a Pasha por qué había sido llevado allí y Pasha le explicó la historia. Así, Igor halló su oportunidad de redimirse y quizás obtener el perdón de su amigo a quien había perdido hacía mucho tiempo.

Desde que nos había traicionado, se había sentido dominado por la vergüenza y durante años -ya eran 20- había vivido lleno de culpabilidad por haber traicionado a las únicas personas que habían sido importantes en su vida.

Se acordaba cuando le habían ordenado que enterrara los cuerpos de sus nueve amigos ejecutados y que al llegar al lugar, había encontrado solamente ocho colgando. Dimitry no estaba. *¿Podría ser*

que se hubiera salvado gracias al Dios al que oraba? Íntimamente oraba que fuera verdad, mientras bajaba rápidamente los demás cuerpos antes de que alguien se diera cuenta de que faltaba un cadáver.

Los siguientes siete años, Igor se encargó de cuidar a Pasha tan discretamente como podía. Halló a otros cristianos con el fin de seguir dando a Pasha la clase de crianza que sabía que yo, Dimitry, habría deseado para él. Todo ese tiempo, intentó afanosamente descubrir mi paradero. Pero como yo estaba olvidado en la prisión, su búsqueda era infructuosa.

Pasha se convirtió en un magnífico joven cristiano y con eso, Igor sintió que estaba pagando la deuda que tenía conmigo. Oh, no tenía que pagar una compensación por el error cometido hacía años, pero el Señor se valió de él para que participara en Su complejo plan. Por medio de aquello, el mismo Igor se acercó más a Cristo y descubrió las fuerzas que infunde fraternizar con otros cristianos.

Entonces, un día, Igor descubrió mi paradero. Yo había sido trasladado de una prisión a otra, con lo cual era casi imposible rastrearlo. Además, todos los días Igor arriesgaba su seguridad en su trabajo por su contacto frecuente con los cristianos. ¡Se estaba convirtiendo en un gran hombre de Dios! Sabía que se le acababa el tiempo pues percibía que sus colaboradores y supervisores sospechaban de él. Sabía que debía actuar con rapidez si deseaba pagar la deuda que tenía conmigo.

Otra confrontación con la muerte

Tarde una noche, él y Pasha escaparon de la escuela y corrieron kilómetros hasta que un hombre les ofreció llevarlos en su camión. Los dejó cerca de la prisión en la que habían escuchado que yo me encontraba. Se acercaron silenciosamente al edificio gris mientras Igor trataba de idearse un plan. Todavía era un ciudadano respetable; podía simplemente entrar caminando y exigir verme. Pero ¿cómo haría para sacarme? Para eso hacía falta rapidez mental.

Oh, Dios, me has traído hasta aquí; te ruego que me muestres cómo quieres hacerlo Tú.

Justo en ese momento, se abrieron los portones de la prisión y los presos, la mayoría éramos cristianos, salimos marchando encabezados por los guardias. Sí, esa iba a ser mi tercera confrontación con la muerte. Ya había pasado siete años en prisión, siete fructíferos años de testificación, ganar almas y experimentar un

milagro tras otro, día tras día.

Echaba de menos a Pasha, pero sabía que estaba en manos del Señor. ¿Acaso no había dicho el Señor «Siempre cuidaré de los Míos»? Después de todo, le pertenecía al Señor. Yo me sentía listo para irme a Casa a los brazos de mi Salvador. Había vivido una vida plena y sentía que mi misión en la Tierra había acabado.

Yo era el último en la fila de prisioneros y mientras caminaba en medio de la noche oscura y fría sentí que dos manos me agarraban de las piernas y me tiraban con fuerza al piso. ¡Qué dura fue esa caída para mí, un hombre mayor! Fui rápidamente arrastrado hacia un arbusto cercano y qué sorpresa me llevé al verme cara a cara con mi amigo de vieja data... sólo que era una versión más envejecida. «¿Igor?», susurré.

«Dimitry, soy yo. He venido a pagar la deuda que tengo contigo desde hace mucho. Te he traído de vuelta a tu hijo, Pasha, para pedir tu perdón con un corazón limpio.» Su susurro se entrecortaba con sollozos y lágrimas.

«Oh, Igor, te perdoné el momento en que tu fe flaqueó. Nunca tuviste una deuda que pagar. Pero me ha llegado la hora de partir, pues todavía tengo una cita con la muerte y esta vez estoy listo para encontrarme con mi Salvador.»

«No, Dimitry, te he devuelto a tu hijo. Ahora no puedes irte. Te necesita, Dios te necesita y este mundo te necesita. Vine para ayudarte a escapar, para llevarte lejos de este sitio.» Los ruegos vehementes de Igor me conmovieron. Pero sabía que era mi hora de partir.

«Verás, solo hemos salido 15 prisioneros para encontrar este final. Sin duda, se notará si falta uno. Tú encárgate de mi hijo ahora. Lo dejo en tus manos.»

En ese momento, escuché las voces ásperas de los soldados: «¡Tú, idiota!», decía uno. «Tiene que haber 15 presos ¡y sólo sacas 14! Ve a buscar al último, ahora, antes de que te haga tomar su lugar.»

«¡Te lo digo en serio! Cuando salimos de la prisión, había 15. ¡Uno debe de haber escapado!»

«Entonces, ve a buscarlo, tonto, o si no, ¡de verdad que te dispararé a ti!» Luego se escucharon los pasos de soldados que se dirigían hacia nosotros.

De pronto, algo cambió en el ambiente. Igor me besó las manos: «Que Dios te acompañe, amigo mío». Se puso de pie de un salto y salió andando torpemente de entre los arbustos para encontrarse frente a

frente con los guardias. De inmediato, alzaron las pistolas. «¿Qué?», dijo Igor entrecortadamente, como haría un preso enojado. «¿Acaso no puede uno echarse una meada?» Con impaciencia, se dirigió penosamente a formar fila con los presos. Los guardias se quedaron un poco sorprendidos y fastidiados, pero no se alarmaron mucho ante esa reacción extraña. El alarmado fui yo al darme cuenta de lo que acababa de hacer Igor. Me arrastré para poder espiar por entre los arbustos y entonces vi que todos los presos eran puestos en línea de espaldas a los soldados. Pude distinguir claramente la figura de Igor. «¡Listos!» Se me cruzó por la mente una imagen de hacía muchos años. «¡Apunten!... ¡Fuego!» Cuando las pistolas hicieron fuego y los cuerpos cayeron, vi la cosa más hermosa que he visto en la vida. Justo antes de que las balas dieran en los cuerpos, vi que se formaba un canal de luz por encima de cada hijo de Cristo. Vi que alzaban los brazos y sus cuerpos eran rápidamente elevados por ese tubo de luz, y después las balas los hirieron y sus cuerpos cayeron al piso. Dios sí que sabe librarnos de todas nuestras tribulaciones. Igor fue a recibir su recompensa celestial junto con los demás cristianos y qué día gozoso fue aquel en el Cielo cuando Jesús abrazó a cada mártir dándole la bienvenida a Casa por la eternidad. Aquí llega a su fin el relato de los milagros de protección que experimenté. Me reencontré con Pasha y reestablecimos contacto con Lisa y Stephan, y seguimos trabajando para el Señor. No fue el final de nuestras dificultades, sino el principio de muchas más victorias y milagros. Fallecí no hace mucho a los 78 años por causas naturales. Mi hijo Pasha y mis queridos amigos Lisa y Stephan también están aquí, habiendo peleado la buena batalla y completado la carrera que el Señor tenía para nosotros. El Señor los mantendrá fieles y los protegerá hasta que llegue el momento en que deban partir. Hasta entonces, Él continuará obrando Sus maravillas de liberación una y otra vez. En esta época de oscuridad, Él tiene que resplandecer. Él protegerá su llama. Evitará que la apaguen. Evitará que su vela vacile. Ustedes son Su luz ante el mundo, así pues, dejen que su luz brille para que los demás vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre, ¡nuestro Señor Jesucristo! Después de leer esto, quizás piensen que tuve que soportar demasiadas penurias durante mi vida en la tierra, pero desde mi perspectiva, yo diría que fue una vida bendecida. No les he contado de los muchos años de relativa paz y calma que disfruté entre las

persecuciones grandes que viví y no podría llegar a explicar la gracia que se me concedió cada vez que tuve que enfrentar pruebas serias; no me bastan las palabras. Todo lo que puedo decir es que bien valió la pena, y lo volvería a hacer, inclusive cada momento de prueba. En todo lo que pasé, por más joven e inexperto que era en la fe, Jesús nunca permitió que me sucediera más de lo que yo podía soportar, y me dio gracia, paz y alivio más que suficientes. Así como Él fue fiel conmigo que era un niño en la fe, ¿acaso no será también fiel con ustedes? Quien ha librado, libra y todavía librará.

30. ¡Encuentro de Juan y Judit con un Coche Bomba!

(Jesús:) Lo que han visto en películas como *X-Men*, *Superman*, *El hombre araña* y otros relatos increíblemente fantásticos, verán que se hace realidad delante de sus ojos en los días venideros. Ustedes son Mis héroes y heroínas, y no me detendré ante nada a fin de salvarlos y probar al mundo que son Mis hijos a quienes amo, cuido y protejo. Vienen los días en que el mundo espiritual se fundirá con el mundo físico en que ahora viven. En ese día, a los que han practicado remontarse, pensar Mis pensamientos, consultármelo todo e invocar el poder de las llaves, se les abrirán las puertas de las no imposibilidades. Una vez que crucen esas puertas de no imposibilidades, ustedes desafiarán las leyes de la naturaleza y las leyes del mundo físico en que viven.

Cuando llegue el momento, si me han obedecido y me han seguido fielmente, harán milagros y portentos que aparecerán en la primera plana de periódicos y revistas como algo nunca visto.

Se acostumbrarán a titulares como:

«¡CHICA SALE VOLANDO DE UN EDIFICIO Y NO MURIÓ! LAS AUTORIDADES INVESTIGAN»

«JOVEN ARRESTADO POR BLASFEMIA AL GOBIERNO MUNDIAL ES ÚNICO SOBREVIVIENTE DE CHOQUE EN UN AUTO DE LA POLICÍA»

«SE ACERCABA EL FIN DE REBELDES CRISTIANOS, ¡PERO LA CELDA SE ENCONTRÓ VACÍA!»

«¡CAYÓ UN RAYO A LEONES EN LA ARENA! CONDENADOS

DESAPARECIERON»

No todos sobrevivirán la era de gran tribulación que viene, pero los que sobrevivan, darán testimonio de Mí como el mundo jamás lo ha visto. Los que mueran por Mi nombre y a Mi servicio, lo sabrán antes de que les llegue su hora, pues Yo los consolaré y se lo comunicaré. Cuando llegue el momento final, tendrán una comunicación tan estrecha conmigo que estarán hablando más conmigo que unos con otros o con las personas con las que viven o con quienes trabajan. Será una época estupenda, fantástica.

A continuación doy un panorama posible de lo que les ocurrirá a ustedes, Mis hijos.

Situación: No ha terminado el plazo para recibir la Marca de la Bestia, y sin embargo, los que todavía no la han recibido son identificados debido a su vacilación y demora. Se espera que todos reciban la Marca antes de que pase la fecha límite. Juan y Judit van a ir de compras. Deben recorrer largas distancias porque hacer muchas compras cerca de donde viven sin tener la Marca de la Bestia hace que surjan sospechas y que los descubran. Se acepta que de vez en cuando haya un pequeño problema técnico o excepción, pero se presta atención a los infractores que lo hacen en repetidas ocasiones y los registros se envían a las autoridades y son investigados. Faltan dos días antes de que se cumpla el plazo y se oró acerca de un último viaje de compras y fue confirmado por Mí. Con fe en Mis promesas y los que se quedan en casa apoyando a los que salieron de compras con una vigilia de oración, Juan y Judit salen, pero se dan cuenta de que los sigue un automóvil poco común, distinto a los de esa zona.

Elevan una rápida oración y Yo les digo que está bien que sigan adelante, que pueden continuar e ir al centro comercial de una ciudad que queda a unas dos horas de distancia. Luego, el auto que los siguió desaparece, y ellos suspiran aliviados.

Luego de explicar a la cajera los motivos por los que todavía no han conseguido la Marca y dar a entender que planean hacerlo al día siguiente (la explicación que les dije que dieran), proceden a cargar el vehículo rápidamente a fin de volver a su casa antes del anochecer. Entran al auto y lo encienden. Escuchan un «tic, tic, tic» debajo del motor del vehículo. En ese momento se miran el uno al otro, la camioneta estalla en mil pedazos, pues ha explotado la bomba que pusieron los que los perseguían.

Juan y Judit se levantan del suelo y al ver lo que quedó de la

camioneta a la distancia se miran el uno al otro asombrados, ¡dándose cuenta de que acaba de ocurrir un milagro! Se quitan el polvo, maravillados de que están bien, ilesos del todo. Rápidamente toman un taxi hasta el lugar más cercano donde vive un amigo y donde se quedan dos días mientras piensan en qué hacer a continuación.

Al final, su amigo los ayuda con las compras y los lleva a ellos y sus provisiones de vuelta a casa. Juan y Judit logran fortalecer la fe de ese amigo, no solo con la Palabra con la que lo alimentaron, sino por el testimonio de la protección sobrenatural que les di, que quedó demostrada por su presencia en la casa de él, aunque se informó que estaban muertos.

El Hogar leyó los informes de las noticias, pero al ver que seguían con vida sus amados hermanos, celebraron una reunión de alabanza y aumentó de manera estupenda su fe en Mi poder para proteger y salvar milagrosamente.

Por cierto, este fue el titular de la noticia de la bomba:
«PERSONAS SE SUICIDAN EN OTRO ATENTADO TERRORISTA
CON BOMBA. AÚN SE BUSCAN PISTAS».

* * *

(Jesús:) Es interesante ver cómo trabaja la prensa en un régimen totalitario, y que sus informes no son fidedignos. En un así llamado país libre, también la prensa es muy poco fiable; no porque es censurada, sino porque es ignorante y está engañada. Es un ángulo interesante para contar una historia, y también un estupendo ejemplo de las maravillas que haré para proteger a los Míos en los días venideros.

31. Resucitados en el Tiempo del Fin

Ocurrió cuando estábamos testificando en la ciudad. Un grupo de hombres bien vestidos con gafas de sol se detuvo en la acera, y con rápida precisión nos agarraron. Éramos cinco. Nos llevaron a un callejón.

Unas manos nos cerraron la boca a fin de que no pudiéramos hablar, mientras nos llevaban más adentro y luego nos hicieron bajar unas escaleras. Todo lo que podíamos hacer era orar, y cada uno de nosotros sabía que el otro también oraba e invocaba las llaves para nuestra protección.

Para cuando habíamos llegado al fondo, estaba claro que no volveríamos por el mismo camino. Muchos guardias nos rodeaban y se colocaron cerca de la puerta de salida, la cual estaba cerrada con llave. A todos nos empujaron en una celda de cemento sin ventanas y la puerta quedó cerrada con llave.

Agradecidos de estar todos juntos, nos arrodillamos y oramos que Jesús nos sacara de la manera que Él eligiera. Resultaba claro que éramos prisioneros de las fuerzas del Anticristo.

Tan pronto terminamos de orar, uno de nosotros empezó a toser. Así siguió hasta que se dobló y casi no podía respirar. Luego otro... entonces yo también empecé a toser y a asfixiarme. Todos teníamos mucha tos y empezamos a perder el conocimiento.

Al poco rato, todos nos desmayamos en el piso y dejamos de respirar. Los hombres que nos atraparon, satisfechos de que el nuevo gas que habían desarrollado había funcionado, nos sacaron, nos llevaron escaleras arriba, y dejaron nuestros cuerpos muertos de nuevo en el callejón y se marcharon.

Estábamos todos amontonados en el callejón, y tan repentinamente como empezamos a toser, uno de nosotros empezó a respirar de nuevo. Luego de unas cuantas bocanadas de aire, recobró el conocimiento y se puso de pie. A continuación, otro empezó también a respirar. Ellos dos ayudaron al resto de nosotros, que estábamos despertándonos, a ponernos de pie. Rápidamente recobramos las fuerzas y empezamos a respirar bien. Nos apresuramos a volver a la calle.

Ahí encontramos nuestros bolsos llenos de publicaciones y otras producciones que se habían caído cuando nos llevaron. Alabanzas

simultáneas salieron de nuestros labios, pues nos dábamos cuenta de la magnitud del milagro que el Señor acababa de hacer. El Señor nos había arrancado de las manos del Maligno y nos había devuelto a Su redil. Alabamos a Jesús como nunca lo habíamos hecho antes, pues en ese momento supimos que no había nada que pudiera detenernos si Él nos quería con vida.

Como Pedro y Juan después de su liberación, descubrimos que incluso después de que nos ocurrió aquello, no podrían evitar que predicáramos la Palabra del Señor. Recogimos nuestras bolsas y caminamos de nuevo, listos para llevar a cabo lo que Jesús quisiera y arrancar al mundo de Satanás con el poder de nuestro Señor.

32. Viajes en el Tiempo del Fin

Estos son los días del Fin, la época en que nada es como parece. En estos días, la luz es muy tenue y la oscuridad aumenta alrededor de todo; pese a que aún brilla el sol, este no es tan brillante como antes lo fue. Los que tienen que viajar se ven obligados a hacerlo en medio de una gran oscuridad, una oscuridad tan espesa que incluso se puede sentir.

Bienvenidos al futuro...

En estas situaciones hipotéticas veremos cómo el Señor aún protege a los que deben viajar.

* * *

María debe viajar entre dos ciudades importantes. Normalmente eso sería fácil, pero la buscan, así que ni piensa en tomar ninguno de los caminos principales y debe viajar por las carreteras de poco tráfico. Empieza su viaje en el auto de un amigo. El amigo recorre una buena distancia y la saca de la ciudad, pero de ahí en adelante, debe viajar sola.

En la primera parada, en un pequeño pueblo, pregunta qué autobuses pasan, y le dicen que uno pasa a diario, pero que no llega a la ciudad, sino a un pueblo bastante cercano. Compra un boleto y paga en efectivo, pero no se da cuenta que eso también llama la atención, porque el dinero en efectivo ya no se emplea, y se vigila de

cerca a quien paga en efectivo.

Llega el autobús y empieza el viaje. Luego de viajar por un tiempo, nota que se detienen en un control de carretera. Eleva una oración, invoca las llaves para que no le pidan una identificación, pues la buscan y ahora cualquier revisión de su documento de identidad de seguro acarrearía su captura.

Los guardias suben al autobús y empiezan a revisar los documentos de identidad de todas las personas. Cuando se acercan a ella, de pronto los llaman. Resulta que en el autobús hay una persona más o menos importante que debe llegar con celeridad a su destino. Cuando se marchan, María da gracias al Señor por protegerla y guardarla. Luego de que han viajado un poco más, siente el impulso de iniciar una conversación con el hombre enfrente de ella. Resulta que el autobús siguió el camino por él, pues debía llegar a una cita importante. Luego de conversar con él un rato, María le habla del Señor y él dice que quiere saber más de ese tema.

Pero llegaron al lugar donde ella iba a bajarse. Si María continuaba viajando en el autobús, este pasaría por más controles de carretera a medida que entraban a otra ciudad. El hombre le dice que no se preocupe y que podrá hacer que ella pase. María eleva una rápida plegaria y el Señor confirma que en efecto debe continuar el viaje con ese hombre.

A medida que llegan a la estación final, ve que hay guardias esperándolos, pues el autobús no había sido registrado completamente. Llegan y a todos se les pide que permanezcan en sus asientos, excepto aquel hombre, pues ya había arreglado que un auto lo esperara afuera. Baja del autobús acompañado de María y los dos continúan el viaje en auto. Milagrosamente, nadie los detiene ni les pregunta nada.

María está ahora en el interior de otra ciudad. Es una ciudad a la que ni siquiera sabía que llegaría, pero el Señor en Su sabiduría sabía que era el lugar para ella.

* * *

Dos personas corren por el bosque, las persiguen fuerzas del Enemigo. Acuden al Señor para que les indique qué rumbo tomar. Es difícil ver, porque hay una gran oscuridad, pero a medida que oran, ¡de repente todo se ilumina como si fuera de día! Pero es solo para ellos y no para los que los persiguen. Pueden ver claramente a dónde

dirigirse.

La oscuridad está extendiéndose por la tierra y el que viaja a alguna parte debe llevar grandes luces, pero eso no siempre es posible al tratar de escapar. Así pues, pide al Señor ojos con visión nocturna. Así podrás ver con claridad en la oscuridad, lo que te permitirá ver todo movimiento, mientras que los que te persiguen o incluso los que estén muy cerca de ti, no podrán ver claramente.

* * *

(Jesús:) Habrá muchas situaciones distintas. Algunas serán menos fuertes que otras; algunas serán difíciles, e incluso algunas parecerán desagradables. Habrá pruebas, y no todo será siempre halagüeño. Es evidente que la chica de la primera anécdota no se encuentra en lo que parece una situación ideal, pero de todos modos la guío y protejo porque hace lo que quiero que haga. Eso es lo importante, no que tengan ganas de pasar por esas pruebas, sino que se encuentren en Mi voluntad. Esas situaciones revelan un poco el otro lado de algunas experiencias que tal vez pasen en el Tiempo del Fin, y por lo tanto es Mi voluntad que las publiquen.

33. Liberación de las Persecuciones de María la Reina.

Me llamo Robin y quiero contarles mi historia. Esto ocurrió cuando tenía 12 años, más o menos, en mi pueblo del sur de Inglaterra, durante el reinado de la Reina María, una católica devota que llegó al trono poco después de que el rey Enrique VIII se había rebelado contra la iglesia católica romana y se declaró a sí mismo dirigente de la iglesia de Inglaterra. En aquella época había grandes divisiones entre católicos y protestantes.

Mi familia y yo desayunábamos y, como acostumbrábamos, leíamos algo de la Biblia antes de empezar el día.

De repente, alguien tocó a la puerta con fuerza, y antes de que tuviéramos tiempo para levantarnos, entró a la casa un grupo de unos 15 soldados. Era ilegal en aquella época tener una biblia en inglés o leerla. Una persona que conocíamos y que se puso envidiosa avisó a las autoridades, así que habían llegado a llevar a cabo el allanamiento durante las devociones que teníamos a la hora del desayuno.

Nos enviaron a todos a la cárcel, y nos separaron. Me pusieron con otros dos protestantes que estaban en la prisión por algo parecido. Uno era un anciano, el otro tendría unos 20 años.

En la cárcel, a diario citábamos lo que recordábamos de lo que habíamos memorizado de las Escrituras. Para nosotros, eso fue muy fortalecedor y edificante en la fe, pues no teníamos la Palabra escrita. No tenía noticia de lo que le pasó a mis hermanos y hermanas ni a mis queridos padres, pero tuve fe en que estaban en las manos de Dios.

Luego, un día entró un hombre a mi celda. Era alguien que fue nuestro amigo y que se había enterado de lo que nos pasó. Era bastante influyente en nuestra comunidad, y había conseguido nuestra liberación.

Todos fuimos liberados y volvimos a reunirnos. Habíamos estado en prisión unos dos meses, y estábamos bastante débiles. Otros amigos nos ayudaron a recuperar la salud, y al poco tiempo ya estábamos recuperándonos y estábamos más unidos como familia porque habíamos pasado por muchas cosas. Otros no fueron tan afortunados, y fueron encarcelados por años; algunos murieron en prisión. Pero el Señor fue misericordioso con nosotros, y todos fuimos

puestos en libertad en relativamente poco tiempo.

Poco después de esto, la reina María murió y la nueva reina Isabel -la llamábamos «la reina buena»- cambió de nuevo las leyes, de modo que pudiéramos tener la Biblia en nuestro idioma. Quedamos muy agradecidos de que esto ocurriera. Así nos fue posible llevar el Evangelio a muchas otras personas.

34. Sandra en la Francia del Tiempo del Fin

(*Jesús:*) La mamá de Sandra había muerto de cáncer cuando Sandra tenía unos 12 años. Para ella aquello fue desgarrador. Siempre había contado con su mamá. Su madre la había escolarizado en casa. Le había enseñado a testificar y a ganar almas. Le dio buen ejemplo de fe y confianza y fue un testimonio hasta el día de su muerte.

Sandra pensó: «Me parece como si todo hubiese ocurrido apenas ayer».

Pero no era así. Sandra ahora tenía 19 años, y el mundo era un lugar completamente distinto de cuando su mamá aún vivía. Sandra también era totalmente diferente. Otros tres hermanos (dos adultos de la segunda generación y un adulto de la primera generación) y ella estaban escondiéndose en el campo en una casa abandonada y ruinosa en Francia.

Sandra pensó: «Francia, ¡quién lo diría!»

* * *

En la última década, los habitantes de este país se han vuelto cada vez menos receptivos a los cristianos. En efecto, Sandra recordaba un viaje de fe a París cuando tenía 15 años, y que muy pocos habían aceptado su testificación. Se metieron con ellos y los echaron de la zona del parque donde estaban. Sandra recordaba lo bueno de todo aquello. Había experimentado que cuando las tinieblas abundan, la gracia abunda más. El Señor le había dado la gracia para perseverar, y una chica muy receptiva se salvó, se suscribió a *Conéctate* y se desligó, y ahora formaba parte de su grupo.

El grupo de Sandra tenía su base en España, y en el verano

viajaban a Francia y a veces a Italia, atendiendo a los miembros de Conéctate, y testificando en el camino.

* * *

En uno de esos viajes, se desató todo el infierno, literalmente. Fue un caos global con un crac del mercado de valores; la gente se volvía loca. Un loco en un pueblo donde estuvieron, y que los había visto testificar, empezó a gritar a pleno pulmón: «¡Es por culpa de los Niños de Dios, esos profetas del día del juicio final!»

Sandra había sonreído. «¿Profetas del día del juicio final? ¡Me alegra que por fin ocurra! ¡Marcamos un hito en la historia! ¡Las palabras del Abuelo sacuden el mundo!»

La testificación que habían hecho no había sido solo para que las personas se suscribieran a *Conéctate*, sino también para ser fieles a las instrucciones dadas por Dios en aquel momento, que eran proclamar el mensaje de advertencia por todas partes. Bueno, ese siempre había sido el asesoramiento de Dios, pero ahora era ponerse de pie y entregar el mensaje de juicio a un mundo impío.

Sandra pensó: «El Anticristo ha sido diligente al predicar su mensaje. ¡Me alegra que por fin tengamos luz verde para decir el otro aspecto de la verdad sin rodeos!»

Tanto ella como otros integrantes de la Familia de todo el mundo con frecuencia se encontraban en manifestaciones organizadas por el Único Gobierno mundial, y ahí entregaban folletos que ponían al descubierto al Anticristo y sus mentiras. Sandra había recibido unos cuantos golpes de personas no agradecidas y aunque físicamente no fue agradable, hizo que cobrara vida su decisión al compromiso, a estar dispuesta a hacer lo que sea por Jesús, a «sufrir por causa de Su Nombre».

* * *

En la actualidad también el ambiente infundía miedo. El Señor les había dado instrucciones de que dejaran de testificar de inmediato, que fueran con rumbo al sur y «se dirigieran al campo, donde encontrarían una casa abandonada». Habían encontrado ese lugar muy fácilmente. Esperaban a que Geneviève, una oveja francesa a quien Sandra había testificado y que se había integrado a la Familia, se encontrara con ellos.

Luego de que transcurrió un tiempo que les pareció demasiado largo, por fin vieron que ella se acercaba. Corrió a saludarlos, abrazándolos y alabando al Señor por estar a salvo reunidos, y les informó que las autoridades del pueblo habían llamado a buscar a los ya famosos «profetas del día del juicio final» que con sus publicaciones habían estado sublevando a la gente contra el régimen del Gobierno Mundial, ¡y a llevarlos a las autoridades! Además, dijo que había agitación y toneladas de rumores entre la gente acerca de otra noticia.

-Es una buena noticia para nosotros. ¡El «Pacto» se ha quebrantado! - exclamó.

Sandra se preguntaba: «¿Ahora qué haremos? Gracias al Señor por las llaves del Reino. Necesitaremos que funcionen como nunca antes.»

* * *

Sandra quiso saber por qué sus oraciones no «funcionaron» cuando su mamá se fue al Cielo a estar con el Señor. Cuando oró para que se curara su mamá lo hizo como nunca antes. Al morir su madre, fue una gran prueba para ella; no solo extrañaba a su mamá, sino que quiso saber por qué Dios no acudió a ayudarla. Al fin y al cabo, su mamá había dedicado tantos años al servicio del Señor y los obreros son tan pocos.

Los integrantes del Hogar de Sandra habían sido su salvación. De la tragedia ocurrida en su vida surgieron algunas decisiones trascendentales y progresos. Fue entonces que tomó la decisión de creer en la Palabra, incluso aunque no ocurrió lo que ella pensaba que sucedería o que debería pasar.

Un miembro de su Hogar lo calificó de «la prueba de un gran profeta». Dijeron: «Sandra, ahora estás como Job. Confías en el Señor incluso aunque hayas perdido a alguien muy cercano y querido para ti. Y no solo fue el caso de Job. ¿Recuerdas a Sadrac, Mesac y Abed-nego? Entraron al horno de fuego y salieron sin siquiera oler a humo. También tú, Sandra. Confiaste incluso aunque aparentemente no valió la pena. Eso es salir sin el olor de humo, porque creíste, no miraste a las circunstancias ni permitiste que estas perjudicaran tu fe.»

Sandra recordó: «Todo fue gracias únicamente al Señor, a la oración, a que me infundieron ánimo y a que escuché palabras del Cielo».

* * *

Actualmente, necesitaban las llaves para que ocurriera un milagro. Debían salir de aquella casa de campo y alejarse del peligro. Oraron, preguntaron al Señor qué hacer. Sandra oyó la voz de su madre:

«Amados, habla Lily, la madre de Sandra. He venido en calidad de ayudante espiritual. Los ayudaré en los próximos días. Como han sido fieles al Señor, Él será fiel a ustedes. No los abandonará en su hora de necesidad. Invoquen las llaves y vean la liberación del Señor.»

El equipo oró con fervor, invocando las llaves de liberación. Sandra recordó algo de hace mucho, el fundamento principal para la manifestación del poder de las llaves. «Conforme a vuestra fe os sea hecho». Se sentían apremiados. Invocaban las llaves de liberación. No había escape. ¡Necesitaban un milagro!

Los integrantes de aquel grupo habían pasado juntos por muchos quebrantamientos, lo cual los llevó a aquel estado. Estaban muy unidos, tomándose de las manos, con los ojos cerrados. Cuando abrieron los ojos, ¡se encontraron de nuevo en España! ¡Como por arte de magia! ¡Todos se miraban unos a otros con gran asombro!

Sandra recordó que Jesús había caminado en medio de una multitud y había escapado. Pero aquello era formidable. ¡En verdad era un suceso que se calificaría como una de esas obras «aún mayores»!

-Creo que, después de todo, saldremos adelante en la Gran Tribulación -comentó Marcos.

-¡Esto demuestra el poder de las llaves!, ¿o me equivoco? -preguntó Sandra emocionada.

* * *

Sí, fue una manifestación del poder de las llaves. Las llaves del Reino que Jesús había dado a Sus hijos hace años, con las que había que familiarizarse y aprender a utilizarlas bien. Todos habían pasado por lo que se suponía que fueran muchos simulacros, pruebas con las llaves, en que oraban sin que ocurrieran muchas manifestaciones visibles. Sin embargo, tenían que seguir creyendo. Todas esas experiencias, que habían sido registradas como pruebas de fe comprobadas en los salones del Cielo, aumentaron su fe cuando la necesitaron más en la Gran Tribulación.

«La tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza. (Romanos 5:3-5).
¡El deseo cumplido en efecto nos regocijó el alma! (Proverbios 13:19.)

* * *

(*Jesús:*) Como dije antes «aún mayores [obras] harán». En esta situación, aquel grupo no oró específicamente para que Yo hiciera ese milagro particular, pero en algunos casos, cuando la fe de ustedes se haya extendido y llegado a alturas que en la actualidad no se pueden imaginar, podrán mandarme que haga milagros específicos e increíbles, y verán que ocurren.

Esta es una idea estupenda en la cual reflexionar. Quiero que las personas oigan relatos como estos, de modo que las inspire a hacer todo lo posible para aprender a utilizar las nuevas armas, a trabajar con los espíritus ayudantes, y a extender su fe, de modo que cuando llegue el momento, verdaderamente puedan «mandarme».

35. La fuga

(Observación: Se Recomienda para Mayores de 14 años.)

Un discípulo no identificado

Esther jamás había lucido tan bella. No era solo su casi desnudez sensual, sino la mirada en sus ojos que parecía decir: «estoy aquí solo para ti». Luego, la luz disminuyó a medida que se cerraba la puerta tras ella y lentamente entraba a la habitación. Ahora, en la más completa oscuridad, solo podía oír el sonido de sus pantuflas que se movían por la alfombra. Tratando de contener el aliento, esperé la sensación de que se levantara el edredón y se doblara. Ah, pronto estaría en mis brazos una de las más exquisitas obras de arte que el Señor haya creado.

¡Clank, clank, clank! La habitación se llenó de una terrible cacofonía de sonidos metálicos. Simultáneamente, el cuarto que había estado oscuro ahora estaba lleno de una luz muy intensa que me molestaba, aunque tenía bien cerrados los ojos. Me puse las manos con firmeza sobre los oídos, pues me zumbaban; sabía que debía abrir los ojos. No puedes entender la profunda desorientación que lleva a la conmoción cuando el espíritu humano está expuesto a una agresión de ruido y luz como esa.

Los guardias dejaron de golpear los palos contra las barras de los «salones de clase», puesto que otros y yo seguramente ya estábamos despiertos y cuadrándonos junto a nuestras literas, o por lo menos deberíamos estar ahí.

Al abrir los ojos cuando mis pies tocaron el frío piso de cemento casi se borró mi visión de Esther, mi ángel; no obstante, luché por retener esa parte de mi vida. Sin embargo, como la imagen de un televisor que se apaga se va borrando hasta que queda solo un punto, los detalles de su roce celestial casi desaparecieron. La realidad alejó de golpe mi sueño pacífico y a la vez apasionado y de nuevo fui consciente de lo que me rodeaba.

Facultad de derecho Redlands. Era un «alumno» entre muchos. Nos habían «reclutado» como miembros de una secta anormales y a los que se les había lavado el cerebro y que habían sido «rescatados» de malvados líderes de sectas y estábamos siendo «reeducados». Estaba bien creer en Jesús, pero *el Jesús de ellos* nos pedía que torciéramos el mandamiento de las Escrituras a fin de que «no

resistiéramos al mal» y en cambio, siguiéramos al Anticristo. Como en este caso seguí llamando al pan, pan y al vino, vino, despotricando que ese «Jesús» no era otro que Satanás, y que el gran líder estaba poseído por él, me pusieron en un curso más «intensivo».

Eso significó menos alimento, menos ejercicio y aire fresco, menos contacto con los demás (incomunicación) y, sí, menos sueño. Sin embargo, no todo era menos. Más reprimendas, más peroratas grabadas y música militar, más abuso, más humillación, más pruebas y tribulaciones.

Ahora hablaré de la buena parte. Habiendo renunciado a todo, no solo a mis «bienes» y comodidades, sino a mis seres queridos, camaradas y pastores, a mi biblioteca de la Palabra, no me quedaba nada más que Jesús. Extrañamente, fue liberador el no tener nada más que a Jesús. Al haber menos de mí y de otras cosas se hizo más espacio para Él. Mi existencia era muy miserable, no podía pensar demasiado en ello, ni siquiera por un momento, o me hundiría. Debía seguir mirando hacia Jesús. Ya no podía apoyarme en que me capacitaran; debía poner en práctica lo que había aprendido en mi capacitación. Era como si hubiera sido obligado a graduarme y a dejar de lado lo que era de niño. Tuve que luchar solo -aunque acompañado de Dios- contra el mundo.

Un milagro sorprendente fue que, a menudo, al término del día cuando las luces misericordiosamente se apagaban, los muros parecían iluminados como una pantalla LCD a colores y mostraban páginas bellamente diseñadas de promesas de las llaves, los Salmos, profecías de la Biblia, Cartas de Mo y profecías. «Profecías en imágenes»; esa fue una nueva manera en que el Señor me hablaba. Sí, aún me hablaba directamente al pensamiento, pero el ver nuevas palabras vivientes exhibidas en la pared fue único, nuevo y muy apasionante. A veces, eran clips brevísimos en multimedia donde aparecía Jesús, y también mi Familia que era fuerte y hacía hazañas. Y no, no estaba volviéndome loco.

Jesús hizo muchas cosas como esa para mostrarme que estaba conmigo. Había ovejas, entre los guardias y entre los otros prisioneros, que me hacían saber con gestos muy sutiles que me apoyaban. Y además estaban mis atormentadores, como Ken, la «oveja» que me entregó; sin embargo, también se las arregló para que lo encarcelaran por otras fechorías que cometió. Me culpó por eso y parecía obsesionado con la idea de hacer que los demás se volvieran en contra de mí; en particular el «director» y su personal.

Pero la vida en esta prisión no es el asunto del testimonio. El Señor quiere que les cuente cómo fue mi fuga. Una noche, en la pared de las profecías... ¡ey! A Dios le gusta escribir en las paredes: ¿Recuerdan aquel «Mene, mene»? En vez de una inscripción anónima, esto era graffiti de Dios, ¡ja! Una noche Él escribió en el muro un extraño poema infantil; o podrían llamarlo un acertijo.

Sabía que a Sansón, el de la antigüedad, le gustaban los acertijos, así que le pedí que me ayudara a «descifrarlo». Me contestó de manera enigmática: «Lo siento, me encargo de los pilares, ¡no de los muros!»

Ah, Juan, el del Apocalipsis, claro. Él me ayudaría a descifrar esas palabras escritas en la pared. Me dijo: «Toma, y cómelo; y te amargaré el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel». Pensé que ese era un buen comienzo. «Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes». Eso me parecía bastante bien, pues para hacer eso tenía que ser libre para viajar, a menos que todos ellos fueran a viajar y llegaran a mi celda. Pero nada de eso explicaba el acertijo. Ah, casi olvidé citarles el poema:

No confíes en nadie sino en Mí; ni siquiera en los que te pongan en libertad.

Cuando te digan que vayas a la derecha, ve a la izquierda con agilidad
y siempre mantén los ojos en Mí.

Pasa por lo rojo y de plomo te llenarás; pasa por lo verde,
y caminarás sin que te vean ni te afecte.

Ve a la derecha cuando te digan que vayas a la izquierda.
No confíes en tus pensamientos y no quedarás desconsolado.
En este caso, quédate rezagado.

«Bien, Señor. ¿Es esto necesario? ¿Por qué escribir este poema simplista en la pared? Bueno, sé que Tú no cometes errores, y parece que me librarás a fin de que lleve a cabo Tu obra. No estoy seguro de haberlo entendido todo, Señor, pero te ruego que me ayudes a seguir Tu consejo cuando llegue el momento. Tu forma de comunicarte es la mejor, y como lo has dicho, no voy a confiar en mí mismo ni en los demás.»

Resulta que fue bueno que no lo entendiera todo. Verán, a menudo me acusaban de recibir información de afuera, pues el Señor

y mis ayudantes celestiales me mantenían bien informado de lo que ocurría o de lo que me iba a pasar.

Por ejemplo, en una ocasión Hank, un guardia amistoso que hacía su turno de noche, me dio más comida de lo habitual. Señaló que lo hacía corriendo él mismo un gran riesgo. El Señor me habló en profecía -en esa oportunidad no lo escribí en la pared- y me recordó la historia de José. Aunque tenía hambre, logré guardar la mitad de esa cena para la mañana. A la mañana siguiente, Tom -el guardia de la mañana- me trajo doble porción para el desayuno, lo que aparté, pues comí lo que me quedaba de la cena de la noche anterior. Tenía una comida completa apartada, y los alimentos se mantenían bastante frescos. Como fue predicho, esto ocurrió por siete días, y al final tenía bastante alimento guardado.

La octava noche, otro guardia dijo que Hank estaba con licencia no remunerada, que lo habían disciplinado por algo, y no me trajo nada. Gracias al Señor, tenía algo de comida guardada y no me faltó comida. (Había un grifo para sacar agua.) A la mañana siguiente un nuevo guardia también me dijo que Tom no estaba en su puesto hasta nuevo aviso y, de nuevo, no me dejó comida. Imaginé que eso ocurriría por otras doce comidas (comíamos dos veces al día), y así fue. Milagrosamente, hasta mi comida «más vieja» se conservó bien, y mis últimas comidas guardadas, aunque eran las habituales, no se echaron a perder ni se pusieron rancias. (Explicaré en otra ocasión los detalles de mis alimentos y otras actividades diarias, pues no son el tema de este testimonio.)

Así pues, me sentía rebotante de salud, por lo menos en esa situación de encarcelamiento solitario que, de lo contrario sería sin esperanza. Y a la octava noche, Hank y Tom volvieron a su puesto. Varios galones faltaban en sus uniformes, y se veían más tristes que de costumbre. Además, por la manera en que caminaban y por las marcas visibles, era claro que habían sufrido maltratos. Sin embargo, parecía que no me guardaban rencor, gracias al Señor.

Me sentí un poco mal de que tal vez habían sufrido por causa de mí. Una semana después, durante mi comida de la noche (llamémoslo «pan y salsa de carne»), estaba a punto de cerrar los ojos y agradecer al Señor por proveerla, cuando sentí algo entre los dientes mientras mordía un trozo de pan. Al sacar de la boca y limpiar ese algo, vi un trozo de celofán que tenía unas palabras escritas con un marcador negro de punto fino: «Prepárate para partir esta noche».

Más tarde, mientras estaba del todo vestido y acostado en mi

cama, silenciosamente por entre las barras se deslizó un pequeño bulto al interior de mi «dormitorio». Tuve cuidado de que la cama no hiciera ruido y me levanté. Era ropa normal, zapatos, documentos de identificación y algo de dinero. (Aún se utilizaba el dinero en efectivo - aunque no se estimulaba para nada- entre la gente de la calle y la chusma que aún no se había puesto el chip.) Oré al respecto, me puse la ropa y me alisté.

Una hora después, entró humo a mi celda y se encendieron las alarmas contra incendios. Los guardias corrían de un lado a otro y, en algunos casos, abrían las puertas de los «dormitorios» y por los pasillos llevaban grupos de «alumnos» cubiertos con mantas. Hank vino por mí y me ordenó ásperamente que me levantara y saliera, luego me miró de modo particular y en voz baja susurró: «¿Estás listo y vestido para marcharte?» Asentí con la cabeza, y luego me puso una manta encima. Me veía como muchos otros prisioneros que eran escoltados para salir.

Tom, que por lo general no estaba de servicio, apareció uniformado y los dos me llevaron apresuradamente para que cruzara el campo; me señalaron a su *derecha* y dijeron que pasara por la puerta *roja* detrás del edificio C. «Está abierta y estarás a salvo. ¡No entres por ninguna otra puerta! ¡Apresúrate!» Luego, tomaron dos reclusos de la muchedumbre y se los llevaron hacia el grupo que estaba formándose en el campo principal para pasar lista. Los camiones de bomberos habían llegado y ya sofocaban las llamas de la cocina.

Recordé las palabras de Jesús: «No confíes en nadie sino en Mí; ni siquiera en los que te pongan en libertad. Cuando te digan que vayas a la derecha, ve a la izquierda con agilidad y siempre mantén los ojos en Mí.» Eso era claro y fue confirmado por una imagen de Sansón que me miraba complacido. Por supuesto, él sostenía las gigantescas puertas rotas de esa ciudad filisteá. ¡Encajaba bien! Como lo dijo, definitivamente era un hombre de pilares y de puertas, no de muros.

Así que era evidente que no debía confiar en Hank y en Tom, y que debía ir a la izquierda en vez de a la derecha. Después, ¿qué? De repente, Daniel me hizo recordar y oí las palabras: «Pasa por lo rojo y de plomo te llenarás; pasa por lo verde, y caminarás sin que te vean ni te afecte». Al mirar hacia delante vi un portón verde. (Pocas veces me dejaban afuera, así que antes no conocía las puertas ni sus colores.) Estaba cerrado con llave, pero a medida que me acercaba, la cadena

se movió y cayó sigilosamente al suelo. Sin titubear, lo tomé como un milagro y con prontitud agradecí a Sansón y al Señor y salí de la «facultad» hacia el ancho mundo exterior, sin ser visto. ¿Y ahora, qué?

Al final del callejón había un letrero que rezaba: «No gire a la derecha». Luego vi (y oí) a Daniel repitiendo: «Ve a la derecha cuando te digan que vayas a la izquierda. No confíes en tus pensamientos y no quedarás desconsolado.

En este caso, quédate rezagado.» Sabía que debería dar vuelta a la derecha y no estar apresurado, aunque mi cabeza pedía a gritos: «¡Huye!» Eso fue bueno, pues varios coches patrulla pasaron hacia la entrada principal de la facultad, y me veía bastante normal, caminando lentamente por la calle.

El toque y gemido de los altavoces de la facultad avisaron a esa parte del mundo que había habido una fuga. Eso hizo más que acelerarme el pulso, pero luché contra el impulso de correr. Luego oí un arma automática y desde mi posición estratégica -ahora ya iba por el otro lado de la calle de la entrada principal de la facultad de derecho-, vi un alboroto afuera de aquella puerta roja. Las luces de la torre enfocaron el lugar, donde había en el suelo un cuerpo ensangrentado y sin vida, parcialmente cubierto por una manta también manchada de sangre y destrozada. Vi que Tom y Hank fueron de los primeros que llegaron al lugar después de que cesaron los disparos. El ver que se felicitaban levantando una mano cada uno y chocando las palmas, y que había tiradores con uniforme negro, reveló que aquello había sido una emboscada, una emboscada preparada para mí. Toda duda se borró cuando los oí gritar: «Esa es una manera estupenda de deshacerse de los incorregibles».

Mientras me mezclaba bien entre el grupo de curiosos, me preguntaba quién habría tomado mi lugar. El fiel Juan, el del Apocalipsis, hizo honor a su nombre al recordarme: «Pasa por lo rojo y de plomo te llenarás». Luego añadió: «No te preocupes, la víctima fue Ken, tu peor atormentador. Está ahora en manos de Dios. Anda y Jesús te guiará a otros que han permanecido libres; ellos y tú se ayudarán mutuamente. Profetizarás muchos días y animarás a muchos. Discúlpame, pero no tengo permiso de revelarte si vas a morir por causa de Su nombre o estarás aún de pie cuando suene la séptima trompeta y Él vuelva para llevarse a los Suyos en las nubes».

* * *

(*Jesús:*) El que contó esta historia es de personalidad sencilla, y ese fue un don que le di, a fin de que pudiera sobrevivir durante esos eventos tan difíciles; él ve las cosas de manera sencilla, no recargada. Y no tiene nada de malo pasar un buen rato con seres espirituales. ¡A ellos también les gusta divertirse!

36. Noé

El Señor dijo: «Bajemos a ver si hay alguien que valga la pena salvar». Sabía que todavía había unos pocos de los que escuchaba a diario.

Empezó a buscar en un extremo de la Tierra y recorrió todo el planeta, buscando suficientes personas para retener Su ira, pero al final no las encontró. Mas tuvo misericordia de los que sí encontró, y dijo: «Ustedes son los únicos dignos en toda la tierra».

Sí, soy Noé. Estoy aquí para hablarles de cómo el Señor me libró no solo de la persecución, sino también de Su justa ira.

Cuando era joven, me enseñaron a amar al Señor; me crié conforme a Sus enseñanzas, y toda mi familia confiaba en Él. Pero a medida que transcurría el tiempo, la mayoría perdió fe y dejó de creer. Cuando llegó el momento de construir el arca, el Señor empezó preguntando a varios de nosotros que trabajáramos en su construcción, pero a medida que pasaron los años, algunos se fueron, otros murieron, y al final solo mi pequeña familia entró y pasó una temporada en el arca.

Transcurrieron los siglos de mi juventud, y muchas veces me pregunté si Él existía o no, y en gran medida fue debido a la fe de mi padre que seguí siendo un creyente. A medida que crecía, me dijeron muchas de las cosas que habían pasado con el correr de los años, y algunas eran difíciles de creer. Pero como todos mis ancestros eran creyentes, yo también creí.

Con el tiempo, sin embargo, me cansé de siempre escucharlo, y seguí preguntándome si el Señor era real. Había orado antes y prestado atención a Su guía, pero nunca había oído Su voz tan claramente como ese día cuando me habló de construir el arca.

Me enseñaron a temer al Señor y la primera vez que lo oí hablar

tuve miedo de lo que me pediría, pues pensé: «¿Acaso no ha pedido siempre grandes cosas de aquellos con los que habló?»

Aquel funesto día, me encontraba en mis campos, el Señor bajó y habló conmigo. Me postré ante Él y le pregunté: «¿Qué quieres que haga, Señor?» Y Él me habló de la impiedad del mundo y me dijo que lo destruiría, pero prometió mantenerme a salvo mientras siguiera Sus instrucciones.

Para empezar, tuve miedo de lo que ocurriría si le decía que no. A medida que comenzaba a recibir los mandamientos del Señor, no supe qué pensar. ¿Cómo se suponía que iba a construir aquel gran barco, y cómo debía funcionar? Muchos de esos pensamientos me inundaban la cabeza, y empecé a dudar de si de verdad escuchaba al Señor. Él me aseguró que, en efecto, escuchaba Su voz y Sus mandamientos.

Después de que el Señor me habló, me levanté y me dirigí a mi casa. Estaba ansioso y emocionado por tener aquella gran obra por delante. Hablé con mi familia de lo que el Señor me había revelado y les dije lo que vendría. Entonces percibí un poquito de persecución y duda.

Algunos integrantes de mi familia, principalmente aquellos que no estaban tan cerca del Señor, no querían tener nada que ver con ese proyecto; otros escucharon solo por respeto a mi padre. Visité a muchos de mis parientes, hablé con cada uno y le pedí su ayuda, pero por las contestaciones que recibí, me di cuenta por primera vez lo impío que era el mundo en realidad. Había sabido por un tiempo que parte del mundo era malo, pero jamás pensé que contagiaría a mi familia y seres queridos. Ahora podía ver que la maldad entraba sigilosamente en ellos y los devoraba. Desde aquellos más cercanos a mí, hasta los que apenas conocía, podía ver ahora que el mundo había ganado dominio sobre ellos.

Al principio no entendí bien por qué algunos de mis amigos y familiares no querían tener nada que ver conmigo, pero a medida que pasaba el tiempo, vi y entendí las razones detrás de ello. Lo más importante es que pensaban que estaba loco, porque afirmé que había oído a Dios y que Él me había hablado. Mientras que no era raro que me creyeran los de las generaciones anteriores, la mayoría de los de las generaciones más jóvenes no me creyeron y no pudieron hacerlo, pues no se les había criado conforme a los caminos del Señor.

Así que me llevé a mis familiares más cercanos y a unos cuantos amigos y me mudé de donde vivía, a fin de poder empezar a trabajar

en el arca. No tenía nada más que los planes que me dio el Señor, y empecé a trabajar en dibujar exactamente lo que necesitaría. Hice espacio suficiente para colocar el arca ya terminada, y empezamos a construirla ahí. Cada tanto venía la gente, preguntándose qué me proponía. Incluso contraté a algunos como obreros para que ayudaran con algunas de las tareas pesadas. Además, trataba de hablarles del Señor y de que Su juicio vendría sobre ellos, pero la mayoría solo se reían y decían que mientras les pagara me ayudarían, pero que no iban a creer en mis motivos para hacerlo.

Escuchar aquello fue desalentador, pero pensé que seguramente debía haber algunos que querrían conocer algo del Señor. Pero a medida que pasaba el tiempo, me quedó claro que nada iba a hacerlos cambiar de opinión.

Mi trabajo había empezado 20 años antes de que naciera mi primer hijo, y en esos años viví con mi padre y algunos de mis otros parientes. A diario trabajaba en la construcción del arca, y aunque eran largas horas, lo hice fielmente. El Señor me dijo que tendría más hijos, y que mi simiente repoblaría la tierra. Además, me dio instrucciones de que buscara esposas a mis hijos, así que incluso antes de que nacieran mis hijos empecé a buscar a los padres de las esposas de ellos.

El Señor me guió a tres familias. Cada una de esas familias tuvo una hija, y el Señor los bendijo diciéndoles: «Me valdré de esta niña para preservar al hombre y su simiente en la tierra por siempre, pues la familia de ella ha hallado gracia a Mis ojos».

A los padres no se les permitiría entrar al arca, pero el Señor quiso bendecirlos, ya que habían vuelto a Él aunque se habían extraviado. Cuando les hablé de lo que hacía para el Señor y cómo la Tierra iba a ser destruida, se arrepintieron. Mas su impiedad pasada había sido demasiado grande, y el Señor no quiso que continuaran. Pero el Señor les dio hijas que los representaran.

No se mencionó en la Biblia aquellos que sí se arrepintieron cuando oyeron las palabras del Señor, pero debido a lo grande que había sido su impiedad, el Señor optó por no permitirles que escaparan del diluvio. En los 120 años en que se efectuó la construcción del arca hubo personas que quisieron entrar a ella, pero al consultar con el Señor sobre cada persona, Él dijo: «Aunque estos se arrepienten y vuelven a Mí, no puedo permitir que continúe la impiedad que aún está en su corazón. Me aman y están dispuestos a renunciarla, pero debo castigarlos por lo que han hecho, y ese castigo

es que no continúen en la nueva tierra.»

El Señor amó a cada uno de los que se arrepintieron, y misericordiosamente permitió que la mayoría de ellos durmiera junto con sus padres antes de que llegara el diluvio. Esto ocurrió incluso a mi propio padre, que murió cinco años antes del diluvio. Fielmente obedeció al Señor todos los días de su vida, pero el Señor dijo que él tampoco era merecedor de entrar al arca; no obstante, su simiente repoblaría la tierra.

Ahora bien, al empezar a construir el arca, el Señor me ordenó que contratara algunos hombres para hacer el trabajo manual, pues incluso con la ayuda de mi padre y otros pocos parientes, no podíamos hacer todo lo que hacía falta. Luego de que transcurrieron 20 años, cuando nació mi primer hijo, el Señor me habló de nuevo, diciendo: «Deja que se vayan los que no creen, pues esta arca durará por la eternidad, pero si estos impíos la tocan más, se deteriorará».

Así que despedí a todos los que había contratado. Todavía quedaban algunos que creían en las palabras del Señor y lo siguieron, y se les permitió continuar la obra a mi lado. Pero sin la ayuda de muchos obreros, el progreso era lento.

Con el tiempo, tuve mis otros dos hijos, y luego empezaron a trabajar junto a nosotros. Los años pasaron rápidamente, y mis hijos se hicieron hombres. En aquella época todavía se consideraban jóvenes en comparación con aquellos que los rodeaban. Pero el Señor los ayudó a aprender rápidamente y maduraron en el Señor, mientras Él me ordenó que les enseñara.

Mis hijos no conocían la mayoría de la impiedad que ocurría a su alrededor, pues el Señor quiso liberarlos del conocimiento del mundo y su corrupción. Las hijas de esas familias que el Señor me mandó que trajera como esposas para mis hijos tampoco tenían conocimiento mundano, pues habían sido salvadas para la nueva vida. Desde su juventud habían vivido con nosotros, fueron criadas bajo nuestro techo en preparación para que se casaran con mis hijos.

No me enteraba de lo que ocurría aparte de nuestra vida, pues me dedicaba exclusivamente a construir el arca como me indicó el Señor. Así pues, fue con gran vergüenza que un día me enteré de que mi hijo más joven había ido a ver a unos vecinos y que había indagado algunas cosas del mundo, pues tenía sed de conocimientos y no estaba satisfecho con lo que el Señor nos había ordenado que le enseñáramos.

Cuando volvió, fue llevado ante todos nosotros y le preguntamos

qué era lo que había hecho. Nos respondió que anteriormente se había enterado de algo y tenía curiosidad, así que había ido en busca de respuestas.

El Señor estaba enojado, pues Él nos había dicho que a estos niños no se les debía enseñar el modo de obrar del mundo, a fin de que la iniquidad del hombre no se transmitiera a las generaciones futuras. El Señor dijo que debido a su desobediencia, no debía continuar su trabajo en el arca y que tendría que quedarse.

Como era mi hijo y lo amaba, pedí al Señor misericordia. Durante una semana le rogué que cambiara de opinión. Al final, el Señor escuchó y atendió a la voz de mi súplica. Mas debido a esto, el Señor dijo que el nuevo mundo no sería tan puro como podría haber sido, y que para siempre yo llevaría esa responsabilidad.

No es que sea responsable de toda la iniquidad del mundo, pero fue el pequeño orificio por el que logró introducirse. Desde ese tiempo, me arrepentí y aprendí de mis errores: aunque logremos que Dios cambie de parecer en alguna ocasión, no siempre es lo mejor.

En los años que duró la construcción, muchos llegaban a observar y burlarse, o más que nada solo se sentaban y lo tomaban como un entretenimiento. En los primeros años, hablaba del Señor y algunos escuchaban, pero a medida que transcurría el tiempo, solo se reían, gritaban y me decían que me callara y que no les interesaba.

Después de que mis hijos empezaron a trabajar en el arca, el Señor me ordenó que me asegurara de que no aprendieran de la iniquidad que los rodeaba, de modo que hicimos alejarse aún más a los que venían a burlarse. El Señor me dio la idea de construir un lugar donde pudieran sentarse; de ese modo podría alejarlos lo suficiente como para que todavía pudieran reírse y hacernos bromas, pero que no pudiéramos escucharlos con claridad. Aún había unos pocos que se acercaban más y hablaban con nosotros, algunos de verdad estaban interesados; otros solo querían molestar. Periódicamente los ahuyentábamos y en aquella época no suponían un gran problema.

Pero a medida que transcurrían los años, las personas que nos rodeaban empezaron a enojarse de que continuáramos obedeciendo al Señor, y quisieron detenernos. Los espíritus que adoraban como dioses les dijeron que si nos permitían que continuáramos, los abandonarían. Esas personas les creyeron y empezaron a perseguirnos. Venían y trataban de crear problemas en el trabajo; o bien, de noche destruían partes del arca. El arca no estaba abierta, para que no destruyeran el interior. Lo que quedaba afuera era

destruido o estropeado.

El Señor evitó que el arca fuera dañada directamente, así que al trabajar nada nos perjudicaba si estábamos en el interior del arca o sobre ella. El Señor dijo que ese era Su plan y que nada lo estropearía. Incluso trataron de quemarla, pero el Señor hizo que eso tampoco les diera resultado; nada se quemaba por muy a menudo que lo intentaran.

Mientras trabajábamos, empezaron a perseguirnos más y más, hasta el punto en que venían a nuestros hogares y trataban de atacarnos o destruir tanto como les resultara posible. La mayoría de los que fielmente trabajábamos en el arca nos mudamos a una casa grande que quedaba muy cerca del arca, de modo que todos estábamos bajo un mismo techo y podíamos defendernos mejor y proteger el arca.

El Señor fue nuestra protección principal, pero Él también cree en que hagamos lo que podemos. Así que los que estábamos trabajando llevábamos armas. En realidad jamás las utilizamos, pero mientras nos mostrábamos fuertes, pudimos trabajar mucho más sin que nos molestaran. De todos modos venían a molestarnos, pero por lo general, luego de un rato perdían interés.

Unos 30 años antes de que termináramos el arca, hubo una época en que nadie nos molestó. Pensamos que por fin se habían rendido y que nos iban a dejar en paz. Pero no, empezaron a venir de noche gritando alrededor de nosotros y del arca. Sin embargo, jamás pudieron actuar en nuestra contra. El Señor los mantuvo a raya, porque si se hubieran acercado, se habría hecho un daño mucho mayor.

En los últimos 25 años fue cuando la mayoría de mis amigos y familiares que habían creído en el Señor empezaron a morir. En aquella época, el Señor venía y nos advertía que había llegado la hora de ellos, y teníamos un día o dos para despedirnos y para que pusieran su corazón en orden. El Señor se los llevaba de distintas maneras, algunas veces incluso por medio de las fuerzas enemigas, de quienes se valía como testimonio para Él y para dar otra oportunidad a los del mundo. Pero lamentablemente, no muchos cambiaron de opinión. A medida que transcurría el tiempo, solo quedaron mis familiares más cercanos, y en los últimos cinco años solo fuimos nosotros ocho.

Esos últimos años fueron muy interesantes, porque durante esa época empezaron a aparecer animales por los bosques y colinas a nuestro alrededor; algunos ni sabíamos que existían. No tuvimos que

cuidarlos, además de nuestro pequeño rebaño de ovejas y ganado. El Señor, Quien nos los trajo de cerca y de lejos, cuidó de ellos. Fue un milagro ver tantos animales distintos cohabitando en una zona tan pequeña.

A medida que se acercaba el último año, el Señor nos dio la fecha en que iba a traer el diluvio. Empezamos a llevar al interior del arca todas las provisiones que necesitaríamos. Nos dijo cómo conservar diversos alimentos, de modo que se pudieran guardar por largos períodos de tiempo, y nos enseñó acerca de distintos animales y el tipo de forraje que necesitarían.

Durante esa época el Señor también nos dijo cómo construir depósitos para almacenar agua de lluvia en el arca. Esas partes podrían contener agua y abrirse y cerrarse cuando fuera necesario. Durante los cuarenta días y noches en que llovió, nos fue posible llenar esos depósitos y luego tuvimos bastante agua limpia y cristalina.

El Señor dijo que en los últimos días antes del diluvio nos perseguirían incluso más, pues el Enemigo estaba muy enojado de que aún pudiéramos trabajar sin problemas. En los últimos 25 años, creyó que ganaba victorias al hacer que varios fueran asesinados, pero no sabía que de hecho había sido un cumplimiento de la voluntad del Señor para ellos. El Señor solo me había comunicado a mí quiénes estarían conmigo en el arca; no les había dicho a ellos, y tampoco se lo dije yo hasta que había llegado su hora.

El Diablo no conocía el plan del Señor en esa época, así que cuando solo quedaban ocho de nosotros estaba muy feliz. Pensaba que había acabado con muchos de los que repoblarían la Tierra, pero cuando descubrió que eso no nos detuvo, y que todavía seguíamos con nuestro trabajo sin preocupación, empezó a tener sospechas.

Fue a ver al Señor y le preguntó si desde el primer momento nosotros habíamos sido Sus elegidos, y el Señor le dijo que sí, que éramos aquellos de quienes Él se valdría para volver a poblar la Tierra. Ante esa noticia, el Diablo quedó impactado, porque hasta entonces había pensado que estaba ganando. Pero era la voluntad del Señor que sobreviviéramos. Nos dio el poder de silenciar a nuestros enemigos, y empleamos ese poder para detener a los que nos dañarían.

Cuando llegó el momento de que todos los animales entraran al arca, el Señor me dijo que estaríamos dentro siete días y que luego vendría el diluvio. Para mí, eso fue una sorpresa, porque hasta entonces había pensado que cuando hubiéramos terminado el Señor

nos llevaría de un modo directo a ello, pero quería asegurarse de que todavía confiábamos plenamente en Él.

Durante esos siete días, muchas personas llegaron y empezaron a hacer todo lo posible por destruir el arca, tratando de entrar. Pero sea lo que sea que intentaran, el arca se había construido para resistir. Las ventanas más bajas del arca todavía estaban demasiado altas para cualquier escalera que tuvieran, así que todos sus ataques fracasaron. Esos días fueron una verdadera prueba, pues no había nada que hacer sino sentarse, cuidar de los animales y esperar en el Señor, y mientras tanto sufríamos ataques que provenían de fuera. Pero al final el Señor lo hizo. Envió Su diluvio y eliminó de la Tierra a los impíos, y por medio de ello a todos nosotros nos trajo un nuevo mundo y una nueva vida.

Después de ese tiempo de dudas, el Señor de nuevo vino a mí y me dijo que Él gobernaría el mundo, y que debía seguir instruyendo a mi familia en Sus caminos. Y durante el año que estuvimos en el arca, me fue posible concentrarme directamente en lo que el Señor quería que les enseñara.

* * *

(Jesús:) Noé es uno de Mis siervos que logró muchísimo para Mí, y podría contar muchas más anécdotas de las experiencias que tuvo en el curso de su larga vida. Incluso sobre cómo lo protegí mientras construía el arca se podrían relatar muchos más incidentes específicos. Pero esta es una buena perspectiva general, y me complace que él haya podido darla. A muchas personas les parecerá interesante y alentadora, y fue dada por amor a ellas.

37. ¡Camión de Basura Proporciona Increíble Escape!

El Señor me daba las fuerzas ¡y me instaba a correr como loco! Y al mismo tiempo, tuve una paz completa. Volví un poco la cabeza para ver si mis perseguidores estaban alcanzándome. En un principio habían estado en un vehículo blindado, pero la demora hizo que el tráfico de la ciudad nos pusiera en igualdad de condiciones, es decir, a pie. Empezaba a apretarme el calzado de cuero, el cual hacía que aminorara la marcha. Pensé: «Hoy debería haberme puesto mis zapatos para correr». Pero luego recordé que no iban con mi atuendo de hombre de negocios que llevaba puesto para adaptarme a las costumbres de la gente.

Mientras corría esquivando personas y automóviles en las callejuelas, me preguntaba (como lo había hecho en otras ocasiones en los últimos dos años): «¿Será que tengo la gracia para morir? Me siento muy tranquilo.» Pero una vocecilla interior me decía: «Es mejor luchar y luego retirarse, y así vivir para luchar otro día». Me reí interiormente y pensé: «Sí, Señor, pero a veces es momento de darse vuelta y mantenerse firme. Muéstrame qué hacer.»

Di vuelta a una esquina, y por un momento los soldados me perdieron de vista. En ese instante, escuché muy claramente una voz, era casi audible. Estaba seguro de que se trataba de mi Comandante en Jefe que me daba instrucciones desde el cuartel general: «¡Detente ahora! Ve junto a ese hombre desamparado y escarba en la basura junto con él.»

Me detuve y vi a un anciano sucio hurgando en un pequeño contenedor, el cual iba a ser vaciado por un camión de basura que se acercaba. Daba la impresión de que el anciano, el contenedor y el camión habían surgido de la nada. Sin embargo, hasta ese momento solo me había concentrado en mi huida. Al principio, pensé: «¡Umm! No va a resultar. Llevo puesta una camisa y pantalones elegantes. ¡No voy a pasar desapercibido a su lado!» Pero seguí las instrucciones con fe y empecé a hurgar en el contenedor con la ansiedad de un mendigo que busca algo de valor que podría mejorarle un poco la vida. «¡Oye! ¿Qué crees que haces?», dijo refunfuñando el anciano desamparado. «¡Este es mi territorio! ¡Búscate tu propio contenedor!» Me di vuelta para verlo y disculparme, justo a tiempo para ver que se

lanzaba hacia mí, me sujetaba las piernas y me hacía caer de cabeza en el apestoso recipiente de metal. Acostado de espaldas entre las cajas y bolsas miré hacia arriba y noté un extraño brillo en los ojos del anciano desamparado, el cual sonreía un poco mientras cerraba la tapa del contenedor para luego irse con su carrito de compras por un callejón.

Pensé: «Bueno, Señor, eso era de esperarse. ¡Pero al menos estoy a salvo por el momento!» Esas últimas palabras las añadí al darme cuenta de que se acercaba un camión y que se disponía a vaciar en el interior de ese vehículo lo que había en el contenedor -incluyéndome a mí-. Recordé de inmediato relatos de personas que habían sido aplastadas o mutiladas en encuentros con contenedores, una experiencia que yo estaba a punto de pasar.

«Señor, invoco las llaves de protección». El aparato para levantar pasó por debajo del contenedor y sentí que el recipiente de metal empezaba a elevarse. El contenedor se inclinó y se vació.

Afortunadamente estaba lleno solo de trozos de tela. Me cayó encima una lluvia de basura y periódicos, los que logré esquivar.

Antes de que se cerrara el camión de basura, logré ver a los que me perseguían. Conversaban unos con otros por radio y se veían confundidos, preguntándose dónde había ido.

Afortunadamente, esa fue la última parada del vehículo. Cuando el camión de basura llegaba a la estación de depósito y aminoró la marcha en la entrada, logré salir del camión sin que me vieran.

«Gracias, Jesús, por guardarme. Te alabo por protegerme milagrosamente, inclusive si para hacerlo tuviste que empujarme a un contenedor.»

* * *

(Jesús:) Algunos de ustedes incluso verán ángeles. Y al igual que le ocurrió a David, ¡en ocasiones aparecerán como vagabundos en la calle!

38. Protección y Liberación de los Bolcheviques

Viví en la época de la revolución bolchevique en Rusia, que ocurrió en 1917. Entonces tenía solo 16 años cuando nuestra vida cambió, y el país en el que vivimos se transformó delante de nuestros ojos. Donde en otro tiempo había habido cierta medida de libertad para adorar al Señor, incluso afuera de la Iglesia Ortodoxa, más adelante tuvimos que reunirnos en secreto. Teníamos que mantenernos en secreto y ser muy cuidadosos acerca de a quién hablábamos de nuestra fe.

Me crié en una familia muy cristiana, con padres que amaban al Señor e hicieron lo que podían para ayudar siempre a su prójimo y dar testimonio de su fe. Hacíamos pequeñas reuniones en nuestra humilde casa. Éramos personas sencillas y no teníamos muchas posesiones terrenales, pero éramos felices. Fui una de los seis hijos y me llamo Anya.

Les contaré cómo me protegió Jesús de una muerte casi segura en los campos de trabajos forzados de Siberia, de modo que pudiera seguir adelante para Él y llevar una vida que lo glorificaría. Aunque mis logros parezcan pequeños, la reacción que provocaron fue enorme, y hasta el día de hoy la fe vive en el corazón de aquellos que fueron conmovidos por el amor que les demostré y que, a su vez, transmitieron a otros.

No fui librada del todo de los fuegos de persecución, pero fui protegida en medio de ellos, y aunque Jesús llamó a mis padres a su recompensa celestial, nos libró a nosotros sus hijos y nos dio la gracia y el valor de seguir adelante, pese al sufrimiento y pérdida.

Debido a que mis padres y nuestra familia nos negamos a aceptar el comunismo, nos veían como disidentes. En aquella época muchos miles de personas murieron por diversas razones. Los que no se conformaban los veían como prescindibles, y no importaba quiénes fueran ni dónde estuvieran.

Fue un tiempo difícil para muchos, y cada familia sintió angustia de una manera u otra. Muchos seres amados eran arrebatados, y nunca se volvía a saber nada de ellos; en muchos casos fueron enviados a Siberia. Mas la mano del Señor fue fuerte en beneficio de los Suyos, de Sus verdaderos hijos que lo amaban como Amigo y Salvador personal y que clamaron a Él para que los ayudara y librara. Mi relato es uno entre muchos, y no es particularmente sobresaliente por sí solo,

pero lo que el Señor hizo por nosotros fue milagroso y no fue poca cosa.

Estábamos seguros de que era solo cuestión de tiempo hasta que algo ocurriera, *qué*, no lo sabíamos. Ya habían empezado a hacernos la vida difícil, y nos costaba subsistir a base de la escasa cantidad de alimento que podíamos cultivar en nuestro pequeño patio trasero. Debíamos sobrevivir como podíamos, y no fue fácil, pero jamás nos faltó algo que comer, aunque no siempre fue abundante. Mis dos hermanos mayores y mi padre eran bastante innovadores y encontraron medios de traer lo que necesitábamos, ya fuera por medio de la caza, las trampas o de otra forma.

Un día mi padre no volvió a casa de su trabajo en la tala de árboles en el bosque. Preguntamos qué le había ocurrido y nos dijeron que había sido arrestado y llevado a que lo interrogaran. Sabíamos que esa no era una buena noticia, porque muchos que habían sido llevados a interrogar nunca aparecieron de nuevo, y su suerte era desconocida. Oramos con gran fervor por nuestro padre. Más adelante descubrimos que había sido enviado a Siberia, y que no había vivido mucho más tiempo, debido a los rigores de la vida en el campo de trabajos forzados. Dio la impresión de que nuestra vida se volvió más difícil después de eso. Mi madre murió debido a una enfermedad, pero nunca se quejó, y hasta el final tuvo fe en que el Señor estaba en control de todo y que de alguna manera cuidaría de nosotros, sus hijos. Mis dos hermanos y yo tuvimos que atender la casa y a los otros niños, nuestros hermanitos más pequeños. Para entonces, mi hermano mayor tendría apenas 20 años, pero era juicioso y maduro, sin duda debido a las batallas y pruebas que habíamos enfrentado. Además, tenía una fe firme. A diario oraba para que no se lo llevaran también a él. Habíamos hablado de lo que haríamos si eso ocurría. Hablamos de irnos de nuestra casa, de escapar y adentrarnos más en el campo, pero no podíamos imaginarnos cómo sobreviviríamos, y cómo podríamos atender bien a los tres hermanos menores, el más pequeño tenía solo ocho años. Además, sabíamos que sería muy sospechoso si nos marchábamos los seis al mismo tiempo, pues nos tenían muy vigilados.

Los «rojos» esperaban que al llevarse a nuestro padre nos daríamos cuenta de que no estaban jugando, y que nosotros los hijos debíamos aceptar las costumbres de ellos. Pensaban que nos quebrantarían. Pero no íbamos a permitir que nos presionaran y con la desaparición de nuestro padre lo único que se consiguió fue que

estuviéramos más determinados a aferrarnos a nuestra fe. Teníamos un firme fundamento en la Biblia, y sabíamos que estábamos sufriendo persecución por amor a Cristo. Nos alegramos de ser tenidos por dignos.

El siguiente gran cambio ocurrió cuando decidieron «reeducarnos» a nosotros, los hijos. En otras palabras, a lavarnos el cerebro con sus doctrinas. Habíamos dejado de permitir que los más pequeños asistieran al colegio cuando nos dimos cuenta de que todo lo que les enseñaban era la doctrina comunista. Esto enfureció a los oficiales, y nos llevaron a un internado que estaba más cerca de la ciudad. Nos parecía más bien una institución o una prisión, y no queríamos separarnos, como se hacía siempre al poner a los muchachos en una sección y a las muchachas en la otra. Además, a los mayores querían separarnos de los menores, que eran más «maleables», o eso era lo que pensaban.

No fue un tiempo fácil, y todos pasamos casi un año en ese internado. Descubrí más adelante que, como me ocurrió a mí, mis hermanos mayores pasaron tiempo incomunicados debido a que continuamos hablando de nuestra fe y no nos sometimos. En numerosas ocasiones nos dijeron que nos enviarían a un campo de trabajos forzados en Siberia si no cambiábamos nuestro comportamiento. Sabía que probablemente eso supondría la muerte, pero no desistí en mi propósito.

En medio de esa adversidad, me pareció que el consuelo y presencia del Señor estaban muy cerca. Es más, incluso tuve la bendición de tener visiones del Señor y de uno de mis ángeles guardianes, lo que avivó mi fe de que no estaba sola. En esas visiones se me comunicó que no estaríamos mucho más tiempo en la prisión, y que el Señor nos daría una manera de escapar. No sabía cómo sería, pero habría de ser un milagro, ni más ni menos. Y tampoco sabía si permitirían que me acompañaran mi hermana y hermanos menores. Estábamos bajo la tutela del Estado y no podía decir nada en cuanto a lo que sería de nosotros.

Mis hermanos mayores terminaron yéndose. No fue como una fuga de la prisión, porque no estábamos encerrados bajo llave, aunque el recinto estaba custodiado y no podíamos irnos cuando quisiéramos. Pero se les ocurrió un plan para irse juntos bajo el abrigo de la noche, y de ahí fueron a buscar a algunos de nuestros parientes: mis tíos abuelos. Vivían muy lejos, y no se habían enterado de lo que nos había ocurrido, así que quedaron muy sorprendidos cuando mis dos

hermanos llegaron una noche a su casa. Era evidente que habían tenido un largo y penoso viaje. Les contaron todo lo que nos ocurrió después de la desaparición de nuestro padre.

Mis tíos abuelos vivían de manera bastante acomodada y su casa era muy bonita. No compartían nuestra fe cristiana, pero eran de buen corazón y quisieron hacer algo para ayudarnos. No eran comunistas a ultranza, aunque exteriormente daban esa impresión. Eran mayores de sesenta y no querían poner en peligro su lugar ni ser una influencia desestabilizadora. Fue durante las siguientes semanas que, a ellos y a mis hermanos, se les ocurrió un plan. Fue estupendo que por medio del ejemplo de amor, fe y valor que vieron en mis hermanos, los dos aceptaran al Señor en su corazón como su Salvador personal y Amigo.

Contactaron a algunos de sus amigos influyentes y fueron al internado. Tras una serie de eventos consiguieron la tutela de los tres niños más pequeños. Para entonces yo tenía más de 18 años, y por lo tanto se me consideraba una adulta, aunque todavía me tenían en el internado. Se enojaron muchísimo conmigo y me trataron con mayor dureza después de que escaparon mis hermanos, y ahí es cuando estaba segura de que me enviarían a un campo de trabajos forzados. No me importaba, sabía que el Señor me cuidaría, o me llevaría a Casa, pero me preocupaban mis hermanitos y quería asegurarme de que estaban bien cuidados.

Pero cuando parecía que lo inevitable ocurriría, mis tíos abuelos aparecieron, y debido a su posición e influencia, las autoridades del colegio no tuvieron otra opción que ponerme también bajo el cuidado de ellos. Fue un reencuentro feliz, cuando vi a mis hermanos más pequeños entrar por la puerta. Los había visto fugazmente de vez en cuando, pero no se me había permitido hablar con ellos. El recinto era grande y no se permitía que anduviéramos por donde quisiéramos. Mi hermana estaba más cerca, pero nuestro contacto personal fue muy limitado. Estábamos muy contentos de vernos de nuevo, y nos abrazamos y lloramos. No podía dejar de agradecer al Señor en mi corazón por todo lo que Él había hecho. Decidí guardar silencio al respecto, sin querer arriesgarme a que nada se interpusiera entre nosotros y nuestra libertad actual, la libertad de vivir juntos de nuevo como una familia.

Nos llevaron a la casa de nuestros tíos abuelos. Se convirtieron en nuestros padres y abuelos, y fuimos muy felices los siguientes años. Mantuvimos en nuestro corazón la fe y el amor del Señor, leímos juntos la Biblia y con el tiempo, también conquistamos a otros para el

Señor. Seguimos en la clandestinidad y Dios nos protegió de los problemas que continuaban rodeándonos, a fin de que fuéramos una luz para otros que necesitaban de Él.

Mis hermanos mayores se casaron y empezaron su propia familia. Decidí quedarme con mis tíos abuelos y cuidarlos a medida que se hacían más viejos, para pagarles por la bondad que nos habían manifestado. Juntos pasamos muchos momentos estupendos en los últimos años de su vida.

Me casé cuando tenía más de treinta años, después de que los dos se habían muerto. Tuve dos preciosos hijos. Me esforcé por criarlos en la disciplina y amonestación del Señor. Sin embargo, me parecía que ya había criado una familia, pues había cuidado a mis hermanitos y los había visto crecer y llevar una buena vida.

Cuando llegó el momento de que partiera de este mundo y de que entrara al Reino de Mi salvador, estaba feliz, sabiendo que hice lo que pude, y que vi el fruto de mi vida y trabajo, los cuales dejaba tras de mí. Jesús nunca me falló a mí ni a mis seres amados. Tuvimos épocas difíciles, pero Él siempre nos guardó a través de ellas, y vivimos para contarlo y para guiar a otros a Él y a Su amor.

39. ¡Deja Ir a Mi Pueblo!

Tamara estaba acostada metida en su saco de dormir. Reflexionaba en las palabras con las que había despertado de su sueño profundo. Las palabras parecían ser parte de un sueño, o tal vez eran una advertencia. No sabía por qué, pero se había despertado súbitamente al oír una voz retumbante que le decía: «¡Deja ir a Mi pueblo!»

Se rió entre dientes y pensó: «He contado a los niños demasiados relatos de Moisés y el faraón a la hora de acostarse». Pero había algo urgente en esas palabras. ¿Y por qué había despertado con esas palabras tras unas pocas horas de sueño?

—Jesús —suspiró—. ¿Tratas de comunicarme un mensaje? ¿Me decías algo? Invoco las llaves de la revelación para que me den entendimiento y clarividencia.

Tamara se quedó acostada sin moverse, mientras la tranquila voz de su Esposo y Pastor amoroso la cubría. Era una advertencia, una señal, a fin de que estuviese preparada, pero más que nada era para asegurarle que Él cuidaría de los Suyos. Con aquellas palabras que constituían una promesa, Tamara se volvió a dormir con gran felicidad.

* * *

—¡Los tenemos rodeados! —dijo una voz retumbante. La proclama atrevida resonó en la cueva que temporalmente se había convertido en el lugar de descanso de un grupo de más de 30 personas con quienes Tamara viajaba.

—¡Si se resisten emplearemos la fuerza! —continuó la voz.

Los renegados se acercaron más unos a otros en el interior de la cueva principal. Muchos rostros denotaban ansiedad y temor.

—Creo que este es el fin, Tamy —dijo Mateo.

Los dos se habían convertido en los líderes de facto de aquel grupo de renegados que se oponían a la dominación mundial por parte del Anticristo y sus fuerzas.

—Sí, ¡creo que ha llegado el momento de la verdad! — contestó Tamara. Sonrió a Mateo, cerró los ojos y levantó los brazos para alabar por la victoria que se les había prometido.

Segundos después, Tamara sintió una súbita corriente de poder que le pasaba por el cuerpo. Abrió bien los ojos. Un brillo no terrenal la rodeaba por completo. Caminó hacia la entrada principal de las cuevas. Mateo pidió a los demás que siguieran a Tamara.

—DIOS DICE: ¡DEJA IR A MI PUEBLO! —proclamó Tamara en voz alta—. ¡DEJA IR A MI PUEBLO!

Al principio los soldados la miraron y vacilaron. Luego, quedaron confundidos. El oficial al mando gritó enojado a los soldados:

—¡Fuego!

—¡DEJA IR A MI PUEBLO! —dijo la voz retumbante de Tamara, mientras alzaba una mano.

Las balas pasaron zumbando por el aire, dirigidas a Tamara y al grupo detrás de ella, solo para chocar en el escudo invisible que estaba frente a ellos.

Mateo sonrió y susurró:

—Una burbuja impenetrable de protección. ¡Quién lo pensaría!

—¡FUEGO DE NUEVO! —rugió el funcionario, solo para ser silenciado por la súbita parálisis que le recorrió la espalda. No salió otra orden de sus labios, pues cayó al piso.

Al ser testigos de aquel espectáculo, un puñado de soldados bajó sus armas y cayeron de rodillas, temblando de temor por los súbitos castigos de Dios. Los que intentaron volver a disparar al grupo de renegados, no pudieron moverse. Ninguna otra arma volvió a dispararse.

Tamara se acercó hacia el grupo de soldados. Los asustados soldados, que habían bajado sus armas, se apiñaron.

—No teman —dijo Tamara mientras se acercaba a ellos—. Hoy Dios los ha librado.

Puso las manos sobre ellos, y la paz de Dios los lavó, los libró de la oscuridad que había ensombrecido su vida por tanto tiempo. Con lágrimas en los ojos humildemente aceptaron a su amoroso Salvador en su vida.

Mateo, Tamara y el grupo de rebeldes alzó los brazos para alabar. Sin duda, el poder de Dios fue grande, pues nuevamente había librado a Su pueblo de las garras de la oscuridad.

* * *

(*Jesús:*) Al igual que ocurrió a la chica de esta historia, les pasará a ustedes: Cuando les diga que hagan un milagro, sentirán que Mi poder los insta y nada los podrá detener. Serán tan fuertes en la fe y tendrán tan buena práctica en sus armas que no vacilarán ni temerán: creerán, actuarán, obedecerán y ocurrirán milagros. Esto les dará un gran incentivo para practicar y volverse diestros en el manejo de las nuevas armas de la actualidad, porque en esos días, ¡necesitarán ser expertos!

40. Como Engañador, Pero Veraz

Tomás suspiró. Actualmente, muy poco era de la manera que esperaba. Gran parte de su vida había esperado con ilusión esta época, en que tendría poderes sobrenaturales y podría hacer maravillas, pero a Tomás le daba la impresión de que lo único increíble que era capaz de hacer era permanecer con vida.

Se había enterado de las hazañas que otros llevaban a cabo y la manera milagrosa en que escapaban y las conversiones milagrosas que ocurrían. «Creo que no soy uno de los elegidos. Soy un ser humano común con poderes muy ordinarios. Lo siento, Señor, no soy de los que tienen la clase de fe necesaria para ser de gran ayuda a alguien en el Tiempo del Fin».

Fue una época difícil para Tomás; le asediaban muchas dudas y temores. Se las había arreglado para pasar por la barricada con guardias que estaba puesta en lo que quedaba de la ciudad y ahora descansaba por un momento en las ruinas de lo que una vez fue el bello hogar de alguien. Estaba seguro de que un guardia lo había visto. Pensó: «Qué extraño. Ni siquiera ha tratado de disparar contra mí».

Tomás miró a su alrededor entre las ruinas de lo que fue una buena mansión. ¿Quién había vivido allí? ¿Dónde están ahora? Tanto si habían sido buenas personas como si habían malas, ¡todas sus esperanzas y sueños ahora eran escombros inútiles! Bueno, no del todo inútiles, pues le servían de escudo de la temida vigilancia de los *cuerposcopios* portátiles que llevaban los soldados.

Se afirmaba que con esos nuevos aparatos podían ver por las paredes, incluso las de metal, y detectar la presencia humana debido a una especie de onda que despierta el cuerpo. Tomás sonrió y pensó: «Pues bien, ya debería haber muerto unas doce veces, ¡si esos aparatos fueran tan buenos! Además, si me pueden ver aquí sentado, ¿por qué no me vuelan por los aires? Tal vez no quieren desperdiciar proyectiles en un solo chico». Las reducciones de presupuesto del ejército han hecho que baje drásticamente el número de bombardeos que pueden hacer.

«Bueno, Señor, ¡lo mejor es que actúe ahora! Me dijiste que viniera a esta ciudad porque los Tuyos estaban atrapados en alguna parte aquí y tenían gran necesidad de mi ayuda. No tengo idea de dónde podrían estar ni cuántos son, pero al juzgar por el número de soldados que hay en este lugar para limpiar la zona, da la impresión de que los militares piensan que hay muchos de los nuestros. Jesús, parece que voy a necesitar la fe de Moisés en el Mar Rojo, de Elías que pidió al Cielo que enviara fuego, y la ayuda de los ejércitos de Dios que ayudaron a Eliseo, si es que voy a hacer algún bien aquí».

Una ametralladora se disparó con dirección al sur, lo que recordó a Tomás que lo mejor que podía hacer era hallar a quien sea que Dios le dijo que estaría en ese lugar y empezar a averiguar cómo sacar a esas personas de allí. «Señor, ¿dónde podrían estar?» Una palabra de pronto le cruzó por la cabeza: «Cárcel». Exclamó: «¡Una cárcel! Sí, probablemente es eso». Con toda la persecución y luchas que había habido en esa ciudad, cualquier cristiano medio decente podría haber sido arrestado por hacer proselitismo y habría sido encarcelado por el bien del público, y a decir verdad, ¡por su propio bien!

Tomás se metió una mano en el bolsillo y sacó un mapa de la ciudad; el mapa estaba un poco hecho jirones. Luego de unos momentos de confusión al estudiar el mapa y tratar de entender lo que habrían sido aquellas ruinas que lo rodeaban, encontró un viejo letrero retorcido y doblado que sobresalía por debajo de un muro derribado. *Avenida Melbourne y Calle Cruz*. Pensó: «¡Vaya! Eso significa que el centro correccional debe estar a unas cuadras por allí».

Se metió el mapa en su saco y se dirigió a aquel lugar. Era una mañana otoñal fría y seca; el sol brillaba en lo alto del cielo, lo cual lo ayudaba. La marcha fue lenta, seguía el camino de lo que otrora fueron calles concurridas, donde ahora había filas de coches destruidos y quemados, hoyos grandes y lo que quedaba de la guerra.

Los rebeldes se habían quedado en esa ciudad por un tiempo, pero su fin fue inevitable pues el peso entero de las fuerzas militares de Un Mundo por la Paz había caído sobre ellos. Tomás trató de ser tan

cuidadoso y actuar con tanta oración como le fue posible; sin embargo, aunque fue muy cauteloso, no escapó a los ojos de un *monio*.

A menos que hayas tenido un encuentro con un *monio*, no tienes idea del problema que puede causar. *Monio*, por supuesto es un diminutivo de *demonio*. Me refiero a un loco, a un poseído por un demonio. En tal estado, esas personas pueden ser sobrenaturalmente inteligentes, muy hábiles y astutas para hacer el mal. El *monio* se acercó a hurtadillas por un pasadizo estrecho por el que sabía que era posible que pasara su víctima. Tenía el hacha lista para matar, mientras esperaba en ese silencio de locos, preparado para saltar y matar a Tomás mientras este último se dirigía a la prisión.

De pronto, Tomás se detuvo. Se sentía inquieto. Algo andaba mal. Instintivamente se agachó. Vio el tenue brillo de un alambre de bomba, el que casi no se veía por el angosto camino que tenía por delante, y pensó: «¡Qué tonto soy! Los rebeldes han estado aquí y han instalado otra bomba trampa para hacer volar a los enemigos si entran por aquí».

Tomás estudió la situación y decidió que lo mejor sería tomar una ruta más difícil, así que se dio la vuelta y empezó a ir por otro camino. Acababa de pasar por un gigantesco bloque de concreto cuando oyó un grito espeluznante que provenía de donde había estado, y luego un rugido ensordecedor mientras parecía que la tierra se movía y escombros eran lanzados por todas partes.

Tomás fue arrojado al suelo, pero no resultó lastimado, pues estaba protegido por el gigantesco bloque de cemento por el que acababa de pasar. Tomás era curioso, pero no quiso mirar atrás, sino que siguió adelante, preguntándose qué habría ocurrido. «Alguien debe haber hecho estallar la bomba trampa». Dio gracias al Señor porque no fue él y que había sido protegido de la explosión por aquel bloque de cemento. Fue otro de los pequeños milagros que hace Dios.

Gracias al Señor, el resto del camino fue un poco más fácil de seguir y Tomás logró llegar bastante rápido. Asombrado, vio que el centro correccional no había sufrido grandes daños. Se acercó con

precaución. Las puertas de entraba estaban abiertas y el pequeño puesto de los guardias estaba vacío. Daba la impresión de que sus ocupantes huyeron cuando empezó el bombardeo.

Tomás entró. Luego de unos instantes gritó:

—¿Hay alguien ahí?

Pensó: «Qué pregunta tan tonta. Y ahora cada francotirador de la zona sabe dónde estoy».

Sorprendido, oyó que le respondían:

—¡Aquí estamos!

Pasó por un muro parcialmente derrumbado. Tomás podía ver que en una celda lejana se veían las figuras de personas que se movían, que se levantaban y lo llamaban. ¡Eran hombres, mujeres y niños!

La fetidez casi hizo que cayera al suelo. Las puertas estaban cerradas con llave. «¿Cómo las abriría?» ¡No podía! En poco tiempo aquellas personas morirían si él no encontraba una manera de ayudarlos a escapar. «¿Cómo podría ayudarlos?» Las tropas AC habían rodeado la ciudad y estaban a punto de conquistar y destruir a los rebeldes que encontraran.

Tomás miró aquellos rostros que lloraban, que suplicaban, y de pronto supo qué tenía que hacer. Parecía casi una locura. Con toda la tranquilidad que pudo, dijo a los prisioneros:

—Voy a ir a tratar de conseguir ayuda para sacarlos. Pero todos deben orar. Sé que ya han estado ayunando, pero necesitaré de las oraciones de ustedes.

Tomás rápidamente explicó su plan; por lo menos la parte que el Señor ya le había revelado.

Tomás volvió a la periferia, donde se encontraban los soldados cerca de donde él había llegado. Llevaba un palo largo al que había atado una tela blanca. Estaba a punto de llegar a donde lo podían ver, y el Señor le indicó que se quitara la ropa y se quedara en calzoncillos.

Hacía frío, pero hizo lo que se le indicó. Se veía extraño cuando apareció ante los soldados del puesto de avanzada.

—¡Mira! ¡Uno de los rebeldes quiere rendirse!

—¡Disparen a ese bastardo! —gritó uno.

—Es una trampa. ¡Está cargado de explosivos! —gritó bruscamente otro.

—¿Cómo podría estar cargado de explosivos? —se preguntó otro—. ¡Está casi desnudo y hace frío! Veamos qué quiere.

¡Tomás oraba con toda el alma! Y empezó a decir:

—No he venido a salvar mi vida. Sino a pedirles que rescaten a las personas que fueron encarceladas por amor a ustedes y que ahora no tienen comida ni agua y esperan que ustedes vayan y las rescaten.

—¡Eres un rebelde mentiroso y canalla! Son palabras bonitas, pero ya tuvimos bastante de sus bombas, trampas y trucos. ¡El único rebelde bueno es el que está muerto!

—¡Esperaba que fueran más inteligentes! ¡Los que los apoyan morirán si se quedan aquí sin hacer nada! Ustedes son personas duras si ni siquiera demuestran misericordia a los suyos.

Se cruzaron palabras acaloradas hasta que la persona que obviamente estaba al mando levantó una mano.

—Tráiganmelo. Tal vez revele la verdad después de un poco de tortura y nos diga dónde están los rebeldes y qué se proponen hacer.

Luego arrastraron a Tomás, que temblaba de frío, y lo pusieron en un refugio cercano. Lo sentaron en una silla y lo ataron. El hombre mayor entró y se sentó frente a él.

—¡Ahora quiero que me hables con la verdad!

Tomás le dijo que era un civil, que no había participado en la lucha para nada. Explicó que había pasado por el puesto de guardias y que había llegado al centro de la ciudad, donde había encontrado unas

buenas personas que necesitaban que las rescataran. No había visto rebeldes para nada, pero casi había pisado una bomba trampa. Al final, encontró personas en la cárcel de la ciudad: Eran hombres, mujeres y niños, todos encerrados y abandonados para que murieran allí debido a su lealtad al gobernante supremo. Él no podía librarlos pues las celdas estaban cerradas con llave, así que había vuelto para rogar a los soldados que ayudaran.

El hombre guardó silencio por un buen rato. Estudió a Tomás de cerca y lo miró profundamente a los ojos. Por fin, como si de repente fuera impulsado a actuar, dijo:

—Muy bien, ¡iré a ver a tus prisioneros! Pero tú irás delante de los soldados que envíe. ¡Y serás el primero en morir en caso de que se trate de una trampa! De todos modos, pronto entraremos a la ciudad, así que lo mejor es que sea ahora.

Para entonces, Tomás temblaba por el frío, y luego de reflexionar, el oficial dijo bruscamente a un soldado que se encontraba cerca:

—¡Consigue algo de ropa para este hombre!

En poco tiempo, Tomás estaba muy bien vestido de militar, marchaba frente a una recelosa patrulla de avanzada. Pensó: «Dios, no dejes que me dispare algún francotirador rebelde mientras entramos a la ciudad».

Aquella incursión no podría haber sido mejor. Los soldados en poco tiempo liberaban a los cristianos. Estos últimos también hicieron muy bien su parte. Dieron gracias y alabaron mucho a sus gloriosos liberadores.

En poco tiempo, se abrió un paso. Los soldados dieron alimento a la gente y los pusieron en camiones para que los llevaran a un campamento de refugiados partidarios del gobierno.

Con lágrimas en los ojos, Tomás dio gracias al Señor por Sus milagros y porque literalmente Él aderezó mesa delante de ellos, en medio de sus enemigos.

Tomás pronto buscó formas de escapar de sus nuevos «amigos». ¡Pero aún no tenía esa suerte! Al ver que Tomás había sido tan fiel a la verdad y valiente, el hombre de pelo canoso decidió que sería un buen soldado de patrulla de reconocimiento y lo asignó a una división.

«¡Señor! Esto sería lo último que hubiera esperado o querido en la vida, pero voy a confiar en Ti y en Tu sabiduría. [...] Ah, dicho sea de paso, si puedes darme algunos de esos poderes sobrenaturales del Tiempo del Fin, ¡ahora sí que podría utilizarlos!»

(Tal vez este relato continúe...)

41. Liberación Inexplicable

Era una noche de invierno, fría, gris y deprimente. La nieve casi llegaba hasta los techos, y reinaba el silencio. Entonces, me di cuenta de que algo se movía afuera por entre la nieve.

Momentos después, la puerta se abrió de golpe y entraron tres hombres enmascarados que llevaban ametralladoras y rifles. Nos pusieron a todos en el cuarto principal, y empezaron a buscar en nuestra casa. No dijeron por qué estaban allí, ni qué buscaban.

Después de casi media hora, nos llevaron en una camioneta y nos arrojaron en la cárcel. Dijeron que estábamos arrestados por sedición y actos de traición contra el gobierno. Esos cargos, por supuesto, eran ridículos. Nos odiaron porque nos atrevimos a profesar nuestra fe en Jesús y testificamos acerca de Su amor, pese a la prohibición del gobierno AC que había llegado al poder. Al día siguiente, lo más importante de las noticias fue que una secta había sido arrestada por actividades sediciosas contra el gobierno.

¿Qué podríamos hacer? Estábamos en la cárcel y no podíamos ponernos en contacto con nuestro abogado ni con ninguno de nuestros amigos. Afortunadamente, nos pusieron a todos en la misma celda. Así pues, esa noche todos oramos e invocamos una victoria

para el Señor por medio de esta situación, y para que se convirtiera en un testimonio para Él.

A las dos de la mañana, más o menos, un hombre entró a nuestra celda. Llevaba puesto un pasamontañas* negro. Tenía una ametralladora en una mano y parecía que nos llevaba a un lugar para ejecutarlos. Dijo con voz muy autoritaria:

—¡Levántense! (*pasamontañas: especie de gorra que cubre el cuello y las orejas. Solo queda a la vista el rostro o parte de este.)

Luego nos llevó al patio y nos sacó por las puertas, que estaban abiertas.

Seguidamente, en un tono de voz más amable dijo:

—Pueden irse. Tomen estos boletos. Tomen el siguiente tren que salga de este país. Harán mucha falta en su próximo destino.

Pues bien, hicimos exactamente eso. No tuvimos problemas para irnos y llegar a la estación apenas cinco minutos antes de que el tren partiera. Casi sin darnos cuenta, estábamos de camino. En voz baja alabamos al Señor por Su milagro de protección y por sacarnos de la cárcel.

* * *

Más adelante nos enteramos, por medio de un amigo nuestro, que la prensa dio mucha atención a nuestro escape misterioso de la cárcel, y que aunque estábamos custodiados, habíamos desaparecido misteriosamente aquella noche. Alabamos al Señor y le dimos gracias por enviar a Su ángel que nos librara. Y por cegar los ojos de nuestros captores. ¿Y nuestro próximo destino? El país vecino escandinavo, donde sin duda el Señor se valió de nosotros para entregar Su amor y salvación a muchas personas.

* * *

(*Jesús:*) Sea lo que sea que te pase, sean cuales sean las situaciones en que te encuentres, recuerda que he puesto ángeles en

tu camino que te acompañan en cada curva, en cada misión, en cada encuentro. Te he dicho que el mundo físico y el espiritual tendrán un enfrentamiento. Así será, Mis amores. En esos Últimos Días verán que sus ángeles caminan entre ustedes. Ten la seguridad de que nunca estás solo. Sea cual sea la situación en que te encuentres, siempre habrá quienes caminen contigo tanto en espíritu como en la carne. En este relato se da testimonio de que esto ocurre.

¡Serán muchos los milagros que haré para librar a Mis hijos! En circunstancias del futuro, incluso volveré a hacer los milagros que ocurrieron en el pasado. Claro, aún en el caso de milagros «que se vuelven a utilizar», con seguridad añadiré un elemento sorpresa y algo nuevo para el milagro, pues soy un Dios de cambio y maravilla. Me encanta ver asombrados a Mis hijos, y los asombraré con las maravillas que llevaré a cabo.

42. Mujer Bonita 2: Enemigo del Gobierno

(Recomendada para mayores de 14)

Keira tambaleaba al caminar con sus zapatos de tacón de aguja, haciendo un ruido seco por el pavimento del callejón. Al mirar hacia abajo, pensó: «¡Me siento como una tonta!», pues llevaba puestas unas botas negras de plástico que le llegaban hasta los muslos, y unas medias de malla de red, con amplios agujeros. También vestía una blusa cortísima, la que a su juicio, revelaba más de lo que cubría.

«Señor, ¿de verdad este es Tu plan? Al vestirme así, como una prostituta, sí que lo utilizo como último recurso a fin de llevar el mensaje a los estratos más altos».

Pero esas fueron las instrucciones que el Señor dio a Keira y a su equipo. El señor Bentley, un joven empresario influyente en la ciudad a quien Keira había conocido y al que le había testificado, quiso encontrarse de nuevo con ella, saber más de las actividades cristianas secretas de La Familia, y hablar con Keira acerca de la fe de ella.

El Señor les había dicho que aquel hombre era una de Sus ovejas perdidas, y que tenía madera de discípulo. El señor Bentley había sugerido ese método en particular para encontrarse, de manera que fuera una especie de disfraz, pues le pareció que era lo menos sospechoso para encontrarse con un integrante de La Familia. En estos días, debido a que el Único Gobierno Mundial gana popularidad en todas partes, uno nunca podría excederse al ser precavido. Incluso su novia, con la que tenía una relación de mucho tiempo, había empezado a hacerle preguntas sobre sus intereses religiosos, y quería saber quiénes eran esas personas que le daban mensualmente las revistas *Conéctate* que ella encontraba por la casa.

Así fue cómo Keira se encontró vestida como una prostituta callejera y de pie en una esquina de una parte oscura de la ciudad. Mientras esperaba, conoció a unas prostitutas que estaban en la misma calle, y logró discretamente darles unos folletos y testificarles un poco.

Un automóvil de lujo, de color azul oscuro, pasó lentamente cerca del borde de la acera. Keira se acercó al vehículo y el señor Bentley bajó la ventana automática. Durante una conversación informal fingieron que negociaban un precio por los servicios de ella.

Keira pasó los dedos de las manos —con uñas largas y pintadas de rojo— por las curvas lisas del automóvil. Notó que en un lado del auto había un emblema con alas. Preguntó con toda naturalidad: «Se llama igual que tú, ¿no es cierto?»

—Así es. Es uno de los últimos motores Bentley —el presidencial—. El interior está cubierto de cuero y tiene todo lo más moderno. Pero, por favor, llámame Hans.

Luego de decir eso, Keira entró en el vehículo. Pensó que probablemente era suficiente conversación sobre temas triviales para fingir que «negociaban».

A medida que aquel automóvil «presidencial» recorría las calles de la ciudad, y que luego subía por las colinas hacia su apartamento privado, Keira oró con fervor y en silencio para ese rato que pasaría

con Hans. «Tierno Amante, te ruego que sea un rato de calidad en la testificación. Ayúdame a llevar a este hombre a Tu presencia. También ayúdame a mantenerme alerta para que preste atención a Tus avisos. Invoco las llaves de protección sobrenatural».

* * *

Pocas horas después, tras un rato alentador de testificación y de estudio de la Biblia alrededor de la mesa del comedor, Keira oró con Hans para que aceptara a Jesús en su corazón y recibiera Su salvación. Quedó fascinado al escuchar los relatos emocionantes de los milagros, escape y testificación que Keira y su equipo habían experimentado en esa ciudad, desde que había llegado al poder el que llamaban el *Anticristo*.

—Así que ¿recibes instrucciones directamente de Jesús? No puedo imaginarme el nivel de espiritualidad que tienes que tener a fin de ser un medio para transmitir Sus Palabras. Estoy seguro de que jamás podría hacer eso.

—¡Ah! Pero no tengo nada que ver en eso —respondió Keira—. Deberías haber visto cuando empecé a pedir al Señor que me hablara de esa manera. Yo misma lo ponía siempre en duda. Pero no tardé mucho en darme cuenta de que, al no tener voluntad propia y al pedirle que pasara por alto mi razonamiento carnal, Él siempre da las soluciones, si bien es cierto que a veces da planes muy poco convencionales, como puedes ver.

Hans y Keira se rieron al mirar la ropa de Keira y todo el maquillaje que se había puesto. Se había quitado la peluca de pelo corto y pelirrojo. La cabellera larga y rubia ahora caía como una cascada sobre sus hombros.

De pronto, Keira sintió movimiento afuera del apartamento. No estaba segura si en realidad había escuchado un sonido, o si fue su sentido espiritual y conexión estrecha con el Señor que se había manifestado, pero definitivamente sintió un peligro.

—Hans, algo no anda bien —le dijo mientras se volvía a poner la peluca y a meter el cabello rápidamente dentro de la peluca. Siguiendo las instrucciones que el Señor le daba en ese momento, añadió en voz muy baja—: Tenemos que fingir que hemos... ¿me entiendes?...

Hans entendió de inmediato. Se desabotonó la camisa, se quitó los zapatos, se despeinó y se esforzó por desarreglar también lo que le rodeaba.

Keira lo empujó hacia el sofá y se sentó frente a él a horcajadas sobre su regazo. Empezaron a besarse apasionadamente. Hans — que en parte quería respetar la privacidad de Keira, pero las circunstancias permitían un poco de placer—, deslizó sus manos bajo la falda de ella y recorrió con los dedos más arriba de las correas del ligero y le acarició la piel tersa de las caderas.

En ese instante, de repente seis soldados entraron con furia al apartamento. Apuntaron con las ametralladoras, gritaron y buscaron a sus ocupantes. Cuando los soldados vieron a Hans y Keira en el sofá, se quedaron un poco avergonzados y se retractaron, preguntándose si habría sido un error.

—¿Quién eres? —preguntó a Keira el que parecía el líder del grupo.

Keira se separó de Hans. Se puso de pie a toda la altura que le permitían sus zapatos de tacón alto de 15 cm. Se arregló la falda sugestivamente y con voz zalamera, dijo:

—Me llamo Candy. ¿Por qué tanto alboroto? Un momento, no me digan... ¿Vinieron a probar una muestra gratis? Y Keira sonrió de manera sumamente encantadora.

El oficial encargado se quedó desconcertado debido a que ella se veía muy confiada. Dirigiéndose a Hans, se disculpó:

—Disculpe, señor Bentley. Un informante de su casa nos dijo que usted tenía contacto con personas que se sabe se rebelan contra el gobierno, y que hoy se encontraría con una de ellas. Comprende usted, claro, que tenemos que seguir todas las pistas de lo que pondría en

peligro el que nuestra ciudad se acerque más a la unión del Gobierno Mundial Único. A usted lo han seguido toda la semana nuestros agentes secretos. Esta chica... Candy... es la única persona con la que hasta ahora usted se ha puesto en contacto.

—Me parece que ha habido un error. O que ese supuesto informante los ha engañado. ¿Podría ser que tal vez esto es obra de mi novia, quien está celosa de mis... ¿cómo podría decirlo?... ¿de las *actividades* ajenas a mi trabajo?

Al oficial se le pusieron rojas las orejas. Se aclaró la garganta, y movió los pies con un poco de vergüenza. Pero solo dijo:

—Esa no es información que puedo revelar, señor Bentley.

—Pues entonces, señor —Hans continuó—, me temo que ella los envió a una tontería... y para nada. ¿Usted qué opina? Y aquí no pasa nada, con la excepción de... que atiendo a una amiga.

El oficial miró a Keira una vez. Luego se volvió a dirigir a Hans:

—Muy bien, entonces. Supongo que aquí no hay nadie a quien arrestar. Pero usted necesita resolver el asunto con el «informante de la casa» —aquello lo dijo con énfasis revelador para Hans—. No queremos que nos molesten con cosas que nos harían perder el tiempo cuando podrían llevar a cabo el verdadero trabajo de asegurar nuestra ciudad para esté en condiciones de entrar en el Gobierno Mundial Único.

—Por supuesto —contestó Hans—. De inmediato lo veré.

—Claro que todavía necesito hacer una revisión de rutina de sus tarjetas internacionales de identidad. Las escanearé para ponerlas en nuestra base de datos y en mi informe, entre otras cosas.

El oficial dio una señal a uno de los soldados y le pidió:

—Encárguese de eso, Ruthers. Me voy. ¿Saben? Necesito estar en casa a tiempo para cenar con mi familia.

Tras decir aquello se dio vuelta y salió del apartamento.

—¿Me permiten ver sus tarjetas internacionales de identidad? —preguntó el soldado con algo de brusquedad.

A Keira se le cayó el alma a los pies. Claro que no tenía una tarjeta de identidad internacional. Mientras Ruthers escaneaba la tarjeta de Hans, ella oró en silencio: «Jesús, ¿qué hago? Antes de que terminara la frase, de inmediato oyó la respuesta del Señor.

—Creo que dejé mi bolso en la habitación —dijo Keira mientras hacía un movimiento para indicar una puerta cerrada. Ruthers la siguió por la puerta con su escáner.

Un momento después de que Keira entrara en la habitación, se volvió hacia Ruthers:

—¡Pero qué tonta soy! ¡Lo olvidé por completo! —exclamó riéndose—. Tengo una de esas nuevas tarjetas internacionales de identidad de bisutería. Ya saben de qué hablo... ¿la cosita con el microchip?

—¿En serio? ¿La tarjeta internacional de identidad que se implanta? No las conozco bien. No sabía que ya se habían sacado para el público.

—Bueno, es que antes trabajaba en una oficina del gobierno. Allí era un requisito.

—¡Jum! Bueno, está bien. Creo que este escáner los puede leer. Se supone que está programado para leer una tarjeta y un implante. Sin embargo, aún no lo he comprobado. ¿Dónde paso el escáner?

Keira sonrió. Se levantó un lado de la falda revelando su liguero negro y su ropa interior de encaje. Apuntó a su cadera y dijo respirando de manera audible:

—Apunte aquí, soldado.

Ruthers intentaba con torpeza utilizar el escáner. Pulsó unos botones; la mano le temblaba. No importó que lo que le había dicho ella no tuviera ningún sentido. Lógicamente, el implante jamás se

habría puesto en un lugar poco práctico, inaccesible; pero para Ruthers eso no contaba. Era nuevo en el ejército, y quedó desarmado ante el encanto y belleza de Keira, sin mencionar la vista del liguero.

Presionó unos botones repetidamente, pero no recibió respuesta.

—Tal vez necesite acercarse un poco más —propuso Keira de manera coqueta.

El soldado se acercó un poco más. No pasó nada.

—¿Está segura de que está en este lado? —preguntó.

—Sí. Pero puede intentarlo en el otro lado.

Después de unos minutos de bochornosa manipulación y de apretar botones. Ruthers finalmente se dio por vencido y dijo:

—Quizá en realidad este aparato no es compatible con los implantes. Es probable que tenga que venir al cuartel general.

—¿Y si solamente le doy mi nombre y mi número de tarjeta internacional de identidad y usted lo ingresa manualmente? —sugirió Keira.

—Está bien. Eso no va exactamente según el protocolo. Pero en el caso de usted, me parece...

—Gracias —le dijo dirigiéndole otra sonrisa que lo desarmó, mientras pensaba: «Gracias, precioso Esposo, por obrar a través de mí, incluso aunque nada de esto es una característica mía. Sé que no es mi encanto ni nada que provenga de mí. Todo lo haces Tú. Gracias por obrar milagros».

Después de darle un nombre falso y un número falso de tarjeta internacional de identidad, que recibió del Cielo en ese momento, los soldados se fueron del apartamento y se dirigieron a su camioneta.

—¡Tenemos que largarnos de aquí! —exclamó Hans sin aliento a Keira, después de que se cerró la puerta principal—. Salgamos por atrás. Tengo otro automóvil estacionado en el callejón.

Llegaron de prisa al callejón, el cual estaba desierto. Keira miró con admiración el automóvil convertible, de brillante color plateado. Arqueó los ojos al preguntar:

—¿Otro automóvil Bentley?

—Solo lo mejor para los mejores —dijo Hans en broma. Seguidamente le pasó las llaves del auto y añadió—: Ahora es tuyo. Lo mejor es que te acostumbres a conducirlo.

Keira sonrió y se sentó en el asiento del conductor, mientras Hans se sentaba en el lugar del pasajero. El automóvil arrancó con apenas un susurro del motor y se fue rápidamente por el callejón.

—Gracias por el regalo. ¿Por qué tan generoso?

Digamos que tanto tú como tus amigos rebeldes probablemente le pueden dar un mejor uso que yo.

Keira llevó el automóvil a la calle principal y solo entonces vio a los soldados por el espejo retrovisor.

—Parece que te has convertido en un rebelde o algo así, Hans —arqueó los ojos e hizo un gesto para indicar por encima del hombro hacia atrás, al apartamento de él.

—¡¿Qué?! —exclamó, mientras se daba vuelta y veía que los soldados se reunían frenéticamente alrededor de su camioneta. Todos hacían gestos hacia el pobre de Ruthers, que estaba ocupado tratando de explicar lo que había hecho. Parecía que por fin había entrado en razón acerca de aquel asunto del implante y se dio cuenta de que había cometido un terrible error. Entonces, uno de los soldados notó que Hans y Keira salían del callejón, y subieron de prisa a su camioneta para perseguirlos.

—Parece que vienes conmigo. ¿Te parece bien? —Keira le preguntó mientras ponía el pie en el acelerador y corría a toda prisa por una calle secundaria en un intento por zafarse de sus perseguidores.

—Si Jesús lo dejó todo por mí, creo que estaré dispuesto a arriesgarme por Él —hizo un gesto hacia las luces distantes de la ciudad que se veían hacia abajo y añadió—: Al diablo con esa vida. Sácame de aquí.

Keira sonrió a Hans y antes de quitarse la peluca, le aseguró:

—Jesús vale la pena. Créeme.

La brisa tibia entraba por la parte de arriba del automóvil descapotable. El viento hacía que su pelo se moviera y que por detrás recordara la figura de una llama.

Al irse con rapidez y perderse en la tenue luz del crepúsculo, Keira y Hans iban de cara al viento, esperaban con ansiedad las emocionantes aventuras que sabían que les esperaban.

* * *

(Jesús:) Dije que en el Tiempo del Fin llamaría a algunos de los Míos, como a Ester pero de la época moderna, a fin de llevar el mensaje a personas influyentes, que tienen poder, y quienes de otro modo jamás escucharían de Mí. En este testimonio utilicé a una jovencita de una manera un poco parecida.

No pueden tener ideas preconcebidas sobre el Tiempo del Fin. No pueden ser inflexibles en su opinión de cómo será, de lo que pasará, de qué milagros haré. ¡El Tiempo del Fin será muy distinto a lo que hayan conocido! Será una época espeluznante de peligro, de milagros sobrenaturales y de intervención. Me verán y me sentirán como nunca antes. Así pues, no tienen que tener una opinión fija ni teorías al respecto. Sean abiertos a lo que tal vez tenga reservado para ustedes, ¡porque podría ser muy distinto a lo que creen!

¡A cada uno de ustedes le esperan muchas aventuras!

43. Marcos y Nina Al Borde de la Muerte

(Nota: Recomendada para mayores de 8 años)

Lo que les voy a contar podría pasarles a ustedes. Jesús nos ha dado vislumbres del futuro para que veamos cómo será todo aquello y cuántos poderosos milagros Él hará por ustedes. Y este es uno que puedo contarles ahora, para animar su fe y para probarles que por medio de Su poder, todo es posible.

Marcos y Nina habían terminado un largo día de testificación clandestina en el parque de la ciudad. Lo hacían por lo menos una vez a la semana, pues aunque el peligro era grande y eran muy reales las posibilidades de ser atrapados, que se informara de ellos, o que fueran arrestados, sabían que aquel era su llamamiento. Mientras la mayor parte del tiempo empleaban los días trabajando con las ovejas y seguidores que ya tenían además de apacentarlos, el Señor también les indicó que fueran a los caminos y a los vallados para forzar a otros a entrar.

Así habían conocido a muchos proveedores y amigos, y esa era una gran oportunidad para testificar y confiar en Él completamente. Se detenían, preguntaban al Señor con quién debían hablar y cómo abordar a esa persona. Y Él los guiaba en cada ocasión a muchas personas muy receptivas al mensaje.

Un día lluvioso y frío, estaban cansados y no tenían muchos deseos de salir. Sin embargo, oraron y el Señor les dijo que lo hicieran. Cuando estaban afuera, la primera persona con la que hablaron fue muy poco receptiva y el Señor les indicó que fueran a otro lugar. A medida que el día pasaba, conocieron a muchas personas que oyeron lo que tenían que decir y aquel fue el día más fructífero hasta la fecha, con diez almas conquistadas ¡y todas ellas querían volver a verlos!

Marcos y Nina estaban bastante seguros de que cada una de esas personas pronto sería parte de su pequeña iglesia clandestina, donde podrían alimentarlas con *Conéctate* y con todo lo demás que se había publicado y que era muy valioso.

Cuando volvían a su Hogar, notaron que los seguía la persona que no fue receptiva y con la que hablaron al principio del día. O que por lo menos había cambiado de tren dos veces, al igual que ellos. Así pues, se desviaron del camino y tomaron un tren en la dirección contraria. De nuevo, los siguió esa persona. Al poco rato fue evidente que los seguían.

—¿Qué hacemos? No podemos dirigirnos a casa con esa persona siguiéndonos. Pero se hace tarde. ¿A dónde iremos? Ya no podemos ir a un hotel y aprovisionar para que nos hospeden —dijo Nina.

—Oremos —propuso Marcos.

Así que oraron por la protección del Señor y Él los consoló diciéndoles que aunque caminaran en medio del fuego, no se quemarían.

Al poco rato, en el vagón del tren solo quedaban ellos y aquel hombre. Empezó a reírse de ellos socarronamente, diciéndoles que sabía quiénes eran, qué hacían, y que iba a informar a las autoridades de toda la organización de ellos, y que los había seguido por días, que sabía dónde vivían, los nombres y direcciones de todos sus amigos y proveedores, y que ya lo tenía todo listo para presentarlo.

Solo faltaba un detalle y por eso los seguía.

En sus ojos había una luz que no era terrenal, pero que tampoco era celestial. Era casi como si fuera un mal penetrante. Luego empezó a acercarse a ellos, gritándoles por llevarse a su novia y por pervertirla con sus doctrinas.

—Tengo una vendetta personal contra ustedes dos. ¡Estoy aquí para encargarme de eso! —exclamó, mientras empezaba a escupir espuma. Nina dio un grito ahogado al ver que él tenía un cuchillo en la mano. Era un hombre grande y ninguno de los dos podría escaparse. Se acercó y agarró a Nina de la mano, la empujó hacia él, y luego la agarró de la garganta, apuntándole la garganta con el cuchillo.

Marcos oró. Luego recordó el versículo que habían recibido antes. «Cuando pases por el fuego, no te quemarás». Y le vino a la memoria otro versículo: «Abre tu boca, y yo la llenaré».

Marcos invocó las llaves de fuerza, protección y fe, e hizo lo que le había sido ordenado. En ese instante una gran ráfaga de fuego salió de su boca, tanto así que fue como una explosión que arrojó a Marcos hacia atrás, al otro extremo del vagón del tren.

Cuando se levantó, buscó a Nina. Allí estaba de pie, sin haber sufrido ningún daño. Ni siquiera tenía olor a humo, a pesar de que la ráfaga de fuego había sido muy fuerte, caliente y potente, y había sido dirigida a ella, pues el hombre la empleaba como un escudo humano. Pero detrás de ellos estaba la figura desplomada y quemada de la persona poseída por un demonio que intentaba matarlos. Junto a aquel cuerpo estaba la agenda electrónica PDA que contenía los documentos con la lista de todos los nombres, números telefónicos y lugares donde estaba cada uno de los Hogares y amigos de toda la zona.

Así pues, ¡el Señor no solo los libró de la muerte y el daño, sino que salvó a todos los Hogares también de lo que intentara detener su obra para Él, las almas conquistadas y la oportunidad de conquistar a más personas para Su Reino!

* * *

(Jesús:) Este es un ejemplo más explícito de Mi protección y las situaciones que algunos de ustedes pueden encontrarse. Tienen que darse cuenta de que durante el Tiempo del Fin estarán combatiendo al Diablo encarnado. El Diablo habrá poseído totalmente al Anticristo, y lo que haga contra ustedes será para el propósito de una completa erradicación.

Ya les dije que durante esos días el Diablo desatará sus demonios sobre la Tierra, y esto lo permitiré por un tiempo. Estos demonios andarán por la Tierra y poseerán a los hombres de Satanás en varios grados, en un intento por lograr su objetivo de la toma del poder del

mundo. Será una época muy oscura en la Tierra. Habrá más amantes de la oscuridad y más lugares donde habiten demonios.

¡Pero todo esto solo hace que Mi luz y Mi poder y espíritu dentro de ustedes resplandezca incluso más! Todo esto solo hace que Mi fuerza incluso sea más potente y notoria. No importa cuánto se les oponga un demonio, ustedes tienen el poder de la mano poderosa de Dios a su alcance por medio de las llaves que poseen. Tienen que entender que en esos días de gran necesidad y desesperación ustedes verán y sentirán clara y físicamente el poder que poseen con mucha mayor intensidad que nunca antes.

No necesitarán preguntarse si el poder les dará buen resultado a ustedes, simplemente lo sabrán. Será como encender la luz. Ya saben que la luz estará allí cuando la necesiten. Aunque hay un elemento de peligro en este relato, ¡la magnitud de Mi poder es mucho mayor! Se han acostumbrado a escuchar de los milagros que haré para ustedes, de modo que a veces los milagros pueden destacar incluso menos que los peligros que podrían enfrentar.

Pero tienen que darse cuenta de que en el Tiempo del Fin su poder será indescriptible. Verán el poder de las llaves y lo sentirán que sale a través de sus manos. Se reirán frente al temor, porque el poder que tienen en las llaves puede hacer que todo obstáculo vuele en mil pedazos.

Aunque tal vez algunos tengan temor de lo que les espera en el Tiempo del Fin, de todos modos anhelan escuchar que se les asegure de los milagros que haré para ellos, sea cual sea la situación. Deseo describirles a ustedes los testimonios de los milagros en toda escala imaginable. He descrito los milagros de provisión, milagros de liberación de la cárcel, milagros de escapar del mal, milagros de protección al pasar por el territorio del Enemigo, y por medio de este testimonio les describo el milagro de liberación de la muerte. Es un milagro formidable, y les daré esta clase de liberación a ustedes, Mis hijos, muchas veces. Tienen un trabajo que hacer, y me encargaré de

que se les dé toda la vida y el tiempo que necesiten para vivir plenamente lo que sea su destino.

44. Nunca me Atraparon

«¡Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos!» Ah, qué cierto es ese versículo. Grande es vuestra recompensa por ser perseguidos por causa de nuestro amado Salvador. Lo sé bien y estoy aquí para dar mi testimonio, el de uno que fue perseguido y vivió para contar lo que ocurrió.

Me llamo Claudius. Fui solo una persona humilde, alguien que no tuvo gran importancia a los ojos del mundo; pero eso no le importa a nuestro tierno Protector. Viví en los días de las persecuciones romanas, cuando ser cristiano se castigaba con la muerte. Parecía que disfrutaban al encontrar formas horribles y morbosas de torturar y matar gente. Huelga decir, era una época aterradora.

Fui un herrero y los clientes que llegaban a mi taller me contaban muchas historias. Un día, oí hablar de un hombre que se llamaba Jesús. Me dijeron que había sido asesinado y que se levantó de los muertos. Me pareció extraño. Había oído muchas otras historias y muchas otras aventuras, pero ninguna parecía destacar tanto como ese relato de Jesús.

Ahora, solo para dar testimonio del poder de la misericordia y la gracia amorosa de nuestro Salvador, les cuento que Él encendió la fe en mi corazón a partir de unas cuantas anécdotas extrañas que llegaron a mis oídos, y creí. Y para cuando los otros cristianos llegaron a Roma —los que no solo creían, sino que sabían lo que creían y podían enseñar a otros— estuve listo, y los acepté con los brazos abiertos.

Al enterarme de que en Roma había discípulos de Jesús, tuve deseos de aprender más, y a la larga, me bautizaron y empecé a asistir a las reuniones secretas de los cristianos. Nos encontrábamos en distintos lugares, y a menudo en las casas de diferentes personas,

dependiendo del tamaño del grupo y la seguridad del lugar. A veces, nos encontrábamos en la villa de un noble. En otras ocasiones, en un lugar desierto en las afueras de la ciudad; de vez en cuando, nos encontrábamos en la parte trasera de mi taller.

En una de esas reuniones el Señor me libró de las manos de nuestros perseguidores. La situación se había vuelto más peligrosa para nosotros. No sé por qué, pero los romanos pensaron que éramos una amenaza para el imperio, y supongo que lo fuimos. Es más, ahora estoy seguro de que fuimos una amenaza, pero en aquella época no veía cómo unas cuantas personas humildes que predicaban el amor podrían ser una gran amenaza. Pero lo que no podía ver era la guerra espiritual que ocurría, y que en efecto éramos una amenaza a los planes del Diablo, el que quería destruir nuestro testimonio para el Señor.

Una noche, habíamos decidido encontrarnos en las afueras de la ciudad. Alabábamos pacíficamente a nuestro Señor y teníamos comunión unos con otros, cuando de repente nos rodearon soldados romanos. No había forma de escapar, pero en la confusión del momento oí Su voz, un silbo apacible, que me decía que me escondiera detrás de un arbusto y que me agachara. Así lo hice, y asombrado, vi que los soldados pasaron junto a mí. Sentí alivio al ver que no era capturado, pero no fue esa la voluntad del Señor para algunos de mis amigos.

Es posible que quieras saber por qué no fui capturado. Y si no, yo sí quise saberlo. Todo lo que puedo decir es que el Señor tenía otros planes para mí y que no había terminado mi misión. Doy testimonio de que pase lo que pase, Él te cuidará o te llevará, según Su voluntad, y de cualquier manera es algo bueno. Si ha llegado el momento de que partas, te dará la gracia para morir como mártir, como lo hizo en el caso de los que no escaparon. Y si no es el momento de que mueras, entonces te libraré, sean cuales sean las circunstancias.

No había forma de que esos soldados no me vieran. Es más, no había forma de que no me pudieran reconocer en los días siguientes,

cuando me encontraba en mi taller. Todo lo que podía hacer en ese momento era alabar a nuestro querido Señor por Su misericordia y liberación, y orar por mis hermanos que habían sido capturados.

Por un lado, estaba contento por mi libertad y sorprendido del milagro que había ocurrido; por otro, sufría por lo que le pasó a mis hermanos, y también temía que me mataran y que me capturaran más adelante. Había tantas emociones que giraban por mi cabeza y mi alma, pero doy gracias por ellas, pues durante esa época de crisis se afirmó mi fe. Pasé esa noche en agonía de espíritu, con muchas preguntas en mi cabeza. Pero lo que surgió de la prueba y de las luchas de esa noche fue que el Señor me convirtió en un testigo audaz y sin temor.

Nuestro tierno Señor me sacó adelante y me demostró que no tenía nada que temer. No fue necesario que dudara de lo que ocurría ni que me preocupara de las persecuciones futuras, pues Él era más que capaz de cuidarme. Todo lo que necesitaba hacer era tener el denuedo para proclamar Su mensaje en donde el Señor me guiara, y Él se encargaría del resto. Era más que capaz de protegerme, incluso si tenía que cegar los ojos de mis perseguidores, y si no, entonces me daría la gracia para lo que sea que fuera Su plan.

Tuve una larga vida. Nunca caí en manos de mis enemigos. Esa fue mi misión y a donde me llevó el viaje de mi vida. Ese fue el plan del Señor. No fui un gran evangelista ni alguien famoso, pero cumplí con mi parte en el plan del Señor, y Él me recompensó en gran medida, por lo cual doy gracias.

* * *

(Jesús:) La pregunta de por qué has salido con vida y otros no, puede ser tan angustiada como si te preguntaras por qué permití que te arrestaran. En ambos casos, el secreto para hallar paz es tener fe en que sé qué es lo mejor, y permitirme que dirija tu vida en lo que sea que Yo elija.

45. Arsenal del Tiempo del Fin

¡Hola! ¡Feliz Tiempo del Fin! ¡Vaya! Ahora que ha acabado, no puedo decir nada más de lo buenísimo de esa época ¡que fue todo lo que esperaba que fuera! Todos los sueños que tal vez hayas tenido acerca del Tiempo del Fin son endeble y cursis, ¡incluso los más geniales y mejores!, si se comparan con lo verdadero.

Deseo poder hacer todo eso de nuevo, ¡imagínate! Los peores momentos del mundo, pero fue la mejor época de mi vida.

Soy un integrante de La Familia como cualquier otro. Entre otras cosas, cuidé a los niños, testifiqué, recaudé fondos, canté en funciones, hice el aseo en los baños y limpié la nariz de los bebés. No destaqué en nada.

Pero a la hora de la verdad, Dios me llamó para que fuera una de las muchas personas que desempeñaron una parte excepcional en Su plan del Tiempo del Fin. Y me guardó hasta el Final.

No sufrí el martirio. Cuando parecía que finalmente ocurriría, fue el último día de esos tres años y medio... ¡y en realidad había perdido la cuenta de los días! Pero les hablaré de aquel último día.

La situación se había vuelto muy peligrosa. Las comunicaciones con el resto de la Familia estaban interrumpidas. Esa había sido la situación por un tiempo. En realidad, no había forma de saber lo que le había ocurrido a los demás. Los informes de la prensa afirmaban que todos habían muerto o estaban siendo asesinados. Todavía se hacían numerosas búsquedas que eran transmitidas por televisión y los periodistas afirmaban que era la victoria final. Había unos pocos escondites que conocíamos: algunos estaban en tierras inexploradas, otros en apartamentos e incluso algunos en el mismo centro de Jerusalén, lo que no era exactamente la idea que uno tendría de una dominación total por parte de la Bestia.

Nuestro grupo, *Las chicas del Cielo* (así nos hacíamos llamar), había recibido el llamamiento de ir a ese lugar. Aunque era una tarea

de enormes proporciones, el Señor había prometido que velaría por nosotros hasta el final y que ninguna de nosotras moriría.

Fuimos por fe, literalmente. Teníamos que orar antes de dar cada paso y no nos atrevíamos a precipitarnos a sacar conclusiones acerca de nada. El viaje fue muy restringido. No era que podíamos solamente conducir hasta allí o subirnos a un avión para llegar a ese lugar, sin que sonaran todas las alarmas de los adláteres del Anticristo. Por todas partes había afiches de «*Se busca*» con nuestras fotos. Se consideraba una traición el no hacer nada para apresarnos.

El Señor nos protegió milagrosamente durante el viaje. Los amigos que teníamos en la clandestinidad se habían comunicado con todas las personas que conocían y nos dieron ropa a la última moda. Nos esforzamos al máximo por «desempeñar el papel» de turistas sistemáticos. El Señor hizo lo demás. Inexplicablemente logramos pasar sin problemas los puestos de control e inspecciones. Sin embargo, ¡hubo un momento en que tuvimos que dar a los adoradores del Diablo un tratamiento de fuego y azufre! Esos tipos eran muy pesados y estaban muy sintonizados con Satanás. Sabían que veníamos y en qué momento, y todo era cuestión de hallarnos y atraparnos.

La primera vez que nos vieron fue en nuestro transporte y nos siguieron de camino a la ciudad. Cuando nos detuvimos en un descanso, el plan ya se había elaborado para llevar a todo el grupo a un restaurante y matarnos a todos. Podrían hacerlo de incontables maneras. En caso de que algo saliera mal, todo el lugar estaba lleno de explosivos; incluso había un grupo de ellos, demoníaco, que estaba dispuesto a morir junto con nosotros si fuera necesario. Ni siquiera se interesaron por separarnos de los «inocentes», a fin de que no nos pusiera sobre aviso de ninguna manera. Además, no querían arriesgarse a que incluso los que únicamente habían visto nuestras sonrisas y rostros resplandecientes se volvieran también en contra del Orden, ¡así que no debía haber sobrevivientes!

Cuando nos detuvimos y salimos del vehículo, todo se veía un poco extraño e inquietante. En nuestra mente sonaban con claridad las alarmas, la advertencia que nos decía que veláramos y oráramos. Claro, que no nos preocupáramos, pero que estuviéramos listos para lo que fuera. Cuando llegamos a la cafetería, se interrumpió la charla, la música y las risas por las descargas simultáneas dirigidas a cada uno de nosotros por parte de francotiradores. Cada pasajero estaba en la mira del arma de un francotirador. Y empezaron a disparar.

La gente caía a diestra y siniestra; pero todos nosotros salimos ilesos. Era como si las armas dirigidas a nosotros fueran perdigones de utilería, pues no sentíamos más que un leve escozor donde nos disparaban. El tiroteo continuó, pero todos nos quedamos de pie, y alabábamos a Dios hasta que solo quedábamos los cinco.

No sentíamos temor, solo lástima por los que habían sido asesinados, y un mal presentimiento de que los que tocaron el ojo de Dios serían azotados por Su arrebatado de ira. Cuando terminó el tiroteo, nos quedamos de pie e invocamos el poder de las llaves. Entonces, nos salió fuego de los ojos y la boca. No fue una ráfaga gigantesca de fuego como la de un lanzallamas, sino más bien como la de un láser que cortaba todo a nuestro alrededor.

Recibimos un talento sobrenatural para esto; y cada uno de nuestros tiros era dirigido desde el Cielo. No solo matamos a todos los soldados, sino que también desactivamos todos los explosivos a nuestro alrededor.

El lugar quedó en ruinas. Miramos a nuestro alrededor, a nuestros antiguos compañeros de viaje, pero entre ellos no quedó ni un sobreviviente.

Caminamos, sorprendidos de lo que había ocurrido y con gran determinación de continuar con nuestra misión.

Después de aquello no hablamos entre nosotros. El Señor reveló a cada uno lo que debíamos hacer para continuar nuestro viaje a pie, de modo que para el momento en que llegamos, ya teníamos nuestros

planes y misiones. En la entrada de la ciudad, nos abrazamos y procedimos a poner en acción nuestros planes, como se había instruido a cada uno de nosotros.

Aunque no volví a ver a mis amigos hasta que nos reunimos en el cielo, cada uno de ellos tenía una contundente y asombrosa historia que contar de cómo fueron librados y protegidos por el poder de Jesús y las llaves del Reino.

La victoria fue nuestra ese día, mientras combatíamos arduamente hasta la noche final por las almas de aquellos que estaban arrepentidos. Muchos se salvaron, y a muchos más se les permitió vivir después de la batalla de Armagedón; y ellos todavía son instruidos a fin de que lleguen a conocer al Hijo único de Dios y Su poder de amor, asombroso y grande.

Fue un momento grandioso, y como dije, me encantaría hacerlo todo de nuevo. Pero me esperan situaciones más emocionantes, pues cosas mayores y más maravillosas están por suceder en este nuevo mundo estupendo que ahora estamos creando.

¡Harán cosas estupendas!

¡Poder para el pueblo de las llaves!

¡Poder para los hijos de esta Revolución!

Y poder para todo el que invoque Su Nombre.

* * *

(*Jesús:*) Esto es real, es un testamento del poder que les he dado mediante las llaves, cuyo empleo ahora ustedes están perfeccionando. A medida que continúen haciéndolo, ese poder estará en sus manos, y será la manifestación visible de Mi manto sobre ustedes en el Tiempo del Fin.

No se preocupen, amados, pues están en el bando que está destinado a ganar. No hay duda. Tendrán manifestaciones visibles de

los eventos claramente milagrosos, de modo que no tendrán dudas de si serán exitosos o no al final.

¡Emociónense! ¡Pónganse Felices!

46. Con el Evangelio para los indígenas Norteamericanos

Siempre me encantó conocer una diversidad de pueblos, culturas y tribus. Viví en Norteamérica, en la época en que llegaron los pioneros europeos. Aprendía idiomas fácilmente, y pasé mucho de mi tiempo como traductor del gobernador y de personas que trabajaban con los indios.

Pasaba muchas noches aprendiendo nuevos dialectos y acerca de las nuevas tribus que encontrábamos, así como sus culturas y pueblos. Fue un desafío aprender nuevos idiomas, ¡los que aprendía y hablaba con soltura en un mes, más o menos! Era un don que me había dado Dios, pero siempre pensaba que era algo que yo mismo había cultivado.

Un día, hablaba con mi padre —quien era pastor de una de nuestras iglesias locales—, y mencionó el tema de los indios. Muchos me hablaban de ese tema, pues sabían que era mi profesión y que siempre tenía mucho que decir de ellos. Me fascinaban, y también me enorgullecía el que supiera mucho más acerca de cada tribu que ninguna otra persona. Mi padre me dijo que, a su juicio, mi vocación no era que siguiera de traductor, sino que fuera a vivir con esas personas y que me valiera del don que tenía de aprender idiomas a fin de hacer un bien mayor, el de ayudar a los demás, y que no cooperara con la causa de hombres codiciosos.

No me gustaron esas palabras. Despertaron en mí un llamamiento, el que sabía que me llevaría a grandes penurias y sacrificio. Llevaba una vida bastante cómoda, una vida fácil, divertida, emocionante, pero que me mantenía alejado de sufrir daño. Sin embargo, tendría que

vivir como un pobre trotamundos si renunciaba a todo y trataba de llevar el mensaje del amor de Dios a los indios.

Transcurrieron meses y años; y seguí con mi trabajo de traductor. Sin embargo, las palabras de mi padre hicieron eco en mi corazón. Lo que había comenzado como un pequeño susurro aumentó y se hizo cada vez más fuerte. Hasta el punto en que casi no podía concentrarme en traducir las palabras acerca del comercio y los caminos. Todo lo que quería decir era: «Dios te ama» a aquellos indios que se veían tristes y cansados.

Un día, mi esposa comentó:

—¿Qué te pasa, Juan? Ya no eres el mismo.

Cuando dijo aquello, fue como si un dique se abriera en mi corazón y lloré. Le conté lo que me había dicho mi padre y que había sentido el llamamiento de Dios, pero no quise obedecer, pues tuve miedo. Sabía lo hostiles que eran algunos indios con nosotros los blancos, y lo mucho que disfrutarían haciéndome daño si me aventuraba a llegar desarmado y sin protección a sus tribus. Ella me puso una mano en el hombro y exclamó:

—¡Gracias a Dios que llegó este día! ¡He estado orando por ello durante años! Iré contigo, me enseñarás idiomas y enseñaremos a esas personas y las amaremos.

Levanté la vista totalmente sorprendido. Mi esposa era una mujer muy hermosa, muy distinguida, alguien que pensé que intentaría disuadirme de que no fuera —o que incluso dejaría que me marchara solo—; pero no, Dios también le había hablado al corazón y los dos nos preparamos para obedecer Su llamamiento.

Al ver su determinación y convicción para aventurarse a lo desconocido conmigo, con solo nuestras biblias y Dios de nuestro lado —lo que en el futuro veríamos que era mejor que todo un ejército para protegernos— salimos, sin saber a dónde íbamos, ¡y confiamos a Dios nuestras vidas, poniéndolas en Sus manos!

Hicimos preparativos y nos aventuramos en tierras inexploradas, buscando la tribu más cercana a nuestra zona. Esperamos que a partir de allí, llegáramos a entender lo que Dios quería que hiciéramos a continuación.

Una vez que vimos la tribu, algunos guerreros se nos acercaron. Me reconocieron y pensaron que venía en una misión del Estado; de mala gana me llevaron con su jefe. El jefe escuchó mis palabras y con ira nos dijo que nos marcháramos de su tribu de inmediato o de lo contrario nos mataría.

Le supliqué y expliqué que estábamos en ese lugar para hablarle del amor de Dios, que había dejado mi trabajo con el Estado y que me encontraba allí por voluntad propia. Sin embargo, no me escuchó y dijo a sus guerreros que nos llevaran.

Cuando me iba, solté un trozo de papel en el que había escrito la traducción del versículo Juan 3:16. Los hombres del jefe nos empujaron hacia delante con brusquedad, sus palabras fueron ásperas mientras nos llevaban a un wigwam (choza) y allí nos tuvieron con guardias hasta que decidieran qué hacer a continuación.

Para ellos, aquella era su oportunidad de deshacerse de mí y valerse de mi muerte como un mensaje para que el Estado supiera que no estaban complacidos con nuestros intentos de infiltrarnos en su tribu. Sabía lo que ellos pensaban y lo que hablaban, y me llené de temor. Me pregunté qué hacía allí en primer lugar, por qué había renunciado a mi vida que era relativamente fácil y cómoda, con seguridad y protección, y había expuesto a la muerte a mi esposa y a mí en nuestro primer intento de convertir a esas personas.

—¡Dios! Tengo mucho miedo. Tengo dudas acerca de Tu plan para mí y por qué me pediste que me encargara de esta misión. ¿El propósito era solamente que muriera antes de que siquiera tuviera un primer converso?

Me apoyé hacia delante y lloré, sintiéndome como un verdadero fracasado.

Por muchos días más estuvimos presos en el wigwam, esperando la muerte. O eso pensábamos. Entonces, un día oí un alboroto afuera. Se abrió la puerta y el jefe estaba allí con una gran sonrisa. Sostenía en una mano el trocito de papel en el que había escrito Juan 3:16, y me preguntó:

—¿Crees lo que dice aquí?

—Sí —respondí.

—¿Es esta la razón por la que estás aquí?

—Sí.

—Entonces, dime, ¿qué vienes a predicarme? Te escucharé.

¡Aquel fue un momento glorioso! Había estado seguro de que la muerte había llegado literalmente a mi puerta, pues conocía muy bien a ese pueblo. Sabía que tenían poco respeto por la vida, en particular por un hombre blanco, y sabía lo rápidamente y sin remordimiento que podrían matarnos en cualquier oportunidad. Pero ahora, el jefe estaba allí, dejando de lado todo el pasado y nuestras diferencias raciales, y estaba dispuesto a escucharme.

Prediqué por muchas horas acerca del amor de Dios, de ese Espíritu que los liberaría a él y a su pueblo de la esclavitud y les daría paz para siempre. Oró conmigo allí para aceptar a Dios en su vida, y a partir de entonces pasamos muchos meses en esa tribu enseñándoles acerca del amor de Dios, y cómo vivir en paz con sus vecinos. Su tribu prosperó en gran medida, y fue bendecida en muchos aspectos por aceptar a Dios como su Rey y Salvador.

Viajamos y visitamos a muchas otras tribus y les hablamos del amor de Dios. Algunas nos aceptaron con gozo, mientras que otras nos expulsaron. Sin embargo, sabíamos que algún día, todos tendrían oportunidad de conocer Su amor. Eso fue lo que nos impulsó a seguir adelante, hacia nuestra recompensa final en el Cielo.

47. Una Señal Bíblica

(Santo difunto:) Provengo de Armenia. En mi familia hemos sido cristianos por muchas generaciones. Mis abuelos a menudo contaban anécdotas de sus abuelos y de cuánto amaban a Jesús. Contaban que se reunían para orar, que el Señor hacía milagros para ellos proveyéndoles todas sus necesidades y evitándoles daños y peligro.

La vida en Armenia no era fácil. Mis padres eran pobres, lo que los obligaba a trabajar arduamente y a orar mucho. Pese a que eran pobres en el aspecto material, eran ricos en fe; y me transmitieron ese legado de fe. Siempre agradecí el haberme criado en un ambiente cristiano. Y esos relatos y testimonios de fe hicieron mella en mí durante los años que siguieron.

Me llamo Misak. Nací a fines del siglo XIX; la vida en aquella época era difícil. La casa en la que crecí era sencilla y fría. No había mucho alimento, pero siempre sentí calidez en mi corazón. Tenía la certeza de que mis padres me amaban; sabía que amaban a Jesús y que tenían fe en que Él nos guardaría y cuidaría de nosotros; y así lo hizo. No recuerdo haber visto a mis padres preocupados cuando la situación se volvió más difícil, o cuando las provisiones fueron escasas; deben haberse reunido a leer la Palabra y a orar. En algunos casos, pasaría un poco de tiempo antes de que llegara la respuesta; otras veces, la respuesta llegaba de inmediato. Pero por mucho tiempo que tardara, jamás se preocuparon, sino que siempre confiaron en que el Señor no les fallaría.

Ese fue el legado de fe que tuve al crecer y en mi vida terrenal. Siempre recordaba la gran fe de mis padres. Y cuando llegaron las pruebas, también oraba y luego confiaba en que el Señor no me fallaría. Y las pruebas llegaron. De niño, mis compañeros de colegio se burlaban de mí por la fe que profesaba. A veces, los bravucones me empujaban, me abofeteaban y me golpeaban, solo porque era cristiano. Se burlaban de mí, pero traté de que eso no me molestara tanto. En realidad, a veces sentía lástima de ellos, pues sabía que lo que yo tenía en mi corazón era algo verdadero, y que Jesús estaba

conmigo, mientras que ellos parecían vacíos interiormente. Y aunque en esas ocasiones no me resultó fácil, me acerqué más al Señor, pues oraba y le pedía Su protección y consuelo.

Pero ese fue solo el comienzo de pruebas y persecuciones para mí. Al reflexionar, veo que el Señor permitió que de niño pasara por esas experiencias, pues sabía que vendrían pruebas mayores. En mi adolescencia, la situación política fue muy tensa. Por un lado estaban los rusos, que promovían el comunismo y el ateísmo; y por el otro, estaban los turcos, quienes tenían firmes convicciones musulmanas.

Esas ideologías opuestas se unían en algo: no les gustaban los armenios y nos hacían la vida difícil. Tenían distintas razones o excusas para que no les agradáramos, pero sabía que la verdadera razón era porque éramos cristianos. Y nuestro cristianismo era firme y profundo. La mayoría de nosotros, los armenios, habíamos sido cristianos por siglos, y teníamos una fe férrea en el Señor y un profundo amor por Jesús. En cierto modo, tenían miedo de nosotros, miedo de que nuestra fe se divulgara y que otras personas se convirtieran. Ahora veo y entiendo que en realidad era el Diablo quien nos combatía por medio de ellos. Él había puesto en su corazón que pelearan contra nosotros, que nos persiguieran, e incluso que trataran de destruirnos a fin de acabar con nuestra fe en Cristo.

Y así sucedió; los turcos llegaron y trataron de acabar con nosotros. Eran despiadados y mataron a muchos, muchos armenios. Pero no acabaron con todos, por mucho que lo intentaron. Creyeron que nos tenían rodeados y que no había vía de escape. Quisieron aniquilarnos, pero muchos de nosotros escapamos, y la manera en que ocurrió fue un verdadero milagro.

Me encontraba con un pequeño grupo de amigos, y cuando vimos a los turcos y nos dimos cuenta de lo que hacían, y que intentaban destruirnos, decidimos escapar. Salimos de nuestro pueblo de noche, y corrimos a los bosques. Pero sabíamos que en los bosques habría muchos soldados, y que su trabajo era evitar que escapáramos, así que parecía una situación imposible.

Estaba oscuro. No sabíamos dónde estaban los soldados, y no sabíamos cómo podríamos correr por los bosques sin que ellos nos escucharan ni nos vieran. Llegamos a donde empezaba el bosque, y recuerdo que oré con fervor para que el Señor nos guiara por los bosques, como guió a los hijos de Israel a través del Mar Rojo y regiones inhóspitas.

Inmediatamente después de hacer esa oración, miré hacia arriba, y parecía que un árbol brillaba, como si tuviera luz en él. Al principio no sabía qué era, y pensé que tal vez se trataba de la linterna de un soldado; pero era una luz distinta. Por un lado, lo que estaba iluminado era la parte superior del árbol, no la parte de abajo. Desde la mitad del árbol hasta la parte superior, parecía brillar con esa luz, la cual no era brillante, pero se notaba claramente, pues todos los otros árboles estaban en la oscuridad. Entonces me di cuenta de que, al igual que el Señor había guiado a los hijos de Israel con un pilar de fuego durante la noche, Él nos guiaba y nos indicaba el camino al hacer que ese árbol brillara.

Eso me dio fe para correr en silencio hacia ese árbol; una vez que lo hice, el resto de mis amigos hicieron lo mismo. Luego, mientras todos estábamos reunidos sin peligro alrededor de la base, miré hacia arriba y vi que la copa de otro árbol estaba iluminada. Sabía que ese era el próximo árbol al que debíamos correr. A medida que nos acercábamos, árbol por árbol se iluminaba y nos indicaba el camino para escapar. Nos llevó toda la noche, pero al amanecer salimos del bosque sin ningún percance.

Aún no sabíamos hacia dónde ir. Seguimos viajando durante días, pues queríamos llegar tan lejos como fuera posible, aunque teníamos muy poco dinero y ninguna idea de dónde podríamos establecernos. Entonces, el Señor indicó a uno de mis amigos que debíamos dirigirnos a una isla llamada Chipre; y que allí podríamos comenzar de nuevo. Así pues, caminamos hasta que llegamos al mar, y luego subimos a un barco rumbo a Chipre; en aquel momento se podría decir que aquella era nuestra tierra prometida.

Tuvimos que escapar de los soldados turcos y pasar por tierras inhóspitas, pero el Señor por fin nos llevó al lugar que tenía preparado para nosotros. No fue fácil comenzar de nuevo, pero sabíamos que ese era el lugar donde el Señor quería que estuviéramos. Al poco tiempo, encontramos a otros armenios que, al igual que nosotros, habían escapado, y a quienes el Señor también había indicado que se dirigieran a Chipre. Sin prisa, pero sin pausa, reconstruimos nuestros hogares y comunidades.

Los turcos trataron de acabar con nosotros y con nuestra fe; y aunque muchos fueron asesinados y muchos otros murieron como mártires, no lograron acabar con nosotros. Es más, todo lo que hicieron fue hacer que nos dirigiéramos a muchos otros lugares. Ahora se pueden encontrar comunidades de armenios en ciudades de muchos países.

Así que recuerden, por mucho que se esfuerce el Enemigo para detenerlos a ustedes, no puede hacerlo; el Señor siempre dará una manera de escapar. Así que no pierdan la fe; continúen confiando en Él.

48. Anécdota del Tiempo del Fin

(Habla una niña:) Me llamo Amanda. Me pueden llamar Mandy. Les contaré cómo me acompañó Jesús cuando personas malas llegaron a mi casa.

Me encontraba con mi mamá; jugábamos un juego de la Palabra. Alguien tocó con fuerza a la puerta. «¡Pum, pum, pum!» De inmediato supe que no era alguien amistoso.

De nuevo se oyó: «¡Pum, pum, pum!» Y un hombre gritó:

—¡Abran la puerta! ¡Somos del RN!

Mamá salió de la cocina y exclamó:

—¡Son los del registro nacional!

—Mandy, Bryan y tú vengan conmigo.

Mamá nos llevó al cuarto que estaba atrás de la casa. Levantó el teléfono para llamar a mi papá y, de pronto, todos oímos un fuerte ruido: «¡Pom, pam!» Me asusté y me aferré a mi mamá. Empecé a llorar.

—Silencio, hija. Jesús está con nosotros —me dijo mi madre mientras colgaba el teléfono—. Derribaron la puerta y no hay otra forma de salir. Ahora debemos orar para que Jesús nos proteja.

Mamá nos acercó hacia ella. Oró por nuestra protección, mientras invocaba las llaves de milagros. Al levantar la vista, estaban frente a nosotros tres hombres que inspiraban miedo. Llevaban uniforme de policía y armas que me parecieron extrañas.

—¡Acompáñenos! —gritó uno de ellos.

—Lo siento —respondió mi madre—. Tengo que llevar a mis hijos al colegio y ya es tarde.

Observé al hombre. Se veía extraño. Bajó el arma y dijo:

—Está bien. Váyase.

Mamá sacó su bolso, las llaves del auto, y nos fuimos. Los policías se quedaron quietos, sin hablar.

Cuando mi madre nos llevaba al automóvil, alababa al Señor por el poder de las llaves. Nos subimos al auto y partimos. Quedé contentísima de que nada malo hubiese sucedido. Me gustan las llaves. Estoy contenta de que mi madre haya sido diligente para ayudarnos a memorizar las promesas de las llaves. «Nada es imposible cuando invocas las llaves del Reino».

49. Anécdota de Armina

¡Gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre!

(Armina, ayudante espiritual:) Mis queridos hijos de David, los escogidos del Fin, soldados del ejército de David y María del Tiempo del Fin:

A fin de que cobren fe y ánimo frente a la persecución por causa de la justicia —la cual nuestro Señor y Esposo les ha advertido que les llegará en el momento en que a Él le parezca oportuno—, ahora les revelo algunos de los poderes sobrenaturales y dones fuera de este mundo que se les darán a medida que nos invoquen a nosotros, sus homólogos en el ámbito celestial, que combaten a su lado y les dan fuerzas y poder del Cielo que sus enemigos no podrán resistir.

Me llamo Armina, uno de sus ayudantes que ha estado entrenándolos para combatir a sus enemigos y salir vencedores en las venideras batallas de persecución. Quiero animarlos con un testimonio que predice un posible incidente en el futuro, uno que ya ocurrió en el ámbito de la eternidad, pero que todavía tiene que llevarse a cabo en el terreno del tiempo, dependiendo de las decisiones que se tomen. Es una breve porción de vida, vislumbre de unos momentos de los milagros que nuestro Jesús y las llaves del Reino llevarán a cabo en ustedes durante los días en que soportarán persecución. Soy alguien

presente en esa escena. Estaré allí con ustedes, revelándoles las estrategias de sus enemigos; seré espía a fin de conocer sus malvadas intenciones.

Escena: Los días oscuros del Tiempo del Fin han llegado al país donde viven esos hijos de David y clandestinamente llevan a cabo su ministerio a fin de llevar el mensaje a los que tienen hambre de la verdad. Son conscientes del peligro de que los encuentren hablando con alguien acerca de Jesús o incluso de cualquier religión que reconozca a Dios. La policía «que vigila los pensamientos» y los agentes secretos del Anticristo se han infiltrado en todo sector de la sociedad en ese país.

Sam miró con cuidado a su alrededor antes de hablar en voz baja, casi en un susurro, a la pareja de jóvenes que esperaban en el cruce junto a él y Joy, su acompañante.

—¡Hola! Bonito día, ¿no les parece? ¿A dónde van?

El joven, que se veía un poco sorprendido por el tono amistoso de Sam, respondió:

—Este... vamos al parque que queda por allí. Es la hora del almuerzo y queremos alejarnos del caos de nuestro lugar de trabajo; ahora parece una casa de locos.

—¿Ah, sí? Vamos también para el parque —comentó Joy para entrar en la conversación. Luego preguntó—: ¿Los podemos acompañar?

Cruzaron la calle, y una vez que estuvieron en el parque, los cuatro se sentaron en el pasto, debajo de un árbol. Sam se sintió un poco inquieto porque estaban sentados todos juntos, pues tal vez daría la impresión de que hacían algo con un propósito, lo cual estaba mal visto por las autoridades y se consideraba sospechoso. Durante ese tiempo, Sam y Joy oraron en silencio para que el Señor y sus espíritus ayudantes estuvieran activos y cerca en caso de que hubiera problemas, y por sabiduría y dirección al testificar a esos jóvenes adultos que parecían ovejas.

Sam sugirió, al mismo tiempo que pedía al Señor que le revelara lo que había en el corazón de los jóvenes:

—¿Qué les parece si, en vez de estar sentados, paseamos por aquí?

—¿Les gusta trabajar en esa tienda? —preguntó Joy.

—No, la verdad es que es una lata. Y pagan muy poco —respondió el joven con el ceño fruncido.

Joy estaba a punto de empezar a hablar acerca del Señor y miraba al rostro de la joven. Por un segundo le pareció que la cabeza de ella se transformaba y se convertía en la de una mujer bella, con un casco que llevaba encima una larga pluma. Su aura era extrañamente ajena a este mundo, pero transmitía una cálida camaradería que hizo que Joy se sintiera segura. Y en el mismo segundo que Joy vio esa visión, oyó estas palabras: «¡Vigilen, oren y tengan cuidado!»

Joy parpadeó y enfocó de nuevo a la chica antes de preguntar:

—¿Cómo dices?

La muchacha preguntó:

—Les pregunté a qué se dedican.

Joy tragó saliva y empezó a darse cuenta de que acababa de recibir un aviso sobrenatural de Armina, su espíritu ayudante, que incluso se le había aparecido para advertirle de un peligro que los acechaba. Miró rápidamente a Sam, cuyos ojos se encontraron con los de ella; con la mirada le comunicó a Joy que acababa de tener la misma visión fuera de este mundo y que había oído las mismas palabras.

De inmediato miraron a su alrededor en busca de un posible problema en el parque. En ese momento dos policías «vigilantes de los pensamientos» hacían sus rondas y daban vuelta por una esquina del parque. Sam y Joy oraron con fervor en silencio para que Armina y su grupo de combatientes que empleaban el poder de las llaves se interpusieran entre ellos y los dos oficiales del Anticristo, de modo que

ni siquiera los vieran. Los dos policías pasaron de largo, caminaron junto a ellos como si no los hubieran visto.

* * *

Me llaman Armina. Me creó Dios para defender las causas de los necesitados, para repeler los ataques del Enemigo contra quienes necesitan ayuda y apoyo. Ahora se me ha encomendado la misión de luchar por la Familia. Me estoy preparando para los tiempos venideros, en los que estaré con ustedes para defenderlos. (CM 3445:59.)

50. Salvado por Su Elocuencia

«Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los fariseos; y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!» (Juan 7:45-46.)

(Santo difunto:) Soy un hombre como cualquier otro, pero se me dio el don de la elocuencia, como se podría llamar. Fue un don temporal, otorgado solamente para proteger a los hermanos. Cuando los oficiales venían por nosotros, el unguimiento cayó y hablé con fogosidad y rapidez, casi como Dwight L. Moody cuando hablaba rápidamente durante algunos de sus sermones. Mis palabras les perforaban el corazón y pasaban a través de sus defensas. Exponían sus pensamientos más íntimos. Hablé a su ser interior. No podían resistir ni contradecir la multitud de palabras perspicaces, incisivas, punzantes que tocaban incluso a la parte más íntima de su corazón. No podían llevar a cabo sus deberes. Nos dejaron en paz.

Dwight L. Moody: «De su rostro barbado, salían torrentes de palabras. En muchos casos, decía 230 palabras por minuto...»

51. La luz del Mundo

¡Gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre!

(*Contadora de cuentos:*) Imagina que caminas por una calle. La gente pasa a tu lado y parece que no nota tu presencia. Así será en los días futuros, cuando el mundo se vuelva más y más oscuro.

Quiero contarles cómo el Señor me eligió para ser uno de Sus luminares o de Sus colores en el mundo oscuro y gris de mi época. Fui perseguida por esto, porque cuando uno resplandece con la luz y no la esconde bajo un almud, no hay forma de que se pueda ocultar. La luz de tu rostro de inmediato hace que otros se acerquen a ti; y ya sea que te sientas diferente o no, cualquier persona común que tenga el Espíritu de Dios se vuelve *extraordinaria* y no hay forma de que pueda ocultar su luz de los demás.

Me consideraba una persona que nadie notaría, o que Dios jamás se valdría de mí. Había tantas personas a mi alrededor que eran más audaces y más convincentes. Era más callada, y aunque tenía un gran amor por mi Señor y Salvador, y a menudo ardía en deseos de hacer algo para Él, no me parecía que tenía lo que hacía falta para ponerme de pie frente a cientos de personas y predicarles, ni para guiar grandes grupos a fin de que se acercaran al Señor, ni siquiera para comunicar el mensaje a algunas personas que parecían estar muy por encima de mí y fuera de mi alcance.

No creí que la gente me notaría ni que escucharía lo que yo dijera. Pero como el Señor siempre tiene un destino y un plan para la vida de cada persona que pone en esta Tierra, así tenía uno para mí.

Vivía en la época de la joven iglesia de Roma. Como saben, muchos fueron perseguidos y asesinados por su fe, ser cristiano no era un asunto para tomarse a la ligera. Pero los cristianos y los que se convirtieron al cristianismo eran mucho más fuertes que si les hubiera resultado fácil. Sabían que el precio era alto, así que cuando dieron la

vida al Señor, la entregaron del todo, y en muchos casos incluso hasta la muerte.

Bueno, no continuaré con la parte de la muerte, pues pese a que muchos fueron martirizados por su fe, muchos más fueron milagrosamente protegidos y librados de las manos de sus enemigos, y por medio de una persecución así, también fue posible entregar el mensaje a muchos otros. Este es uno de mis relatos; el Señor me dio el honor y el privilegio de poder pasar por la persecución, pero también me guardó en medio de ella, y me libró de mis enemigos e hizo posible que continuara viviendo para Él.

Todo empezó cuando mi padre, que era mercader y vendía especias, hierbas y telas, empezó a hacer tratos comerciales con mercaderes de otros lugares, pues trataba de expandir su negocio. Así pues, teníamos más contacto con la gente de otras tierras y lugares, y también con algunos sirvientes de personas más ricas que llegaban a comprar a nuestra tienda. En general, era un lugar interesante para conocer personas, y el Señor ponía en mi corazón que hiciera más para Él y para dar a conocer a Jesús a aquellas personas.

A menudo ayudaba a mi padre en su tienda y atendía a algunos clientes, de modo que se me presentaba esa oportunidad. Aunque era difícil hallar ocasiones de hablar con los demás acerca del Señor, trataba de serle fiel y llevar el mensaje a las personas que me resultara posible. Algunos conocieron al Señor al querer saber qué me daba ese espíritu de paz, felicidad y alegría.

Poco nos damos cuenta de lo mucho que destacamos cuando estamos en contacto con otras personas. Casi no nos damos cuenta de lo fuerte que es el Espíritu del Señor en nosotros, porque estamos muy acostumbrados a ello. Pero para las personas que solo conocen odio, temor, crueldad, guerra, tristeza y desesperación, es como agua fresca que se da a un alma sedienta.

En nuestra época era peligroso simplemente hablar de nuestra fe, y en cierto modo uno tenía que enganchar a la gente a nuestro espíritu a

fin de que quisiera lo que uno tiene antes de poder llevarla más adelante.

Así pues, esa fue mi tarea: Lenta y silenciosamente guiaría a estos amados al Señor. A menudo entraríamos en la conversación al decirles que me hablaran de sus tierras, personas y viajes; y sin prisa pero sin pausa, me hablaron más de ellos mismos, de su vida, de sus penurias, etc. Solo era una jovencita, y muchos de ellos eran hombres mayores que habían visto mucho mundo y habían conocido muchos de los males de éste. Para ellos yo era como un poco de color en un mundo oscuro, y siempre disfrutaban de los ratos que pasaban en la tienda de mi padre.

Claro, un día llegó el momento de que saliera a relucir la verdad. Había unos cuantos hombres a los que había llegado a conocer muy bien. Y, por supuesto, empezaron a notar que éramos distintos, que nuestras actitudes hacia las personas necesitadas y las cosas que decíamos parecían totalmente distintas a las que eran la base del resto de la humanidad.

Así pues, un día, uno de los mercaderes más audaces y directos me preguntó si era cristiana.

No era uno de los más amables. Era duro y cruel, y en general a nuestra familia le costaba hacer tratos con él. No parecía querer tener una relación cercana, y parecía muy cínico. Así que el hecho de que viniera e hiciera una pregunta así, fue una gran sorpresa, y al principio me pilló desprevenida. En ese momento me asaltaron muchos pensamientos; uno de ellos, que no era mi intención poner en peligro a mi familia, tampoco dañarla a ella ni su negocio.

Además, por un segundo tuve miedo de lo que me ocurriera; pero luego me di cuenta de que me encontraba en las manos del Señor, y que si era Su voluntad que yo y mi familia sufriéramos persecución, entonces no había nada que se pudiera hacer al respecto. Era mucho mejor sufrir que saber que había traicionado a mi Señor.

Así pues, con absoluta paz, fe y convicción, miré a los ojos de aquel hombre y le respondí. Todo lo que dije fue que sí; y sé que cuando lo dije y lo miré a los ojos, todo su ser se estremeció.

Cuando llegué al Cielo vi que eso fue lo que sucedió; por eso sé cuánto poder me dio el hecho de decir que sí al Señor. Fue como si en ese momento Jesús se hubiera convertido en parte de mí, y ese hombre que conocía todas las consecuencias de ser cristiano, y que además conocía a muy pocas personas que estaban dispuestas a arriesgar la vida por sus creencias, quedó muy sorprendido.

No era un malvado, aunque estaba lejos de la luz. Trataba de probar que al haber tanto en riesgo, lo más seguro sería que no tuviera el valor de arriesgar mi vida por algo así. Era uno de los mercaderes más cínicos y orgullosos, y definitivamente no hizo esa pregunta porque quería conocer la verdad. Lo había notado por las conversaciones que había oído, y al observarnos.

Así que aunque su intento era asustarme, y estaba seguro de que me acobardaría y le daría alguna excusa o que vacilaría o lo negaría, al final fue él quien se sorprendió por mi respuesta de una sola palabra.

No dijo nada después de eso; se limitó a marcharse de la tienda. Claro que me preocupé, porque si él nos entregaba, entonces todos seríamos enviados a prisión, y aunque sabía que el Señor controlaba esa situación, de todos modos tenía miedo. Le conté a mis padres; estuvieron orgullosos de mí por lo que había hecho, incluso aunque sabían lo que podría ocurrir.

Oramos y pasamos tiempo reunidos en familia. Consultamos al Señor con respecto a qué hacer, y el Señor nos dio paz para quedarnos y esforzarnos al máximo a fin de que todo continuara como de costumbre. Nos habló al corazón, diciéndonos que no nos echáramos atrás ni empezáramos a esconder nuestra luz, sino que procuráramos hacer cada vez más y entregáramos el mensaje a más personas. Nos dio paz a fin de que continuáramos apacentando a aquel hombre que fácilmente podría entregarnos.

Así pues, en los siguientes dos días continuamos como siempre lo habíamos hecho, excepto que hicimos más de lo normal, y el Señor se valió de ello para llevar a Él a unos cuantos. Entonces, tuvimos una actitud un poco más ferviente para que esas personas hallaran al Señor, en particular debido a la posibilidad de que nos arrestaran. De todos modos, a diario continuamos con la idea de que sería nuestro último día ahí; sin embargo, transcurrían los días y no sucedía nada.

Pronto me olvidé de esa experiencia. No volvimos a ver a aquel hombre; a menudo nos preguntábamos qué le habría ocurrido. También oré por él, pues me pareció que había una razón para todo ello, y que ocurría mucho más de lo que teníamos conocimiento.

Un día andaba por allí; conversaba con personas que conocía y conseguía alimentos para nuestra familia. Entonces, una mano fuerte me asió del brazo. Un hombre me susurró diciéndome que lo acompañara y que no hiciera un escándalo. Tuve la tentación de gritar para pedir ayuda cuando me di cuenta que era el mercader que me había hecho aquella pregunta. Me dijo que no me iba a hacer daño, pero que necesitaba que le respondiera algunas preguntas. No sabía con certeza qué debía hacer, así que oré y el Señor me dio la paz de que todo estaría bien.

Me llevó a una hostería. Cuando estuvimos solos me pidió que me sentara, pues quería hacerme unas preguntas y saber qué era lo que le ocurría.

—Después de que salí de la tienda quedé muy confundido, pues fácilmente podía ir y delatarlos ante los funcionarios, y sabía que tendrían problemas. Trataba de convencerme de que no me importaba, que ustedes eran los que estaban quebrantando las reglas y que no necesitaba sentir lástima de ustedes.

»Pero decidí esperar un poco, observar para ver si escaparían. Luego vi que continuaban su vida como de costumbre y que en realidad se esforzaban más por demostrar amor y ayudar a los demás, y la paz que vi en los rostros de ustedes fue incluso más evidente.

»Es como si todos ustedes resplandecieran con paz y luz no terrenales, y no lograba comprenderlo. No lograba olvidar la mirada que me habías dirigido cuando dijiste que sí. Yo, que pensaba que era duro y que podía fácilmente hacer frente a otros, no me acercaba a tener la convicción y fuerzas que habías demostrado en aquel momento.

»Así que me han atormentado esas ideas. He intentado volver a ser como antes —que no importe, y mirar a los demás como si no fuera asunto mío—, pero no puedo. Solo veo la tristeza y la desesperación en los ojos de cada persona, y entonces recuerdo la paz y felicidad que todos ustedes tienen cuando los miro, y no puedo seguir adelante. Con cada persona que tengo contacto, veo más y más lo vacía y fría que es la gente y que toda la riqueza del mundo solo parece dejarla vacía.

»Debo hallar una solución, pues he mirado mi vida y también veo el mismo vacío, frialdad y odio que veo en los demás, y me resulta insoportable. Quiero saber qué les ha dado tal felicidad, contentamiento, paz e incluso un valor mayor que el de un intrépido soldado.

»Así pues, dime ahora en qué consiste tu fe cristiana que parece darte todo lo que las riquezas no pueden dar. He buscado en el mundo riquezas y prestigio, pero aunque me ha ido bien en algunos aspectos, al final siempre sentí que no tenía nada. Así que dime ahora, para que lo sepa y halle paz de corazón y mente.»

Así que le hablé de mi fe, de mi Señor, y de Aquel que murió por él. Abrió su corazón a Jesús, y la transformación que experimentó sobrepasó todo lo que había imaginado. Fue como si hubiera entrado en otro mundo, y yo con él. En ese momento, sentí la mayor satisfacción que jamás haya sentido. Pues una cosa es guiar a los que buscan al Señor, pero otra es observar cómo el Señor rompe la cubierta y causa la transformación en alguien a quien no imaginaba que tuviera esperanza.

Más adelante colaboró en gran medida a la divulgación del Evangelio por medio de sus viajes. Asimismo, jugó un papel decisivo al asistir a muchos cristianos que huyeron. Además, al final ayudó a mi familia a escapar cuando nos descubrieron. Cambió tanto que me sorprendía que fuera una persona tan distinta. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera por Jesús y a pagar cualquier precio. Y aunque tuve parte en ello, sabía que había sido un instrumento y que fue el Señor quien había obrado todo en su vida. Mi labor se limitó a ser diligente y dejar mi luz brillar en el mundo oscuro que me rodeaba. Y eso bastó para que el Señor lo utilizara a fin de conducir a aquel hombre hacia Él.

Así pues, no tengas miedo, ni siquiera frente a la persecución; deja que tu luz continúe resplandeciendo. Nunca sabes a quién pondrá el Señor en tu camino, alguien que necesita ver esa luz a fin de que tal vez llegue a conocer a Jesús. Jamás lo lamentarás, te lo prometo.